

FRANCISCO NÚÑEZ ROLDÁN

PURA RAZA

NAZIS EN EUSKAL HERRIA

NOVELA



algaida

FRANCISCO NÚÑEZ ROLDÁN

PURĀ
RĀZĀ



algaida

Índice

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

Unas notas aclaratorias

Breves reseñas sobre algunos de los personajes reales que aparecen en esta novela

Créditos

A mis ancestros del lugar

Donostia/San Sebastián, 8 de mayo, 1945

Son exactamente las seis y veintidós minutos de la mañana de un día de cielos despejados que promete quizá calor. Viene bien tras las últimas lluvias que han saciado en exceso el verdor de los campos.

El bimotor ha evolucionado en un giro amplio y silencioso sobre la playa de La Concha. Se diría que viene con los motores apagados, y en efecto, así llega, por falta de combustible como se sabrá más tarde. Ha prolongado milagrosamente el vuelo desde Oslo hasta un lugar seguro donde aterrizar como pueda. El sol que apunta tras el monte Jaizkibel ha refulgido un instante contra los poliédricos plásticos de la cabina, y maniobrando con la mayor pericia, el piloto ha tomado arena y agua, más que tierra, con un largo chasquear de salpicaduras que han terminado en un brinco, quizá había una roca, y con el morro del aparato medio hincado en la playa, quebrando toda la zona delantera y por fin posándose inmóvil tras haber estado a punto de capotar en la última sacudida.

Se sabe que ayer terminó la guerra mundial en Europa, pero tardarán unos días en conocerse y divulgarse las identidades de los seis hombres que venían en el bombardero alemán, un Heinkel-111 con las clásicas cruces teutónicas y las esvásticas de la Luftwaffe. Varias personas se han lanzado de inmediato a las aguas someras a socorrer, a sacar a los más que probables heridos. Que venga, que rápido, que si hay gente dentro, que si va a arder el avión... Qué iba a arder si ni una gota de keroseno le quedaba.

Saldrá todo en los periódicos al día siguiente: como tripulación venían el piloto Albert Dueningen, que ha resultado con heridas superficiales pese al impacto, quizá por venir mejor sujeto, el operador, Georg Kuebel, que también ha resultado casi indemne, el navegador, Benno Ebner, con unos rasguños, y el mecánico Gerhard Stride, que se ha fracturado una pierna. El

pasajero más importante, el que provocará más comentarios y causará más problemas es Léon Degrelle, todo un personaje en la constelación nacionalsocialista, fundador en Bélgica del movimiento rexista, y Obersturmbannführer, esto es, teniente coronel, de la división de las SS valonas. Degrelle es quien ha salido peor parado del percance, con tres costillas rotas, más un hombro dislocado y contusiones múltiples. Le quedan muchos meses de hospital. Con él viene también su ayudante de campo, Robert du Wertz, que apenas presenta unos hematomas en el brazo izquierdo. Aún no lo saben, pero ambos sobrevivirán en España muchos años tras la guerra.

El avión es un modelo que por cierto abunda en las fuerzas aéreas españolas, producto de las buenas relaciones previas con la potencia que acaba de perder el conflicto. Ello no impide que, tras sacar a los tripulantes heridos y llevarlos al hospital militar General Mola, en San Sebastián, unos cuanto mecánicos de aviación anden ahora sobre el aparato indagando lo que pueda ser de interés, que ha resultado simplemente una antena de navegación más moderna que la que portan las aeronaves homónimas locales. Para entonces se ha agolpado bastante público en la playa y desde el paseo. Un aterrizaje allí y de esa forma no es espectáculo cotidiano. Varias parejas de la policía armada mantienen a los curiosos alejados del aparato. Está subiendo la marea, y algunos vigorosos donostiarras pretendían tomarse su cotidiano baño. No puede ser, les dicen los guardias. Hasta que se lleven el avión, lo desmonten o lo que sea.

Más avanzada la mañana, desde la terraza del Café Madrid, sobre el paseo, con buena vista sobre el insólito panorama, dos hombres conversan sin apartar apenas los ojos de los rescoldos metálicos y humanos de la derrota, que llegan desde muy lejos en busca de un respiro, del refugio momentáneo al menos.

—Qué va, Fernando —discrepa uno de ellos—, a estos no los devuelven aunque los pidan los vencedores. Ya verás. Estos se quedan aquí para los restos.

—¿Tú crees? Mira que ahora los aliados tenéis más fuerza. Toda la fuerza, por fin, diría yo.

—¿Y qué? No seas ingenuo. Algo de eso tenéis los vascos... Pero los

aliados no quieren, no queremos soliviantar a Franco, como no han querido soliviantarlo en toda la guerra. Ni se quiso en la vuestra, no fuera a ganar el Frente Popular y los rusos acabarán instalándose aquí.

—Pero mientras duró la guerra temían que Franco se les cambiara de bando. Ahora ya no tiene ese bando al que irse.

—No sé, no creo. No van a invadir esto ahora que han ganado. Mi gobierno dice que ahora el peligro son los rusos, ya te digo, a los que no sé por qué hemos dejado liberar media Europa. Liberar entre comillas, claro. A ver lo que cobran por el trabajo, dice Sir Winston.

—Muy listo tu Churchill, Pedro... —Fernando da una calada larga pero desganada al cigarro que ya se le acaba. Un golpe de tos seca le anima a tirarlo al suelo y rematar la colilla como a una cucaracha. Fernando sabe, como todo el mundo, que fumar es malo. Pero fuma. También es malo envejecer, responde, y la gente no puede evitarlo. Fernando es compacto, fuerte, arrubiascado en el poco pelo que le va quedando, pese a sus escasos treinta años. Se acaba de poner gafas, lo que evidentemente le molesta. A él, a un mugalari de toda la vida, suele repetirse. Tiene los ojos melados en una cabeza grande y redonda, quizá un poco mayor de lo que debería, la piel muy blanca y los labios carnosos. Se le han pronunciado las arrugas, sobre todo las de la frente, piensa su contertulio, pero sigue sonriendo mucho. Sonríe casi sin querer, como una seña facial más.

Su interlocutor, Pedro, o Peter, es muy distinto. Espigado, bien construido, claro de piel, con ojos de un color curiosamente mimético con el cabello tempranamente gris, liso, abundante. Roza los cuarenta años. Podría ser vasco, y medio vasco es, por parte de madre. Británico por parte de padre, del que ha heredado la nariz recta que la genética materna no ha conseguido curvar, a diferencia de la de Fernando, combada por el empuje de muchas generaciones locales.

Los dos están rematando sendas tazas de algo parecido al café en cuanto a color y precio. Fernando apoya la cabeza en el puño derecho, como suele cuando hace preguntas trascendentes, y guiña los ojos, que se le ponen pícaros al sonreír.

—Bueno, bueno, Pedro, lo que nos interesa, se acabó el trasiego, se acabaron las poquitas esperanzas que tenían los que entre los míos pensaban

que el Reich iba a sacarles las castañas del fuego.

—No se las iba a sacar nunca, Fernando, y tú lo sabes. Eso debieron haberlo pensado también ellos. Un protectorado del Reich hubiera sido más duro que con Franco, digan lo que digan. Ya has visto lo que ha salido, lo que está saliendo de cómo trataban a otros. ¿O pensaban tus amigos que los alemanes iban a regalarles la independencia por su cara bonita?

—No, no, Pedro, a mí no me digas, ya sabes. Pero bueno, recuerda que contactos los hubo.

—Ya.

—Y claro, ahora, viva quien vence, como suele decirse. Tampoco pienso que los aliados vayan a regalarnos un país, por más que hayamos ayudado a los servicios secretos ingleses y americanos.

—¿Ayudado? —sonríe Pedro alzando las cejas—. ¿Era a cambio de nada, Fernando? ¿Se firmaron condiciones?

—Hombre, no, pero, bueno, ya sabes, la causa vasca se verá ahora con buenos ojos... Eso se dice, ¿no?

—Eso, con buenos ojos, puede, pero con pocas acciones, me temo. Recuerda que es además la causa del nacionalismo vasco, no la causa vasca, como la llamáis los nacionalistas. La política es así de implacable. Os guste o no, por ahora seguís siendo considerados como españoles.

—Ya —alza Fernando los hombros—, qué me vas a decir... Oye, Pedro, hablando de otra cosa, ¿y Nekane? No me has hablado de ella.

—Hace mucho que no la veo —Pedro gira la cabeza y extiende hacia la playa una mirada que evidentemente está pasando por encima de la gente, del avión y de la isla de Santa Clara, en medio de la bahía.

—Bueno, después de aquello, se sabe que vendió el caserío, pero pocas cosas más.

—Sí.

—Pobre, lo pasó mal. De eso hará pronto dos años.

—Sí.

—La ama y yo la ayudamos en lo que pudimos, ya sabes.

—Sí.

—Pero, eso, tú parecías llevarte bien con ella, ¿no?

—Sí —se acentúa en Pedro una sonrisa que cualquiera tomaría por

añoranza, por evocación agradable.

—Buena nesca sí que era, a pesar de lo del niño, ¿verdad?

—Vaya que sí.

—¡Joder, Pedro! ¿Pero es que de repente tú sólo sabes decir sí?

Pedro gira la cabeza muy despacio hacia su interlocutor, y con la sonrisa congelada en ojos y labios, no se sabe si irónica o complaciente, sólo repite firme y suave:

—Sí.

París, 11 de junio, 1940

El embajador de España en Francia sigue estando, por el momento, en París. Don José Félix de Lequerica y Erquiza —no se olvide la y griega entre los dos apellidos, por favor—, anda rematando su *toilette* matinal con el recorte del bigote, operación delicadísima que exige buen pulso y el filo perfecto de unas tijeritas, de acero alemán; de Solingen, por más señas. Caen las minúsculas fibrillas en el lavabo y la estrecha cinta oscura se empareja, orna el labio superior dejando un amplio espacio recién rasurado hasta la nariz. Es evidentemente el protocolo cotidiano que más gusta a don Félix, el que le da más carácter, su carácter facial. El perfecto bigote de moda en España.

De pronto suena el teléfono. En el mismo cuarto de baño. Sin duda algo importante. A esa hora. Ese teléfono.

—¿Sí?

—Buenos días, don José Félix, aquí Pedro Urraca. Es importante.

—Ya, ya imagino. Diga, Pedro, diga.

—Me comunica el alto mando alemán que han entrado en el edificio de la calle Marceau, número once. ¿Le suena, verdad?

—¡Hombre! ¡La sede de mis paisanos, los súbditos de Napoleonchu! ¿Y qué, quedaba algo allí? ¿No se lo habían llevado todo?

—Eso es lo bueno, señor embajador. Todos los ficheros llenos, las carpetas, los papeles... Todo está allí. Intacto.

Hay un silencio breve. Perplejo, el embajador responde al fin:

—No puede ser, no pueden haber sido tan inconscientes. Serán papeles sin importancia, Urraca. Han tenido tiempo sobrado para sacar lo que tuvieran de comprometido. Desde Dunkerque esto se veía venir...c

—No sé, don José Félix —la voz es seca, endurecida aún más por el filtro telefónico—. Pero ¿le parece si se lo pedimos y le echamos un vistazo a todo

eso?

—Écheselo, Urraca, écheselo, por si acaso. Confío en su perspicacia, pero ya le digo que no me parece fácil que el gobiernito de mis paisanitos haya dejado atrás papeles de enjundia. Ya me cuenta, de todos modos. Diga que la embajada española se hace cargo de ese gallinero. Que llamen al primer secretario. Al fin y al cabo, aunque les doliese, españoles eran, súbditos españoles son. Luego me paso por allí. Al mediodía. Y tomamos un aperitivo. Ya me cuenta. Hasta luego.

El hasta luego del policía Pedro Urraca, adscrito a la embajada española, con el número de carnet 447 del Cuerpo General de Policía, se pierde en el trayecto del auricular desde la oreja de don José Félix al soporte. El diplomático retoma las tijeritas y vuelve a su delicada labor, aunque cualquiera diría que hay un gesto algo más risueño en el rostro relleno y autocomplaciente del embajador, ocho apellidos vascos, familia de clase media, abogado, becado en Londres de joven, nombrado alcalde de Bilbao por las autoridades franquistas, hasta que se ha considerado su valía, conocimiento de idiomas y buen hacer para la embajada de España en París, donde está realizando una implacable labor contra los refugiados republicanos, los enemigos del Estado, como él no duda en llamarlos, y sobre todo contra sus paisanos los nacionalistas vascos, contra los que ya tuvo sus rifirrafes escritos y orales antes de la guerra y con los que discrepa a más no poder en cuanto al modelo de patria, española o vasca, según se mire. Ahora, el embajador ha recordado, no sabe por qué, sus jóvenes años londinenses, cuando mantuvo correspondencia con un Unamuno exiliado por la dictadura primorriverista. Aún guarda las cartas. Y ahora él, contra otros exiliados. ¡Qué le vamos a hacer! ¡Pero esto es muy distinto, pero que muy distinto...!, suspira en voz alta el embajador, alzando los hombros y aprobando en el espejo el final de los retoques en su estilizado bigote. El perfecto bigote de moda en España.

* * *

Bayona, 22 de junio, 1940

En Bayona, en San Juan de Luz, en Biarritz no estaban acostumbrados a los desfiles militares. No a los que en este instante atraviesan las calles principales, en una brumosa, húmeda mañana de junio, con banda de música y todo. Los alemanes han llegado ya hasta las últimas ciudades del sur de Francia, y a modo de alarde, antes de distribuirse por cuarteles y casas, desfilan por los lugares más vistosos. Bien ordenados, sonoras las botas claveteadas al golpear el suelo, serios unos, sonrientes otros, justo al pasar por delante de los mandos que contemplan el desfile es cuando hacen durante un centenar de metros ese llamado paso de la oca que luego todos los niños imitarán, jugando a invasorcitos en su infantil inconsciencia. Cuando calla la banda, los soldados cantan. Canta mucho este ejército. Cosas militares, conocidas algunas, como «Alte Kameraden», puramente nazis, como el «Horst Wessel», o folclóricas, como el «Drei Lilien». Y por supuesto en Francia no puede faltar «La Guardia del Rin», ahora que encima es suyo en las dos orillas del sur, al haber recuperado Alsacia y Lorena. «*Zum Rhein, zum Rhein, zum deutschen Rhein...*» alzan la voz al llegar al estribillo. Esa es quizá la canción que más les molesta a los franceses. Sin quizá.

Delante de los uniformes grises han desfilado hoy por Bayona otros de negro, impecables, más altos, más marciales si cabe, más arios, se diría. Son de la división SS Standartenführer, una de las de élite, a la que se ha querido bajar hasta este extremo de Francia, quizá como ostentación o como premio a sus componentes tras haber atravesado en veloz triunfo el país entero, y ahora podrán así tener unos días de descanso en estos lugares idílicos de veraneo en los que apenas se ha disparado ya un solo tiro, con el Gobierno francés dividido entre la rendición y el exilio. Al otro lado del río Adour, que las mareas ensanchan considerablemente, está el barrio de Saint Esprit. También desde allí han cruzado el puente sus habitantes para ver el anunciado alarde de las tropas de ocupación. Pero muchos de los vecinos de ese barrio tienen aún más motivos de inquietud que el resto de sus conciudadanos. En ese barrio se concentra la minoría judía de Bayona. Viejos apellidos españoles y portugueses que echaron raíces en el lugar desde los siglos XVI al XVIII, huyendo de la Inquisición. En el barrio de Saint Esprit, en algunos momentos y algunas calles y callejones como la rue Maubec o el pasaje Sainte Catherine, huele a chocolate. Los judíos peninsulares lo trajeron a Bayona e

hicieron de la ciudad la capital en Francia de dicha exquisitez. Ahora, los reposteros del pueblo elegido tiemblan esperando lo que también puede pasar en Francia. Lo que más o menos saben que ha pasado y está pasando en Alemania. Aunque siempre los hay optimistas: No, *mon vieux*, no será para tanto aquí, ya veréis, esto no es Alemania, llevamos aquí demasiado tiempo, somos un pilar demasiado importante en la economía de la ciudad... Cosas así. De todas maneras, hoy han acudido pocos fieles a la gran sinagoga de la calle Maubec. El espectáculo estaba indudablemente en la calle. La gran sinagoga ha estado hoy casi vacía. Arriba en su frontal, la fecha de 5597 del calendario judío, equivalente a 1837 de la era cristiana. Y casi frente al sólido templo, el viejo hospital *pour malades et vieillards pauvres israelites* que en 1861 construyeron los banqueros Rodrigues y Salcedo, según indica la lápida gris en su fachada. Todo eso, ahora, pendiente de otras leyes, de otros hombres.

Desde una de las aceras del bulevar junto al río Adour, un grupo de vascos españoles, exiliados desde la caída del norte en la guerra civil española, observa con gesto concentrado el paso de las tropas de a pie. Tras ellas, ahora, las motos con sidecar provisto de la terrible ametralladora MG-34, y apenas pueden entenderse luego, debido al atronador ruido de los tanques que cierran el improvisado desfile y los vehículos semioruga SdKfz, algunos arrastrando piezas artilleras de diversos calibres. Luego cerrarán los ágiles Puma, con neumáticos y torreta artillada, y los poderosos camiones con material vario. Toda una exhibición de fuerza, una advertencia para la población que apenas se cree aún lo que está viendo, por más que lo viera venir. Seis semanas, repiten algunos. Seis semanas tan sólo hemos resistido... No pocos de quienes vencieron y sobrevivieron en el Marne, en Verdún, en el Somme, lloran de indignación, de tristeza, de vergüenza, de todo. A pocos metros de allí, en las extensas lápidas sobre el talud del jardín del castillo viejo, están los nombres de más de mil bayoneses que cayeron hace veinte años en la guerra que iba a acabar con todas las guerras. Ahora, el acre olor a gasolina quemada por los motores alemanes tarda en abandonar las calles de la ciudad de Bayona.

Uno de los bayoneses, o baionarras, como le gusta decirlo a él, que anda en este momento viendo el desfile alemán es Eugéne Goyeneche,

vascofrancés pero afiliado al PNV, dice que como seña de unión entre Iparralde y Hegoalde, Euskal Herría, la norte y la sur. Antonio Labayen, exalcalde de Tolosa, está con su hijo Ramoncito, Ramuncho le llama. El donostiarra Javier de Landáburu es el tercero del grupo. Apenas terminado el alarde militar, con el aire aún apestando a la gasolina quemada por los vehículos, Labayen se dirige a su hijo.

—Epa, mútil, etxera. Venga, Ramuncho, a casa.

—¿Ya vais a hablar de vuestras cosas? —frunce los labios el chico.

—Lo que sea. Venga, tú a casa. Y al piano. Repasa ese impromptu, que la amachu dice que no te sale bien. Ojo a la mano izquierda. Hale, tú a lo tuyo. Yo llevo enseguida.

Antonio se gira sin comprobar que su orden se cumple, porque se cumple, y un cariacontecido Ramón abandona con paso desganado el grupo de mayores. Eugéne propone un vino en L'Aurore.

—Por aclamación —responde Javier alzando los hombros.

—Como consuelo —rectifica Labayen.

La taberna L'Aurore está cerca del viejo mercado de la ciudad, estilo Eiffel, y pocos metros antes de que el pequeño Nive desemboque en el Adour. Hoy está llena. Parece que todos los que han visto el desfile han optado por consolarse allí. O quizá algunos para celebrarlo, nunca se sabe. Pero no se habla de otra cosa. Hay una indudable admiración ante el material humano y mecánico que ha pasado ante sus ojos, pero el sentimiento general es de una pesadumbre resignada, un qué va a ser ahora, quién nos va a gobernar y cómo, qué va a pasar con nuestra esperanza, con nuestros aliados los ingleses. Toda una catarata de preguntas, de incertidumbres, sin ninguna respuesta segura por el momento. Una voz, no sabe de dónde, habla de que si los boches son socialistas, aliados de los rusos. Otra responde que sobre todo son alemanes. Alguien en un lado asegura que van a poner en su sitio a los patronos. Otro responde que no lo cree, y que se llevarán la riqueza del país. Las discusiones suben de tono. Ahora que han llegado los invasores se expresan en voz alta las dudas e ideas que estuvieron sólo apuntadas en los enervantes meses de espera desde septiembre del año pasado. Ahora que ya no hay nada que hacer, o todo que hacer, aparecen los planes, las opiniones que durante estos meses apenas asomaban en las conversaciones, como si en

realidad la guerra no fuera a llegar nunca, como si el peso de un millón y medio de muertos franceses en la guerra de hace veinte años hubiera sido suficiente barrera para disuadir a unos y a otros, para impedir la llegada del desastre.

—Yo, la verdad, no sé qué van a hacer —comienza Goyeneche—, pero de entrada, en mi casa, que nos han metido a dos oficiales, son de lo más educado y discreto.

—Ya —responde Antonio Labayen—. Pero son invasores, no lo olvides. No los has convidado tú. Y respecto a nosotros, a ver qué hacen, si nos devuelven a España a todos o qué.

Javier Landáburu estaba con el vaso en los labios, pero con la mano libre niega en el aire.

—No creo —asegura a renglón seguido—. Ya veis el campo de prisioneros de Gurs. Han salido los alemanes preventivos, normal. Pero también los vascos. Esta gente no querrá líos con nosotros.

—¿Piensas que les importamos mucho los exiliados vascos? —abre mucho los ojos Labayen, antes de echar un trago.

—No —interviene Goyeneche—, pero no estáis buscados ninguno, ninguno de aquí, que yo sepa. No tenéis delitos al otro lado de la frontera, salvo ser vascos...

—Que no es poco en los tiempos que corren —corta Labayen.

—No, en serio —sigue Goyeneche—, pero ninguno tenéis delitos que llaman de sangre, o casi ninguno. Los gudarís han salido casi todos de los campos y las cárceles españolas en estos tres años. Por fortuna no hubo casi delitos comunes en Hegoalde, sólo estar alistados en la Gudarostea, en los batallones de gudarís vascos. Y se acabó. No os reclama nadie, no sois tan importantes. Otra cosa será, digo yo, los dirigentes huidos, Aguirre, Leizaola, gente de altura. Esos sí tendrán que temer. Los que estén o estaban en París y por ahí.

—Pero esos están a salvo, por ahora, creo —responde Landáburu—. Ya nos habríamos enterado de lo contrario.

—Anda, anda, nada de creo —Goyeneche hace un guiño y le da un suave codazo a su interlocutor—, que tú sabes más de lo que cuentas.

—Pues que sigan por ahí —confirma Labayen—. Nosotros, a esperar. Ya

no hay donde irse, como no sea a América, como han hecho algunos. Yo, por ahora, me quedo aquí con mi familia. Iparralde es también mi patria, qué demonios. ¡A ver, Pierre, llena aquí, por favor, de lo mismo!

* * *

*Caserío Oroquieta, Dancharinea (Pirineo navarro),
22 de junio, 1940*

—¡Pachiiii! ¡Pachiiii! ¡A comer!

La voz de Nekane rueda por la campa abajo y llega a la cerca de varas de castaño trenzadas donde el niño está jugando con el cordero casi recién nacido, ante la mirada desconfiada de la oveja madre. Pachi gira la cabeza, se alza la boina y bajo el filo negro ve recortada la figura de su madre con los brazos en jarra, ante la puerta del caserío, aguardando una respuesta, un movimiento. Aunque es junio sopla una brisa suave, inevitable, porque el caserío está prácticamente en la divisoria de las lomas que no saben que un poco más allá la tierra se llama Francia. Por el este se arraciman nubes capaces de concluir en lluvia a la tarde.

—¡Voooooy! —grita el niño sin incorporarse aún. Nekane aguarda inmóvil. Sabe que desde el voy hasta que vaya de verdad puede pasar algún tiempo.

El caserío Oroquieta es bajo, de dos plantas, amplio, bien encalado, con tejado a dos aguas. Tiene pequeñas ventanas irregularmente distribuidas arriba, y son grandes las dos simétricas de abajo que flanquean el arco de sillería vista donde se encaja el viejo y pesado portón de roble. Un largo banco de piedra corre a uno de los lados de la entrada. El caserío está bien y mal situado. Bien porque el terreno es bueno y jugoso, la construcción sólida y la comunicación con la carretera cercana muy buena. Mal porque está demasiado cerca de la frontera de Dancharinea, a unos cientos de metros de Francia, y por ello pasan cerca de allí más gente y más cosas de las que sus moradores querrían. Claro que ello tiene sus indudables ventajas. Josu Ibarrola, el hermano de Nekane, es en teoría agricultor, pero por allí todos saben que sobre todo es mugalari, experto en pasar la muga, la frontera, con personas a veces, y sobre todo con cosas. A pie, siempre. Hay piernas, por

ahora. Ni caballo tiene. Quizá por eso las posibilidades de contrabando están limitadas a lo que el cuerpo cargue y resista. Quizá por eso la Guardia Civil no se preocupa demasiado por un pequeño tránsito inevitable de mercancías que todos los habitantes de la zona con un buen par de piernas han practicado en una de las fronteras más antiguas y a la vez permeables de Europa. Lo que sí molesta un poco es cuando hay operaciones de contrabando a gran escala y por el caserío Oroquieta asoman grupos de guardias, como antes los carabineros, por si se han escondido allí partidas más numerosas o alijos de mayor cuantía. Pero en eso Josu es muy suyo. Nada de colaborar con bandas de altura, por mucho que le ofrezcan. Contrabando poco, pero honrado, suele decir. Y eso que a veces le han tentado con operaciones suculentas que ha dejado escapar. Mejor así, piensa. Quedar por cobarde, por pusilánime, cuando lo que es es prudente, práctico, y sobre todo porque por nada del mundo querría comprometer a Nekane y a Pachi. Bastante desgracia ya con haber tenido su hermana ese hijo siendo soltera. Bien majo que es, por cierto, con esos cinco años tan despiertos y tan cariñosos que tiene. Nada de aventuras por mucho dinero. El caserío, las ovejas y las cositas que uno va haciendo dan para vivir, para comer bien y para pasear por las ventas de Dancharinea, o por Dancharia, en la parte francesa, cada vez que se tercia. Por nada del mundo querría dejar de ver esos montes, esos campos con tantos verdes distintos, el valle, el canto de los pájaros. El monte Larrún, al sur, como una mesa gigantesca, y al otro lado el Pirineo, que se va encabritando y se pierde hacia levante, azuleando los montes en la distancia, pese a saberlos rabiosamente verdes. Bien que echó todo eso de menos en la guerra. El aita y la ama, desde el cielo, seguro que sabrán entenderle y estarán rezando por él a la Virgen de Aránzazu, porque si no, de qué iba a haber además escapado ileso tras toda la guerra en las brigadas navarras, que le tocaron cuando el servicio militar. Por poco le toca la mili en Bilbao. Entonces le hubiera caído ser gudari, seguro. Qué cosas, lo que mudó el destino el bombo de un sorteo. De vencedor a vencido, como fue el caso de su amigo, su gran amigo, Fernando Fagoaga, del caserío Zubiri, vecino al suyo, y también mugalari cada vez que puede. Desde pequeños, amigos. Ahora, con las cosas de la guerra y la política, distintos los dos. Pero en el campo, en el caserío, con las ovejas o el heno, la política no se nota. Y de noche, al atravesar la muga,

menos. Ahí, todos iguales, ahí, Fernando y él iguales, amigos a fondo, como siempre.

* * *

Bilbao, 22 de junio, 1940

En el hotel Carlton de Bilbao no cabe un espía más. Cualquiera que llegue pensaría que está viendo a señores serios, educados, de un lado para otro, bajo la bella cúpula ovalada de cristal, con bordes coloreados art decó, que culmina el salón central. Y serios y educados son, en público, aunque harían desaparecer a los adversarios sin pestañear, si pudieran. A veces pueden impunemente, pero pocas veces; tampoco conviene soliviantar a las autoridades. Ahora, tras la llegada de los alemanes hasta la frontera, las cosas se han puesto al rojo vivo. Han aparecido más viajantes de comercio de distintas nacionalidades, de antiguos países del Imperio Austrohúngaro, exiliados rusos, representantes de repúblicas iberoamericanas, y lógicamente ingleses y alemanes de pura cepa. Esos son quizá los que se preocupan menos en disimular. Demasiado evidente su filiación. O tal parece. El caso es que el hierro vasco y demás mercancías que salen de los puertos del norte de España con diversos destinos resultan material sensible para unos y otros. El mar es inglés, en su superficie, pero por el aire y bajo el agua la cosa no está tan clara, y los distintos fletes se arriesgan a la confiscación, al inesperado torpedo, al hundimiento. Todo tiene que ver con informes que salen de Bilbao, referentes a cargas y destinos hacia uno u otro de los países en guerra. Y un avispero de hombres y mujeres zumba alrededor de la información que las potencias beligerantes reclaman sobre el movimiento marítimo de la zona. Los confortables salones inferiores del hotel son los lugares preferentes de encuentro. La mayoría de los coches, de los pocos coches que se ven en Bilbao, acaban en algún momento dirigiéndose a la plaza Elíptica, al Carlton.

Hace un día bochornoso de junio que probablemente estalle en tormenta por la tarde. Desde su bien situada habitación en el hotel, el cónsul Pat Dyer ha oído una de las señales convenidas, tres discretos pares de golpes a la puerta. Va hacia ella y abre confiado. La habitación del hotel es amplia,

amueblada con gusto de principio de siglo en tonos marrones cremas, y un sofá y dos sillones a juego, ante una mesa ancha y baja. Hay un gran escritorio junto a la gran ventana que da a la plaza, y por una puerta lateral se ve la cama sin hacer en el dormitorio adjunto. La luz, tamizada por unos visillos color marfil, entra extensa por el ventanal.

—Good morning, Peter

—Mooooorning... —siempre arrastrando mucho la primera sílaba.

—¿Qué tal?, ¿hay novedades?

—¿Y qué día no, míster Dyer?

—Ahora, con los alemanes recién llegados enfrente, imagino que tendrán esto más controlado, que tendrás algo que contarme.

—Bueno, es para lo que han llegado hasta aquí, supongo.

—Siéntate, Peter, siéntate. Sé que no es tu hora aún, pero ¿quieres tomar algo?

—No, gracias, señor.

—Entonces, con tu permiso...

El cónsul Dyer va hacia un armarito del que saca una botella de whisky. Llena la tercera parte de un vaso.

—Un poquito. Mi desayuno. Hay que adelgazar —se justifica.

El agente Peter Wood, o Pedro del Bosque, como se llama en España, sonrío a su jefe. Dyer es tan alto como Peter, un poco más gordezuelo pero dando en general una sensación de solidez, con bastante pelo y este bien peinado hacia atrás y totalmente blanco, al igual que un considerable bigote también blanco, lo que le da cierto aire exótico, de extranjero, a un kilómetro de distancia, y más con su piel sonrosada, los ojos azules y su doble papada típicamente británica. Estaría bien enfundado en uniforme de oficial de lanceros bengalíes, lo que por cierto estuvo a punto de ser en el periodo de entreguerras, antes de dejar el ejército. Peter sabe que él tiene menos tipo de inglés puro, lo que unido a su perfecto dominio del castellano le hace el agente ideal para fisgar por cualquier sitio, por si no fuera bastante ventaja su doble nacionalidad, de lo que hace uso según conveniencia.

—¿Te ha visto alguien subir, Peter?

—Creo que no, Sir, he subido por las escaleras de servicio, como siempre que está en la puerta de la calle Rodríguez Arias nuestro colaborador

Ochotorena.

—Y así debe seguir siendo, Peter. Eres uno de nuestros agentes más «limpios», y así debe seguir, mientras se pueda.

El cónsul toma un pequeño sorbo y chasquea la lengua.

—Well, Peter, my boy..., voy directo al grano. Nos vas a hacer falta en la frontera, en la muga, como le dicen aquí.

—¿En qué zona, Sir? —en el «my boy» ya se esperaba Peter algo raro. No falla.

—Vas a cubrir la más cercana de Navarra. En el Bidasoa tenemos, ya sabes, a Morris y a O’Flaherty, que sabrán de ti en todo momento, como tú de ellos, y a quienes podrás siempre acudir en caso de apuro.

—¿Apuro?

—Verás... —Pat Dyer busca las palabras. Otra mala señal, piensa Pedro—. Como sabes, la reciente zona ocupada por los alemanes es muy estrecha por aquí abajo, junto a la frontera...

—Lo he visto en los mapas, Sir. Con su permiso, ya me los he estudiado. Me temía que, dado mi conocimiento del idioma, me iban a enviar para allá.

—Estupendo, Peter, estupendo, eres un hombre con iniciativas siempre encomiables —Dyer toma otro sorbito—. Sabrás que han establecido una zona prohibida de veinte kilómetros de anchura en la costa.

—En efecto, Sir, sólo para los naturales, imagino que con los correspondientes *ausweis*, los pases.

—Exacto. De esos te haremos uno, por si acaso, pero no lo uses si no es absolutamente preciso, ya sabes. Por lo pronto vas a ser representante de maquinaria para cortar y trabajar maderas. ¿Sabes algo de eso?

—Poco, Sir, más bien de electrónica, ya sabe, y algo de hierros.

—Bien, Elisabeth te llevará esta tarde a las nueve a tu casa la documentación de tu nuevo oficio y unos cuantos textos ilustrados sobre tipos de árboles y zonas de producción justo en esa parte norte de Navarra y sur de Francia. Haciendo honor a tu apellido, te vas a especializar en bosques a uno y otro lado de la frontera, para comprar y vender madera, así como maquinaria de tratamiento de esta. Naturalmente, eso te dará lugar a observar *in situ* los movimientos de tropas enemigas en la parte francesa de la frontera, y en la divisoria entre la zona ocupada y la zona de Vichy, esa que llaman

libre. En la zona costera prohibida, ya te digo que no serás tan necesario. Hay allí otro contacto.

—Entre otras cosas, porque allí hay poca madera, supongo.

—En efecto, sería menos justificable tu presencia, pero ya te digo que por si acaso, te daremos también un *ausweis* y un domicilio ficticio, que es el de uno de nuestros colaboradores en la costa. Pero sólo deberás usarlo en caso de extrema necesidad. Irás armado con tu pistola española, la Astra esa para la que tienes permiso.

—Entendido, Sir. ¿Y el paso de la zona ocupada a la de Vichy?

El cónsul se pasa la mano por el blanco bigote, un gesto instintivo, como de alisárselo, cosa innecesaria, dado lo compacto y bien cuidado que lo lleva.

—Es mucho más laxo, por el momento, Peter, y más tratándose de un agente comercial que llevará su coche lleno de catálogos de maquinaria para maderas y cosas así.

—Ya, señor. Y a propósito del coche...

—Tendrás uno.

—Pero no me diga que otra vez el Hillman.

Toma otro sorbito el cónsul antes de contestar.

—Lo has adivinado, Peter, el Hillman. ¿No te gusta?

Pedro se mueve con aire evidentemente incómodo en el sillón.

—Verá, Sir, no es que no me guste, es que creo que yo no le gusto a él.

—Peter —alza británicamente la cabeza el cónsul—, me atrevo a decir que para ser un agente de la inteligencia inglesa tienes unas ideas un poco estrambóticas sobre los vehículos a motor. ¿Qué es eso de que tú no le gustas a ese magnífico vehículo?

—Verá, Sir, como usted sabe, lo han utilizado varios agentes.

—Sí.

—Pues sólo le da por estropearse cuando va conmigo. Me ha dejado ya tres veces en la carretera.

—Y quizá te deje cuatro, Peter, pero no puedo asignarte más que ese magnífico modelo 1929. Es el más potente y fiable, acabamos de revisarlo. Es además el más elegante, el que más te mereces.

—¿Está usted siendo irónico, Sir?

—Certainly not, my boy. En absoluto —miente ostentosamente Dyer, con

un dedo en la sonrosada barbilla—. Pero es el que ahora tenemos libre, y sobre todo al que se le pueden cambiar las matrículas con mayor facilidad, y para el que tenemos también la documentación del coche ya elaborada, lo cual quizá te puede llegar a hacer falta, no lo olvides. Para ese caso hemos preparado ese otro juego.

—En ese caso, Sir...

—En ese caso, te ruego lo recojas lo antes posible, ya sabes dónde. Y que esperes a la linda Elisabeth esta tarde..., con la documentación. Espero noticias tuyas, Peter. Un placer verte, as usual.

Josu Ibarrola y Fernando Fagoaga se han acercado a la venta Pello, en Dancharinea, cerca de sus respectivos caseríos, a tomar unos chiquitos. Como suelen hacer algunos días al caer la tarde. Fernando sobre todo a ver a Felisa, la chica que ayuda en el bar. Pero hoy hay excesivo movimiento de uniformes. Varios guardias civiles en el lado español están junto a dos coches pequeños, grises, de chapa corrugada, rueda de repuesto sobre el capó y considerable altura del vehículo sobre el suelo. Son los Kubelwagen, que los franceses ya se han acostumbrado a ver más de lo que les gustaría. Los vehículos van ocupados por alemanes con gorrilla cuartelera, salvo uno, que lleva esa gorra militar tan típica con el frontal levantado. Es el que debe saber español porque es quien está charlando con el sargento Olvera, rubiasco, cara de niño pero mirada seca, junto al que está el cabo Cuevas, alto, cetrino, cejas al pelo, y al que siempre le reluce el diente de oro al hablar o al mantener el sempiterno cigarro en la comisura de la boca. Los guardias han visto venir a los dos amigos, a los que sobradamente conocen, pero apenas han hecho por saludarlos, mientras conversan con los alemanes. Un movimiento de cabeza del cabo Cuevas ha sido suficiente señal de reconocimiento como respuesta al saludo que ha hecho Josu con la mano.

—Están en la parte española —comenta Fernando. No andan muy cerca del grupo pero la instintiva discreción le hace hablar bajo.

—Están donde quieren —también Josu habla bajito—. Y milagro que no se nos metan definitivamente aquí.

—¿Tú crees?

—No sería imposible. Ya estuvieron por aquí en la guerra. El oficial ese es de aquellos. Mira con disimulo a la insignia grande con espadas cruzadas en el pecho.

—¿Y?

—Es de la legión Cóndor. Todos los que estuvieron aquí la tienen.

—Jodidos. Los que bombardearon Guernica.

Alza Josu unos hombros escépticos:

—Sí, pero la gasolina la suministraban los americanos, te recuerdo. Entre unos y otros, tan contentos. Y tú y yo aquí, dándonos de hostias.

—Anda que si llegamos a habernos visto tú y yo de frente... Joder, qué trago. Lo he pensado muchas veces, ya sabes.

—Más de uno ha habido así, te recuerdo. De eso nos hemos librado.

—¿Pasamos a Dancharia para beber más tranquilos? El vino en casa Valence es igual de malo. Ya veré a la Felisa otro día.

—Bueno, pero saludando bien a los guardias, que así más o menos nos autoricen. Eso les gusta.

Josu se acerca un poco más al grupo.

—¡Cabo! ¡Buenas tardes! ¡Con su permiso, que vamos a tomar un poco de matarratas a la venta allí!

—¡Vale! —responde bronco Cuevas—. Si no, os ibais a colar de todos modos por el cauce del río...

Siguen los dos amigos carretera adelante, pero de pronto una voz les detiene. Es la del sargento Olvera.

—¡Eeeh, vosotros! ¡Venir para acá!

No hay otra. Josu y Fernando se giran y dirigen despacio hacia el grupo. Todos los están mirando.

—Usted dirá, sargento.

—Nada, aquí el sargento alemán, que ya estuvo aquí en la guerra, y dice que quiere hablar con alguien de aquí sin uniforme. A ver, eso dice.

No se percibe el alivio que sin duda acaban de experimentar Josu y Fernando cuando es este quien responde.

—Pues nada, lo que guste mandar.

El alemán es alto, joven aún, bien plantado, y con una agradable sonrisa que se mantiene mientras habla.

—Sargento Félix Loffler. Encantado de conocerlos.

—¿Habla español? —pretende sorprenderse Josu, que ha hecho por no mirar la insignia histórica sobre el pecho.

—Sí. Estuve aquí en la guerra de ustedes. Casi toda. En intendencia. Me gustó su país.

—Y ahora, de vuelta por aquí otra vez —apunta el cabo Cuevas sin mirar, mientras lía hábilmente un cigarro.

—Bueno, por aquí no, por Francia, y en otro plan distinto. Muy distinto. Pero yo me acercaré a España cada vez que puedo. ¿Ustedes son de por aquí?

Sí —se adelanta Olvera—. De estos caseríos, ¿verdad? Agricultores y ganaderos.

—Eso, campesinos, baserritarras que se dice por aquí también —aclara Fernando.

—Baserritarras —ríe el cabo Cuevas—, y mugalaris, también, por usar más palabras en vasco, ¿verdad?

—Si usted lo dice, cabo... —sonríe Josu.

—Hombre decirlo, no. Más bien afirmarlo.

—¿Qué es eso de mugalarris? —pregunta Loffler.

—Mugalaris, con una erre, sargento —le aclara Cuevas—. De los que pasan cosas por la frontera. Ya ve usted, tan cerca..., pues eso, que pasan cositas a veces, de un lado a otro, cuando no los vemos.

—Hombre, cabo... —pretende excusarse Josu.

—Venga, venga, que estamos en confianza —corta Olvera—. Ya sabe usted, Herr, la fauna que se da en todos los lugares fronterizos. Y estos no son de lo peor. Uno de ellos fue hasta requeté en la guerra.

—¿Viven por aquí? —sigue la sonrisa en el alemán.

—Allí Fernando y allí yo —señala Josu con la cabeza hacia los dos caseríos cuyas tejas oscuras asoman tras las suaves lomas cercanas.

—Bueno, pues ya pasaré alguna vez a visitarlos y a charlar con ustedes, si estos señores me dan permiso —indica a los guardias.

Por nosotros —alza los hombros el sargento Olvera—, siéntase como en casa. Total, ya casi están...

—Gracias, sargento. Señorres —dice dirigiéndose a los dos amigos—, no quiero distraerlos de sus vinos. Encantado, y hasta la próxima, como dicen ustedes. Ya vendré por aquí. Soy destinado a esta zona.

El sargento Loffler estrecha las manos de Josu y Fernando, aprende sus nombres, y a renglón seguido estos se dirigen con paso sosegado hacia la venta del lado francés. Al despedirse de los guardias han visto el sol brillar mínimo un instante en el diente de oro, en la sonrisa irónica del cabo Cuevas.

* * *

El joven e impulsivo Eugéne Goyeneche ha seguido editando la revista nacionalista *Euzko Deya* en Bayona. Los alemanes no sólo no le han molestado durante los pocos meses que llevan de pacífica ocupación por la zona sino que el editor y director ha podido ver que alguno ha comprado la revista en algún puesto, imagina que para leer los artículos que están en francés o en castellano, porque supone que los que están en vasco no los entenderán.

Pero el alemán que acaba de aparcar ostentosamente la moto con sidecar frente a la pequeña oficina de la redacción no parece traer ninguna revista en la mano, sino que se dirige directamente al interior del edificio. La motocicleta, una Zündapp KS 750, de las que suele llevar la Wehrmacht, ha quedado custodiada por el soldado que va en el sidecar, lo que hace que los viandantes, niños sobre todo, la miren y admiren un poco, de lejos, ante el gesto seco del militar, que descansa las manos sobre la horquilla donde a veces va una ametralladora pesada.

Eugéne Goyeneche no es muy alto ni tiene una gran presencia física, por más que la boca expresiva, los vivos ojos tras las gafas y el abundante cabello ondulado den a su fisonomía cierto aire singular. El alemán le lleva una cuarta, por lo menos.

—¿Herr direktor? —se ha dirigido justo a él; lo conocen, está claro, entre los otros tres hombres y una mujer que hay en el lugar, todos de repente inmóviles, como en una foto.

Goyeneche no habla alemán, por lo que contesta medio titubeando, en francés.

—Sí, sí..., soy yo, en efecto.

Como toda respuesta, el alemán se lleva la mano al bolsillo inferior de la guerrera y le alarga un sobre oficial donde está escrito su nombre y la dirección del diario. Sin más explicación se vuelve hacia la moto tras un seco «Gutten Tag» y un atisbo de sonrisa.

Arrancada y ya lejos la motocicleta, Goyeneche tiembla un poco al abrir el sobre. Sus tres colaboradores se acercan y, dadas las circunstancias, las cabezas se arraciman indiscretamente sobre la inesperada correspondencia.

Es una carta con membrete de la comandancia general, escrita en perfecto y educado francés, donde se ruega al director de *Euzko Deya* que tenga la bondad de pasarse por allí mañana a las doce y pregunte por el capitán Alfred Toepfer, que estará encantado de ofrecerle un aperitivo y de entablar una conversación sobre un tema que sin duda será muy provechosa para ambas partes. Hay una tarjeta adjunta con el nombre del capitán, que se ruega se muestre a la entrada.

La sorpresa es excesiva. Los cuatro pares de ojos leen dos veces en silencio la carta antes de que nadie diga nada. Los comentarios se agolpan luego, se solapan las palabras, las opiniones. Goyeneche, de todos modos, ha emitido un profundo suspiro de alivio.

Al día siguiente, el director de la revista más nacionalista que se publica en el País Vasco francés está a las doce menos cinco en la entrada de la comandancia alemana, aduana central de la República Francesa hasta hace unos meses. Allí muestra la tarjeta y le hacen pasar a una salita donde apenas tiene que aguardar unos minutos.

Un alemán alto y robusto, con bastante cara y tipo de alemán, pero de indudable distinción en facciones y modales, abre la puerta y le sonrío antes de decirle en un francés casi perfecto:

—¿Es usted el señor Goyeneche, verdad?

—Ja, Herr Hauptmann —ha tenido tiempo de aprenderse como se dice el grado. El alemán ríe con mayor franqueza y le invita a pasar la vez que le estrecha la mano.

—No, por favor, no se preocupe por el idioma. Yo hablo algo de francés. Usted bastante tiene con el francés, el español y el vasco, que domina tan bien.

—Bueno, es mi idioma natal...

—Por supuesto, señor Goyeneche. De eso vamos a hablar, entre otras cosas. Siéntese, por favor. ¿Puedo ofrecerle un vino blanco, fresco?

—Sí, sí, muchas gracias.

—¿Un Chablis, por ejemplo?

—Perfecto, Herr Toepfer, perfecto...

El alemán se dirige hacia una neverita que hay en una esquina del despacho, camuflada en el resto de la amplia librería de madera. Saca dos

copas y una botella tipo borgoña, perlada por el frío. La abre, llena las copas y coloca la botella en un cubitero con un poco de hielo que había también preparado. Goyeneche le ve hacer todos los movimientos sin prisa, como si no hubiese guerra, como si el anfitrión no tuviera otra cosa que hacer en toda la mañana. No sabe por qué, o sí sabe por qué, pero se encuentra de pronto bien. El alemán le está recordando a Goyeneche a esas personas importantes con las que a veces se ha cruzado en la vida y que, paradójicamente, mientras más importantes, más le hacían sentirse importante a él, comportándose como si tuviesen todo el tiempo del mundo para dedicárselo, esa delicadeza quizá adquirida pero siempre meritoria de gentes de altura que con su atención y trato sosegado transmiten parte de su categoría.

—A su salud —alza suavemente la copa Toepfer sin chocarla y da un pequeño sorbo. Sigue mirando sonriente a Goyeneche. Por indicación del alemán, se han sentado en dos amplios butacones cercanos a la ventana. Lo que es la ocupación, piensa el vascofrancés; nunca antes había pisado esto, y ahora aquí, invitado, a la vista de ese escudo nacional enmarcado en madera en la librería, con el gallo francés y todo, cacareando inmóvil, y que no sabe que los alemanes le han dado en toda la cresta.

—Bueno, don Eugéne, se dirá usted por qué le he pedido que venga, y de qué tenemos que hablar, ¿verdad?

—Pues sí, la verdad, sí, Herr Hauptmann.

—Llámeme Alfred, por favor. Lo del grado militar es para moverme mejor entre el ejército, créame. En realidad soy un poco antropólogo, un poco estudioso..., y un poco organizador y hombre de negocios. No haga demasiado caso al uniforme.

—Pero está usted en la Wehrmacht.

Toepfer mira, se diría con displicencia, a su impecable uniforme, a sus altas botas relucientes.

—Circunstancialmente, Eugéne, si no le importa que le llame así. Circunstancialmente, ya le digo. Tampoco es muy original. Casi todos los alemanes están hoy uniformados, sean militares o no, y esperemos que llegue pronto el día en el que podamos ponernos ropas más civiles, más, digamos..., normales. Eso, sí, militar o no, debe usted tener en cuenta que soy alemán, perfectamente alemán, si quiere, y sirvo a mi país, un país que está en guerra,

en una guerra que, le recuerdo, nos declararon ustedes cuando íbamos a compensar la humillación de Versalles..., pero, bueno, no le he llamado para hablar de eso, evidentemente, sobre lo que sin duda usted tendría argumentos que contraponerme.

—Es posible...

—Es cierto. ¿Un poco más de Chablis? Creo que la temperatura es la apropiada. De vinos saben ustedes un poco más.

—La temperatura es perfecta, Herr Alfred. Gracias.

Tras rellenar las copas, el capitán se recuesta en su butaca y mira al techo, ampliando la sonrisa.

—¿Ha oído usted hablar de Olivier Mordrelle?

—¿Olier Mordrel?

—En efecto, así es como se hace llamar en lengua bretona. Ya veo que sí. ¿Qué le parece ese hombre y lo que representa?

Goyeneche se toma un tiempo brevísimo para lo que sabe que será una respuesta decisoria.

—Me parece bien su postura, su movimiento.

—A nosotros también. Estamos en estrecho contacto con él.

—¿A «nosotros», Herr Alfred?

—Le voy a ser sincero. Le he llamado para eso. Quiero decir a quienes en el Reich estamos por la unificación de la nueva Europa bajo las banderas de los pueblos, no de los Estados políticos. El Reich no es algo monolítico, Eugéne, no en su proyecto geográfico, aunque pueda parecer lo contrario. Existe una corriente, como le digo, de la que formo parte, que quiere recomponer el continente según sus fronteras étnicas, sus razas, sus pueblos, sus tradiciones y sus lenguas, y no según la conveniencia política de quienes por ahora han gobernado las naciones. ¿Me explico?

—Perfectamente... Perfectísimamente, Herr Alfred.

—En realidad, con otra intención, desde luego, eso es lo que defendieron los tan cacareados catorce puntos del presidente americano Wilson respecto a los derechos de los pueblos al final de la anterior guerra, y que como usted sabe se utilizó unilateralmente por los vencedores para destrozarse el Imperio Austrohúngaro y, lo que fue peor, para mutilar a Alemania.

—Sí, Herr Alfred.

—Y... siento que en el lote entrasen también Alsacia y Lorena, que acababan de volver a sus legítimos dueños.

—Si usted lo dice, Herr Alfred...

—Lo digo yo y lo dice la voluntad de nuestro pueblo, como usted recordará que pasó hace unos años en el Sarre, que Francia quería adjudicarse y un plebiscito volcó abrumadoramente a favor de Alemania.

—Eso sí que es cierto, Herr Alfred.

—Por cierto, Eugéne, dígame simplemente Alfred o si quiere, Herr Toepfer. No mezcle ambas cosas.

—Sí, Herr Toepfer.

—No, bueno, mejor Alfred a secas. No se fije en esta situación, no se deje impresionar por este uniforme, por favor. Sé que no es fácil, pero por favor, hágalo. Cuando la guerra acabe y vayamos los dos de paisano le será aún más fácil.

—De acuerdo, Alfred. Delicioso el vino.

—Venga, un poco más, pero no se lo beba tan rápido —dice paternalista Toepfer—, que así, sin comer, se le va a subir a la cabeza.

—No crea, Alfred, estoy algo acostumbrado.

—Bien, el caso es, Eugéne, como usted ha podido ya imaginar, que en esa Europa de los pueblos, la personalidad vasca resulta una de las más fascinantes. Su idioma, sus orígenes desconocidos...

—Antiquísimos, Alfred.

—Bueno, desconocidos, al menos. Le recuerdo que hasta el siglo décimo de nuestra era no hay nada escrito en vasco, y ello aparece junto al castellano.

—Le veo muy enterado.

—Y hay gentes mucho más enteradas que yo, y que son las que me han informado del tema. Ya le presentaré a algunos. El caso es, de entrada, como le digo, que los vascos, con sus tradiciones, su singularidad, sus lauburus solares, merecen mejor suerte, la unidad completa que en realidad son, pese a estar en este momento divididos entre España y Francia.

—No puedo estar más de acuerdo, Alfred.

—Ya. Estoy al corriente de sus escritos, de su revista. De todos modos no tengo que decirle que ustedes no son únicos. Los bretones, ya sabe, los normandos y los corsos en Francia, los catalanes y gallegos, en España. Y por

supuesto en Gran Bretaña, los galeses, irlandeses y escoceses. Ese país sí que está pidiendo a gritos una separación de sus pueblos..., cuando ganemos la guerra, claro. Pero no dude que entonces se hará.

—¿Y puedo preguntar, Alfred, por qué esa idea, esa corriente en el Reich por la Europa de los pueblos y no de las naciones, con los conflictos que ello indudablemente va a suponer, ha supuesto?

—Amigo Eugéne, el Reich tiene propósito de durar mil años, como poco. Hay que intentarlo. Y una de las formas es esa, pueblos distintos, propios, singulares, unidos por voluntad propia, no política, bajo su protección. Pueblos liberados gracias al Reich y que indudablemente le estarán agradecidos por ello. Así habrá, se lo aseguro, una Europa mucho más pacífica, más racional y más racial, más humana, en consecuencia; mucho más humana.

—¿Y qué papel pinto yo en todo esto, Alfred?

—No se haga el humilde. Su publicación mantiene la llama de la unidad vasca a este lado de la frontera. Lo hacían desde París, y ahora desde Bayona. Tiene usted aquí además estrechos contactos con importantes exiliados de la parte vascoespañola.

—No crea que yo...

—No se moleste en negarlo, Eugéne. Son además contactos muy útiles. Pueden ser muy útiles para esta idea que le he expuesto y que hay que desarrollar en futuras reuniones con usted y con otros de su grupo y del mío.

—Pero no crea usted que todos están por colaborar...

—Tampoco me lo tiene que asegurar, Eugéne. Sabemos de los contactos de una gran parte del Partido Nacionalista Vasco con nuestros enemigos británicos y americanos, con la estúpida esperanza de que si ganan la guerra les concederán ese Estado unificado del que acabamos de hablar...

Goyeneche alza los hombros sin saber qué decir. Toepfer bebe un poco y sigue, mirando ahora hacia cualquier punto de la librería:

—Tonterías, Eugéne, tonterías, y usted lo sabe. No querrán molestar a un Franco neutral ni a una Francia unificada si ganan. Lo de Wilson tuvo su momento, que pasó —vuelve hacia Goyeneche una mirada firme pero no agresiva—. Bajo la única bandera que yo les prometo su Estado independiente es bajo la protección del Reich. Pero sería un Estado vasco

unificado. Eso sí que puedo y debo prometérselo... Qué, ¿terminamos la botella? No me dirá que estaba malo. Y con este calor, entra que ni se nota, ¿verdad?

* * *

La tarde otoñal está húmeda, sin lluvia aún, pero la brisa del Cantábrico promete otra noche mojada. Las borrascas parecen haber comenzado a encadenarse y llegan una tras otra, con pequeños periodos de descanso. Algunos hombres y mujeres se quejan, por inercia, pero el campo, el monte, si pudiese hablar, alabaría sin duda a esa agua que muta en verdor, en vida multiplicada y omnipresente.

Desde la ventana del caserío, Nekane, que ha levantado los ojos de la costura, ha visto como el coche llegaba despacio a la rasante de la carretera cercana, la parte más alta de los alrededores, se detenía, y cómo luego el conductor se ha bajado, ha levantado el capó, ha mirado dentro un instante, y luego a ambos lados de la carretera. Josu, por su parte, está leyendo. Lee mucho desde que volvió de la guerra. Antes, poco. El pequeño Pachi anda entre jugando y peleándose con el gato, y el gato con él. Luego le araña y se queja. Pero acaban haciendo las paces. Se quieren. Quizá se necesitan. Nekane piensa que necesitarse y quererse son dos cosas que están muy juntas. Había vuelto los ojos a la costura, y al levantarlos ahora ha visto de pronto, al otro lado de la ventana, al hombre del vehículo, que se ha acercado andando despacio y está ya casi en la puerta de la casa. El coche, en lo alto de la cuesta, permanece con uno de los laterales del motor levantado, como el ala de un gran insecto metálico.

—¡Kaixo! ¡Arratsalde on! —saluda a la vez que llama a la puerta con la palma de la mano.

Es Pachi quien va veloz a abrir, adelantándose a Josu.

El forastero tiene una sonrisa amable, relajada, y mira hacia el interior mientras dice:

—¿Un poco de agua para el coche ya podrían darme?

Josu se ha acercado ya a la puerta.

—Hombre —ríe—. Barata petición, pues. Todo fuera eso. ¡Pachi, trae el cubo grande!

El desconocido, inmóvil en el porche, echa un vistazo a la agradable penumbra del interior del caserío donde aún hay una luz pasable que llega, además de por la puerta abierta, desde las dos grandes ventanas al exterior. El suelo es de piedra muy usada y fregada. Gruesas, irregulares vigas de castaño oscuro cubren la estancia y brilla un fuego, aún pequeño, dada la estación del año, en el fondo del hogar. La amplia chimenea está coronada por un crucifijo grande, antiguo, a cuyo lado hay varios platos con decoración varia entre la que se vislumbran varias lauburus de brazos curvos y otras de brazos rectos; los ancestrales símbolos solares vascos. Hay además varias fotos sepia enmarcadas sobre la repisa de piedra. Cuelgan relucientes cacharros de cobre de distintos tamaños, y hay varias sillas toscas, sólidas, además de una mesa oscura, ahora vertical contra la pared, con dos bancos corridos entre los que debe caer cuando se abata y apoye en el gran pie que ahora cuelga inmóvil. Se aprecia orden, limpieza y un bienestar austero. Huele a piedra húmeda, a madera encerada, en contraste con los aromas agropecuarios del exterior.

Nekane mira en silencio al recién llegado. No es en exceso joven pero da una sensación de serenidad, de dominio de sí, que le agrada. No es nada feo, ni bajo, por otra parte. Y por esos incomprensibles, complicados, eficaces códigos por los que una persona nos gusta o no a primera vista, a Nekane le ha parecido bien el forastero. Él no ha tenido tiempo de apreciar a la chica, que está a contraluz y acaba de volver los ojos a su costura tras haberlo observado unos instantes.

—Venga, vamos a ver esa falta de agua —Josu ha llenado el cubo—. El radiador, supongo.

—Eso quiero creer.

—Epa, voy con vosotros —dice Pachi.

Nekane, que en ese momento estaba mirando de nuevo al forastero, ha creído verle una rara, inesperada muestra de contrariedad ante las palabras del niño.

Los tres se dirigen al vehículo.

En efecto, el radiador humea y al abrirlo borbotea aún con el último resto de agua.

—Hay que esperar un poco a que se enfríe —comenta el viajero, y se apoya en el coche con gesto resignado.

—Buen cacharro, amigo —comenta mientras Josu, admirativo. Pachi está dando vueltas al vehículo, mirando los detalles. En un instante en que está al otro lado, el viajero comenta veloz y en voz baja.

—¿No podrías alejar al chaval, Josu? Tengo que hablarte.

Josu mira de hito en hito al viajero, tarda en reaccionar, y al fin dice:

—¡Pachi! Vete y dile a Nekane que abra una botella de sidra y prepare unos vasos y algo de queso. Del bueno, pues.

—¡Voy! —y en la voz ya ha empezado a correr.

—Obediente chico —comenta el viajero, mirando al niño volar hacia la casa.

—Oiga, ¿cómo es que sabe usted mi nombre?

—No es difícil —el viajero sigue mirando hacia el caserío. Habla suavemente—. Los demás saben siempre más de nosotros de lo que pensamos. Creo que eres un buen mugalari.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Rezola y Borné, tus compañeros, o tu competencia, según se mire. Son quienes me han dado tu dirección y tus referencias.

Josu relaja el gesto, se apoya en el vehículo y habla también con pretendida displicencia, sin mirar a su interlocutor. Comienza a arreciar el viento.

—¡Ah, bueno! Buena recomendación esa, pues. Qué, ¿algún servicio?

—Posiblemente más de uno. Peligrosos, te adelanto. Puedes decir que no, cuando lo sepas.

Josu alza los hombros y sonrío:

—De entrada le digo que sí.

—Espera a saberlos, Josu. Y tutéame. Me llamo Pedro. Pedro del Bosque.

—Encantado. Josu Ibarrola, ya sabe —siguen hablando sin moverse ni mirarse.

—Y me va a hacer falta la ayuda de otro, en realidad de bastantes más, pero, de entrada, de tu amigo y vecino Fernando Fagoaga.

—Vaya, se ve que ha tomado informes —sigue distanciado, sin tutear—. ¿No será usted de la brigadilla de información de los civiles, o de aduanas?

—Sólo puedo decirte que no, y que tienes que creerme. Y más que me creerás cuando sepas los trabajos que son. Y por favor, insisto, tutéame.

Seguramente nos queda mucha charla por delante.

—Bueno, vale. Y lo de Rezola y Borné, algo hace también. A ver, riesgo siempre hay, en todo en la vida.

—No te quepa duda. No he escuchado consigna más estúpida que esa del Duce de que hay que «Vivere pericolosamente». Como si vivir no fuera ya suficientemente peligroso todos los días.

Ríe Josu antes de contestar.

—Pues sí, algo de eso hay, pues. A ver esos trabajillos. Que ahora, con la puta guerra en Francia, la cosa se ha puesto difícil. La muga está bien jodida. Por los dos lados. Hay pocos trabajillos. Pero Fernando es de confianza también. ¿Pagan bien?

—Bastante bien. Pero es peligroso, ya te digo.

—Y yo te digo que no me importa. Estoy acostumbrado.

Pachi vuelve ya, a la misma velocidad a la que había partido.

—¡Que sí, que vale, que cuando acabéis, y que a lo mejor llueve!

La tarde se cierra en efecto en una lluvia mansa, eficaz, callada, que los cuatro contemplan desde la casa con una botella de sidra y un plato de queso ahumado que requiere otra botella para terminarlo. El coche, en lo alto de la cuesta, brilla con el agua que lo lava despacio. Terminada la parca colación, Pedro pregunta qué se debe, más por educación que con verdadero propósito, y en efecto, los de la casa casi se enfadan por ello.

—Pues mil gracias, y hasta otra. Voy a hacer esta ruta en estos meses. Vendré a veros cuando pase por aquí.

Nekane sonríe ligeramente pero no contesta.

—Venga, Pedro, te acompaño al coche con el paraguas —dice Josu.

—¡Yo voy también! —grita Pachi.

—Ni hablar —dice Josu. El paraguas da solo para dos.

Ya por el camino, es Pedro quien da instrucciones.

—El martes que viene quiero veros a Fernando y a ti en la venta Pello, allí arriba. A las ocho de la tarde.

—Ojo, que allí paran los guardias.

—Ya lo sé. Volveremos aquí, al caserío, hablando de la sierra mecánica que quiero venderos.

—¡Pero si yo no la uso!

—Pero yo te la quiero vender, Josu, hombre. Aunque luego no me la compres.

—¡Ah, vale!

—Por cierto, ¿es tu mujer?

—No, es Nekane, mi hermana.

—Bonita, Muy seria, pero bonita.

—Bonita, pero con poca suerte. El niño es de ella, lo ha tenido de soltera. Pero es muy majo. Lo quiero como a un hijo.

—¡Bah!, Josu, eso es lo que importa, que sea majo. Lo otro no tiene importancia.

Y Josu tiene una larga sonrisa al despedirse de Pedro y estrecharle la mano.

En efecto, debía de ser el radiador, aunque Josu piensa ahora que ha sido una avería provocada, para llegarse al caserío. Seguro, se dice. El coche ha arrancado perfectamente, y sus tenues pilotos rojos se han perdido pronto entre la noche lluviosa en la suave cuesta hacia el paso fronterizo.

* * *

—Sí, sí, aquí Lequerica, el embajador. Sí, póngame con él, claro, no tengo toda la mañana... ¿Qué hay, Castillo? ¿Qué tal por los parises?... Bueno, por aquí por Vichy, imagine, esto es un convento... Sí, sí con buenas aguas termales, muy sano, sí, pero un convento... El agua es buena para las ranas, pero lo bueno de Francia es el vino, el que no se han llevado nuestros amigos alemanes, que creo que a veces les cambian las etiquetas para que se crean que están bebiéndose el mejor. A ver, no muy refinados estos chicos, claro... Sí, sí, no me diga... Bien, por lo demás bien... ¿Y el asunto de los papeles esos de la delegación vasca?... ¿Siguen ahí? Pero, hombre de Dios, si ya hace seis meses que los revisamos y se quedó en mandarlos a Madrid... No, si ya sé que se habrá escabullido toda la gente que pueda estar comprometida, pero es interesante que en Madrid tengan esos documentos físicamente delante y sepan exactamente qué información les han pasado estos paisanos míos traidorzuelos a los aliados... No, no, si ya sé que no será muy importante y que sus propios agentes americanos o ingleses la habrán conseguido mejor, pero es por saber por dónde iban esos chicos descarriados, qué intenciones

tenían... Sí, Castillo, sí, ya sé, está todo bajo control, pero pueden hacer daño si siguen trasteando, por ejemplo en las comunidades vascas en Hispanoamérica. Y más con dinero de los americanos, claro. Se mueven allí bastante... No, aquí dentro no, y en la zona ocupada creo que no demasiado... Sí, claro que estoy informado. Ybarnegaray, el ministro del mariscal, me tiene al tanto... Gran vasco, sí, pero aún más francés, como debe ser... Claro, claro... Venga, Castillo, diviértase, que usted puede... ¿Yo? Qué va. ¿No le digo que esto es un jodido convento? Aquí el único que parece que lo pasa bien es el mariscal... Sí, sí, vejete y todo, sí, pero le van las mujeres y la buena mesa que no vea usted... A ver, hecho un reyezuelo medieval... No, yo no..., No, si tendré que acabar casándome... Por supuesto que le avisaré... Por supuesto... Ande, a ver si me manda algunas botellas de esas que usted sabe... Como valija diplomática, por supuesto, ¿no se las va a beber un diplomático? Pues eso... Venga, un saludo, Castillo, téngame al tanto, adiós, adiós...

* * *

La puerta y ventanas de la pequeña redacción de la revista *Euzko Deya* están cerradas. No se ve una luz desde fuera. Se diría que no hay nadie. Error. En un despacho interior, sin ventanas, a puerta cerrada para que no se filtren al exterior sonidos ni luz alguna, están sentados alrededor de la mesa Eugéne Goyeneche, Antonio Labayen, Javier Landáburu y Mirenchu Etchezerreta, esta última en representación de las mujeres del PNV en el exilio vascofrancés. Han entrado todos por la puertecita trasera que da a un callejón, y por ella piensan salir cuando terminen. Son órdenes de Goyeneche, que no quiere comprometer más la revista a los ojos de los alemanes y a los de los agentes españoles que pululan por Bayona. Que nadie les interrumpa ni nadie sepa de la reunión. Es la norma. Casi todos fuman, y el humo obliga a veces a airear el cubículo, guardando entonces un rato de silencio. Discreción total, insiste Goyeneche.

—Bueno, en fin —resume Landáburu—, que te han ofrecido un plan, pero hay que ver lo que dice el resto del ejecutivo, del Euzkadi Buru Batzar.

Labayen alza los ojos por encima de las gafas al preguntar:

—¿Y quién lo reúne, con casi toda la gente fuera, unos colaborando y

mucho con los aliados y otros cuantos todavía en chirona en España?

Es Goyeneche quien primero le responde.

—Habrà que hablar con los que se pueda, con los del interior, en España, con los de aquí, y con los de América, como se pueda, pero no podemos tardar mucho en la respuesta. Va venir gente más gorda. Puede ser la gran ocasión para Euskal Herría.

—Hombre —apunta Landáburu—, habrá que apuntarse alguna vez al carro de los vencedores, digo yo.

—Cuando España iba bien y éramos parte de ella estábamos en ese carro, ¿no? —sonríe inocentemente Mirenchu.

—Eso fue hace tiempo, Miren. El concepto nacional apenas existía, ni por supuesto el nuestro. Siempre hemos sido distintos. Y España ya no es un país vencedor. Ya es hora de que esa diferencia se plasme en un Estado propio. Ya lo apuntó bien claro nuestro fundador, Sabino.

—De todos modos, ya que estamos en confianza, ¿vosotros creéis que es sólo cuestión de raza pura? —habla Labayen—, porque yo, la verdad, a los maquetos o a los franceses a veces los veo como a nosotros. Y a veces más guapos.

Goyeneche, quizá el menos agraciado físicamente del grupo, fulmina a Labayen con la mirada.

—Joder, Antonio, no es cuestión de belleza, es cuestión de sentir la raza, su tradición, su sangre. ¿Tú la sientes?

—Hombre, claro —alza los brazos Labayen al contestar—. Si no, ¿por qué estoy aquí?

—Pues eso es —le responde Landáburu—. Demasiado puros estamos, a pesar de tantos siglos de invasión. Y sobre todo la lengua, Antonio, la lengua. Y tú que has sido alcalde lo sabes. El otro día me lo decía José Miguel Barandiarán, ese sí que es un sabio, que la lengua, si se pierde, entonces estamos nosotros perdidos.

—Hombre, en las capitales —insiste Labayen—, se ha perdido bastante, ya sabéis. Yo mismo admito que no la hablo bien, bien del todo.

—Pues hay que recuperarla —apunta Goyeneche—. En una generación, en dos, en las que sea. Por los medios que sea.

—Hombre, por los que sea, no —dice Mirenchu—, no va a ser a costa de

tiros en la nuca, por ejemplo.

—No digas barbaridades, Miren —le mira muy serio Landáburu—. Recuerda lo que escribía Sabino sobre el traidor y bajo maqueto, comparado con la nobleza del vasco. Nosotros siempre de frente, en lucha noble, como es nuestro estilo. El tiro en la nuca jamás será nuestra arma para una Euskadi mejor. Entre otras cosas, porque ya no podría ser mejor a ese precio. Esas cosas manchan a un pueblo para siempre. Nosotros, eso, nunca.

—Bueno, vale, vale, que nos vamos por los cerros de Úbeda, como dicen los españoles —trata de cortar Labayen—. Entonces, ¿hay colaboración o no? ¿Y hasta dónde?

—Si puedo hablar... —apunta tímidamente Mirenchu. Un murmullo de obvia aprobación le permite seguir—. Yo diría que somos un pueblo cristiano, católico. Eso nos ha diferenciado hasta de nuestros compañeros del Frente Popular...

—Es evidente —quiere intervenir Landáburu.

—No he terminado —aparece una cierta energía en la voz de Mirenchu—. El caso es que los alemanes, aunque tengan esos signos parecidos a nuestras lauburus, son un pueblo, una ideología pagana, lo tienen bien claro. ¿Cómo casa eso con nosotros?

—Mirenchu —se adelanta suavemente Goyeneche—, verás, los alemanes no son un pueblo pagano. El nacionalsocialismo sí es pagano, por lo general, pero admite a todas las religiones, siempre que respeten los principios de ese nuevo Estado. Tiene en sus filas a ateos, a ortodoxos, a católicos y a protestantes, incluso a musulmanes. Baviera, donde nació esa ideología, es la región más católica de Alemania, por si no lo sabías. Y además, en cuanto a nosotros, sólo seríamos un Estado protegido por ellos, no intervenido. Y sobre todo, unificados Iparralde y Hagoalde, como sin duda estuvieron hace muchos siglos. Ese es el plan, ya os lo he explicado, junto con otros pueblos de Europa que recuperarían su identidad estatal. Y muchos de ellos son religiosos, no se olvide.

—Bueno —sigue Mirenchu—, pero entonces, si pueden ganar la guerra y dominarnos a todos, aparte de cuestiones religiosas, ¿para qué van a querer que nos independicemos y les podamos dar la lata?

—Justo es eso, Miren —dice Goyeneche—. No son tontos, y saben que

pueblos satisfechos, renacidos gracias a ellos, estarían muy agradecidos y serían unos aliados fieles.

—¿Y de los aliados, si ganan ellos, no se puede esperar lo mismo? —pregunta Labayen—. Tú mismo nos has recordado al principio que tras la Primera Guerra Mundial ya hicieron eso en Austrohungría.

—Sí, pero si se me permite —interviene Landáburu—, con los aliados ya hay gente nuestra trabajando. Demasiada gente quizá. Nosotros tenemos que trabajar con estos. Hay que ser prácticos. Hay que estar con quienes puedan ganar la guerra.

—Que por ahora es cualquiera de los dos bandos —apunta Labayen.

—En efecto, Antonio —le responde Landáburu—. Y sería imperdonable que ganaran los alemanes y hubiéramos puesto todos los huevos en la cesta de los aliados. Así de claro, señores. Sería estúpido. Por eso estoy completamente de acuerdo con Goyeneche, y en cuanto tenga alguna opinión favorable más del Euzkadi Buru Batzar pienso que debemos comprometernos con los ocupantes y trabajar juntos en esa Europa de los pueblos.

Hay un breve silencio que vuelve a romper Labayen:

—Sí, claro, pero, ¿Y si pierden los alemanes? ¿Cómo se nos verá a nosotros, los que hayamos colaborado con ellos?

Goyeneche dignifica el gesto al responder:

—Nosotros, nuestro grupo, se habrá sacrificado por una buena causa, por una causa justa, por nuestra causa, la de la libertad e independencia de Euskal Herría, aunque llegue por mano de otros. Nosotros hasta estaremos mal vistos. En realidad, el grupo que trabaje con el perdedor estará mal visto. Eso pasa siempre y pasará. Es el precio de la derrota.

Otro breve silencio que de nuevo rompe con un gesto escéptico Labayen.

—¿Y creéis que si los aliados ganan nos van a dar ese Estado unificado nuestro, a cambio de la ayuda que les estemos prestando, ciertamente, pero enfrentándose a España y sobre todo a la muy centralista Francia?

De nuevo un incómodo silencio que esta vez quiebra Goyeneche:

—Por eso, Antonio, por eso debemos estar al lado del Eje en esa cuestión. Intuyo que esa Europa de los pueblos sólo puede salir del dominio del Reich y de despedazar, no tengamos miedo a la palabra, de despedazar a estas nacionalidades, antiguas, sí, pero caducas ya y hechas con más criterio

político que étnico, como han sido Inglaterra, Francia y España, por ejemplo.

—No sé, no sé —dice Mirechu como hablando consigo misma—. Me da que si nosotros vemos hasta cien metros, los alemanes ven hasta ciento uno. Y los ingleses hasta ciento dos. Pues sí. Y en esos metritos está la diferencia, la ventaja final. Me da a mí...

Alguien va a responder cuando suenan varios golpes a la puerta de atrás, la del estrecho callejón. Todos se miran. Brilla una pregunta en los ojos, una sombra de sospecha o incluso de acusación hacia cualquiera sabe quién del grupo. Es Goyeneche quien habla rápido.

—¿Quién podrá ser? Nadie sabía de esta reunión. ¿Alguien había comentado algo a alguien?

Todas las cabezas niegan en silencio, y es entonces cuando se oye la voz de Ramoncito Labayen que desde la calle grita:

—¡Aita! ¡Aita! ¡Que dice el ama que a ver cuándo vas, que la cena está ya más que fría!

Todas las miradas convergen en Antonio Labayen, que no sabe cómo excusarse.

—Puñetero niño..., no sé cómo imaginaba que iba yo a estar aquí. O mi mujer, bueno, a lo mejor lo ha pensado ella. Me habrá buscado en los bares de siempre y claro, al no verme, al no vernos a ninguno, como siempre estamos por aquí... ¡Puñetero niño!

Hay pocos clientes hoy en la venta Pello, en Dancharinea, no lejos del puesto aduanero, que en este momento tiene la barrera bajada. Cercano a la carretera va el río, el pequeño Olavidea, que no sabe que acabará llamándose Nivelles y llegará pronto al mar en San Juan de Luz. El curso de agua va flanqueado por un bosque ligero, irregular, enmarañado de arbustos, de zarzas sobre todo, donde zigzaguean los pájaros carriceros y del soto a cualquier hora del día, donde el verdor forma una red aromática y tupida, tan agradable para la vista y el olfato como incómoda para su tránsito. Sólo los mugalaris, de vez en cuando, y de noche siempre, se atreven a recorrerla, sin miedo a los millones de espinas, como si fueran todas y cada una conocidas por ellos, como si a fuerza de audacia y tiempo se hubieran hecho amigos del embarazoso verdor, de los pinchos, de las incomodidades, de las cuevas arriba y abajo, de las barrancas repentinas, de todas esas palabras hostiles para el hombre de la calle cuando se da con ellas por vez primera.

La gendarmería francesa ocupa al otro lado las casetas cercanas a la barrera, pero de vez en cuando asoman los verdaderos amos, los alemanes, a darse una vuelta, a ver cómo va todo, a lo que quieran. Además, el paso no está lejos de una zona aún más sensible, la línea de costa, rigurosamente prohibida salvo a quienes puedan documentar que viven dentro de ella. Los pases se miran y remiran en los controles. Los *ausweis* alemanes se complementan con los documentos franceses, y es preciso tener todos y cada uno en regla.

El tiempo desapacible mantiene hoy a la gente recogida. El tiempo y el endurecimiento de los controles en la parte francesa en este frío otoño de 1940. Habían sido demasiadas las personas pasadas a España desde la ocupación. Incluso ya desde unas semanas antes, desde que los alemanes comenzaron imparables hacia el sur, comprimiendo la comunicación con el mar por la conocida carretera Nacional 10, que hasta hace poco sólo repartía

complacidos turistas por los bellos lugares de la costa atlántica. Quienes huían ahora eran gentes de todo tipo, desde millonarios que pueden darse el lujo de vivir en el país donde quieran, hasta militares, oficiales sobre todo, del derrotado ejército galo, que han cruzado a una España hosca con el iluso propósito de reintegrarse no se sabe por dónde a una guerrilla de resistencia aún inexistente y que no aparecerá del todo hasta que las tornas de la guerra no cambien. Además de los ricos y los militares, han llegado y pasado o intentado pasar gentes del común, extranjeros, es decir, británicos que estaban de trabajo o vacaciones, holandeses, polacos o belgas que han conseguido llegar huyendo hasta aquí abajo. Pero llevan todos la denuncia en el pasaporte, en sus lugares de origen; ciudadanos que no tienen otros bienes que sus conocimientos o sus manos. Ciudadanos de una Europa ocupada. Tienen derecho a la desconfianza y al miedo. Entre los franceses que han pasado abundaban los judíos, es decir, franceses de confesión judaica. Algunos llevan en el país tantas generaciones que han perdido la cuenta. Otros sí que lo saben, como los que no han querido permanecer en Bayona; sus apellidos portugueses o hispanos denotan un origen sefardita que sumado a la cercanía con España había permitido mantener el ladino, la vieja lengua de cuando la expulsión, apenas evolucionada. Habían llegado hasta Bayona muchos de ellos, huyendo del ciclón persecutorio, y ahora se encuentran con más hermanos de raza y fe que constituían una próspera comunidad en la ciudad de los Bajos Pirineos, con la elegante sinagoga decimonónica en el barrio de Saint Esprit. Los alemanes no la requisarán hasta el año 1942, pero ya no hay quien se acerque a ella. Temen señalarse, y además no hay culto. Cerrado está el portón metálico que da al patio de entrada. Los judíos franceses tienen un terror más que comprensible. Primero, en la Francia de Vichy les perseguirán los eficientes gendarmes paisanos suyos, por orden de los alemanes. Después serán los alemanes mismos. En poco tiempo pasarán a llevar, de entrada, la estrella amarilla sobre el pecho o la manga de la chaqueta. Luego se verá qué se hace con ellos. La palabra deportación tiene el sentido turbador que aún, por ignorancia, no es todo lo terrorífico que llegará a ser. Ha habido que buscar en ficheros policiales, en registros municipales, porque vistos así, en la calle, no era fácil diferenciarlos del resto de sus compatriotas. Físicamente son frecuentemente indistinguibles de los

galos de toda la vida. Pero no importa, de nuevo el destino errante, de nuevo la persecución, aunque sea por obra de otro país que no hace ni un siglo que se fundó como tal. De nuevo ellos los chivos expiatorios, de nuevo la sangría de una minoría acusada de acaparar riqueza, de monopolizar oficios que ejercían hasta ayer mismo en sus respectivas ciudades. De nuevo el pueblo elegido. Elegido para el martirio por los inescrutables designios de la Providencia.

Por su parte, Peter Wood, Josu Ibarrola y Fernando Fagoaga ocupan en este momento una mesa en un rincón de la amplia y poco iluminada sala baja de la venta Pello. Son muy distintos Josu y Fernando. Este, con su cabello rubiasco, rizado, ojos claros, nariz gruesa sobre labios también gruesos, y pocos de los rasgos físicos tópicos en los vascos. Josu, de similar estatura y complexión, tiene un cráneo y rostro mucho más ceñido a los cánones éuskaros, con ojos oscuros, nariz avanzada y curva, mandíbula más cuadrangular y cráneo dolicocefalo que tanto abunda sobre todo en la montaña vasconavarra. Josu y Fernando, tan amigos hasta la guerra de España y aún luego después de la contienda, cuando esta es ya un doliente recuerdo. Entonces, la buena vecindad más los cimientos infantiles y juveniles reconstruyen la relación que había desbaratado momentáneamente el terremoto bélico. Los caracteres de ambos, rurales, locales, también eran parecidos, y vuelven a serlo, ajustando de nuevo la realidad cotidiana por encima de diferencias que en opinión de los dos les llegaron más de fuera que de dentro. Han quedado marcados por derivas ideológicas encontradas, lo saben, pero con similar instinto de supervivencia afectiva, ambos son también conscientes que cualquiera de ellos podría haber estado en lugar del otro si el azar o la voluntad de terceros, es lo mismo, lo hubiera dispuesto así. Ese toque de instintiva sabiduría escéptica ha hecho no poco para que vuelvan a apreciarse, a frecuentarse como antes. A confiar en el otro como antes.

Hoy hay sólo un par de parroquianos en la barra de la venta, y en otra mesa dormita un hombre de edad. Aparte de tres vasos y una jarra, los dos navarros y el inglés tienen delante unos catálogos en color de sierras mecánicas. La venta, junto a la carretera, es antigua, grande, remodelada varias veces, pero ha logrado mantener una estética enteriza y lugareña bastante aceptable, sobre todo en la zona abierta al público. Paredes blancas

con zócalo de piedra gris, como la del suelo, y techos bajos con vigas vistas y tableros barnizados consiguen un aire recogido, amable, pese a la amplitud del espacio. Sillas y mesas sólidas, rústicas, oscuras de uso y tiempo. En las paredes, unos cuantos carteles descoloridos sobre las playas vascas y el juego de pelota. La vieja, amplísima chimenea, domina todo el muro del fondo, y a sus lados corren bancos de piedra donde, cuando el frío, y si el fuego no es muy fuerte, se sientan a beber y charlar los hombres. Mujeres, ninguna, o pocas. Extranjeras, a veces, en todo caso. Locales, nunca. Sólo el tiempo de comprar vino para la casa, cuando falta, y vuelta a salir sin hablar con nadie. Es la tácita norma antigua. La única mujer fija en el lugar es Felisa, joven, morena, compacta, guapota, jovial, a la que Fernando dirige de vez en cuando la mirada pero hoy no ve que se engarchen ni por casualidad los dos pares de ojos. Felisa nota, quizá en el tono bajo de la conversación, en la cercanía de las cabezas de los tres hombres, que están hablando muy de sus cosas, que no desean que nadie más entre en el tema, e instintivamente la muchacha se ha desentendido de ellos, sabiendo sin duda que ya llegará su momento, el que sea, cuando Fernando se le acerque y la requiebre con mayor o menor discreción, como suele, viéndolo venir siempre, como a un niño pequeño cuyas travesuras se intuyen, por más que él las crea originales e inesperadas.

—Lo que tampoco os garantizo en absoluto es que nadie salga en vuestra defensa, si os cogen —Pedro continúa hablando en voz baja, pero relajando el gesto, por quien pueda estar mirando—. Esto es absolutamente ilegal, claro, pero esto no es pasar mercancías. Si os cogen en España, aún tenéis escape, o por lo menos, seguiríais vivos. Si os cogen trabajando en la parte alemana, mejor no pensar lo que puede pasaros. Por supuesto yo me enteraría de inmediato y tendría también que desaparecer de estos contornos.

—Lo imaginamos —alza los hombros Josu—. De todos modos, no creas que los de la Garde Mobile o la gendarmería se andaban con chiquitas cuando nos veían.

—A un tal Iñaki —apoya Fernando—, se lo cargaron hace unos años los gabachos. Por diez paquetes de café que llevaba en la mochila. A veces son así de cabrones. Tiran a dar si no te detienes a la primera voz.

—Los alemanes quizá ni darían esa voz —dice Pedro—. Y menos de noche. Y si os cogen vivos es para sacaros información.

—Ya imaginamos —baja Josu aún más la voz—. Y no sé qué sería peor, que te dieran un tiro o los interrogatorios si te cogen entero.

—Por ahí por ahí de agradables deben de ser las dos cosas —da Fernando una larga chupada al quinto cigarro. Los enciende seguidos.

—De todos modos, vuestro cometido es pasar gente, sin importaros su nacionalidad. Todos irán por lo general de paisano, por lo que no tenéis que saber si son militares o no.

—Bueno, como los que hemos pasado hasta ahora. No sabíamos nada de ellos. Pagaban, y eso era todo.

—Exacto. Quede claro que es por dinero. Es un trabajo —insiste Pedro.

—Y trabajo es, pues, —insiste Josu, alzando las cejas y los hombros—. Yo, en esta guerra, ni entro ni salgo. Ya tuve bastante con salir vivo de la mía, me cago en todo...

—Entonces, de acuerdo —remata Pedro—. Trescientas pesetas por cada hombre pasado. Trescientas. Mujeres, por ahora, que yo sepa, no hay. Todos los aviadores ingleses y americanos son hombres, por el momento. Suelen estar en buena forma física, pero no es raro que se hayan lesionado en esos aterrizajes forzosos. Son los que pueden dar más problemas de transporte.

—¿Y el problema de la lengua? —pregunta Josu—, porque nosotros, de inglés, nada. Francés un poquitín, pero inglés, nada.

—Será un pequeño problema que habrá que solventar como se pueda. Todos los aviadores tienen instrucciones de dejarse llevar por donde la organización los conduzca. No tienen otra alternativa. Algunos han caído en trampas, en traiciones, en denuncias, y quedan prisioneros de guerra, pero saben el riesgo. Salir vivos de la caída de un avión les suele dar ya tal ánimo que por lo general les importan poco las penalidades para recobrar la libertad. Tienen órdenes de obedecer a los guías. Por señas, como sea...

En este momento se abre la puerta de la venta y se dibujan en la entrada dos largos capotes coronados por tricornios donde sobre el brillo del charol está el del agua que fuera cae a ratos, tormentosa y arbitraria.

—Buenas tardes la pareja —ha dicho veloz y en voz alta Felisa, antes incluso que los de la mesa del fondo los vieran.

—Si tú les llamas buenas... —rezonga el cabo Cuevas mientras con instinto profesional reparte la mirada por el lugar. Viene acompañado por

otro número de la Benemérita, nuevo por aquella zona. Moreno también, no tan alto, bastante delgado, de rostro inexpresivo, relativamente joven, pero con la mal rasurada barba muy cerrada, y un espeso bigote.

Sacudiéndose el agua de los capotes, sacando de debajo de ellos el fusil ametrallador, el que llaman naranjero, el cabo, y el mosquetón, el guardia. Los dos se acercan al mostrador, no sin haber echado ahora una mirada descarada y larga a la mesa del fondo, donde los tres hombres han enderezado un poco las cabezas, como dando una aire más relajado a la conversación. Los guardias piden café.

—Bueno, ¿pero te interesa o no? —alza la voz Pedro, no demasiado, señalando con el dedo a uno de los catálogos que hay sobre la mesa.

Josu se rasca la cabeza y mira a Fernando.

—Hombre, si la comprásemos entre los dos... Porque el ama tiene que dar su opinión también, pues.

—¿Tardaríais mucho? —pregunta Pedro.

—Bueno —justifica Fernando—, en estos días te decimos, pues.

Los guardias no miran hacia los tres hombres, aunque estos saben que están escuchando su conversación.

—Ya os digo que la cosa se puede pagar en seis plazos. Uno cada dos meses. Sale un poquito más caro, pero se nota menos.

En ese momento, el cabo Cuevas, que era quien estaba de espaldas a los de la mesa, se gira despacio y mira a Pedro.

—A ver, usted. Sí, sí, usted. Documentación.

* * *

Eugéne Goyeneche, Antonio Labayen y Javier Landáburu están dando un sosegado paseo por la orilla izquierda del Adour. Han pasado la confluencia del pequeño río Nive y han llegado casi hasta las afueras de la ciudad de Bayona. Se les acaba de unir Mirenchu Etchezerreta. Tocando desde lejos la campanilla del timbre de su bicicleta ha conseguido llamar la atención de los paseantes, que se han detenido hasta que la chica ha llegado a ellos y ha desmontado, optando por acompañarlos a pie, con la bicicleta de la mano. Mirenchu es un treintañera más bien alta, bonita, morenota, de complexión fuerte, rostro típicamente vasco de nariz poderosa y cráneo compacto sobre

cuello firme, pero mantiene una delicadeza de movimientos que casan con su mirada serena, y luego la sonrisa irónica casi permanente. Eso intriga un poco a Goyeneche, que a veces no sabe si el rictus es de aquiescencia, de amabilidad o simple socarronería.

La tarde se ha puesto apacible, y desde la orilla ven los paseantes desplazarse lentamente río abajo, hacia la zona industrial, a una lancha patrullera alemana, a la que han añadido en la proa, con largas barras horizontales, una red metálica vertical, varios metros delante de la nave, a modo de dragaminas improvisado. Va recorriendo despacio y en zigzag el río en dirección a la cercana desembocadura, porque ayer noche los ingleses debieron haber lanzado minas en la boca del idílico y navegable lugar, como suelen en los estuarios de los ríos franceses, desde la ocupación. No otra cosa se piensa que fueron los vuelos rasantes que se oyeron, y los reflectores y disparos trazadores de las defensas alemanas en Anglet y Boucau, al parecer sin éxito. No se iba a librar el Adour y su buen puerto fluvial, tan útil y bien protegido para suministros desde el mar a Bayona y Biarritz, y de allí adonde sea. Desde España, tan cerca, es desde donde vienen más barcos de pequeño y mediano tamaño, en navegación de cabotaje, muy ceñidos siempre a la costa, yendo a parar a los muelles, ahora celosamente vedados a ojos indiscretos, por más que acabe sabiéndose respecto a las cargas de hierro y carbón, que son las que más llegan desde el país vecino.

—Bueno, de todos modos —asegura Labayen—, en Gijón, en Bilbao, en Pasajes o donde sea, seguro que los aliados saben lo que se ha cargado y viene para acá.

Landáburu niega con la cabeza, autoritario como siempre.

—No creo, es muy difícil saber dónde va cada cargo, dónde termina. Y aquí, ya se sabe, la única vista sobre los muelles es desde las torres de la catedral y desde el fuerte en el cerro. Los dos sitios ahora tomados por los alemanes. Y la ría se hace tan ancha en la desembocadura, que apenas se aprecia nada al otro lado.

—En fin, chicos —apunta Goyeneche—, los suministros no es cosa nuestra. El espionaje de mercancías seguro que está controlado por otras gentes de uno y otro bando. Nosotros tenemos más problemas con Ybarnegaray, que nos quiere cerrar la revista, por lo que me he enterado, cosa

que, fijaros bien, no han hecho ni los alemanes. Y con el embajador Lequerica ese, vuestro paisano.

Ha señalado con la barbilla a Labayen.

—Oye, oye —contesta este—, a mí no me señales, que si es vasco franquista yo no tengo la culpa. Como vuestro Ybarnegaray, ya ves, ministro de Pétain, y haciéndonos también la puñeta a todos los exiliados, sin distinguir entre rojos y no rojos.

—Es que para él todos somos invasores, subversivos —sonríe Mirenchu—. Ya sabéis que no todos los vascos se sienten primero vascos. Los hay que se sienten ante todo franceses, como el ministro de Pétain, el Ybarnegaray ese, qué le vamos a hacer.

—¡Esa es nuestra labor! —Landáburu se detiene en seco, hace un gesto con el índice como de clavarlo contra el suelo—. Como con los vascos españoles. Que se sientan primero vascos, y españoles luego, si es que se sienten. Si no, pasa como con Lequerica. No he visto más perseguidor de exiliados que ese. Un paisano nuestro por los cuatro costados ¡Qué vergüenza! ¡Qué oprobio!

—Perseguidor de vascos nacionalistas, claro —afina Mirenchu.

—Es que yo no distingo, Miren. Un buen vasco tiene que ser nacionalista. Si no, no es nada.

—Sí, sí —alza los hombros la chica—, sí yo también lo pienso, pero eso díselo al general Solchaga, que fue el que tomó Donostia, con carlistas navarros, o a Aznar, o al Lequerica ese, y tantos y tantos...

—Para mí son vascos traidores —gesto de obviedad en Landáburu.

—Y para ellos lo somos nosotros. A ver.

—Pues eso, a ver quién gana.

Y el jeltzale se coge las manos tras la espalda, mueve afirmativamente la cabeza y concentra su mirada en el suelo al retomar el paso. Arranca él y arrancan todos, ahora en silencio durante unos instantes.

* * *

El cabo Cuevas mira detenidamente la cédula personal de Pedro del Bosque Urrechú; después, su pasaporte, luego, el carnet profesional, y por fin el del sindicato vertical de actividades varias.

—Bueno —dice el cabo incorporándose despacio y devolviendo los documentos a su dueño—. Todo en orden, parece. Ahora no le importará que le echemos un vistazo al coche. Debe de ser suyo ese negro de ahí fuera, ¿verdad?

—Exacto. En absoluto, señores guardias. Es su obligación, y está claro que saben cumplirla....

Ha escampado, o casi. Salen fuera los guardias con Peter. Josu y Fernando han optado por quedarse discretamente en la venta, cosa que aprovecha este último para cruzar algunas palabras amables, escasas, intrascendentes hoy, con Felisa.

En el exterior, los guardias echan primero una mirada detallada al Hillman, quizá incluso al tipo de barro que trae en las ruedas, y luego solicitan que se abra el interior, y por supuesto el portón trasero. Tardan poco en el repaso. Lógicamente, nada sospechoso a la vista.

—Bien, por nosotros, puede usted seguir con sus cosas. ¿Y tiene usted intención de pasar a Francia?

—Esas son mis órdenes, señor cabo. El mercado nacional está bastante flojo, y ya sabe usted que en esta vertiente norte del Pirineo hay tanta o más madera que en el sur, y que las herramientas vascas son bastante apreciadas por los franceses de esta zona, y de otras.

—Ya, ya imagino. Pues nada, tendrá usted que pasar más de un control en la zona alemana, ya sabe. Igual hasta no le dejan pasar por algún sitio.

—No se preocupe. Gracias. No pienso ir a la costa ni a zonas difíciles. Lo mío son los caseríos, los pueblos pequeños de la zona boscosa.

—Ya, ya imagino —brilla enigmático el diente de oro en la sonrisa escasa del cabo Cuevas, que antes de girarse repite con cierto retintín—: Ya imagino.

Entrados de nuevo en la venta, Pedro ve a Josu y Fernando, que bromea con Felisa.

—Bueno, qué, señor Ibarrola, ¿echamos un vistazo a ese maderamen, a ver qué tipo de discos le recomiendo?

—Repito que no tengo decidido nada, y que Fernando a lo mejor tiene que poner también de su parte —contesta Josu.

—Bueno, vemos también las necesidades y posibilidades del señor

Fagoaga.

—En mi caso —responde Fernando—, la amachu tiene la última palabra. Pero vamos, pues.

Los tres hombres salen sosegadamente de la venta. El cabo Cuevas los ha mirado con el rabillo del ojo, mientras Felisa observa del mismo modo al cabo Cuevas, a quien por cierto se le ha enfriado el café.

* * *

El embajador español don José Félix de Lequerica y Erquiza se repantinga en el sillón. Así apoya mejor la chepa, más acentuada de lo que quisiera, y que debe descansar siempre que pueda, según le ha dicho hace poco el médico, para que no le progrese. Un cincuentón debe empezar a cuidarse los huesos, entre otras cosas. Eso, y unos ejercicios para reforzar la columna. Todos los días. Pero al embajador se le suelen olvidar. Está más que preocupado con una de sus obsesiones: tener a raya a compatriotas que él resume como rojos y separatistas, de los que hay tantos refugiados en Francia, y sobre los que las autoridades alemanas o de la Francia Libre deberían hacer mayor presión de la que por ahora están ejerciendo. Hombre, piensa que el panorama está ahora bastante mejor que con el puñetero Frente Popular de Blum, que tan permisivo fue con la República española. Ya con Daladier la cosa mejoró. Y ahora, con los alemanes y Pétain, mejor, pero él querría más, más leña. ¿No ven estos cantamañanas franceses y los teutones que los refugiados españoles son el enemigo? ¿Que si pudieran se merendaban a unos y a otros? Pues no. Sólo su amigo Jean Ybarnegaray lo entiende. Ese sí. Y vasco, como él, pero más francés que vasco. Como él es más español que vasco. Y no hay más. Se acaba de tomar don Félix de Lequerica un excelente café, y se ha servido un culín de armagnac, a renglón seguido, para que le perfume la boca, dice, y ahora se pasa el dedo corazón de la mano izquierda por el muy perfecto y fino bigote, mientras con la derecha mantiene junto a la oreja el auricular, separándoselo de vez en cuando por los chirridos que se acentúan, mientras espera la conexión con Ybarnegaray, que le han dicho iba a ser inmediata. Y eso que se eligió Vichy por sus buenas comunicaciones telefónicas y por carretera con el resto de Francia. Pues sí, apañados estamos... Por fin, el aló bronco y seco de Jean Ybarnegaray. Lequerica domina el francés tan bien

como el inglés.

—¿Ça va, Jean, mon vieux, ça va?... Oh, sí, yo perfectamente por aquí. Aburrido, pero muy bien de salud, aunque supongo que no tan bien como tú... No, no, me halagues, que estoy deseando que nos veamos y tomemos un vino, un champán, lo que quieras... Sí, sí, ya sé que ya no eres ministro de la Familia ni nada de eso... Pues bien que lo siento, no sabe el maréchal Pétain lo que se pierde.... No, no, como tú no, no seas modesto. Y encima un pelotari de tu categoría... ¡Ah! ¿Qué te vuelves a tu País Vasco? Hombre, me parece muy bien dentro de lo que cabe... Sí, sí, claro, pues oye, a propósito de eso, tenemos que hablar sobre mis paisanitos de allí... Sí, sí claro, los que siguen a Napoleonchu... No, ese anda creo que ya en Estados Unidos, pero aquí siguen trasteando con la revista esa que no les han cerrado los alemanes... No, que digo yo si tú no podías hacer algo para meterlos un poco más en cintura, que tienen conexiones con España, con lo que ellos llaman la red del interior... ¿Que qué hacen? Pues imagínate, como esperan que los aliados les van a regalar un País Vasco para ellos, pues hala, a pasarles información sobre barcos, suministros, movimientos de puertos, etcétera. Hemos pillado a unos cuantos, pero hay más, seguro... Ya ves... Sí, imagino que del País Vasco francés también, seguro. Con estos tipos los aliados lo tienen claro... Sí, si ya sé que muchos van a misa, pero recuerda que se alinearon con el rojerío del Frente Popular, y todo porque les prometía un estatuto. Anda que si llegan a ganar la guerra los rojos se enteran... Y después hicieron su guerra aparte. Y se rindieron aparte, o eso pensaban... Qué te voy a contar que tú no sepas... Sí, lo que te he dicho antes, que si les ayudan les dan su país vasquito después de la guerra... Eso es, la parte española y la francesa. Así, de bien. Como lo oyes.... No, si no me lo tienes que decir, sí ya lo imagino... Mira, para que lo veas mejor, y perdón por señalar, por señalar a tu país. ¿Tú te acuerdas de los acuerdos Sykes-Picot por el que franceses e ingleses os repartisteis Oriente Medio y dejasteis con un palmo de narices a los árabes, que tanto os ayudaron, a pesar de las promesas de aquel Lawrence?... Exacto. Pues igual les pasaría a estos listillos... Sí, sí, no te creas, que si no, se lo querrán sacar al Reich... Sí, algo hemos sabido... Sí, sabes mejor que yo que los alemanes están en conversaciones con bretones, corsos, normandos, total, para hacer lo que han hecho en

Eslovaquia y Croacia, imagino, unos protectorados, controlados, controladísimos... Exactement, mon vieux, así sería aquí, pero con un pedazo de España y otro de Francia arrancados y pegados entre sí como no lo ha estado nunca en tiempos históricos... Exacto, te veo informado. Pues eso, ese movimiento, por muy aliados nuestros que sean los alemanes... Bueno, sí, pero son lo más parecido a unos aliados, no me dirás... Pues eso. Ni con los aliados ni con el Reich ni con san Reich podemos permitir ese destrozo de nuestras viejas patrias, Jean... Exacto, exacto... Pues eso, pásate por la embajada antes de volver a tu Bayona y charlamos del tema. Tenme al corriente. Confío en ti, mon vieux, au bientot... Agur eta gero arte, mútil.

Don José Félix de Lequerica y Erquiza cuelga despacio el auricular y mira por la ventana de su despacho. Vichy, provinciana, política por necesidad y por ubicación, se extiende ante él, elegante, otoñal y florida, con sus hoteles decadentes y otros recién construidos, todos ahora ocupados por ministerios y embajadas, en una extraña combinación apresurada que desborda evidentemente la capacidad física del lugar. Una rara sensación de estar en un pueblo, de verse todos, y todos los días, una molesta falta de intimidad, piensa el embajador solterón, que echa mucho, muchísimo de menos sus días en París. Igual de eficaces al servicio de su patria, por supuesto, pero más divertidos cada vez que se podía, más pícaros, infinitamente más pícaros.

Y el embajador se repasa con el dedo el hilo del muy cuidado bigote y toma luego otro sorbito del armagnac que ahora contempla, ambarino en la copa, mientras se le escapa una sonrisa boba recordando París, cómo no, París...

* * *

Ha dejado de llover y Peter piensa que es mejor dejar el coche junto a la venta y acompañar andando a sus dos hipotéticos clientes. Los tres caminan sin prisa, ya lejos de oídos indiscretos.

—Bueno —pregunta a los dos mugalaris—, ¿y sabe tu hermana, Josu, o tu madre, Fernando, a lo que os dedicáis, que supongo que sí?

Fernando contesta el primero;

—Bueno, la amachu no se mete nunca en nada. Es muy suya. Nunca hemos hablado de eso. En realidad de casi nada. Ya la conocerás, si quieres.

Es muy reservada. Y muy rezadora. Muy vasca. Supongo que con sus compañeras de misa comentará algo. Todos por aquí lo saben, lo comentan entre gentes de confianza. Luego, si la autoridad pregunta, nadie sabe nada. Lo normal, supongo.

—Nekane sí está más al tanto de mis cosas —es Josu quien habla—. Por lo menos hasta ahora. Es muy útil para proteger y justificar ante quien sea mis... despistes. Desde siempre. El niño, Pachi, es el que lógicamente ignora todo. Piensa que el caserío es toda mi vida, toda nuestra vida. ¿Crees que debo informar a Nekane también de esta labor? Tengo toda la confianza en ella, Pedro.

Pedro tarda en contestar, se le han profundizado los surcos en la frente. Se acaba de echar el grisáceo flequillo para un lado con un movimiento que en él es casi automático, y Josu, que le estaba mirando mientras preguntaba, ha percibido esa tensión interior que le asoma.

Casi han llegado ya al caserío Zubiri, al que van a ir primero. Pedro se detiene, lo que hace pararse también a los otros.

—Bien, Fernando, imagino que delante de tu madre no deberemos hablar de esto, por lo que haremos como si en realidad quiero venderos la sierra mecánica. Y en cuanto a Nekane, si tienes tal confianza y ha sido para ti una verdadera colaboradora, pues vale, Josu. Eso sí, en cuanto comiences con los trabajos, que ella no pase nunca a la parte francesa. Si los alemanes sospechan o saben algo irían a por ella para sacarle información sobre ti.

—Bueno, no solía pasar mucho. A Dancharia, y a veces hasta Cambó o Ahinoa. Para comprar algún encaje, alguna cosilla, ya sabes...

—Pues ni para eso, Josu. Debes comprenderlo, y que lo comprenda ella.

—Vale, si lo ves así...

—Es así, Josu, aquí no os jugáis una multa o cárcel. Sencillamente os jugáis la vida. Ya te lo dije. Y eso puede incluir a Nekane si pasa a la zona ocupada y la capturan.

Han llegado ya al caserío, y Fernando se adelanta a abrir la portezuela del cercado exterior.

Tras saludar a Carmen, la madre de Fernando, los tres hombres han pasado al cobertizo y echado una breve mirada justificativa a las maderas que ahí allí apiladas. Carmen, la etcheoandre del caserío, la amachu Carmen,

desde la puerta, los ve partir. Apenas ha hablado. Un saludo, y silencio inmediato. Pero unos cansados ojos grises, aún bellos, han escudriñado a Peter y es seguro que han visto algo. Eso al menos piensa el inglés, por la forma, la fijeza con que lo ha mirado aquella mujer más alta que su hijo, delgada, con la cabeza echada hacia atrás y el abundante cabello cogido en un elegante moño elevado que le da un aire de gran dama, quizá sin buscarlo, como inercia inconsciente de alguien que sabe que fue muy guapa, y que ahora, ya mayor, viuda, sola con su hijo en aquel caserío junto a la frontera, aún debe vivir de recuerdos, de lo que pudo haber sido su vida, que seguramente, dada su pretérita belleza, esperaría más señorial, ha pensado Pedro, bastante impresionado por el aspecto y el gesto de ama Carmen. Que aquella buena planta y buen palmito merecían más atenciones, quizás. Y ahora sólo le queda un rescoldo de ilusiones muertas que se resumen en el gesto de desdén y en el silencio como forma de protesta y de impotencia ante un mundo que evidentemente hace mucho que dejó de interesarle, porque él no supo interesarse lo suficiente por ella.

Los tres hombres salen a poco del caserío Zubiri y se dirigen al Oroquieta. Están cerca ambos lugares, pero no colindantes, lo que ha facilitado sin duda una buena relación entre ellos. Han de atravesar el prado del caserío Asparren, que limita con los dos por sitios distintos, y que sí tiene o ha tenido algunas cosillas de lindes con los de Josu y Fernando. En esa ausencia de límites comunes está sin duda parte de la amistad de los dos mugalaris.

Se ha echado casi la noche, y el camino de tierra destaca como guía, en la indecisa luz de una luna llena que las corretonas nubes no consiguen velar del todo.

Entran en el caserío Oroquieta. Con solo su fugaz visita anterior, y a Pedro ya le resulta un sitio familiar, agradable. Si será por Nekane, piensa. La chica se ha puesto de pie en cuanto los ha visto llegar. No es demasiado alta, pero tiene buen esqueleto y facciones armónicas. Los ojos claros, como Josu, y el cabello castaño igualmente ondulado, con abundancia femenina que en su hermano comienza a escasear. Nada que destacar en su complexión o facciones, pero nada que criticar, lo que crea una armonía agradable que hoy, con una sonrisa que no apareció el otro día, le da un aspecto decididamente atractivo.

Pachi está ya acostado, en su habitación de arriba. Puerta cerrada. No hay miedo a que escuche. Se oiría justo esa puerta, cuyos goznes Josu dice mantener intencionadamente sin engrasar como aviso de sus movimientos. Josu saca una botella de sidra, de la que hacen ellos, y Nekane se ha puesto a cortar unas rodajas de chorizo que acompañará con rebanadas de un pan grande, patriarcal, que se deja cortar con ruido rasposo en la gruesa corteza oscura.

Hablan los hombres de nuevo de detalles respecto a la misión que los va a unir. Nekane, como una más, sin intervenir aún, está junto a ellos. En un momento de silencio, mientras todos mastican o beben, la muchacha salta con una pregunta inesperada, dirigida a Peter.

—Oye, Pedro, ¿te gustan los niños?

Lo último que podía esperarse este. Qué pregunta tan tonta, piensa el aludido. Claro, tonta para él. Casi tartamudea al responder.

—Sí, sí, claro, creo que bastante. ¿Por?

—Verás, no lo tomes a mal. El otro día, cuando Pachi os acompañó, pues eso, chico, que te vi un gesto contrariado. Fue muy rápido. Pero fue el primero que pusiste. Yo me fijo mucho en el primer gesto que pone la gente, cuando casi no han tenido tiempo de pensar, ¿sabes?

Peter sonrío, se echa coquetamente el flequillo al lado y mueve la cabeza antes de responder.

—Claro, Nekane, claro. Quería hablar con tu hermano a solas. Había venido para hablar con él a solas. Detuve al coche simulando una avería sólo para eso. La presencia de Pachi atascaba momentáneamente el contacto. Eso era todo. Pero sí, claro que me gustan los niños, y Pachi me parece, con lo poco que lo conozco, un m útil gozoak, un chico encantador, aunque le esté grande la boina —acaba riendo el hispanoinglés.

—Era de su abuelo —ríe Nekane a su vez—. Pero no quiere otra. Se le cae a veces, de grande, pero no quiere otra. Bueno tan encantador no, bihurria a veces sí que es, traviesillo, pues.

—Normal, Nekane. Normal. Más preocupante sería si no lo fuera. Y bueno, volviendo a lo que estamos. Ya has oído que en cuanto tu hermano haga el primer trabajo tú no debes pasar la muga de Francia bajo ningún concepto.

—Pero, hombre, si a la venta L’Aurore no van nunca los gendarmes, si suelen pasar a esta.

—No importa. Pueden llagar los alemanes. Con una vez que asomen, basta. No podemos darnos el lujo de que te cacen. Bien está que encubras a tu hermano, pero no puedes ser un señuelo para el enemigo.

—¿Los alemanes son el enemigo? —pregunta con verdadera inocencia la chica.

Peter intenta ser diplomático. Con Josu y Fernando sólo ha hablado de dinero, pero queda claro quién lo paga y para qué. Con Nekane no quiere ser más explícito de lo necesario.

—Me temo que sí, Nekane. Para este trabajo, para lo que nos concierne a Josu, a Fernando, a mí y de rebote a ti, sí. Por ahora, sí.

—¿Y si ellos pagaran más por lo contrario, por entregar a esa gente que queréis pasar? —la pregunta de Nekane no se la esperaba ninguno de los tres. Los dos mugalaris miran a Peter.

—Verás, Nekane... En la vida no todo es cuestión de dinero. El dinero puede comprar muchas cosas. Todas las que se pueden comprar con dinero, que no son todas las cosas. ¿Cuánto pedirías tú por vender a Pachi?

—Nada. Qué tontería. Ni por todo el oro del mundo.

—¿Ves? No todo, todo, se compra con dinero. Pues esto es de las cosas que tampoco. Josu y Fernando van a trabajar en algo peligroso, y eso merece una paga. Cierto. Simplemente espero —Peter mira alternativo a los dos hombres—, que si les llegara una oferta de mayor cuantía por parte de los alemanes, cosa que no creo, sencillamente me lo digan y ya veríamos qué hacer. Pero confío en ellos. Y he llegado primero, Nekane, y he hecho mi oferta. Tengo su palabra y espero que la cumplan. Y por lo que a mí respecta, no creo que el Reich pueda comprarme. Creo que no.

* * *

En la sala de la suite del hotel Carlton bilbaíno, la misma que utiliza de oficina, el cónsul Dyer está despachando unos cuantos asuntos con su secretaria Elisabeth. Es correo que saldrá como valija diplomática, asegurándose de que no sea interferido hasta llegar a su destino. No ha sido fácil montar una línea de absoluta confianza donde van informaciones sobre

movimientos de barcos en los puertos del País Vasco, cargas y destinos de las mercancías. Más trabajo está ya costando controlar a los buques que se sabe suministran combustible en alta mar a los submarinos alemanes. Hay que hacer cálculos cuyas cifras a veces es imposible manejar al completo. Los barcos además se pierden en la bruma cantábrica y es harto difícil saber dónde y a quién han pasado combustible. La Royal Navy controla mucho, puede mucho, pero no lo puede todo, en especial acercarse demasiado a la costa.

Golpes en la puerta que dan confianza. Elisabeth va a abrir. La sonrisa de Pedro, de Peter, y su rápida entrada en la habitación.

—Moorning, everybody —Pedro arrastrando como siempre la primera sílaba acentuada de la frase.

—Good morning, Peter, ¿How are things? —pregunta levantándose Mr. Dyer y yendo hacia él. Como buenos ingleses, apenas se tocan. Un breve golpecito en el brazo resume el gran afecto consular por el subordinado.

Elisabeth, que tiene la sonriente mirada puesta en Pedro, sabe que debe dejarlos y se despide discreta. Su habitación está a tres puertas de distancia, pasillo adelante. No se oye su andar sobre la gruesa alfombra al alejarse.

—Bueno, ¿qué, Peter? ¿Qué tal los contactos en la frontera?

—Parece que bien. Tengo el equipo dispuesto desde Sare hasta Dancharinea, y de allí por el valle de Baztán hasta Pamplona, ya sabe.

—Estamos a la espera de que avisen del «material transportable». La red Comète se ha mostrado bastante eficaz en escabullir a los aviadores derribados, pero el camino es largo, y esta frontera, ya lo sabes, difícil.

—Difícil, como todas en caso de guerra, Sir.

—La verdad es que sí. Aunque no creas, Peter, casi es más complicada la labor de información sobre el material que va para el enemigo. Y eso que hemos recibido refuerzos. Tengo la colaboración de varios voluntarios más.

—¿Vascos?

—Claro. Gentes del PNV, que como sabes es el que controla al completo el Servicio de Información del Gobierno vasco en el exilio. Son la misma cosa. Conocen a marinos, a mucha gente. Ya sabes, Peter, que no se puede seguir a todos los buques, aunque la red de informadores, de marinos vascos colaboradores con este consulado ha conseguido ser bastante tupida. Y más

con los nuevos.

—¿Puedo saber quiénes son?

Mr. Dyer se levanta y va a ofrecerle a Pedro un whisky que, dada la hora, este sí aceptará esta vez. Tarda en contestar.

—Verás, Peter, no es evidentemente por desconfianza, lo sabes, sino por seguridad. La red se ha ampliado demasiado, y Londres me ha advertido de que se limiten al máximo los contactos internos y la información entre distintas unidades. Sólo lo imprescindible, los que trabajen con cada agente. La semana pasada cayó uno de nuestros agentes en Bélgica. Bajo tortura, y sobre todo bajo chantaje familiar, según tengo entendido, dio todos los nombres que sabía, que eran muchos. Estamos hechos de humanos, no de semidioses. Las instrucciones de Londres son para todas las redes de información, incluida la española. ¿Imagino que siendo medio vasco lo entiendes, verdad?

—Sí, y no, Sir. En mi caso, y trabajando con vascos, sabiendo el sentimiento de cohesión que existe entre ellos, entre los nacionalistas vascos, sobre todo, quizá sería interesante saber de más lugares, de más personas fiables donde en un momento dado poder esconder a los trasladados. Pueden ser más de los que podemos abarcar.

—Hay que arriesgarse, Peter. Son órdenes, y más sabiendo que vas a alargar sus movimientos no sólo hasta Sare sino hasta la misma Bayona. Ahí tenemos a alguien, y vas a reforzarlo. Si te ayudase allí alguien más, sería ideal. Algún natural de la zona.

—Lo siento, Sir, no conozco a ninguno. Mis contactos hablan español y vasco, pero apenas francés.

—Tú lo chapurreas, ¿no?

—Es el verbo exacto, Sir. El caso es que la población vascohablante no utiliza la frontera vascoespañola como línea divisoria. Hay diferentes acentos, por supuesto, pero se entienden perfectamente, y en ese idioma los alemanes no creo que tengan muchos intérpretes.

Dyer da un sorbito al whisky antes de contestar. Toma la bebida rápido, pero a sorbitos pequeños y muy seguidos.

—Verás, Peter, esa es otra. No estés tan seguro. Nos comunican de Bayona que están estableciéndose contactos entre los alemanes y el elemento

independentista vasco. Y eso nos preocupa. Se sabe que hay un proyecto, aún borroso pero lo hay, sobre una Europa de los pueblos, un proyecto de fronteras étnicas, distintas a las políticas. Los alemanes quieren, digamos, vender ese proyecto bajo su protección a distintas minorías étnicas europeas. Entre ellas a los vascos.

Pedro sonrío y toma un trago de whisky, mayor que los que da Dyer, aunque los de este sean mucho menos espaciados.

—No es ninguna tontería, Sir. Muy razonable.

El cónsul abre mucho los ojos.

—¿Estás de acuerdo con eso, Peter?

—Sir, que yo diga que no es ninguna tontería, y que objetivamente no sea ninguna tontería, no quiere decir que yo esté de acuerdo. Simplemente que es un proyecto que puede encontrar seguidores, que es razonable y creíble para algunas gentes, algunas minorías, y que puede causar problemas. Causarnos problemas, justamente por eso, porque no es ninguna tontería.

Mr. Dyer da dos sorbitos casi seguidos antes de contestar.

—Ya, claro, Peter. Pues hay que convencer a quienes tengan esas veleidades de que bajo los alemanes no van a conseguir jamás la independencia. Ni asomo de ella. Que vean lo que ocurre en Croacia, o en ese país de independencia títere de Eslovaquia donde han puesto de presidente al cura ese...

—Josef Tiso.

—En efecto, Peter, estás informado. Es una de las cosas que me gusta de ti. Estudias.

—Lo que puedo, señor. Decía usted de los países títeres...

—No, no tiene importancia. Hay un tema paralelo que me preocupa. Just a little more. Un poquito más.

—Usted dirá, Sir.

—Y es también a propósito de un cura. Un exiliado vascoespañol. En Bayona. Ya sabes que por aquí los curas no faltan. Curas nacionalistas, tampoco. No sabemos si este anda en relaciones con los vascos partidarios de los alemanes, pero habría que conseguirlo. Deberás contactar con él. Si consigues ganártelo para nosotros le proporcionaremos una identidad falsa y será francés o español según precise. Puede que esté dispuesto a colaborar.

—¿Ejerce de sacerdote?

—Lo es, pero perdió lógicamente su parroquia al exiliarse. Temió en un principio por su vida. Ya no. No tiene delitos concretos pendientes bajo la legislación española, pero no quiere volver.

—¿De qué vive allí en Bayona?

—That's a good question. Buena pregunta. De arreglar bicicletas en un taller, ¿qué te parece?

—Un honrado oficio, Sir.

—Sí, pero no para un sacerdote que domina el francés, el español, y por supuesto el vasco, y seguro que algo de latín, aunque eso no nos interesa. En fin, que puede sernos útil.

—¿Se llama?

—Cristóbal Garro. Fue párroco de Urdax hasta la guerra. Cerca de la zona donde usted se está moviendo. Tendrá unos cincuenta años, pero aparenta menos. Fuerte como un toro. Come como tres y bebe como cuatro. Creo que puede sernos útil.

—¿No tiene actividades contra el celibato?

—Que se sepa, no, pese a su vitalidad —se atusa el bigote el cónsul, tras un traguito—. Pero eso no debe de importarte, imagino.

—Sólo me importa en el caso de que haya alguna mujer a través de la cual se pueda acceder a él, o, por el contrario, por la que puedan capturarlo los alemanes.

—Pues ya te digo. Que se sepa, no, pero tampoco estamos muy al tanto de su vida. Y es el hombre con quien tendrás que contactar.

—Verá, Sir, no me importa esa labor, pero el tránsito de nuestros aviadores hacia España ya va a ser algo bastante complicado como para que ahora se me añada contactar con alguien a su vez en relación con los vascos proalemanes. No es por negarme a ello, Sir, es porque carezco del don de la ubicuidad, y porque mi día tiene veinticuatro horas.

Mr. Dyer se permite rellenar un poco el vaso de Peter y bastante más el suyo. Toma dos sorbitos pequeños, seguidos, lo deja sobre la mesa y respira sonoramente.

—Verás, Peter, soy consciente de todo eso que me dices, pero me temo que dada la cercanía de ambos lugares de acción, vas a tener que atender a

ambas cosas. Nuestra red en el sur de Francia es precaria, por usar un término generoso. Tendrás que buscarte unos buenos mugalaris en los que confiar, aunque eso parece que ya lo tienes conseguido, y contactar a su vez con el padre Garro, que de entrada no te facilitará contactos ni trabajo con los exiliados, sino que simplemente te tendrá al tanto de cómo van estos, espero. Siento no poder diversificar la labor. En cuanto se pueda te aliviaremos de una de ellas. Pero, for the moment, tienes que cumplir las dos.

—Es una orden, ¿verdad, Sir?

—I'm extremely sorry, Peter, pero no encuentro palabra más exacta.

* * *

Ha sonado temprano el teléfono del embajador Lequerica. Exactamente cuando estaba haciéndose el bigote, para variar. No sabe en realidad si es que tienen el don de la oportunidad o es que él tarda mucho en recortarse y ajustar las zonas milimétricas de su adorno facial, actividad a la que se dedica sosegadamente cada mañana. El caso es que esas interrupciones son algo que suele molestarle en extremo, aunque esta vez la noticia le compensa el pequeño disgusto.

—¡No me diga, Urraca, esta sí que es una buena nueva...! ¿Y dice usted que todos, que han caído todos, como pajaritos?... Pero, ¿nadie les había avisado?... ¡Valiente panda de incompetentes!... ¡Desde luego, para usted y para mí, no es que nosotros fuéramos muy buenos en la guerra, es que ellos eran peores!... Sí, sí, en efecto, aquello de Villareal, en Álava, también mira por dónde... Sí, en efecto, catorce o quince batallones, y los frenaron con cuatro veces menos hombres, ya ve... Sí, hombre, sí, mi amigo Napoleonchu estaba allí, no podía faltar, hombre, no... Bueno, total, que en seis meses no habían sabido nada de nada, qué barbaridad... ¡Sí, sí, téngame informado, que parece mentira que estén ustedes en París más enterados de lo que pasa en España que yo en esta puñetera Vichy!... ¡Urraca, le prohíbo que me hable de las ventajas del agua medicinal! ¿Usted también, hombre?... Nada, nada, llámeme para contarme cómo fue la operación, y sigan ustedes con su labor donde están, que lo están haciendo muy bien.

Ni siquiera se ha despedido el embajador del más apreciado y celoso componente del grupo de policías españoles que sigue llevando en la Francia

ocupada una persecución tenaz contra todos los exiliados significados que tienen a mano. Bien es cierto que a veces la población los esconde. Otras, que los alemanes se ve que tienen cosas más importantes que hacer que perseguir a escapados de una nación amiga pero no aliada, y por delitos que ni mucho menos están claros, pero la realidad es que el grupo operativo policial adjunto a la oficina de extranjero en París está llevando con bastante eficacia sus pesquisas y arrestos.

El caso ha sido que en la mañana del 20 de diciembre de 1940, un grupo de la Brigada Político-Social desplazado ex profeso desde Madrid, ha procedido a la detención de casi toda la «red Álava», así llamada por el cabeza de la misma, el ingeniero vitoriano Luis Álava Sautu, y que constituía en Vitoria lo que el PNV consideraba una de las agrupaciones de su Red de Interior, dedicada en este caso a pasar a los aliados toda la información posible sobre movimientos de tropas españolas, transporte por tierra y mar de materiales, exportación de materias primas, ubicación de fortificaciones y cuarteles, y en fin, todo lo que se consideraba de interés para el Deuxième Bureau francés, el Servicio de Información, principal beneficiario de indagaciones tan sensibles, y que este pasaba sistemáticamente al Secret Intelligence Service, o MI6, británico, con vistas a conocer la distribución y número de tropas en el norte de España. Todo ello formaba parte de la voluntad de colaboración peneuvista con los aliados, para que estos tuviesen el mejor cuadro posible de las defensas españolas en caso de una entrada del país en la guerra a favor de Alemania, y se facilitase así la mejor respuesta militar aliada a dicha acción. Para sorpresa de la policía española, del embajador Lequerica y por supuesto de la misma red Álava, nadie había avisado a esta de la caída en manos policiales de toda la documentación que el PNV tenía en el 11 de la rue Marceau cuando entraron allí los alemanes en mayo de ese mismo año. Una suma de incompetencias o desidias, que luego nadie querrá asumir en el PNV, ha propiciado la caída al completo de este grupo de hombres y mujeres que ya han trasladado a Madrid para efectuar los interrogatorios oportunos.

Todos menos uno sobrevivirán a la guerra.

La primavera de 1941 está siendo muy suave en París en lo que respecta al clima. Hay sin embargo más rostros compungidos entre los viandantes, se ven menos niños, más personas mayores y muchas más gentes vestidas de oscuro. La geografía urbana es exactamente la misma que hace un año. La humana ha cambiado no poco. En la calle, los gendarmes saludan educadamente a la oficialidad alemana, y estos responden mecánicamente, casi sin mirarlos. Por los bulevares puntean los uniformes grises entre la ciudadanía de a pie, y en los veladores se ven bastantes personas, chicas jóvenes, sobre todo, que charlan con los uniformados ocupantes. Tienen derecho a no saber que dentro de tres años se las señalará por haber colaborado con el alemán y serán expuestas a vergüenza pública, insultadas, rapadas e incluso golpeadas por otros honrados ciudadanos que no se habrán beneficiado menos del trato con los invasores. Tenderos, transportistas, empleados, amas de casa, profesionales varios, trabajadores que ahora cumplen escrupulosamente con sus obligaciones laborales serán luego y de repente furibundos antialemanes cuando se vea definitivamente derrotado al enemigo para el que ahora trabajan sin rechistar. Por otra parte, muchos trabajadores siguen pensando que la alianza de Alemania con Rusia es una agradable prueba de similitudes políticas. La resistencia inexiste aún, la población está entre sumisa y desmoralizada, cuando no colaborando de buena gana con un régimen de vida que muchos consideran va a ser más largo de lo que después resultará. Y cuando llegue el momento, esas desdichadas mujeres que hoy se sientan junto al ocupante, envidiadas no pocas por su físico o por lo que están consiguiendo de los invasores, serán el perfecto e indefenso chivo expiatorio de una sociedad que volcará en ellas y en gentes similares su frustración, su remordimiento, su cobardía. Y como toda cobardía, servil ante el fuerte e implacable con el más débil.

Pero hoy, en la elegante rue Rivoli los escaparates brillan aún casi con los

mismos artículos de lujo de antes de la guerra. En esa calle porticada, el fastuoso Hotel Meurice, frente al museo del Louvre, alberga la Kommandantur alemana y al alto mando de la Wehrmacht. El gobernador militar de París, general Hering, ocupa la suite 213; no lejos de ella, en la 205, está desarrollándose una reunión que tiene mucho que ver con los vascos en Francia y en España. Asisten el capitán Alfred Toepfer, recién llegado desde Bayona, el lingüista y profesor Karl Bouda, especialista en lengua vasca, que lo será aún más después de la guerra, y Werner Best, Obergruppenführer de las SS, alguien cercano a Heydrich, el ideólogo de la Solución Final, y bastante valorado también por el propio Heinrich Himmler.

La sala de la suite es amplia, lujosa casi hasta la ostentación, y cobija a quienes la ocupan en un mundo de suelos alfombrados, paredes forradas, muebles exquisitos y lámparas con luces indirectas que harían pensar que aún se vive en el mundo de Luis XIV, que no ha habido Revolución Francesa, o que esta no ha pasado por allí. Las dobles ventanas minimizan el ruido callejero, por otra parte muy disminuido por los controles de tráfico en toda la zona aledaña al hotel. El conjunto de la suite respira bienestar, distinción y sosiego, todo ello ahora en las satisfechas manos de los ocupantes.

Los tres hombres reunidos allí sobrevivirán holgadamente a esta guerra que no saben que van a perder; pero hoy piensan que, como la están ganando, la tienen ya ganada, y hacen planes para un victorioso futuro. Hablan en este momento de algo muy alejado de la Solución Final. Incluso uno de ellos, Werner Best, le ha dado el ocurrente nombre de Solución Inicial al tema que traen entre manos. Toepfer, enviado al sur por Best, ya le había adelantado algo a Eugéne Goyeneche en Bayona, y ahora el plan se perfila con detalles y más a fondo.

Bouda es el clásico profesor con gafas de bastantes dioptrías y calvicie prematura en una constitución que denota las muchas horas dedicadas al estudio y las muy pocas a la actividad física. Best, uniformado en negro, más marcial, aunque no en exceso, podría paradójicamente ser vasco si se atendiera a su cráneo dolicocefalo, sus vivos ojos melados, su bien cortado cabello marrón oscuro, las cejas pobladas, la nariz aguileña y la boca bien dibujada. Pero ha nacido en Darmstadt, y del País Vasco, su lengua y costumbres, sólo sabe lo que el profesor Bouda le ha ido contando en

sucesivos encuentros, ante varios mapas y con el auxilio de unos cuantos textos de referencia.

Toepfer lleva el clásico uniforme del ejército, no tan cuidado como el de Best, que es el de las SS, diseñado como se sabe por el famoso sastre berlinés Hugo Boss, y que tanta fascinación crea y creará en tantas personas pese a sus implacables connotaciones. La estética, que quizá no tiene moral.

Best, cigarro en la comisura, acaba de descorchar una botella de Château Cheval Blanc, uno de los más afamados *crus* de Saint Emilion.

—¿Me permite, Obergruppenführer? —Toepfer avanza de pronto su copa. Best levanta las cejas y se puede decir que sonrío al decirle:

—¿Desconfía de mi criterio, Alfred?

—En absoluto. Simplemente que llevo en Francia casi un año y he comprobado que estos bellacos franceses han cambiado las etiquetas de muchos vinos y nos han dado caldos pasables, malos incluso a veces, con sellos de calidad. Además, no fumo, y ello me tiene en este instante más imparcial el paladar. Si no le importa que lo cate, claro...

La copa sigue inmóvil, avanzada hacia el general, que a modo de concesión vierte un poco del líquido cereza en ella. Toepfer lo remueve un poco, lo aspira, pero no se lo lleva a los labios.

—Incluso en pocas cantidades, es mejor que se oxigene unos instantes antes de beberlo. Hay muchos matices que se pierden en estos vinos buenos, si no.

—Ya imagino que está usted acostumbrado a los buenos caldos, Alfred. Su profesión se lo permite. Yo soy mucho más nuevo en ello, ciertamente. Haga pues el honor, cuando lo vea oportuno.

Y la botella queda sonoramente sobre la acristalada mesa, junto a Toepfer, que se convierte en improvisado sumiller. Karl Bouda no dice nada. Mira en silencio a los dos hombres. Ellos son el poder. Él, un intelectual, un simple lingüista y sociólogo. Ya llegará su momento de intervenir.

Best sonrío más aún cuando asegura:

—Bueno, no hemos venido a hablar de vinos franceses, ni de fumar o no, que ya veo que soy el único que lo practica. En fin, no sería mala idea charlar sólo de gastronomía y vicios... Pero vamos a tratar de algo un poco más importante. En la última reunión que tuvimos en Berlín, hace pocos meses,

recordarán ustedes que les pedía informes sobre el tema vasco, el problema vasco, como seguramente le dirán ellos. Debe quedar claro que para el Reich es un tema, no un problema, y que, como ya les dije entonces, el problema sería para España y para Francia, que se verían, España sobre todo, con un trozo menos de tierra, y algo más pequeño el de Francia. Pero imaginamos que a la *grandeur française* no le resultaría menos doloroso perder ese pedazo suroccidental. La cuestión es que se supone que crearíamos un país leal al Reich si consiguiéramos lo que ellos llamarían independencia, que Alemania evidentemente vigilaría para que resultase a su favor. No se va a favorecer la creación de una nación nueva, con los conflictos que ello conlleva, por mera filantropía. Eso no existe en política...

—Ciertamente que no, mein Obergruppenführer —se atreve a interrumpir Toepfer—. Y si me perdona la impertinencia, voy a escanciar ya el vino en estas hermosas copas, aunque el tiempo de espera tras la apertura de la botella sea menos del recomendable.

Best hace un gesto de concesión con la mano en la que tiene el cigarro, y mientras Toepfer está vertiendo desde cierta altura unas pequeñas cantidades en cada copa, prosigue:

—Decía que en política no existe la filantropía, la beneficencia, la amistad y palabras así, tan prácticas en el lenguaje privado y personal. Si el Reich quiere favorecer la creación de esa Europa de los pueblos, ese proyecto del que les hablé en la última reunión, es sencillamente porque así se espera que haya una amalgama mucho más sólida, más definida y más limpia que la Europa de las nacionalidades políticas, y está claro que los pueblos que se reconstruyeran o se liberaran de nuevo bajo ese concepto y bajo nuestra dirección, tendrían muchas razones para estarnos agradecidos, cosa que nosotros evidentemente les recordaríamos..., y que sin duda vigilaríamos, a fin de que esa inversión de energía nuestra no fuese en vano, y por supuesto, jamás se volviera contra nosotros. Al decir nosotros, está claro que quiero decir el conjunto del Reich, caballeros.

Werner Best, apagando primero el cigarro en un cenicero indudablemente de plata, y removiendo luego el vino en la copa del mismo modo que antes había hecho Toepfer, lo prueba.

—Excelente, por cierto, Alfred. Este creo que no está falsificado.

Bouda hace movimientos parecidos con su copa y lo prueba también. Humildemente comenta:

—Me parece exquisito.

Toepfer lo cata.

—En efecto, mein Obergruppenführer, parece bueno. Y hablando de naciones nuevas, ¿podríamos decir que el experimento de Croacia y Eslovaquia está dando un resultado apetecido?

Best mira con ironía al capitán antes de indicar:

—Herr Hauptmann, usted sabe tan bien como yo que la creación de esos Estados ha tenido lugar en pleno conflicto, por lo que están aún en un periodo de, digamos..., adaptación. Además, como decía antes, ninguna nación nueva se crea sin problemas. Todos los espacios del mundo civilizado están ya ocupados y delimitados. La creación de otro se hace y se hará siempre en detrimento de sus vecinos, con las tensiones que eso conlleva. No hay que ser un gran político para percibirlo.

Bouda parece ver el momento de intervenir y levanta tímidamente una mano. Las miradas y el silencio de sus interlocutores le dan la palabra.

—A propósito de ello, Herr Obergruppenführer, Herr Hauptmann, los vascos presentan unas características singulares, distintas, que podrían ayudar a formar ese pueblo desgajado, independiente, gracias al Reich, y por ello políticamente agradecido, sin duda. Ya comenté que, curiosamente, que se sepa, no han sido independientes nunca en tiempos modernos, incluso en tiempos históricos. Hasta hace pocos siglos su literatura ha sido sobre todo oral, y mucha de la escrita, simplemente de temas religiosos, pero han mantenido un lenguaje único y unas costumbres singulares que han resistido con bastante éxito la influencia de las lenguas española y francesa, y las costumbres de estos dos países. Así y todo, los vascos, sobre todo en España, han formado parte del sector más significado política, militar y empresarialmente de ese país. Hoy día, incluso, muchos de ellos han estado y están con el gobierno del general Franco en cargos, en oficios, en el empresariado, en general. Y sin embargo...

Karl Bouda hace un largo silencio mientras toma un sorbo de vino y coge una almendra que mastica despacio. Si esperaba que alguno de sus interlocutores preguntase algo a tenor de su interrupción, se equivoca.

Permanecen expectantes, serenos, aguardando que el profesor continúe con sus argumentos cuando tenga a bien. Ellos son el poder y poseen el tiempo, entre otros resortes. De eso toma nota el lingüista, que prosigue:

—Y sin embargo, decía, desde hace menos de medio siglo ha surgido un sentimiento independentista, consecuencia final de esa conciencia diferente que había estado plasmada en distintos acuerdos y tratos con el gobierno central desde hace siglos. Ese independentismo es sencillamente el que ha empujado a un sector mayoritario del nacionalismo vasco a colaborar con los aliados con las mismas esperanzas de un Estado propio. Igualmente, otro sector minoritario tiene puestos en nosotros los ojos para la creación de ese mismísimo Estado.

—Entonces —dice Best mirando alternativamente a los dos hombres—, es cuestión, como casi todo en política, de voluntad, del triunfo de la voluntad. De nuestra voluntad, en este caso.

Toepfer mueve la cabeza de un lado a otro.

—De voluntad y medios.

—Sí, Herr Hauptmann —se recuesta Best en su sillón—. Pero hay que tener imaginación, y la voluntad es la que la impulsa. Los medios, si se plantea una empresa atractiva, vendrán solos. El Reich pondrá todos los que pueda si se le ofrece ese plan atractivo. Y hablando de eso, Herr Bouda, racialmente me dijo usted hace poco que son también algo distintos, ¿verdad?

—Bueno, Herr Obergruppenführer, digamos que sí, que racialmente presentan aún ciertas características, inevitablemente interferidas por franceses y españoles, pero sí, abundan patrones físicos, faciales, craneales, característicos. Y ellos tienen más o menos conciencia de ser una raza aparte.

—Quedamos en que entonces no son una raza pura.

Hay una sonrisa casi displicente en el rostro de Bouda mientras responde:

—Desgraciadamente no existen razas completamente puras hoy en el mundo civilizado, Herr Obergruppenführer, como usted sabe, solo aproximaciones, y proyectos para mejorarlas. Con los vascos podría intentarse algo parecido. Purificar la raza. Los principios teóricos de su nacionalismo, publicados a finales del siglo pasado, y exagerando a veces, cargan mucho las tintas en ese sentido de pureza racial. Incluso, como falta de originalidad, han copiado su bandera descaradamente de la inglesa, pero,

en fin, sería cuestión de ayudar a buscar en lo que se pueda esa pureza, a ensalzarla, como se está haciendo en Alemania.

Best permanece unos instantes en silencio y se acaricia la bien rasurada barbilla. Toma un poco de vino y un par de almendras, y sin masticarlas aún del todo, dice:

—Creo, meinen Herren, que tengo una idea que podría ayudar a la comprensión del pueblo vasco en Alemania, y con ello obtener apoyo en esa campaña para favorecer la creación de un país independiente: el cine. La misma arma de propaganda que nuestro Führer ha sabido usar, rodeándose de esa excelente directora, Riefenstahl, y otro cuantos más. Los aliados tampoco la usan mal. Los rusos tampoco. Pero yo tengo al hombre apropiado para contarle a los alemanes algo sobre esos vascos.

—¿Y es? —pregunta Toepfer.

—Le sonará, Hauptmann. Se trata de un buen cineasta, especializado en reportajes muy buenos sobre los aspectos más significativos de las distintas regiones de Alemania.

—¿Por casualidad, Herbert Brieger?

—En efecto —Best saca un cigarro de una brillante pitillera y lo enciende con parsimonia—. Le veo conocedor del mundo cinematográfico. Está claro que es usted un hombre de mundo, Alfred, si me permite que le llame así.

—Por favor, por supuesto, mein Obergruppenführer. Pero soy más un bien un hombre de negocios y de la cultura, que se ve obligado a vestir este uniforme..., que lejos de avergonzarme me enorgullece —aclara veloz Toepfer—, y que pienso llevar todo el tiempo que yo pueda ser necesario para el Reich. Por otra parte, la elección, si podemos contar con ese hombre, me parece perfecta, dada su trayectoria.

—¿Y usted conoce a Brieger, Herr Bouda?

—Admito que no, Obergruppenführer, aunque quizá haya visto alguno de sus reportajes entre los noticiarios que dan en el cine, antes de las películas. Mi mundo es mucho más oscuro, más libresco. También de la cultura, desde luego, pero en otro sentido, como usted bien sabe. Pero si existe alguien que ha hecho buen trabajo sobre Alemania, está claro que podría hacerlo sobre el País Vasco...

—En el sentido que le indicásemos, por supuesto —le interrumpe Toepfer,

avanzando su poderosa arquitectura hacia Bouda.

—Por supuesto, Herr Hauptmann, por supuesto. De propaganda e ideología estoy seguro de que ustedes saben más que yo, aunque me atrevo a sugerir que sería interesante que yo revisase el guion para que se ajustase a los aspectos realmente más singulares de los vascos.

—Los más apropiados a nuestra idea de crear un movimiento de simpatía por ellos en Alemania —apunta Best—. Incidiendo en la cuestión racial. Usted, Bouda, será su asesor.

—¿Qué tipo de reportaje entonces? —pregunta Bouda.

—Descaradamente local y racial, ya digo. Usted conocerá cómo y dónde. Y usted Toepfer, contará con sus vascofranceses para que ayuden, espero. El cine es una gran arma moderna.

—Claro, claro, Obergruppenführer —añade Bouda—. Quería decir que presto mi colaboración para que el proyecto se haga con el mayor rigor científico, dentro de su indudable misión propagandística. Ello le dará seriedad y solidez dentro del mundo de la cultura, imagino.

—Bien, Herren —sonríe Best mientras se levanta, se lleva el cigarro a los labios, aspira el humo y pasea por la habitación, momento que Toepfer aprovecha para llenar las copas vertiendo sonoramente el vino desde cierta altura—. Bien, pues si están ustedes de acuerdo con mi plan, como yo esperaba, sólo nos queda llamar a Herbert Brieger.

—¿Dónde se le puede localizar? —pregunta Toepfer tras saborear un buen trago.

Best tiene ahora una sonrisa que en otras circunstancias podría calificarse de tímida.

—Me perdonarán que me haya permitido llamarle antes de hablar con ustedes..., por supuesto anulando esa llamada si no llegábamos a un acuerdo. Todo ello para ganar tiempo si, como en efecto ha sido, coincidíamos en el proyecto. Herbert Brieger está en París. Mañana mismo almorzaremos con él. ¿Les parece bien en La Tour d'Argent?

Bouda está inexpresivo. Toepfer tiene una sonrisa maliciosa al responder:

—Tiene usted buen gusto, Obergruppenführer.

—Bueno, bueno —se justifica Best tras dar una larga calada a su cigarrillo—, seamos humildes, Alfred. Yo creo que casi todo el mundo lo tiene. Lo

interesante es tener acceso a practicarlo...

* * *

Los martillazos en el taller Velos Saint Jean, en la estrecha y porticada rue des Tonneliers, en Bayona, repican ahora casi como la campanilla de una iglesia. A eso quizá le suenen al hombre que golpea sobre el yunque una pieza de bicicleta, recién soldada. Es moreno, alto y ancho, casi grueso. Lleva una amplia chapela vasca que milagrosamente no se le cae por mucho que mueva la cabeza. El patrón, más menudo, más pálido, el bigote fino, un cigarrillo casi siempre apagado en la boca y con la pequeña boina francesa encasquetada sobre casi medio cráneo, anda en labores de mayor precisión, mientras que el empleado se encarga de las más elementales. Al padre Cristóbal Garro le están sonando en efecto los martillazos que da como sonaban los campanillazos en la iglesia, o por la calle, al llevar la comunión a un enfermo o un moribundo, aunque sólo sea por la cantidad de veces que los ha oído y la poca práctica que tiene en su reciente oficio.

El taller es pequeño, pero debe abundar la clientela, según el número de bicicletas, ruedas y piezas que se ven al retortero, esperando arreglo, ya arregladas, o dispuestas a ceder partes de sí a otros velocípedos, a modo de trasplantes de carne metálica, en unos tiempos en los que es menester aprovechar toda pieza que pueda reponerse en otra máquina. Está difícil el mercado de bicicletas nuevas en un país cuyos almacenes andan avaros de materiales por la eclosión de la industria militar y la escasez de especialistas mecánicos civiles, cada vez más absorbidos por la industria de guerra bajo control de los invasores, o sencillamente llevados por la fuerza a trabajar a fábricas alemanas en duras condiciones laborales.

El hombre que acaba de entrar trae una bicicleta con la rueda delantera pinchada.

—¿Padre Garro?— pregunta directamente, una vez que ha mirado a su espalda y comprobado que nadie entraba tras él.

El religioso/mecánico detiene los martillazos, y antes de contestar, sus ojos, que coronan cejas pobladas y oscuras, pasean despacio por la fisonomía del visitante, alto, joven aún, más delgado que el cura, y bastante más sonriente.

—Sí. Soy yo. ¿Qué quiere?

Peter Wood mira un momento al patrón, que apenas ha levantado los ojos de su tarea y vuelve la cabeza hacia su interlocutor.

—Querría hablar con usted un momento.

—Puede hacerlo delante de Jean, es de confianza —la tonante voz del cura suena casi a enfado.

—Ya lo sé. Si no, no habría venido directamente aquí a verle. Pero querría hablar con usted en privado.

El patrón ha entendido evidentemente lo dicho por Wood, cuando en un español con fuerte acento francés indica a modo de excusa:

—Voy a salir, Cristóbal. Vengo enseguida —deja su tarea y, tras un saludo con la mano, abandona el taller.

—¿Ve? —sonríe ahora el cura—. La discreción en persona. En fin, usted dirá.

Peter apoya la bicicleta que traía sobre otras cuantas, reclinadas sobre una pared.

—Padre, le voy a ser franco. Necesitamos su ayuda en esta guerra.

—No quiero meterme en política —responde veloz el cura—. Y ya ve que de entrada ni siquiera le pregunto en qué bando está usted... Quiero volver a mi parroquia.

—Sabe usted que puede hacerlo. No tiene delitos.

—Quiero volver a mi parroquia y hablar de lo que quiera, y eso no puedo. Cuando pueda, entonces volveré.

—Usted sabe que eso va a tardar. Pero puede ayudar un poco a ello. No mucho, es cierto, pero usted sabe que en esta guerra ningún esfuerzo es pequeño, que todos son necesarios.

—¿Cómo? —Cruza el padre Cristóbal los fuertes brazos que se marcan poderosos bajo el basto mono de algodón azul salpicado de manchas de grasa. En el rostro le ha aparecido una mueca híbrida de incredulidad y desdén.

—Le seré franco y verá enseguida en qué bando estoy. Usted está aquí no por ser cura, evidentemente, sino por ser nacionalista. En el País Vasco, o Euskal Herria, como se dice en su idioma, existe una tendencia segregacionista, independentista, fuertemente apoyada por muchos vascos.

—Por los buenos vascos —corta el cura.

—Esa es su opinión, que yo respeto, pero no la de una parte de los vascos, ni la del Gobierno español, ni la del Gobierno francés, desde luego, o lo que queda de este, podríamos mejor decir. Tampoco es la idea que defienden por el momento, repito, por el momento, los ingleses y sus más o menos aliados americanos. Pero sí es la idea que se promueve desde un sector del nacionalsocialismo alemán, como un señuelo para atraerse tanto a los vascos hacia Alemania como Alemania hacia los vascos.

—¿Y?

—Don Cristóbal, esa treta es una engañifa. No pueden creer en ella. Un sistema tan autoritario como el Reich jamás dará una libertad digna de ese nombre a ningún pueblo que esté bajo su control. Es metafísicamente imposible, como diría usted, debido a los principios de ese sistema.

—¿Está usted verdaderamente seguro? —ha vuelto la mueca escéptica.

—Verá, padre, las democracias occidentales propiciaron la creación de Estados en lo que fue el Imperio Austrohúngaro, como usted sabe. Los catorce puntos del presidente Wilson han sido algo más que una declaración de buenas intenciones. Nuestro sistema político no sólo permite sino que fomenta Estados libres. Por eso somos justo eso, liberales. Es bajo nosotros como las naciones pueden ser independientes, soberanas. No es por generosidad. Es porque así son más eficaces, más dueñas de su destino, y por ello más prósperas, lo cual redundará en beneficio de todos...

—Hombre, hombre —ríe el cura—, las colonias inglesas no son un modelo de libertad, que yo sepa.

—Todo se andará, padre, cuando esos países estén maduros para la independencia, como han demostrado por ejemplo Australia y Canadá, a los que usted no podría calificar de tiranías. Un País Vasco libre e independiente podría, si quisiera, entrar incluso en la Commonwealth, como un socio más, como esos dos países que le he nombrado. Pero para eso necesitamos sencillamente ganar la guerra. Si no, el imperio nazi les tratará a ustedes como ha tratado a Polonia o a Checoslovaquia.

—¿No exagera usted un poco?

—No crea. Con los alemanes victoriosos el franquismo cobraría fuerzas. Se haría más duro, no le quepa duda. Ahora, la indecisión de la guerra le hace

a su vez indeciso. Comprensible. Pero la victoria de su aliado doctrinal le acercaría indudablemente a este, por mucho que prometan un País Vasco independiente. Si ahora es difícil, con un Franco más fuerte, muchísimo menos. Eso tiene que verlo usted, padre. La victoria alemana es indirectamente la victoria del nacionalismo franquista. Y con ello adiós al País Vasco libre e independiente que usted y otros vascos quieren.

—¿Y con ustedes sí? —Se han alzado mucho las cejas del cura.

—Bueno..., no sé si usted sabe que hay muchos vascos trabajando en España y en Inglaterra a favor de la causa aliada. Esperan tras la guerra que se apoye a ese País Vasco independiente, pese a España y pese a Francia. Y tendrá que ser así. Sería el premio a esa labor. No pueden haber trabajado en vano, ni a cambio de nada. Sencillamente le pido a usted que colabore a esa causa, que ayude a esa independencia de su patria a través de nuestra victoria. No existe evidentemente ningún documento que lo asegure, pero es el único camino para llegar a ello. Tras la victoria inglesa, el régimen franquista, tan amigo de los nazis, no podrá sobrevivir...

De pronto, el taller se oscurece un poco más, avisando así de que a la puerta llegan figuras que menguan la luz. Garro y Wood miran hacia la entrada y enseguida sus ojos se encuentran de nuevo en un mínimo pero fuerte choque visual entre ellos dos, un atisbo de reproche mutuo, de interrogación, de duda. Pero los dos mantienen la serenidad mientras que uno de los recién llegados pregunta directamente en alemán que si allí arreglan bicicletas, señalando a la que trae de la mano, con el neumático rajado. Son dos miembros de la Feldgendarmerie, perfectamente armados y uniformados, y en sus cuellos brillan las baberas metálicas de su oficio, que se balancean en sus cadenas como un adorno festivo. Seguramente Garro y Wood han comprendido a la vez que no hay peligro para ninguno de los dos, que no ha habido traición o celada de ninguno hacia el otro, porque los policías militares alemanes no suelen tener misiones de detención de civiles, y el motivo que les ha llevado allí debe ser ciertamente el de mecánica elemental que se aprecia.

—Sí, sí, por supuesto que arreglo bicicletas, joder, para qué cojones estoy aquí si no —responde Garro en español, sabiendo la incompreensión del léxico mientras va hacia la máquina, la toma y observa.

El alemán le dice algo en su idioma que Garro no entiende, pero señala a su reloj de pulsera. Wood, sin decir palabra, comprende todo pero no tiene ninguna intención de hacer de intérprete. Garro señala a su vez al reloj del alemán y levanta un dedo frente al rostro del policía militar mientras levanta la voz para decirle varias veces que una hora, todo como si el alemán fuese sordo, más que ignorante de la lengua que escucha. Pero el gesto ha debido bastar, porque el militar afirma satisfecho con la cabeza y se da la vuelta y sale junto a su compañero, tras hacer un saludo breve con la mano.

—A ver —Garro sonrío—, trabajo preferente, como los trenes militares. Los demás a apartarse. Qué le vamos a hacer...

Y se pone manos a la obra con la sólida bicicleta gris recién traída mientras habla sin mirar a Peter.

—Bueno, decíamos que sí. O sea, que con ustedes sí seremos independientes. Qué bonito.

—Hay más posibilidades, padre. No muchas, pero si las hay, están de nuestra parte. Los nazis son aliados de Franco, ya le digo.

—¿Y ustedes no? La política de no intervención en la guerra española ayudó a los franquistas casi más que Hitler.

—Padre, le aseguro que eso es más que discutible, pero no es para ello para lo que yo he venido. Simplemente le ruego su colaboración para informarnos sobre las conversaciones de los vascos con la jerarquía nazi aquí en Bayona.

—¿Traicionar a los míos? —metido en su faena, el cura habla sin mirar a su interlocutor

—No. Informarnos de lo que los alemanes quieren de ellos. No tiene usted que contarnos nada de lo que sus paisanos hagan o digan. Ya ve. Simplemente de lo que los ocupantes quieren hacer con ellos, de lo que les proponen a ellos. Sólo tiene que transmitirnos un lado de la conversación.

—Pero será difícil sin que aparezca el otro, en cierto modo. Y además... ¿Cómo sé quién es usted, que no es un agente franquista?

Peter se echa el rebelde flequillo a un lado, se cruza de brazos y opta por la vertiente insultante.

—¡Ja, ja, ja...! ¿Cree usted que un agente franquista le preguntaría a alguien de tan poca importancia como usted, y perdone que lo exponga así,

de lo que preparan los alemanes en el País Vasco, cosa que con toda seguridad podría conocer el Gobierno español por medios más directos y eficaces?

—La verdad..., no, no tiene mucha lógica —levanta Garro unos ojos serenos—. Y no se preocupe, no hay ofensa en cuanto a definir mi poca importancia política. Es en realidad lo que he buscado después de nuestra guerra.

—Pero ahora puede usted tenerla. Es más, le ruego que la tenga. Le necesitamos. Para ayudar a ganar la guerra contra quienes bombardearon Guernica y ayudaron a poner a Franco donde está.

—Bueno. Habrá que pensarlo. ¿Qué demontre quiere usted que haga, pues? —vuelve a mirar hacia su labor.

El dueño del taller ha aparecido en la puerta, pero al ver a los dos hombres aún conversando se gira discretamente y vuelve a salir.

—Le digo. Ponerse en contacto con los de la revista esa vasca que se publica aquí. Con su director, Eugéne Goyeneche.

—Es fácil. Le conozco. No mucho, pero le conozco.

—Pues eso, sencillamente. Saber lo que los alemanes le proponen, lo que quieren de él y su grupo. Tenemos que saber los proyectos alemanes para los vascos, por mendaces que sean, que ya le digo que son.

El cura detiene sus manos, endereza el amplio cuerpo, inspira y luego sonrío mirando muy fijamente a Peter.

—¿Y si no son? ¿Y si encima ganan ellos la guerra?

—Padre —sonrío tristemente Peter—, entonces, como suele decirse y usted sabe que es verdad, que Dios nos coja confesados. A usted, a mí y a muchos otros. Buenos días, padre. Espero su respuesta. Le dejo la bici para arreglar el pinchazo. Pasaré por aquí mañana. Yo no tengo preferencia.

—Buenos días. Mañana, pues —y sin otra palabra o gesto, el cura se vuelve a la bicicleta militar. Sin más herramienta que sus fuertes manos termina de separar el roto neumático de la llanta. Ya tendrá ocasión de seguir con lo que le recordaba al rítmico campanilleo de tiempos más piadosos.

Peter Wood sale del pequeño taller. Ha comenzado a llover. Se sube el cuello de la gabardina, a ver si no se moja mucho hasta llegar al coche. No al menos en este primer tramo de soportales. Al final de la calle estrecha

aparece, de un gris sucio, el Adour, que entre la marea alta y la corriente se ensancha como si fuese un río de gran cuantía. Las dos agujas de la catedral de Bayona destacan imponentes entre el caserío y a Peter le recuerdan, maldita sea, al gris de los uniformes alemanes. El tiempo ha oxidado la piedra caliza y el bello, quizá demasiado compacto celaje gótico tiene ahora una similitud poco agradable con los uniformes que se cruzan esporádicamente con él por la calle. Eso sí, todo sin sobresaltos, sin que la atmósfera de la ciudad provinciana parezca desasosegada por la presencia del invasor. El lugar, como el resto de la zona ocupada, como el resto de Francia, se ha adaptado a esa nueva vida punteada de gris, y se diría que sólo la visión de las estrellas amarillas en las gabardinas o en las chaquetas de algún judío que se cruza con Peter por la calle es un signo añadido de alarma, aparte de la presencia de los uniformes. Antes eran azules de los franceses, ahora son grises de los alemanes. Total, uniformes, ha oído decir por la calle a algún anarquista estoico que quizá no sabe que lo es. Peter acelera el paso a causa de la lluvia. Sus buenos zapatos ingleses chapotean en los pequeños charcos que apenas se forman en el sólido y reluciente adoquinado de las calles de Bayona. Atraviesa ahora los arcos que comunican con los jardines exteriores a través de las viejas fortificaciones de la ciudad, justo aprovechando los ángulos que el sistema Vauban construyó para evitar las enfiladas de los tiros a las puertas. Si alguien le siguiera le sería muy difícil a su vez no ser descubierto en los acodados pasadizos. Peter aguarda varias veces a la vuelta de varios tramos de los corredores, y seguro, en lo que puede, de no estar vigilado, se dirige hacia el coche, discretamente aparcado en una de las calles de las afueras y al que le coloca la matrícula francesa cada vez que entra en Francia.

* * *

Herbert Brieger es alto y desgarbado, con un rostro bien parecido, agradable, con ojeras, y tiene los ojos de un azul casi transparente, como si su profesión de cineasta le hubiera adelgazado el color de los mismos para que las imágenes que sabe ver, que filma, le pasen más veloces al interior de la cabeza donde luego se construyen las películas. Tiene el pelo castaño rizado y revuelto, descuidado en su abundancia como un niño malo, y esa testa

despeinada le da el toque bohemio que sin duda casa con su oficio, por muy a las órdenes que esté del partido, del Reich. Eso debe estar pensando sin duda Werner Best, por las miradas que se le escapan de vez en cuando al no peinado del director del cine. Eso pensará desde luego Toepfer, más irregular en su aliño pero ni tan descuidado como Brieger ni tan recortado como Best. Karl Bouda, desde su temprana alopecia, sin duda andará entre el rechazo y la envidia por ese penacho que se da el lujo de ir por el mundo como quiere. Él, Bouda, con el escaso mechón de cabellos que le brotan cercanos a la sien, voluntariamente largos para luego cruzar ordenadamente el cráneo y quedar pegados, bien pegados al otro lado, en la bufa pretensión de aparentar un cráneo más florido.

Los cuatro hombres ocupan discretamente una mesa en el extremo del salón que da al norte en la planta primera de La Tour d'Argent, desde donde, sobre todo en la posición de Brieger, se ven destacar las torres cuadrangulares de Notre Dame, y enfrente, la pequeña y coqueta isla de san Luis. Hay algunos comensales más, entre los que por supuesto se ven uniformes alemanes de alta graduación. El almuerzo ha discurrido amigable, y por recomendación de Best se ha pedido el famoso *canard a la sang* del lugar, regado por uno de los mejores borgoñas de la casa, aunque no tan bueno como los que escasos días antes de la entrada de los alemanes escondieron los dueños del lugar, tapiando el final del largo pasillo subterráneo que hace de bodega, envejeciendo el aspecto del tabique con cachivaches y maderas desechadas. Allí van a aguardar los mejores caldos, exactamente hasta el 22 de agosto de 1944.

Ahora, tras los postres, tan exquisitos como el resto del almuerzo, Best solicita un armagnac viejo con cuya copa, redonda y amplia como un pecho de mujer, propone un brindis.

—Por la película, por nuestro director... y por nuestro asesor.

Los cuatro hombres alzan sus respectivas copas sin llegar a chocarlas, y es Toepfer quien, familiarizado con el director a lo largo del almuerzo, y sabedor de que entre los artistas gusta el tuteo, le dice:

—Imagino, Herbert, que te pondrás manos a la obra enseguida. El tiempo, ya lo hemos dicho, va en nuestra contra.

—El tiempo va siempre contra uno, hasta que nos caza, amigo Alfred —

suspira el director, que mira a Bouda a renglón seguido—. Por mí, en cuanto Karl esté dispuesto a que nos reunamos y tracemos las líneas en las se quiere destacar la singularidad de esa región y sus gentes.

—Pues por mí, mañana mismo —responde el aludido.

—Le tomo la palabra, Karl —ríe Best mirándolo—. Ya sabe, Alfred: los puede llevar mañana de vuelta en su coche para allí abajo, y comenzar a preparar el guion, los lugares, los aspectos..., en fin, lo que ellos vean. Supongo que Herbert ha traído sus llamémosles instrumentos de trabajo...

—Sí, sí, puede llamarlos así, Obergruppenführer, porque lo son. Cada oficio tiene su instrumental, y los míos son esos objetivos, esos trípodes y esas cámaras. Imagino que en Bayona podrán conseguirse focos para algún interior, aunque no sé si podrá adquirirse película de calidad apropiada.

—En Burdeos, sin duda —asegura Toepfer—. Está cerca. Yo me encargo de eso. Por mi situación en logística estoy bastante al tanto de los suministros que precisa nuestro ejército, y desde luego las películas son parte de ellos. Otra cosa es que lo que filmamos encuentre o no aquiescencia en los noticiarios del país, en la propaganda. No tenemos todos los días, por desgracia, un director de tu talla, Herbert.

* * *

—¿Y cree usted que ese cura va a colaborar? —pregunta Dyer tras sus dos pequeños y seguidos sorbitos de whisky, cuya cadencia Peter no entiende.

—Es una posibilidad.

—La verdad es que es la única en este momento para acercarnos al núcleo de vascos independentistas en Bayona. Han tenido varias entrevistas con los alemanes. Tenemos que saber lo que se trata en ellas.

—En efecto... Verá, Sir, un inciso; es una pregunta personal. Sé que puede resultar ineducada, pero le ruego me disculpe. ¿Por qué esos dos sorbitos siempre?

Dyer ríe larga y relajadamente antes de contestar.

—No te preocupes, Peter, tu pregunta es comprensible en un bebedor inexperto, si no te importa que te llame así. Te diré; es algo heredado de mi abuelo... El primer traguito limpia la boca de saliva, la prepara, digamos. El segundo es el que se disfruta, el que embalsama el paladar, el bueno de

verdad. Pero los dos son necesarios, créeme, los dos, para un verdadero disfrutador del whisky. En fin, a lo que íbamos. Que esta tarde vas a Bayona a ver a ese sacerdote. Pero vas a dar luego un rodeo por Navarra, me dices, y quizá incluso pases la noche allí...

—En efecto, Sir, los dos viejos mugalaris, Borné y Rezola, me han avisado de que hay tres aviadores esperando en un caserío cercano a la zona de exclusión. Uno de ellos con un brazo en cabestrillo.

—¿Herido?

—No sé el alcance de la lesión. Por fortuna parece que puede caminar bien. Ya les indiqué que les pusieran ropa de aldeanos, pero aparte de no saber el idioma, creo que uno de ellos es pelirrojo, muy alto, y huele a extranjero a diez millas. Todo habrá que hacerse de noche. Cerca de la frontera estarán mis dos nuevos hombres. Va a ser su primer servicio. Quiero asegurarme personalmente de que todo salga bien. Y por supuesto, el dinero, Sir. Fundamental que me lo dé usted.

Dyer resopla al levantarse de su butaca; pero como si le costara trabajo, vuelve a sentarse en ella y toma sus dos sorbitos seguidos, chasquea la lengua, se relame un poco el amplio bigote blanco, sonrío como disculpándose y ahora sí se levanta ágil y se dirige a su escritorio, de donde saca un gran sobre en el que introduce la mano.

—Eran trescientas pesetas por hombre, ¿no?

—Exacto, Sir, trescientas por cada servicio. Ellos prefieren llamarlo así.

El cónsul se encoge de hombros, cuenta los billetes y se los entrega a Peter mientras da un breve suspiro.

—Ahí, van. El dinero, ese Dios visible, como dice Shakespeare...

—Y con toda la razón, Sir, el otro se esconde un poco más.

—Sí, y además a nosotros nos tiene últimamente un poco abandonados, ¿no crees, Peter?

El cónsul ha ido hacia el ventanal, y mira hacia la plaza Elíptica a través de la niebla marfil del visillo que no descorre, que prácticamente nunca se descorre. Al otro lado de la plaza, la asimétrica pero armoniosa fachada neogótica del palacio Chávarri es el único edificio realmente vistoso que puede competir con el Carlton en la zona. Hay mientras en la calle movimiento de bastantes personas y de algunos vehículos, pocos, en una

España aún pobre y convaleciente. Coches negros, los que se ven, algún camión de reparto cuyo sonoro traqueteo llega incluso a través de las dobles ventanas, bastantes bicicletas y de vez en cuando incluso carros tirados por mulas o burros, ese curioso animal mediterráneo tan denostado pero tan necesario y del que el cónsul ha hecho un memorándum para que se reintroduzca en el agro inglés, vista su baratura, sobriedad y eficacia, cosa que él ha comprobado holgadamente en sus muchos viajes por España. Memorándum, por cierto, aún sin respuesta, recuerda el cónsul a la vista de uno de aquellos jumentos tirando de una carga increíble.

—Bueno, Sir —interrumpe Peter sus reflexiones zoológicas—, a lo mejor hay que ayudarle un poco a Dios, convencerle de que eso de Dios con nosotros, ese *Gott mit uns* que está en las hebillas de todos los cinturones militares alemanes es una presunción más que una realidad.

—Lo tienen desde hace dos siglos y medio. Desde Prusia.

—Pues en la guerra pasada parece que Dios no estuvo del todo con ellos.

—A lo mejor ha cambiado de opinión en esta, Peter, y hay que rezarle un poco más, para que salve a nuestro rey, como se dice en nuestro himno.

—Quizá, Sir, pero como se dice aquí en España, a Dios rogando y con el mazo dando...

—Ese es un buen plan de trabajo, desde luego. Qué pena que no tengamos un dicho así en inglés, ¿no le parece?

—Bueno, Sir, lo importante es hacerlo, aunque no tengamos el refrán que lo explique, ¿no cree?

* * *

Hace más de dos horas que Josu Ibarrola y Fernando Fagoaga aguardan bajo una enorme haya, bajo la lluvia que repiquetea sobre las hojas del bosque. Apenas se ve a dos pasos. La senda del fondo del valle, porque la conocen casi de memoria, que si no... Es la más cerrada de vegetación, la que tiene mejor escapatoria a uno y otro lado, pese a la maraña de zarzas y espinos, o a trompicones cauce abajo. No sería la primera vez. Y hoy con el arroyo que gruñe, hinchado más de lo que les gustaría. Los dos mugalaris llevan sus capotes de hule y han engrasado para la ocasión las fuertes botas claveteadas. Apoyados en sus bastones de campo, sus maquilas, jugueteando con los

plateados pomos que apenas relucen en la noche, aguardan. Fernando siente, no va a sentir, que no pueda fumar. El olor al cigarro, pese a la lluvia, puede llegar lejos. A cambio, algún tiento de vez en cuando a la bota con un rasposo vino de Mendavia. Rasposo pero tonificante.

Pese a la grasa de las botas, comienzan a sentir húmedos los pies, no saben si de los nervios, el sudor que les moja por dentro o de algún resquicio sin engrasar por donde el agua se cuele. Luego, siempre hay dudas. El árbol mejor, el haya, con sus hojas acorazonadas, planas, en ramas que se extienden horizontales y medio forman un techo de múltiples, minúsculos escalones, mientras que las hojas lobuladas del roble, mucho más arbitrarias y generalmente en sesgo dejan pasar el agua como si nada. Bueno, eso al principio. Cuando se lleva ya un rato bajo la lluvia el agua busca mil sitios y construye toda una red de goteos y canales, y entonces igual roble, que pino, que haya, y sólo hay ponerse a sotavento de alguna roca, de algún resto de piedra, de una barda alta, si la hay, de cualquier ruina de algún caserío que fue, y todo ello en lo bajo del monte, que las cumbres y faldas están peligrosamente despobladas tras tantos siglos de maderero y carboneo, y sólo hay matorral y pastos, donde no sólo destacan las figuras sino que la lluvia no perdona. Y hoy con escaso viento en el fondo del valle, con el agua cayendo en vertical, sin escapatoria. El oficio, por llamarlo así, de mugalari. Se elige la ruta, las rutas conocidas, se establecen prioridades para caso de que aparezca peligro, pero luego, la meteorología hace lo que quiere, y el peligro aparece donde quiere también él, no donde uno querría. Y el oído bien presto. Ese, casi más que la vista, que de noche esta no ayuda tanto. Los perfiles del monte, los de los árboles, los de las rocas, todos enemigos, todos opacos y difíciles, incluso en las rutas más conocidas cuando la noche se cierra en agua y oscuridad. Casi a tientas, entonces, con el único consuelo de que los guardias, los carabineros o la madre que los parió estarán igual de jodidos y suelen tener menos incentivos para capturarlos, salvo que se haya dado el aviso o el chivatazo de alguna partida interesante, y entonces, los unos por llevarla y los otros por la recompensa anden igualados en celo, y así la persecución se haga con toda energía de una y otra parte. Entonces es cuando a veces han pillado a alguno, o peor, cuando el azar, la agudeza de quien sea, la mala intención, la mala suerte, todo junto, vaya usted a saber, se

concentran en unos gramos de plomo a muchos cientos de metros por segundo, contra lo cual hay mala escapatoria.

—¿Has visto, Josu? —susurra Fernando—, la lluvia parecen muchos aplausos muy pequeños. O quizá los aplausos parecen lluvia fuerte.

—No sé. Yo no me canso de oírla. Aunque nos empape. Es tan buena, tan nuestra...

De pronto, en medio de la lluvia, incomprensiblemente, se escucha cercano el largo y armonioso canto de un pájaro que debe de estar resguardado en el hueco de algún árbol y no ve motivo para dejar de llamar a la hembra o para dejar de marcar su territorio con el reto de su voz. Fernando piensa que es un petirrojo.

—Chanchangorri, pues, fíjate, Josu.

Este escucha la melodía hasta el final, que más le parece la de un ruiseñor, y más aún, dado lo nocturno de la hora.

—No, urrechindor, seguro.

—No, lo que yo te diga. Chanchangorri, que también canta a veces de noche...

—Gudari de los cojones, cómo se ve que se te olvidaron los cantos en el presidio. Urrechindor, segurísimo.

—Requeté de mierda, tú sí que te olvidaste del canto de los pájaros entre tanto tiro y tanta guerra. Chanchangorri, lo que yo te diga.

—¿Apostamos?

—Vale.

En la negrura se alzan los hombros de Fernando.

—Pero bueno, pensándolo, quién cojones nos lo va a decir, ¿el pájaro, pues?

—No, cuando vengan esos, Borné y Rezola lo saben, seguro.

—Pues ya tardan. ¿Estás seguro de que era aquí, en este punto? Mira que tardan ya mucho.

—Vienen de lejos, pues. Hasta el amanecer, aquí, ya sabes. Que para eso nos han pagado todo por adelantado. No podemos fallar nada más comenzar. Hasta que asome la luz por allí. A joderse, Fernando. Peor era en la guerra, que encima te venía un tiro de donde menos lo esperabas. O había que atacar. No sé vosotros, pero nosotros sí. Teníamos un capitán más bruto..., navarro

tenía que ser.

—Bueno, navarro, como tú y yo, como nosotros.

—Sí, pero este de la ribera, de Cadreita, de los que tiraron una vez la Virgen al río porque no llovía después de sacarla unas cuantas veces en procesión, ya ves.

—A ver, es que la Virgen ya podía haberse retratado, digo yo.

—Anda hombre, no jorobes tú también, que... ¡Calla, calla!

—Sí, por allí, por allí arriba, parece. ¿Ellos o los guardias?

Sus palabras se han hecho susurros imperceptibles casi hasta para ellos mismos, aunque el abrigo sonoro de la lluvia les permite cierta definición.

—¡Ay, si los supiéramos, seríamos como Dios! O como la Virgen al menos. A ver si la de Aránzazu nos echa una mano. Nekane le ha puesto una vela en casa...

—¡Chist! ¡Que los tenemos encima!

Justo entonces alguien del grupo que se acerca ha debido tropezar, o engancharse, y aunque en voz baja, se oye lo que debe ser una imprecación en idioma extranjero. Otra voz, esta conocida, ordena silencio. Por la vereda bajan ruidos ligeros, mezcla de pisadas, roce entre las espinas e incluso pequeños jadeos.

—¡Aquí, Josechu, Rafa! —se atreve a decir Fernando en tono un poco más alto.

—Kaixo, lagunak. Buenos estamos de agua, pues —responden también en voz baja desde la cabeza del grupo que ya medio se intuye en la negrura. Unos segundos más y los hombres se encuentran. Pese a la cercanía apenas se ven, pero se saben amigos, se conocen como fieras aliadas.

—Kaixo. ¿Nos traéis a los tres? —pregunta Josu.

—Enteros y completos, o casi, casi —es el viejo José Rezola quien habla—. Y no preocuparos de los guardias. No han salido del cuartel, con esta noche.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Más peligro tenían los alemanes, pero iban en coche y se les veía y oía de lejos. Vosotros ahora ya por aquí lo tenéis fácil.

—No creáis. Tenemos poco tiempo. Habéis tardado mucho.

—A ver, joder, cuando se ha podido... —la voz de Rafael Borné suena

fuerte aún sin pretenderlo, por eso suele hablar poco en el trabajo, como él lo llama.

—Ya, ya. Venga, que nos queda una tirada. ¿Habla alguno cristiano? — pregunta Fernando.

—Por los cojones... —medio ríe Rezola, con la lluvia como música que bordonea toda la discreta conversación—. El averiado, un poquito francés. Pero son buenos chicos. Y no andan mal de piernas. Son jóvenes y bien preparados, pues.

—Bueno, no hay demasiado hasta Orizki. Allí nos han dicho que está el camión.

—No hay mucho pero debe de ser lo más vigilado. Los guardias de Echalar tienen malas pulgas.

—Bueno, como todos, pues. Para eso los fabrican, ¿no?

—A ver —contemporiza el exrequeté Josu—, es su oficio.

—Venga, venga, quedaos con ellos, que nosotros, para el amanecer, en casa, como si no hubiéramos roto un plato —remata Borné—. Agur, eta gero arte.

—Agur, chicos.

—Ezkerrik asko, y gracias por lo de chicos —son las últimas palabras del viejo Rezola cuando ya se ha dado la vuelta y apenas son dos bultos en lo oscuro.

Los tres extranjeros están ahora junto a ellos. Parece que van vestidos como aldeanos en día de campo o de monte. No les ven las caras. Hay uno muy alto. Los otros no. Saben que no hay muchas palabras sino andar cerrando la marcha uno de los mugalaris y a la cabeza el otro. Los tres aviadores llevan sendos palos de factura artesanal con los que más o menos se ayudan. No les ven las caras pero los notan nerviosos, casi oyéndoles el corazón, de fuerte que debe de estar latiéndoles. Están entregados por completo a sus guías. Tampoco cruzan palabras entre ellos. Es la orden de los mugalaris. Y es sagrada. En terreno hostil, aunque el país que ya pisan se llame no beligerante, los tres saben que de ser capturados en España irán de entrada al campo de prisioneros de Miranda de Ebro; ya se les ha informado a poco de recogerlos.

Son muchos kilómetros lo que llevan. Pero ya ha pasado el terreno

verdaderamente enemigo. Varios cientos de kilómetros en los escondites más inesperados y en los transportes más variados, pero sobre todo a pie. Una dulce Francia nocturna que no han disfrutado en absoluto, una escapada para la que no estaban preparados pero a la que han tenido que hacerse veloces, por supervivencia. A estas alturas parecen resignados, dentro de su nerviosismo. Pero Fernando piensa, y supone que Josu también, que esos hombres hace unos días estaban manejando con valor y pericia unas máquinas poderosas de guerra que llegaron por el aire. No sabe Fernando inglés. No puede preguntarles cómo fue todo, quién sobrevivió y quién no al derribo, a la caída. Y aunque pudiera, hay que hablar poco o nada en la cerrada noche, pese a la húmeda música de fondo de la lluvia que los va a acompañar ahora valle abajo, pese al bosque que los abriga, por las vertientes ramificadas que esa misma lluvia ha formado a fuerza de milenios sobre la piel y la carne de los montes, y que van conjuntándose en valles mayores, menos empinados y menos numerosos, en aguas que aún van a parar al Nivelles pero pronto serán las que dan al Bidasoa, sin saber el agua qué nacionalidad tiene, piensa Fernando, que abre la marcha y por señas, pocas, se hace entender. Josu cierra el grupo. Ya tendrá tiempo de hablar con él de lo que sea, cuando lleguen al caserío acordado en Orizki, donde se supone que recogerán a los tres aviadores, donde les verán la cara y tomarán todos un buen vaso de leche con coñac o lo que se tercié antes de que llegue el camión a buscarlos, cuando los extranjeros simplemente les den la mano, les den las gracias en su idioma y se despidan de ellos, con toda probabilidad para siempre, y ellos vuelvan al día siguiente para arriba, todo si es que no los cogen antes, claro, aunque pasar extranjeros saben que es menor delito que pasar contrabando de alcohol o café; qué paradoja, piensa Fernando, con lo que vale un hombre, mucho más que todo el café del mundo, por más que ahora sean sólo tres sombras obedientes en la penumbra.

* * *

En el caserío Oroquieta, más o menos a la misma hora, dos personas conversan bajo para no hacer ruido y vaya a despertarse Pachi, que duerme con la boca abierta, y la cabeza en el regazo de su madre.

—Yo creo que tiene dificultad en la nariz, en algo, se resfría a menudo y

se le atasca la nariz.

—Serán vegetaciones —responde Peter—. A mí me las quitaron en Bilbao, de pequeño.

—No sé, el médico aún no ha dicho nada de eso. Tampoco suele enfermar. Y los resfriados se le quitan pronto. Es un niño muy sano.

—Ya imagino. Con vuestra vida aquí, uno se tiene que hacer fuerte a la fuerza.

—Algo así. Pero no todo en la vida es fuerza física. La interior también cuenta.

—No me lo digas —sonríe su interlocutor—. No creas que es fácil esto de andar de arriba abajo. Si no se tienen motivos muy hondos, esto no hay quien lo resista.

Donde está la casa, cerca de la cumbre, hay más viento que en el fondo del valle por el que se deslizan los mugalaris. La lluvia latigüea a veces contra los cristales y se oye tras las gruesas contraventanas cerradas con viejos y fuertes pestillos. Alguna gota resbala a veces por la chimenea, pese a la cobertura superior, y crepita en el fuego.

—¿Dónde has dejado el coche?

—Mucho más abajo, fuera de la carretera, entre los robles de la curva, junto al puente. Así he venido de mojado.

—¿No lo verán los guardias?

—No creo. La lluvia habrá borrado ya las rodadas en la tierra. No hay senda allí. Habría que internarse a propósito en el sitio. Coge muy a trasmano.

—¿Y has venido sólo para lo que me dices? ¿Para preguntarle a Josu cuando venga? ¿Tanta prisa tienes en saber cómo ha ido todo?

Hablan bajo. Están cerca uno del otro. Crepita un fuego débil cuya luz da suaves perfiles móviles a sus rostros, mientras en la repisa, sobre la chimenea, una vela está ya casi consumida delante de una estampa de la Virgen de Aránzazu. Ilumina la pequeña llama la reproducción de las figuras de la pétrea imagen con su niño desnudo en la mano izquierda y el orbe en la derecha. Peter mira un instante para arriba y responde con otra pregunta.

—¿Crees que la Virgen protege a los mugalaris, Nekane?

—Yo creo que sí. Para eso le pongo la vela.

—Así que, la Virgen, protegiendo cosas fuera de la ley.

—No, protegiendo a mi hermano. Además, la ley es cosa de los hombres. Y puede cambiar. Y no todo lo que se puede cambiar es bueno por fuerza. Pero, bueno, contéstame, ¿tan importante era que llegases aquí, con el susto que me has dado? No sabía quién podía ser en esta noche de perros.

—Bueno, ya lo has sabido. Y si quieres que te diga la verdad...

—Para eso te pregunto.

—Tienes razón, no había tanta prisa, aunque como tenía que venir a ver qué tal había ido la cosa, a ver qué tal estará yendo —Peter ha echado una rápida mirada al reloj—, pues he preferido matar dos pájaros con la misma piedra, como se dice en inglés.

—Aquí decimos dos pájaros de un tiro.

—Ya, ya lo sé. Yo prefiero la piedra, que hace menos ruido. Y si quieres saberlo, tú eres el otro pajarito. Sencillamente quería hablar contigo.

—¿Para qué?

—Qué pregunta más tonta. Bueno, supongo que tenéis que hacerla siempre las mujeres. ¿Para qué va a querer un hombre venir a hablar con una mujer? Pues para hablar con ella, si la ve bonita y le parece que vale la pena.

Nekane echa la cabeza hacia atrás y hay un sonriente mohín en sus labios mientras contesta.

—Sí, bueno estarás tú. Que no habrá nescas en Bilbao más guapas y más fáciles que yo, para que tengas que venir hasta aquí...

—No lo sé. Puede. Pero quería hablar contigo. Me gustas, Nekane. Sencillamente me gustas. Por ahora sólo me gustas.

—No me conoces.

—Pero me gustas, incluso sin conocerte. Por eso quiero conocerte, para saber si me sigues gustando o no.

Comienza a crepitar la vela que ilumina a la Virgen, a dudar su luz. Nekane levanta la cabeza y con cara de preocupación dice.

—¡Ay, Pedro, que no se quede el Ama sin luz! Anda, ve a aquel cajón de arriba del aparador y trae otra vela, que yo si me muevo, despierto a Pachi. Ve, corre.

Pedro obedece y a poco repone la vela, que ahora casi tapa la fotografía.

—Ponla al lado, anda, que se vea bien.

—¿Mejor así?

—Sí. Gracias.

—Es fácil cumplir tus órdenes.

—Esa sí. Puede haber otras más difíciles.

—Se intentaría.

—Alguna puede ser imposible.

—Esa llevaría un poco más de tiempo.

—Qué tonto eres... —Nekane sonrío abiertamente y a la vez va depositando muy despacio la cabeza de Pachi sobre el cojín, con lo que queda desembarazada y libre de movimientos—. ¿Quieres un poco de caldo? Se pasa mejor así el rato.

—Lo que tengas. No como desde el mediodía.

—¡Haberlo dicho cuando llegaste, tonto!

—Había otras cosas que decir, que hablar.

—Anda, anda... —Nekane se dirige a la zona de cocina de la amplia habitación y en la semioscuridad se la oye manejar algún cacharro con destreza. A poco vuelve con un puchero que coloca en unas trébedes sobre el fuego remanente.

—Así que, sin cenar nada.

—Sin cenar. Y aprovechándome encima de que Josu no estaba aquí para venir a verte, ya ves qué poca vergüenza tengo.

—Una pérdida de tiempo.

—Eso habrá que verlo. Soy testarudo por lo que tengo de vasco y persistente por lo que tengo de inglés.

—¿No es la misma cosa?

—Sí, pero a mí me gusta desdoblarla. Queda más fino, ¿no?

* * *

«Le Reich, pour L'Europe, en guerre contre le bolchevisme». Así de simple y claro. Es el enorme titular del diario *Le Matin* del día 23 de junio de 1941. Las hemerotecas tendrán luego memoria rigurosa de ello. Todo va a cambiar en muchos lugares, en muchas gentes, y no sólo en esas referidas geografías bolcheviques. La sorpresa es mayúscula, y tras ella, la alegría, el desconcierto o la indignación ocupan los pensamientos, las conversaciones de los

franceses. Más concretamente, de los franceses que aún creían al menos en un respeto mutuo entre regímenes que tenían más de similar que de distinto. Y tan similar ha resultado que parece que se excluyen, que ocupan el mismo espacio social, que es cosa de uno u otro. Antes que los franceses, los primeros sorprendidos, la oficialidad y los soldados alemanes. Muchos de estos hace pocos años habían votado comunista. El de Alemania era el partido más poderoso de Europa Occidental, tras el ruso. Luego, todos o casi todos nacionalsocialistas. Total, no eran tan distintos, pese a los conflictos callejeros, acabaron diciéndoles. Más bien eran rivales. Dos chicos fuertes, voluntariosos, honrados, peleando limpiamente por la misma mujer, o eso decía alguien. Pero ya, por encima de todo, la patria, la gran patria alemana cuya venganza se precisaba y que estaba por encima de partidos, de leyes incluso, se ha llegado a decir. Y la raza, la raza siempre, como sumo argumento paralelo. Los franceses no. Los izquierdistas franceses se sienten engañados, traicionados por la ruptura del pacto Molotov-Ribbentrop, un pacto que les acercaba a los alemanes pese a tenerlos incrustados en casa, que les hacía perdonar la gran travesura de Dunkerque y la humillación al ejército francés, un ejército burgués del que esos mismos izquierdistas abominaban.

—¿Y ahora, qué? —Eugéne Goyeneche, recién llegado a la redacción de *Euzko Deya*, mantiene el periódico en la mano, mostrándolo a sus compañeros, como si estos no lo hubiesen leído también. Tardan en reconstruir sus pensamientos, en rehacerse de la sorpresa.

Más o menos a la misma hora, en Bilbao, el cónsul Dyer tiene una amplia sonrisa mientras lee los detalles. Y en Vichy, el embajador Lequerica ha dejado en suspenso la taza de café en la mano izquierda en cuanto ha desdoblado el diario y visto los amplios titulares. Se alegra y preocupa el embajador a la vez. Sus razones tiene, a cuál más poderosa. En cuanto a Peter Wood, ya se enterará cuando despierte. Ayer tuvo una noche movida colaborando en vigilar un mercante en el puerto de Pasajes, de dudosa carga y más dudoso destino. Sabe que de su información puede depender que el barco sea o no hundido o capturado por la armada británica, que acecha zorruna en los mares. Pero es así, es la guerra, es ellos o nosotros, se dice cerrando la cuestión de conciencia cuando se le presenta.

En Dancharinea, en la venta Pello están todos escuchando la radio, el parte

de las nueve de la mañana. Los guardias Cuevas y Olvera con un aguardiente para matar el gusanillo y despejarse un poco después de una noche de vigilancia tranquila. Otros parroquianos, con diversos brebajes. Fernando, que había ido a ver si veía a Felisa y en efecto la ha encontrado, con un café o cosa de tal color que remueve mecánicamente en la taza, mirando a ningún sitio, silenciosos y cercanos ella y él mientras la voz solemne del locutor desgrana detalles y cifras sobre las primeras y arrolladoras victorias de las armas alemanas en su imparable avance hacia el corazón de la hidra roja, asegura.

Hay una tabernita cerca del taller de bicicletas Velos Saint Jean donde trabaja Cristóbal Garro. El tabuco ni siquiera tiene nombre, y sólo reza un irónico *VINS FINS* en el cartel, un panel coloreado que se superpone al dintel de la puerta. En el interior de ese quizá el menos elegante bar de Bayona están sentados el padre Garro y Peter, hablando en voz baja. No se sabe en Francia quién puede ser colaborador de quién, o estar al servicio de quién. Bayona es menos delicada que Biarritz, no tiene sus exquisitos hoteles ni sus deliciosas vistas al mar. Por ello hay menos chic en informadores y espías, pero su puerto mueve más mercancías, y ello interesa por igual a las diferentes potencias en litigio, que envían a sus agentes en la medida que exige el terreno, más vestidos de calle o de mono de trabajo, siempre más discretos y cotidianos. Peter Wood es indudablemente uno de ellos y como tal ejerce, dejando el coche en las afueras, dando luego varios quiebros, mirando para atrás y aguardando en esquinas, asegurándose de que no es seguido por la calle, y vestido cada día de forma distinta pero a la vez con los colores y hechuras más discretos que ha podido encontrar. Así y todo, sabe que toda precaución es poca, y que hablar en voz baja, incluso en un tugurio como el que ahora ocupan, o quizá por ello, es absolutamente necesario. Garro colabora, trocando su potente voz en un cálido susurro que Peter imagina ardiente trueno cuando esté en el púlpito. El vino, por cierto, no es tan malo como se temían.

—Bueno, Cristóbal..., por cierto, no te importará que evite lo de padre...

—En absoluto. Lo agradezco. Es más discreto.

—Entonces, tras la invasión alemana de Rusia tienes eso que tú llamarías escrúpulos de conciencia.

—Más o menos. A ver si tus enemigos se van a cargar a los bolcheviques.

—Verás. Primero, lo dudo. Segundo, yo creo que son tan ateos como ellos, por más que ayudasen a Franco y a la reacción española, que está llena

de curas, como sabes.

—No lo voy a saber... Pero no todos los curas somos reaccionarios.

—Te seré sincero, Cristóbal. Los aliados pensamos, te lo puedo expresar así, que los nacionalistas vascos sois tan nacionalistas como los españoles. Cada cual de su tierra. Pero que sencillamente sois menos, y que la República os prometió un estatuto de autonomía. Por eso os fuisteis con ella, pero por los pelos. Aunque la cosa no está en saber quién es más o menos nacionalista.

—¡Pero es que los nacionalistas franquistas son unos asesinos!

—No grites, por favor... Bueno, bueno, las burradas que hicieron las milicias no les fueron a la zaga. Lo sabes. O debes saberlo.

—Los vascos no. Podemos haber sido nacionalistas, pero no asesinos a sangre fría. No es nuestro estilo. Ni lo será nunca.

—Vale. De acuerdo. Pero siento decirte que eso no nos interesa. Simplemente que esa hiena de Hitler propone una Europa pagana, tiranizada, regida por las leyes de Nuremberg en lo racial y donde el sentimiento religioso contará muy poco. Nosotros, al menos, no dirás que no lo respetamos.

—Bueno, digamos que sí, aunque la caridad cristiana no haya sido nunca la política de la Gran Bretaña.

—Ni de nadie, Cristóbal, ni de nadie. Maquiavelo tiene razón. Lo que pasa es que hay quien lo reconoce y quien no. Con el autoritarismo nazi, de todos modos, tenéis poco que hacer. Tendréis muy poco que hacer.

—Bueno, de entrada te digo que quieren hacer por lo visto un reportaje de cine sobre el País Vasco. No sé dónde ni para qué. Es todo lo que he podido oír. No creas que se fían mucho de mí.

—Sin duda como campaña propagandística en Alemania sobre vosotros.

—Joder, ¿y por qué no lo hacéis los aliados también?

—Tenemos otras cosas que hacer. La guerra, por ejemplo.

—¡Toma! Y ellos también. Pero parece que se fijan más en nosotros, en nuestras diferencias con el resto de España.

—Sí, Cristóbal, sí, pero para utilizaros, no te quepa duda. Y sobre todo, como ganen, prepárate para que Franco se sienta más libre en su nacionalismo y os apriete más los tornillos, como más o menos aliado suyo. Ya te dije.

—Ahí tienes razón. El caso es que parece que hay algunos peces gordos en contacto con los de aquí. No sé qué querrán.

—Ya te lo digo. Captaros para su proyecto.

—Que puede ser el nuestro.

—No insistas. El suyo es excluyente. Ellos no tienen aliados, sino enemigos o súbditos... ¿Otro vino? No es malo.

—Vale.

Peter se levanta con los vasos vacíos y pide que se los llenen de la misma frasca que antes. Borbotea espumoso el morapio, mientras el tabernero, con gesto de indiferencia, se le ha quedado mirando quizá un cuarto de segundo más de lo que Peter considera suficiente. Vuelve a la pequeña mesa y aguarda a que hable el cura, tras chocar ligeramente los macizos vasos con un leve sonido opaco. El sacerdote da un trago y se pasa la lengua por el labio superior.

—De verdad, Pedro, estoy hecho un lío. No sé si estoy haciendo bien o no. Eso de ser un puñetero cura y tener una conciencia tan rigurosa es bien jodido.

—Mira cómo está Francia, Cristóbal, mira la estrella que les han puesto a los judíos franceses.

—Y les han cerrado la sinagoga. Bueno, cerrado no, que como está cerca de la estación de trenes la han convertido en almacén de carbón, ya ves. Y en cuanto a ellos se han llevado a unos cuantos. A trabajar por ahí, dicen.

—Habrá que ver en qué condiciones. ¿Y pensáis formar parte de esa Europa racista? ¿Piensas que os respetarían a vosotros más que a esos ciudadanos franceses de religión judía, muchos de ellos excelentes profesionales que colaboraban en el progreso del país?, ¿profesionales y clase media tan buena como vosotros? ¿Qué os van a dar trato especial? ¿Regalaros una independencia con la que podríais hacer lo que os diese la gana? ¿Esa gente? Por favor, Cristóbal, del cielo sabrás mucho, pero de la tierra estás un poco más crudo.

—No sé, Pedro, no sé. Son cosas que me desbordan. Yo lo que querría es ir a mi parroquia, a cuidar de las almas de la gente, de sus necesidades, hablar y hablarles en su lengua. ¿Es mucho pedir eso?

—Pues ya ves, Cristóbal, por ahora sí. Me temo que sí. Y como ganen los

otros, definitivamente sí.

—Déjame pensar, Pedro, déjame pensar...

Y el padre Cristóbal Garro está a punto de romper el macizo vaso que tiene entre sus manos. Tiene blancas las puntas de los dedos de apretar.

* * *

Ha ido luego Peter a Dancharinea, desde Francia. Pasó un control alemán en Espelette pero no tuvo problemas. Ya vendrá el momento cuando los kilómetros cercanos a la frontera se conviertan en zona prohibida. Cuando la resistencia francesa sea algo más que una palabra y un proyecto. Por ahora, no. Sobre todo en las provincias vascofrancesas, de siempre tan conservadoras, la coexistencia puede decirse que es idílica. Más abajo, el Pirineo es amplio, y sus cientos de kilómetros exigirían demasiadas tropas y gendarmes para controlarlo por completo. Con todos los documentos muy en regla se puede pasar todavía de un lado a otro.

Vichy, más al este, resulta casi un país independiente cuya amistad es pretendida por los aliados y alemanes con igual impaciencia, sabiendo unos y otros que de todos modos será muy difícil echarlo por completo en brazos del rival. Y la zona ocupada alemana junto a la costa es aún sólo eso, sin excesivos sobresaltos por el momento, y más relajada mientras más al sur. Un sur del que se fueron ya las triunfales y fulgurantes divisiones SS que entraron los primeros días y se ha ido convirtiendo cada vez más en lugar de descanso, de restablecimiento de soldados y sobre todo oficiales que comienzan a llegar del frente ruso. Las muy vigiladas playas de Anglet, Biarritz, Bidart y San Juan de Luz, entre otras, son un sueño breve para muchos hombres que bajan de los trenes y traen escondidas en los ojos las terribles escenas de la guerra en la estepa. No las ve nadie sino ellos, y los franceses que los miran bañarse, correr por la playa, divertirse luego, no pueden percibir que tras esos rostros sonrientes se agolpan visiones horribles que perseguirán a sus dueños toda la vida. A los que sobrevivan.

Están en el exterior de la venta Pello. Grazna una bandada de grajillas que pasa rauda hacia cualquier sitio. La tarde es buena y apetece sentarse fuera. Ni siquiera han aparecido hoy por allí los guardias civiles. Eso le ha dicho veloz Felisa a Fernando. Los tres reunidos están tomando unas gaseosas. Un

poco temprano para el vino —una hora tonta, ha comentado Josu—, y ya tarde para el pacharán, pero hay que hacer gasto para poder disfrutar de la brisa, sentados bajo el emparrado.

—¿Os suena un tal Cristóbal Garro, uno que era cura de Urdax? —pregunta Peter a Josu y Fernando mientras se echa para atrás en la silla de enea.

—Claro. Buen hombre, pues —responde veloz Josu—. Párroco de Urdax que era. Sí. Pero se apuntó a las cosas de este —señala con la cabeza a Fernando— y tuvo que salir por pies. No sé por qué no ha vuelto.

—A ver —interviene Fernando—. Como tantos, Porque no quiere mientras aquí gobierne el que tú ayudaste a poner. Por qué va a ser.

Josu hace un gesto despectivo.

—Anda, anda, que no podría decir las misas como antes. Hay por aquí curas que las siguen diciendo en vascuence en los pueblos. Las entiende mejor la gente. Y si no, en castellano. Total, lo habla más gente en los sitios grandes...

—Bueno, bueno —corta Peter—. Cuestiones nacionales aparte.

—Provinciales —apunta Josu.

—Nacionales —contradice Fernando.

—Bueno, joder, las que sea, haberos puesto de acuerdo antes de la guerra. Ya es un poco tarde. O por ahora es un poco pronto, no sé bien. El caso es que qué os parece el cura ese.

—Lo que te ha dicho este —responde Fernando—. Nacionalista, buena persona, cumplidor. Bueno dando sermones y haciendo cosas. Y en la campa, cuando había fiestas, tiraba la barra más lejos que ninguno.

—Y cómo le admiraban las mujeres... —añade Josu.

—Ya —dice Fernando—. Total, que es de fiar, honrado al menos, consecuente con sus ideas, sean las que sean.

—Eso sin duda —apoya Josu—. Un poco equivocadillo pero sí, buena gente. Serio.

Peter se echa al lado el flequillo que la brisa le mueve. Se le ha puesto más gris en estos dos años de guerra. Sigue teniendo el pelo abundante, liso y fino, pero las preocupaciones o puede que la genética se lo están plateando en gran medida, dándole quizá un aire algo más venerable que, por otra parte,

piensa que le viene como presencia un poco más respetable, dadas sus actividades.

—Bueno —dice tras unos segundos de reflexión—. El caso es que vosotros tenéis pasaporte en regla, ¿no?

—Claro —se adelanta Josu mirando a Fernando—. Los dos. Hace falta por aquí.

—Pero es Fernando quien creo que me haría falta para esto.

—¿Y eso? —pregunta el aludido.

—Tú, que estás más en la línea del cura, me gustaría que vinieses conmigo a Bayona y hablaras con él, le convencieras.

—¿Cómo?

—Hombre, no le vas a contar a lo que te dedicas, pero, bueno, voy a llevarle además periódicos americanos e ingleses que he conseguido en los que sale Aguirre y da su apoyo a los aliados. Os los traeré también a vosotros, si queréis.

Fernando mira con una medio sonrisa a Peter y mueve la cabeza antes de contestar.

—Verás, Pedro. No estés tan seguro de nosotros. Lo nuestro es un oficio. Que estamos en el bando correcto, puede. Y si no, pues qué le vamos a hacer.

—¿Os consideraréis simplemente mercenarios, entonces?

Fernando no deja de sonreír.

—Llámalo como quieras. Pasamos personas, salvamos personas de la cárcel. Creo que no es poco. De la cárcel de los aliados de Franco, de los que fueron aliados de Franco. Y espero que no nos pidas más. No nos comprometas más. Esto es ya bastante, creo. Y hablar con el cura, déjalo. Sencillamente, yo no tendría argumentos.

—Pedro —interviene Josu—, tiene razón Fernando. Una cosa es que ayudemos a pasar gente y otra que hagamos propaganda política.

—Es así, Pedro —sigue Fernando—, soy nacionalista, de acuerdo, pero no sé de propaganda. No sé tanto. Y menos para convencer a un cura, que seguro que me lía. No sé de política, no es lo mío.

—Es verdad, Pedro —añade Josu—. Lo nuestro, el monte, el peligro, si quieres; la muga, burlar a los guardias, y luego ver el gesto de agradecimiento en esas caras que luego te dan la mano como si te debieran la vida, que a lo

mejor te la deben. A este y a mí nos separó la guerra de casualidad, como a tanta gente. Podíamos haber caído en el mismo bando, en uno o en otro los dos, dependiendo de quién nos hubiera movilizado. Podríamos hasta habernos matado uno al otro. Acabó la guerra, nos dejó huellas, claro, tendencias distintas. Pero seguimos siendo amigos por encima de eso. No vale eso tanto como para romper la amistad, que es lo más bonito, digo yo, que puede haber entre los hombres.

Peter suspira y sonríe.

—Hablas como Epicuro, Josu.

—¿Y ese quién es?

—Era. Un tío antiguo que decía que la amistad es el bien supremo del hombre.

—Pues es verdad, oye —dice Fernando—. Yo, que te voy a decir que no te haya dicho ya este.

—Vale, pues nada. Os comprendo. O creo que os comprendo, que es lo mismo. Tendré que convencer al cura yo solito, con mis periódicos... La verdad, bastante estáis haciendo con lo que hacéis. Y ahora, hablemos de la próxima actividad. Para dentro de dos días, según me dicen. Y el dinero, por supuesto, por adelantado. De eso no preocuparos. Pero mejor vamos al caserío, por si las moscas.

—Vale —dice Fernando—, ¿vamos al mío? Tengo a la amachu un poco pachuchilla.

—Si no te importa, preferiría el de Josu. La verdad, quiero saludar a Nekane. En realidad es un poco como si ella fuera de nosotros, del grupo. Y a la gente le gusta que la saluden, que les agradezcan lo que hacen, ¿no?

* * *

En la redacción de *Euzko Deya* hay caras largas. La revista sigue saliendo pese a las quejas del consulado español en Biarritz, al que los ocupantes alemanes parecen no hacer demasiado caso. Tampoco ha podido hacer mucho Jean Ybarnegaray, desde Vichy, siguiendo peticiones del embajador Lequerica. En lo administrativo y en lo político, la zona ocupada y Vichy son dos naciones distintas, dos regímenes casi de espaldas uno con el otro, por más que ambos estén poblados por franceses, tengan costumbres iguales,

gendarmes iguales, productos iguales, paisajes iguales, ríos iguales, y sólo una artificial línea larga y controlada por puestos de gentes con uniformes grises separe dos mundos que hasta hace poco, durante siglos, habían sido uno solo.

Desde París, y a punto de volver al sur, haciendo como si fuera una llamada urgente que en realidad no lo es, Alfred Toepfer ya se ha encargado de comunicar detalladamente a Eugéne Goyeneche las presiones que dicen tener los ocupantes para clausurar la publicación nacionalista, en la que paradójicamente casi nadie de la administración francesa había puesto antes excesiva atención. Toepfer sabe perfectamente que no es la protección de los alemanes lo que mantiene vivo el periódico, sino mera indiferencia hacia una tensión ajena a sus preocupaciones en la zona; pero comentándolo con Werner Best han acordado que parezca esfuerzo de ambos el éxito de esa inmunidad gráfica. Luego, en su charla telefónica con Goyeneche, Toepfer ha incluso mostrado aparente preocupación por un posible cierre que sabe no se va a producir y que él asegura intentará combatir. Y que no se preocupen, que está allí abajo enseguida. En pocos días. La revista, por cuenta propia y a modo de inevitable agradecimiento, no sólo no publica nada que pueda herir la sensibilidad del ocupante, sino que ha comenzado a incluir unos reportajes sobre distintos pueblos europeos con pretensiones nacionales, destacando siempre los buenos ojos con los que Alemania contempla dichos movimientos. Reportajes por cierto elaborados en la oficina de Best y que este envía a Toepfer para que los mande a la redacción a toda velocidad.

Pero hoy, pese a la buena marcha de la revista, hay caras largas.

—Diecinueve condenas a muerte en Madrid son muchas —dice Antonio Labayen—. ¿Creéis que las cumplirán todas?

Es Mirenchu Etchezerreta la que contesta:

—Capaces. De todos modos dicen que las han recurrido, y que la revisión es dentro de unos meses. No dice cuántos.

—Tiempo de más que vivirán nuestros compañeros —le responde Landáburu—, si vivir podrá llamarse a las condiciones en las que deben estar.

Goyeneche, que aún tiene en la mano el periódico español de ayer, aclara:

—Bueno, a una de ellas, Itziar Múgica, fue a verla su madre y dijo que estaban bien, que no tenían queja del trato. Eso, del trato sólo.

—Querrán quizá que estén más gorditos para que hagan mejor blanco —ironiza Landáburu—. Hace ya dos años que se acabó la guerra y todavía fusilando...

—Y estos no habían matado a nadie, ni mandado matar a nadie, como dicen de otros, digo yo —añade Miren—. Patriotas sólo, pues.

—Bueno, espionaje, ya sabes, eso dice aquí —habla Goyeneche.

—Pero no era pasarle nada al enemigo —hace un gesto con la mano Landáburu—. Los aliados no son el enemigo de Franco, joder, si el tío está ahí en el fondo es gracias a ellos, y lo sabe el muy canalla.

—¿Quién lo va a saber mejor que él? —interviene Labayen—. Pero está claro que si hubiera conflicto con ellos, esa información dirían que es colaboración con el enemigo.

—Enemigo que no lo es por ahora, y que está claro que no va a serlo, si no contamos lo de la División Azul contra Rusia.

—Bueno —dice Mirenu—, ya sabéis que eso han insistido en que es no contra los aliados sino contra los rusos.

—También los putos aliados son cínicos —añade Labayen—. Le declaran la guerra a Alemania por invadir media Polonia pero no a Rusia cuando ocupó la otra media a las dos semanas...

—Bueno, bueno, esos temas de alta política exterior nos desbordan —resume Landáburu—. Lo nuestro ahora no es ni siquiera saber cómo ha caído la red Álava, lo cual discutíamos el otro día, y que algún día nos enteraremos de verdad cómo ha sido, supongo, de dónde ha estado la dejadez, o la incompetencia, o la traición, no sé... Ahora es mover todo lo que podamos en favor de los condenados, y seguir con lo nuestro ahora cuando venga el director de cine ese a hacer el reportaje sobre Euskal Herría. Nuestras cosas son nuestras cosas, y allí se las apañen los aliados, los rusos y la madre que los parió.

Y la conversación sigue sobre todo centrada en la búsqueda de apoyos de personas significativas entre el clero y la intelectualidad regional para que envíen peticiones de clemencia a Franco, y así se sumen a las que sin duda estarán llegándole, confían los reunidos, como en realidad está ya ocurriendo en ese verano de 1941.

* * *

Cristóbal Garro, en el cuarto pequeñito que hay al fondo del taller, fuera de visitas inoportunas, echa un vistazo a las varias páginas sueltas de distintos diarios americanos e ingleses que Peter ha podido reunir y ha traído bien ocultos en su ropa. No era probable un registro, y las pocas veces que le ha ocurrido ha sido superficialmente en el vehículo. Por el momento, nunca sobre su persona física, lo cual tampoco es descartable. Por eso le estaban quemando esas hojas impresas que por su origen y contenido podrían causar problemas a quien fuera descubierto con ellas encima. El padre Garro las mira y remira, consciente de su inevitable veracidad. Ve las fotos y lee rápidamente los titulares, lo que entiende de ellos, prometiendo una lectura más despaciosa cuando llegue a su casa, aunque el hecho de la existencia de información tan destacada ya ha hecho su efecto. Mientras, en el taller de Velos Saint Jean, en Bayona, el dueño silba trabajando, con el recado de parar de inmediato si hay algo sospechoso.

—¿Y te has arriesgado a traer estos periódicos más que prohibidos sólo para que los vea yo?

—Pues sí, Cristóbal, para que veas en qué bando está la gran mayoría del nacionalismo vasco, por más que quienes viven aquí se vean obligados a contemporizar con los invasores, a ensayar algo. Pero ya ves. Casi todo el Euzkadi Buru Batzar está con nosotros, empezando por Aguirre. Los periódicos están en inglés pero las fotos son bastante explícitas. Cara de prisioneros no parecen tener.

—No, y de Aguirre, que no se sabía nada de él.

—Pues ya ves el lugar donde ha ido a parar, y podía haberse quedado por aquí, o en Bélgica o en Berlín, por donde se dice que pasó. Le perseguían bastante de cerca, pero mira por dónde, ha podido llegar a Estados Unidos. ¿No creerás que estas hojas son falsas, verdad?

Resulta bastante evidente que la media docena de hojas mal cortadas de periódicos son auténticas. Su tamaño, textura y contenido parecen reales.

—Hombre, no creo que hayas fabricado esto en una imprenta por ahí solo para convencerme. Sería un trabajazo, pues.

Peter sonrío y le contesta:

—No, pero fíjate, ya que lo has dicho; podría ser un trabajo de más envergadura: haber hecho imprimir muchas de estas falsificaciones para engatusar a muchas más personas, además de ti. Como me dijiste al principio de conocerte, es cierto que no eres muy importante, pero muchos juntos como tú pueden ser algo importante, y entonces sí valdría la pena una falsificación a gran escala. ¿Qué te parece?

Cristóbal se rasca la cabeza y niega con ella antes que con las palabras.

—No, no va a ser así, y no me ibas a poner tú sobre esa pista. Demasiado maquiavélico. Estos periódicos son verdaderos.

—Por supuesto, Cristóbal, puedes estar tranquilo, por supuesto que son verdaderos, y ya ha sido un peligro traértelos hasta aquí. Y ahora son un peligro en tus manos. No los llesves ni a casa ni nada, como dices. Lee lo que puedas aquí en ellos y luego los destruyes. La Gestapo podría interesarse en quién te los ha dado, preguntándote amablemente, ya sabes.

—No te preocupes. Los veo bien entonces ahora y no los llevo a ningún sitio. De este cuarto no salen. Ahí desaparecen, en la estufilla, en cuanto los lea. Gracias, Pedro. Creo que me has dado más argumentos para colaborar con vosotros con la conciencia tranquila.

—Me alegro. He corrido un riesgo, uno más, pensándolo bien, pero me alegro.

* * *

A los dos días Peter aparece de nuevo por el caserío Oroquieta. Acaba de anochecer y el coche ha dado la vuelta hasta colocarse detrás del edificio, sin que pueda ser visto desde la carretera. Es un ruido ya conocido, y la propietaria del lugar ha abierto la puerta enseguida.

—¡Pero bueno! —espeta una sonriente Nekane—. ¿Es que vas a asomar por aquí cada vez que se va mi hermano?

—No es una mala idea. Antes de ayer no pude hablar tranquilamente contigo. Y Josu sabe que he venido a verte. Se lo he dicho. Y así estáis Pachi y tú más protegidos. Nunca se sabe...

—¡Bah! Ya no estamos en guerra. Sería la primera vez que alguien quiere entrar aquí. Y con los buenos cierres que tenemos, me pongo luego a dar gritos y me oyen en la venta. Y si no, cojo el biello y ensarto al más pintado.

Así que, si era eso lo que te preocupaba...

—Sabes que no. ¿Y Pachi?

—Arriba, en su cuarto, dormidito, como tiene que ser, después de tomarse su cuajada de la noche —responde Nekane bajando inconscientemente la voz —. Venga, pasa.

La ancha tranca de madera vuelve a caer horizontal asegurando la puerta tras la entrada de Peter, que medio se excusa:

—Verás, tendría que estar controlando la operación, pero sería más estorbo que ayuda.

—No lo dudes. El monte es duro. Hay que estar hecho a él.

—Por eso prefiero esperar aquí y saber de inmediato los resultados. Como si hubiese estado esperándolos por ahí debajo de un árbol, ¿no?

—Anda, árbol, siéntate. ¿También hoy vienes con hambre?

Peter está de pie frente a Nekane. No se ha sentado aún. Tienen una estatura proporcionada porque Nekane es buena moza y no precisa levantar demasiado la cabeza para mirar de frente a esos ojos grises que le sonrían y que están enviando mensajes a los suyos, marrones, risueños en este instante, acompañando a la sonrisa de unos labios llenos que incluso así, sin pintar y sin arreglar en absoluto su dueña, Peter ve bonitos, deseables, que saben que lo son, que quizá por eso sonrían de manera tan suave, tan invitadora, por más que él simplemente le va a presionar breve y mínimamente los hombros mientras le dice:

—No, venía sin hambre, pero en tu honor, la tendré si me invitas a algo y lo compartes conmigo.

—¿Qué te apetece?

—¿Que qué me apetece?

Ha dicho las palabras lo suficientemente lentas y enfatizadas mirando a los ojos de Nekane como para que esta responda veloz:

—¡De comer, golfo!

—¿De comer? —misma lentitud y énfasis.

—¡Pero qué golfísimos sois los hombres en cuanto se os da un poco de confianza! ¡A ver, sin tonterías, qué quieres que te guise!

—No eran tonterías... —suspira sonriente Peter mientras toma asiento en una de las amplias y pesadas sillas y apoya los codos en la mesa abatible, que

está bajada—. Pero, en fin, si hay que alimentar el cuerpo, lo que tú dispongas.

—¿Unos huevos con jamón? Aún nos queda del cerdo que matamos esta Navidad.

—No se diga más. ¡A tus órdenes!

Y Peter hace burlescamente un saludo militar a la inglesa, con la mano plana extendida contra la sien, y la palma hacia su interlocutora.

* * *

El mes de agosto de 1941 está siendo térmicamente tolerable en Vichy. Sólo tolerable. Pero el embajador José Félix de Lequerica siente hoy cierto calor incómodo, un mínimo cosquilleo debido a lo que pese a su larga experiencia en la diplomacia se atreve a calificar como miedo escénico, quizá porque así definido le es más fácil de combatir. El vamos a llamarle presidente de la República le ha citado esta mañana a primera hora. Sabe que Pétain es una figura poco más que decorativa en esa caricatura de Francia que se llama Vichy, por más que, bueno, bueno, aún esa geografía y sus amplias colonias africanas guarden una masa de población importante, y su indecisión o quizá expectativa en la guerra siga siendo un misterio para muchos y un desiderátum para los aliados, que bien quisieran el imposible de que declarase la guerra a Alemania, o de Alemania en que declarase la guerra a los aliados.

El embajador Lequerica se dio por cierto una vuelta hace poco por el puerto de Toulon, discretamente acompañado por su chófer —total confianza en Faustino— y una señorita a la que hizo pasar por su secretaria. Los buenos ratos no le evitaron observar, admirar sería la palabra exacta, la poderosa flota de guerra francesa que lleva más de un año atracada en el puerto militar, por muy de lejos que la viera. Qué no darían los alemanes —pensó Lequerica, y sabe que ese pensamiento no es exclusivo suyo— por tener esa soberbia colección de acorazados, cruceros pesados, destructores y demás flota auxiliar que languidece en las bien protegidas aguas, ansiada por todos, respetada por ahora por todos, y que podría cambiar la suerte de la guerra en el Mediterráneo si se hiciera a la mar enseñando los dientes.

Pero hoy no, no es el caso de recordarle a Pétain todas esas enormes armas

flotantes voluntariamente castradas por una derrota que lo fue en tierra, pero que en mar hubiera estado no ya por ver sino que a buen seguro hubiera sido completo triunfo de una escuadra solo segunda ante la británica, en Europa. Ironías de la guerra terrestre, de la toma de París —¡Ah, París París!, suspira — y de la vida, piensa Lequerica, silbandillo y arrellanado en el amplio sofá frontero a la puerta por la que sabe que pronto asomará un ujier que le hará pasar a presencia del viejo general, del gran vencedor de Verdún y enorme derrotado hoy de todo el país. Más ironías, pues, reflexiona el embajador de Franco mientras se pasa el índice por la hirsutez del recientemente perfiladísimo bigote, en el momento en que se abren a la vez las dos grandes puertas del despacho presidencial, y un uniformado portero que por sus galas parece un almirante le sonrío y ruega que pase a ver al presidente de ese retazo de Francia.

* * *

El coche asignado a Alfred Toepfer es un potente vehículo oficial de la Wehrmacht. Él es solo Hauptmann, capitán, pero por su puesto y delicadas misiones de logística e importación y exportación de divisas con terceros países se ha decidido dotarlo de un vehículo grande y lujoso, con chófer militar, como si fuera un alto cargo, lo que en realidad viene a ser debido a sus actividades. Karl Bouda va delante, junto al conductor, y Toepfer y Herbert Brieger ocupan los cómodos y espaciosos asientos traseros. Han atravesado Francia de arriba abajo por toda la zona ocupada, por la Nacional 10, que termina en Hendaya, y van comentando aspectos y características de un fértil país donde ahora, de vez en cuando, los uniformes grises, los controles, ponen una nota belicosa que apenas distorsiona la cotidianeidad del agro. En los pueblos no se diría que hay ocupación. Los gendarmes siguen guardando el orden como antes de la invasión, y las vacaciones escolares salpican los lugares de rostros juveniles que miran y admiran el largo coche negro con su guion militar sobre el guardabarros derecho delantero.

Brieger no pierde detalle y saca numerosas fotos con la pequeña Leica que siempre lleva consigo. Toepfer tampoco pierde un detalle de los detalles que llaman la atención al cineasta. Bouda de vez en cuando les habla de algún tema general, hasta que lleguen al País Vasco francés. Allí la conversación se

densificará, el paisaje adquirirá la categoría de objeto preferente, y las gentes, su indumentaria, sus actividades, serán observados y comentados con mayor fruición por los ocupantes del vehículo, siguiendo más o menos las pautas que el lingüista indique. Alfred Toepfer no es ni lingüista ni cineasta, pero sus observaciones de inteligente e intuitivo empresario y hombre de mundo suelen ser agudas, e influirán luego en varios aspectos del reportaje cuyo guion van pergeñando ya los otros dos viajeros.

* * *

Lequerica ha sido invitado a pasar. El despacho es espacioso, bien iluminado y amueblado, aunque sin ostentación. El mariscal se ha puesto de pie a la entrada del embajador español. Pétain mantiene una muy digna presencia para sus ochenta y cinco años. No es más alto que Lequerica, pero sí se conserva más erguido, y sus hundidos y expresivos ojos grises irradian seguridad y fuerza. Tiene una armoniosa cabeza, pese a la considerable calvicie que cubre con el kepis cuando está en el exterior. El bigote, poblado, amplio y muy blanco, le ennoblece el rostro y da ese aire de entre abuelo protector y hombre de carácter que aparece en fotografías y carteles de propaganda. Lequerica se pregunta cómo un hombre de su edad tiene la fama que le rodea respecto a su gusto por las mujeres, y eso que no se casó por lo civil hasta los sesenta y tantos años, y por lo religioso hace pocos meses. Si serán verdad todas las golferías que se le achacan. Valiente vejete verde, piensa el embajador, pero, en fin, se dice, esto es Francia, y aquí se cuidan más los amores y los amoríos, por extramatrimoniales que sean...

—Bon jour, mon maréchal.

—Bon jour, ambassadeur. Ça va?

—Más o menos, más o menos. Aquí, sobreviviendo en esta deliciosa y discreta ciudad... En fin, qué le vamos a hacer.

El mariscal comprende y sonrío. Sabe que el embajador del general Franco permanece soltero, y que Vichy no es precisamente un enclave de disipación. Invita al embajador a sentarse. Lequerica domina francés e inglés a la perfección, y ha rechazado el intérprete que la secretaria del mariscal había propuesto para la entrevista. No hay nadie más que ellos dos, y ahora lo siente, porque ve venir lo que ve venir, y hubiera sido mejor tomar notas

escritas sobre la marcha, por más que él se proponga hacerlo luego, para mandar el correspondiente informe de todo lo que se hable al Ministerio de Asuntos Exteriores en Madrid.

Tras varias frases inanes sobre el clima, sobre aspectos de la guerra en Rusia, sobre España, que Pétain recuerda de sus tiempos de embajador en Madrid hace un par de años, llega la cuestión esperada.

—Embajador, le he llamado para un asunto delicado, dentro de la gran simpatía que tengo por el jefe del Estado español, como usted sabe, y por usted mismo, como tampoco ignora.

—Cosa de la que me sienta, nos sentimos, muy orgullosos, mon maréchal. Usted dirá.

—Sí, el caso es que me han llegado peticiones de clemencia respecto a varias condenas a muerte dictadas por los tribunales militares españoles, y aunque lógicamente es un asunto interno de su país, me veo obligado sencillamente a comunicarle esas peticiones, más como un transmisor de las mismas que como un creador de ellas, como usted comprenderá perfectamente...

—Perfectamente, mon maréchal, y ello honra sus conocidos sentimientos de piedad y justicia ante cualquier tipo de condena, por merecida que pueda parecer —se apresura a decir Lequerica, que está pensando en los miles de judíos que incluso sin consultar a los alemanes han sido ya deportados desde la Francia de Vichy. Con destino a campos de internamiento y trabajo, según se asegura.

—En este caso se trata de paisanos suyos, de un grupo de patriotas vascos, por los que sin duda usted también sentirá conmiseración y ayudará a solicitar clemencia, como sabe que ha hecho ya también el Vaticano.

En efecto, era esto lo que se esperaba Lequerica, que con permiso del mariscal, enciende un cigarrillo y tarda un poco en responder, como si la solicitud le hubiera cogido por sorpresa. Expulsa el humo de la primera calada, se echa para atrás en el sillón y en el mejor francés que puede y con una mínima sonrisa que tiene algo de maliciosa dice:

—Verá, mon maréchal, lo que usted llama patriotas vascos son traidores españoles, que yo sepa. Creo que no es propio de un país amigo fomentar el separatismo y dar carta de identidad a quien no ha tenido nunca una

nacionalidad distinta a la española ni por ahora la tiene, que yo sepa. Con su permiso, cuando mande su solicitud de clemencia y el informe de esta entrevista a Madrid, en vez de patriotas vascos pondré sencillamente que usted me ha rogado por la vida de españoles. ¿Qué le parece?

Pétain permanece unos segundos en silencio, tras los que expulsa con fuerza el aire y dice:

—Absolutamente correcto, embajador.

—Porque piense, mon maréchal, a mayor abundamiento, ¿qué haría su gobierno si descubriese que un grupo de ciudadanos franceses de cualquier departamento de la periferia se dedicara sistemáticamente a pasar secretos civiles y militares a una potencia extranjera y fueran descubiertos in fraganti? Y si se tratara de ciudadanos francovascos, por ejemplo, ¿qué me diría?

El mariscal no es lento de reflejos, pero los argumentos le han cogido evidentemente a contrapié.

—Bueno..., embajador, de todos modos, esas gentes han sido movidas por un amor a su tierra...

—Amor que también tengo yo, que soy vasco, tanto o más que ellos, pero no traiciono a España, al gobierno al que sirvo.

—Ciertamente, ciertamente, embajador, pero la piedad ante gentes que han estado seguramente mal aconsejadas, fanatizadas por un exceso de amor provinciano...

—Y que han hecho, o afortunadamente sólo han podido hacer, un daño enorme a todo el resto del país, anteponiendo su ciego provincianismo al interés nacional.

—Sí, sí, tiene usted razón, embajador, pero pensemos en la magnanimidad del perdón. El Vaticano insiste en ello, también, ya sabe. Y España es un país católico donde el perdón de los pecados debe ser algo más que una bella frase.

—Sin duda, mon maréchal, sin duda, y puede estar usted seguro de que comunicaré de inmediato al Generalísimo su petición de clemencia, porque la del Vaticano seguro que ha llegado por sus abundantes y fluidos cauces reglamentarios. Y a la de usted uniré la mía, aunque sólo sea porque esos paisanos míos han debido en efecto estar cegados por doctrinas no ya erróneas sino que se han manifestado criminales en cuanto a su realización

práctica, en fin...

Pocas palabras más y termina la amable entrevista entre los dos estadistas, mientras Lequerica no puede dejar de pensar en las cifras de los miles de judíos deportados por propia indicación de la Francia de Vichy. Para ellos el mariscal no ha pensado en el perdón de los pecados.

* * *

Ayer llegaron a Bayona desde París los viajeros culturales alemanes, pero, de entrada, sólo Javier Landáburu y Eugéne Goyeneche asisten hoy a la reunión con Brieger y Bouda, coordinada y de hecho presidida por Alfred Toepfer. Este, ni siquiera va hoy de uniforme. Ya les ha dicho que tiene que supervisar todos los pasos de la película, pero que le consideren uno más y no vean en él al militar que circunstancialmente es. Aunque sabe y los demás saben que no va a ser así. Por diplomáticas que sean sus palabras, es evidente que ni el cineasta ni el lingüista van a tomar decisiones en contra de su criterio. Werner Best lo dejó además claro en una última reunión que tuvieron los cuatro en París, antes de bajar hacia el sur. El Obergruppenführer Best, ideólogo y jerarca del partido, sabe que Toepfer es sobre todo un hombre de negocios y un emprendedor, antes que un teorizante. Toepfer, liberal económico a fondo, sufrió incluso arresto en 1938. No ha necesitado recordarle Best a Toepfer esa mancha en su expediente político, mancha que ahora en la guerra está resultando paradójicamente favorable, vistas las habilidades del capitán para los temas económicos del Reich. Best conoce toda la trayectoria profesional de Toepfer de antes de la guerra, y de todos modos se fía de su fidelidad y buen criterio, una vez ensamblado en la poderosa maquinaria del partido nazi. Y en cuanto a la película, está claro que Best se atribuirá luego el éxito, de resultar así, y podrá cómodamente descargar responsabilidades en el equipo que ha enviado a Francia, de ser pobres los resultados. Toepfer intuye esa distribución de responsabilidades y, pese a sus otras labores de logística en el sur de la Francia ocupada, está dispuesto a que el reportaje salga lo mejor que se pueda. Su lema siempre ha sido hacer lo mejor posible hasta lo más pequeño, y no va a olvidarlo en esto.

Ahora está dejando hablar a Bouda y a Brieger, delante de Goyeneche y Landáburu, el único de los dos vascos que sabe alemán. La conversación se

ralentiza por las traducciones entre uno y otro idioma, pero es evidentemente Goyeneche quien conoce mejor el territorio, los lugares, las gentes, por más que Bouda esté más puesto en los cimientos del lenguaje y Landáburu se arrogue mayor importancia política ante sus compañeros, cosa que allí, en ese lugar y en esos días, pesa aún menos de lo poco que él ya intuye.

—Bueno —dice Landáburu como algo sin importancia—, imagino que el Euskadi Buru Batzar tendrá algo que decir de una película sobre vascos...

—No, amigo mío —corrige amablemente Toepfer—. Esta película la vamos a hacer los alemanes, pero usando el criterio de los vascos que están aquí, en el País Vasco francés, no el de los que están en su mayoría colaborando con los aliados.

—Bueno... —quiere justificarse Landáburu—, en realidad están allí desde la guerra de España. No tenían otro sitio donde ir. Han caído allí, podríamos decir, pero son tan patriotas como nosotros.

—¿Y se han quedado muy contentos allí, verdad? —sonríe Toepfer—. No sé la información que tendrá usted, pero la mía, que no es mala, asegura que están colaborando por completo con los ingleses y sobre todo con los americanos, de modo que, si no le importa, vamos a prescindir de cualquier opinión de esos señores, y la película la haremos aquí, por quienes creo que somos los verdaderos amigos de los vascos, y por los vascos que están en su tierra. No los que están en Nueva York. O en Londres...

—Bien —dice Brieger tras un breve silencio incómodo—, el caso es que habrá que filmar, de la manera más vívida posible, lo más distinto, lo más singular de este pueblo. El paisaje es muy similar a muchos europeos. Pero la arquitectura he visto que tiene personalidad propia.

—Hay mucho de singular —indica Bouda—, no solo el lenguaje, que eso será más difícil de poner. No se parece a ninguno conocido.

—Pero habrá que hablar de eso, aunque no salga nadie hablando en la película —apoya Goyeneche.

—Por supuesto —asevera Toepfer—. Toda característica singular en un pueblo europeo, y más si está dominado por otro, es de destacar y debe ser destacada. El Reich quiere diferenciar a los pueblos europeos y que estos puedan mostrar su diversidad. Ya lo saben ustedes.

—La cultura vasca, la raza vasca —apoya Goyeneche—, merece desde

luego que se la escuche en Europa, que se sepa cómo es, pese a estar en estos momentos sujeta entre dos culturas multirraciales mayores.

Ya apareció la palabra clave, la raza, la palabra guerrera, rabiosamente de moda en media Europa. En consecuencia, nadie puede evitar mirar con mayor atención a Goyeneche.

—Bueno... —dice este, quizá impresionado por el efecto que nota—, el caso es que habría que hacer varias tomas de rostros más o menos típicamente vascos...

—Con boina —interrumpe Brieger—. Me gusta esa prenda, y cómo la lleva aquí todo el mundo. No las boinas pequeñas esas típicas de los franceses, tan ridículas. Aquí es más espectacular y más elegante.

—Más antigua, también —se anima Goyeneche ante la sugerencia—. En los grabados antiguos es la prenda que hay, que se usaba quizá en toda la península, no se sabe si por influencia vasca o no, pero aquí es la zona donde ha quedado más arraigada.

—No se puede decir que la boina forme parte de la raza —objeta Bouda.

—No —le contesta de inmediato Brieger—, pero va acompañándola, y es, junto a las lauburus, según he visto, uno de los signos característicos de este pueblo, de esta raza, por lo que he podido ver, y sería muy interesante que salieran siempre que pudieran con ella. Es parte de una personalidad especial, de esa personalidad que indudablemente proviene de la raza, pero se manifiesta también en signos externos diferentes.

Toepfer interviene.

—Estoy con Brieger. La boina esa que se lleva aquí es distinta a las de otras zonas de España o Francia. Toda característica especial refuerza la idea de un pueblo distinto. Y es lo que la película pretende ¿no?

—Bueno, sí —habla Landáburu—, pero Euskal Herría no es sólo un lugar de prados, frontones, lauburus y boinas, como se está diciendo aquí. Hay también puertos, industrias...

—Herr Landáburu —de nuevo le interrumpe un sonriente Toepfer que se expresa algo más despacio de lo normal—, quizá no le hemos explicado bien a usted el propósito de esta película. Es posiblemente culpa nuestra, pero sería interesante que quedase claro que el aspecto cultural y racial de los vascos que se quiere que conozcan los alemanes no es exactamente el

industrial. Para eso habríamos hecho películas en Stuttgart, en Hamburgo, en Essen, etc. Y, por supuesto, en los altos hornos de Bilbao. Quiero decirle que la industria es igual en todos los sitios. No es eso lo que distingue a los vascos, lo que puede hacerlo un pueblo interesante a los ojos del resto del Reich. Me gustaría que le quedase claro, y no lo tome como una imposición, que son los aspectos bucólicos, folclóricos, tradicionales, humanos, arquitectónicos, rurales, lo que distingue a esta zona de Europa del resto, lo que les hace en consecuencia merecedores de una administración propia y distinta. La industria, desgraciadamente, la necesaria industria, no es un signo distintivo vasco, y creo que no va a salir demasiado en esa película, ¿no es así, Herr Brieger?

—No va a salir nada —responde sonriendo el aludido—, y no porque esté en la parte española casi toda, donde no habría ningún inconveniente ni dificultad en filmar, sino porque un reportaje industrial tendría nulo interés en un país con tan buenas industrias como Alemania.

—En efecto, Herr Landáburu —sigue Toepfer—, el encargo que tenemos de documentar esa Europa de los pueblos que el Reich pretende construir es justamente para recuperar las razas más puras, que suelen ir unidas a las costumbres más singulares, los espacios naturales mejor conservados. Eso es lo que puede que dé valores a los pueblos. Ya sabe que el Reich concede una gran importancia a la vida en la naturaleza, a los espacios abiertos, a las actividades al aire libre. La industria es necesaria, desde luego, pero dejemos que ella produzca los coches con los que viajamos y las cámaras de cine con las que filmamos los lugares donde la belleza es todavía algo que puede tocarse.

Goyeneche sale un poco en auxilio de su paisano:

—Bueno, pero hay también actividades, si no industriales, sí comerciales. Los puertos, la antigua pesca de la ballena... También en eso los vascos han destacado siempre. Puertos balleneros, piratas...

—Evocador, perfecto —apoya Brieger—. Y el mar. La sensación de espacio extenso, de infinitud. Han de salir olas. Una vida natural de un lugar de costa debe incluir oleaje.

—No se preocupe —sonríe al fin Landáburu—. De eso hay bastante por aquí. Aguarde a los primeros vientos de poniente en cuanto empiece el otoño.

* * *

El embajador Lequerica no se esperaba también la llamada de su colega norteamericano en Vichy, que ha anunciado su visita para esa misma tarde, si el embajador español lo tiene a bien, y si está disponible, claro, termina el urgente recado.

Por supuesto que lo está. Lequerica sabe que el almirante William Leahy, plenipotenciario de los Estados Unidos ante Pétain, actúa también de facto como embajador del Reino Unido desde que Vichy rompió relaciones en junio de 1940 con los ingleses, todo ello tras el inesperado hundimiento de la otra gran flota de guerra que los franceses mantenían amarrada en Orán y que fue aniquilada sin previo aviso y sin poder salir del puerto, en un sanguinario ejercicio de tiro al blanco por parte de la marina británica.

El embajador Leahy es un sesentón severo, de mediana estatura, fibroso, y con calva y aspecto de párroco rural. Sólo ha aceptado agua, mientras Lequerica ha excusado una comida pesada para tomar un digestivo, un calvados en este caso, cuyo poderoso aroma anisado debe de estar molestando al sobrio diplomático, que es muy capaz de ser presbiteriano, piensa su colega. La charla comienza con algún tema banal, aunque el americano va veloz a la cuestión objeto de su visita.

Pero esta vez Lequerica ha consultado algunos datos que piensa le van a ser eficaces en la entrevista porque, en efecto, Leahy le comenta también sobre las diecinueve condenas a muerte que el tribunal militar de Madrid ha dictado en primera instancia, y en nombre de la magnanimidad solicita que el embajador comunique a Franco a la mayor brevedad dicha petición de clemencia, o al menos de conmutación de la pena capital por la prisión. De entrada, Leahy ha hablado también a Lequerica de vascos condenados, y el embajador, en su buen inglés le indica:

—Señor embajador, no voy a recordarle que su gran presidente, el mundialmente admirado Abraham Lincoln, empezó una guerra terrible, la de secesión, justo para evitar esa palabra, la ruptura de la Unión, la separación del sur y su aparente derecho a formar la Confederación de los Estados Unidos. Y no suele tacharse a Lincoln de dictador, ¿verdad?

Como toda respuesta Leahy niega con la cabeza mientras sonrío

mínimamente y toma un trago de agua antes de responder:

—No, pero usted es vasco también, tengo entendido, y seguro que tiene algún sentimiento de simpatía hacia sus paisanos, por mal que se hayan portado, supongo.

—Verá, Sir, esa es otra. Como ya he tenido que expresar más de una vez, yo soy vasco, como podía ser andaluz o murciano, pero me siento sobre todo español, una nación de las más antiguas de Europa a la que los vascos hemos pertenecido desde su fundación, desde antes que existieran ustedes. Una nación a la que los vascos hemos ayudado a ser grande, cuando lo fue mucho, por la que los vascos hemos navegado, comerciado, matado, robado, construido y destruido. Los vascos, muchos vascos... ¿Sabe usted cuántos apellidos vascos tengo?, porque en España contamos como usted sabe con el apellido del padre y la madre, y a su vez podemos remontarnos así hasta los abuelos, de entrada, claro.

—Los recuerda todos, ¿verdad? —pregunta inocentemente Leahy.

—Por supuesto, Sir, fíjese: Lequerica, Erquiza, Aguirre, Meabe, Bergareche, Balanzategui, Iparraguirre, Berasaluce..., y no sigo. Ya ve, ocho apellidos vascos, de entrada. Ocho. Y soy español, tanto como vasco o más. Como usted es de Iowa, creo, y es norteamericano, sobre todo.

El almirante parece sentirse desbordado por la argumentación, pero insiste:

—De acuerdo, Mr. Lequerica, de acuerdo, pero va usted a transmitir esa petición, por favor. Es sólo una solicitud de clemencia, de perdonar la vida de alguien que ya no puede hacer daño al Estado, un Estado que mostraría su magnanimidad con ese perdón, o esa condena disminuida.

—Ya, claro. No le quepa duda de que voy a hacerlo. Pasaré nota fidedigna de esta charla. Hoy mismo, tiene mi palabra —contesta Lequerica llenándose de nuevo la copita de calvados.

Ha comenzado a atardecer y la luz en la estancia ha disminuido considerablemente, por lo que el embajador español enciende sobre la mesa una pequeña lámpara que ilumina indirecta y familiarmente. El embajador americano, hombre práctico, parece haber terminado su breve visita.

—Pero antes de que se vaya, una pregunta, y una anotación —dice Lequerica con gesto como de haber olvidado algo.

—Usted dirá.

—Usted actúa también de hecho como representante del Reino Unido, con quien Vichy no tiene relaciones, ¿verdad?

—No es ningún secreto.

—En efecto. Y justo por eso, imagino que esta petición de clemencia habrá venido también por recado del gobierno de su Graciosa Majestad, al cual evidentemente comunicará usted mis palabras.

—Es una posibilidad que no me atrevo a negar.

Lequerica se levanta y va, copita en mano, hacia la ventana, tras la cual apenas se ve ya la tarde sobre Vichy, pero a medio camino se gira y queda de pie en medio de la habitación, sonriente, con gesto expectante, como de brindis.

—¿Usted sabe algo de la batalla de Culloden, en la guerra entre los jacobitas escoceses y los Hannover, felizmente reinantes en Inglaterra en este momento..., aunque hayan cambiado su apellido por Windsor, por cierto, que les suena mejor?

—Sí, algo he oído de esa batalla... —dice el embajador con gesto inexpresivo.

—Bien, pues le digo —indica Lequerica bajando la cabeza y avanzando de nuevo hacia su sillón donde se deja caer suavemente, toma un sorbito de calvados y deposita la copa en la mesa para cruzar sacerdotalmente las manos y mirar beatíficamente a Leahy, que le insiste.

—Sí, sí, dígame, si cree tiene que ver con el tema.

—Sí tiene. Creo que fue el... 17 de abril del año 1745, si no recuerdo mal —miente Lequerica, que ha repasado los datos en la enciclopedia esa misma tarde—. Pues bien, le resumo. Como usted sabe, fue una victoria absoluta, la definitiva, de los Hannover, hoy Windsor, sobre los Estuardo. Entonces, el victorioso general, el príncipe Guillermo Augusto, duque de Cumberland, reunió a todos los prisioneros, entre los que había fuerzas expedicionarias francesas, mercenarias, para ayudar a los Estuardo. Pues bien, no sé si sabe usted que a estos los perdonó. De hecho los reembarcó luego para Francia. ¿Pero sabe lo que hizo con todos, con todos los prisioneros ingleses y sobre todo escoceses?

—No recuerdo bien.

—Pues recuérdelo, Sir. Los mató a todos. Heridos o prisioneros. Unos cinco mil. No los consideró escoceses ni cosa parecida, sino traidores a la corona. Y los mató a todos por traidores.

—Una barbaridad, sin duda.

—En efecto. Una barbaridad, pero, por favor, recuérdesele al piadoso Gobierno británico cuando otra vez le pidan que solicite clemencia ante quien ha traicionado al que, por ahora, es su país. Recuérdesele, por favor, Mr. Leahy...

* * *

El año 1941 va a cerrarse con más sorpresas. El titular ocupa de nuevo las cinco columnas del periódico. La base americana de Pearl Harbor en el Pacífico ha sido atacada —arrasada, indica exultante el diario— por los japoneses, y los Estados Unidos han declarado en consecuencia la guerra a Japón. Alemania declarará a su vez la guerra a Estados Unidos tres días más tarde. Un acto innecesario que sin embargo tiene de excelente humor al cónsul Pat Dyer, cuyos sonrosados carrillos parecen hoy más relucientes, mientras se atusa suavemente el plateado bigote.

—Pues sí, Peter, sí —indica yendo a servirse su ración reglamentaria de whisky—, dentro de nuestra preocupación, de nuestros desastres en África, de nuestro asedio, es una gran noticia. Como dijo el premier el otro día, tras el ataque, ahora estamos todos en el mismo barco.

—Todos somos nosotros y los americanos, ¿verdad, Sir?

—En efecto. Los suficientes. Los demás pueden añadirse o no al carro si quieren, como inteligentemente ha hecho De Gaulle, pero somos nosotros, el Imperio Británico y los Estados Unidos quienes vamos a llevar el peso de la guerra por aquí. Los rusos ya tienen sus ocupaciones en el frente del este, otra soberana estupidez de Hitler, pero una bendición para nosotros, ya se sabe... ¿Y qué pensarán ahora de todo esto nuestros amigos vascofranceses?

—Espero saberlo pronto, Sir, mañana salgo para Bayona, recojo información, espero, y de allí a Dancharinea, a avisar a los mugalaris. En Cambo-les-Bains hay una pareja de los nuestros esperando pasar a España.

—¿De algún bombardero?

—No, Sir, creo que de un Swordfish derribado por la DCA cerca de

Burdeos.

—Caramba, ¿y qué hacía ese viejo avioncito por allí?

—Bueno, Sir, recuerde que ese old little plane, como usted lo llama, contribuyó decisivamente en el hundimiento del Bismark. Es lento, pero sigue siendo un avión torpedero muy eficaz. En Burdeos hay una de esas bunkerizadas bases atlánticas de submarinos, como usted sabe. Estaría, imagino, al acecho de alguno de esos lobos, por si salía de la ría, antes de sumergirse. El caso es que parece que no estaba aún suficientemente oscuro y le alcanzaron, pero tuvo tiempo de tomar tierra más al sur, en algún camino o cortafuego entre los extensos pinares de las Landas. Allí escaparon sus dos ocupantes, antes de que llegaran al lugar los alemanes. Parece ser que consiguieron montar en un tren de mercancías y llegar hasta aquí abajo.

—¿De noche? ¿No equivocaron la dirección? Qué bárbaros.

—Bueno, Sir, llevan brújulas en el reloj, ya sabe usted. Y son gente preparada. Saben dónde está el sur, dónde está España. Lo demás ha sido dar con alguien de confianza, para que no les pasase como a los de la semana pasada.

—Una lástima, sí.

—En efecto, Sir, pero no podemos pensar que todos los campesinos franceses van a simpatizar con nosotros. Si fuera así, a lo mejor hasta habrían echado ya a los alemanes.

—Claro, claro..., ¿insiste usted en no acompañarme en un pequeño trago?

—Se lo agradezco como si lo tomara, Sir, un poco más tarde, quizá. Me he levantado hace una hora.

—¿Tan tarde?

—Hasta el amanecer hemos estado de vigilancia en el piso que da al puerto, Sir. Ese pequeño petrolero que ha zarpado esta mañana tiene un destino muy dudoso. Es de lo que venía a hablarle. Aquí le traigo todos los datos que he podido conseguir del barco. Mire, compruebe usted mismo lo que le digo.

* * *

El reportaje cinematográfico de Herbert Brieger puede darse por concluido. Ya tiene hasta el nombre por el que será conocido: *Im Lande der Basken*, *En*

Tierra de Vascos. Han sido varias semanas recorriendo Lapurdi y la Baja Navarra, con algún asomarse a la Alta, la parte española. Con Toepfer y el chófer siempre también de paisano para provocar mínimas suspicacias. Eso sí, algunas veces, pocas, ha sido preciso mostrar la documentación militar para conseguir algo. Y nada de problemas en la frontera, o con la Guardia Civil, estaría bueno. Con ese coche y esa matrícula oficial.

No han precisado o querido filmar casi nada en España, pese a haberse asomado hasta San Sebastián y luego a Bilbao. Decididamente no. Todo ha sido en los lugares más bucólicos posibles del País Vasco francés. Nada de industrias, como quedó bien claro desde el principio por parte de Toepfer y Brieger. Ni un solo vehículo a motor aparece en los fotogramas. En un momento, sólo la carretera vacía en un desfiladero o la vía del tren atravesando prados y gargantas. Carros, bicicletas como mucho. Eso sí. Lugares salvajes, indómitos, primitivos. Naturaleza. Mucha naturaleza. Y gentes con boina. Muchas boinas. Y los barcos de San Juan de Luz, hablando del glorioso pasado ballenero del puerto. Las carretas tiradas por bueyes, como si fuera el vehículo cotidiano de transporte en la zona. Las lanudas ovejas por el campo. Nada de industrias o del feo puerto fabril de Bayona, por no hablar de los altos hornos bilbaínos, que hubieran podido añadir perfectamente a la cinta. Todo campestre, bucólico. Los deportes, el frontón en el pueblecito, curas con sotana jugando en él incluidos, los bailes de mozos y mozas, ágiles y sonrientes en la campa, acompañados por el acordeón, casi sin nadie alrededor, como un auténtico *déjeuner sur l'herbe*, no pintado esta vez sino filmado en vivo, como si frontón, bueyes, baile y música fueran el vivir diario de ese pueblo. Todo en una buscada línea rouseauniana, un culto al buen salvaje, a la vez a una raza casi pura, a una lengua poco contaminada, de un amor a la tierra propia, de un respeto a los muertos, a las tradiciones específicas, de un patriotismo que se manifiesta en detalles distintos y significativos. Y las lauburus, las muchas y sorprendentes lauburus, algunas filmadas en el caserío Zubiri, el de Fernando Fagoaga, que hablando del tema en la venta Pello les invitó a que fueran a su casa a admirar e inmortalizar esos signos viejos. Lauburus de ángulos curvos o ángulos rectos, iguales a las esvásticas. ¡Oh, emoción inmensa de quienes luego vean las imágenes en Alemania!, comentan Brieger y Bouda, los viejos y repetidos

signos solares arios que serán fantásicamente interpretados como relaciones recónditas, como arcanos que enlazan la nueva ideología alemana con un pueblo de orígenes milenarios y sobre todo misteriosos, eso es muy importante y en ello se insiste, misteriosos, aún por aclarar, a fin de que se pueda especular favorablemente sobre una cimentación aria en esa esquina de Europa, cimentación que estaba sin duda esperando al nacionalsocialismo para fructificar en las distintas ramas que están apareciendo ya bajo el paraguas protector alemán en diferentes partes de la Europa conquistada por el Reich, una relación que existía, latente, inconsciente casi, desconocida pero aguardando ese fuerte brazo alemán para manifestarse y hacer sin duda del pueblo vasco un aliado natural y necesario del gran proyecto del Reich de los mil años. Eso es sin duda lo que Bouda y Brieger quieren transmitir en los bien trabajados fotogramas. Y al final, las olas del brumoso, bravo Cantábrico al atardecer o al amanecer, no está claro, y olas más menudas de las playas.

Mucho material acabará desechado. La película final va a ser corta. No debe llegar a doce minutos, lo que se tiene tasado como máximo en los films culturales para exhibir en salas alemanas. Esta en concreto va a durar once minutos y treinta y cinco segundos.

Febrero de 1942 está siendo inusualmente frío. Continuos vientos de noreste han sucedido a las tibias brumas del Cantábrico. Los soldados alemanes que están reponiéndose en la costa vascofrancesa saben que ese viento, a través de miles de kilómetros, llega desde Rusia, una palabra que cada vez se pronuncia con más prevención. Algunos dicen que incluso han soñado a través de él con el fragor de la guerra, con voces de compañeros que se quedaron allí, combatiendo o ya para siempre bajo la tierra o el hielo. El frente del este llega así por el aire hasta esta punta sur de Europa donde se recuperan quienes iban a conquistar tan pronto aquellas extensiones, primero polvorientas, luego embarradas y por fin congeladas, pero siempre hostiles, incluso en la primavera, cuando los mosquitos sean una plaga insoportable y el deshielo devuelva a la luz cadáveres de hombres y animales que invadan de hedor los campos recién verdecidos, los muertos que vuelvan doblemente muertos a visitar a los vivos, llenando el aire con su presencia corrupta, atascando los combates, recordando a los soldados que la extensa geografía del lugar ha guardado cuidadosamente las cicatrices de la guerra en forma de despojos humanos que habrá que enterrar o de miles de caballos que habrá que incinerar para que dejen de infestar el aire, hermanados a los hombres, como si la muerte y la corrupción igualara a bestias y humanos mucho más de lo que estuvieron en vida. Eso no lo saben aún los soldados que se recuperan en los hoteles y alojamientos varios de la costa, y que volverán al frente del este cuando llegue el deshielo, para luchar contra una extensísima geografía y una masa de hombres que nunca se acaba.

Herbert Brieger no es de los que irá al frente ruso. De hecho él nunca se alargará más allá de Berlín en toda la guerra. Aún sigue con el grupo de franceses. Le ha gustado la zona y quiere rodar otra película, esta sobre la arquitectura del lugar, antes de subir a París, donde Werner Best, a la vista del reportaje sobre los vascos, le urge para que haga otro sobre los corsos.

Pero Brieger es un artista y puede permitirse algunas licencias que de ir con uniforme serían impensables. Brieger, conocedor a través de Toepfer de los grupos independentistas franceses, había sugerido algo sobre los bretones, que es sabido tienen unas muy buenas relaciones con Toepfer. Y el Obergruppenführer Best y el Hauptmann Toepfer han decidido que no es preciso, que esa zona norte de Francia es suficientemente cercana a los arios en lo racial y tiene ya buena prensa en Alemania. Ya fue reticente a la república cuando la Revolución Francesa, y ahora el Reich quiere utilizar el latente impulso localista y conservador para un proyecto que se dice avanzado. Los corsos, pese a las características físicas de Napoleón, o justamente por eso, son una raza más menuda y mediterránea, y sería bueno destacar sus cualidades ante los alemanes, incidiendo de entrada en lo voluntarioso de aquel gran emperador de Francia que mira por dónde entró en Viena y Berlín a la cabeza de sus tropas hace siglo y pico. Ese es el icono sobre el que pivotar el arrojo, la dureza, la astucia y otras cualidades no exclusivamente arias pero que Best y Toepfer consideran reclamo bastante para que el Reich dé en efecto su visto bueno para que se fomente el independentismo del lugar.

—Todo, Hauptmann, a fin de conseguir que, en esa Europa de los pueblos que pretendemos, Francia sea un recuerdo político y una geografía limitada para siempre en sus fronteras y en sus pretensiones. Nos ha invadido demasiado. Nos ha humillado en exceso. Ahora es nuestro turno y no podemos desaprovecharlo. Nunca la hemos tenido tan a nuestra merced.

Tales han sido las palabras finales de Best con Toepfer en la última entrevista, y que el versátil oficial está dispuesto a que se lleven a buen término.

Pero el director cinematográfico Herbert Brieger ha salido hoy a ver el mar, a filmar un poco los hotelitos de esta exquisita costa, como él la llama, y donde la arquitectura del último siglo ha plasmado no ya las modas constructivas francesas sino también las de los países europeos cuyas descabalgadas monarquías han buscado y encontrado en este rincón de Europa su refugio. Rusos y portugueses, sobre todo, han hecho geografía cortesana de la zona aledaña a Biarritz, donde un puñado de fieles a las coronas languidecen a la espera de mejores días futuros, o al menos soportan

los agitados tiempos presentes con un poco de bienestar y buenas vistas sobre el Atlántico.

Son las doce y algo de la mañana. Cristóbal Garro está hablando con Eugéne Goyeneche en el bar L'Aurore, en Bayona, el lugar que frecuenta el grupo intelectual nacionalista. Goyeneche, un poquito harto de Brieger y de su aire de sabelotodo, dice, como si dirigir películas le diera carta de sabiduría universal, asegura, ha dejado que sean Landáburu y Labayen quienes acompañen al director en el taxi que han tomado para el itinerario.

—Así, de paso —dice Goyeneche—, estos se acercarán a Iparralde, que tanto les gusta contemplar, con ese sentimiento mezcla de nostalgia y esperanza que les da.

—Y a quién no, Eugéne, y a quién no.

—¿Y usted, padre, hablando de eso, por qué no vuelve?

—No me llames padre aquí, por favor —sonríe Garro—. Aquí, sólo Cristóbal.

—Bueno, pues Cristóbal. ¿Por qué no se vuelve, Cristóbal?

—Porque no quiero, porque no deseo volver a Urdax, que es donde me mandarían de nuevo, posiblemente. A decir misa en castellano.

—Aparte de eso, ¿algún problema allí?

—Cosas mías... —Garro da un trago y deja el vaso sobre la barra quizá con un poco más de fuerza de la necesaria.

—Bueno —insiste Goyeneche—, pero políticamente usted podría volver, ¿no?

—Sí, supongo que sí, pero quiero decir la misa en mi lengua, y eso, por ahora, es difícil.

—Vale, Cristóbal, no insisto, pero —y Goyeneche baja el tono de voz— aunque no le llame padre, me vas a hacer un pequeño favor.

—Tú dirás —Garro se ha puesto instintivamente en guardia y ha enderezado el cuerpo. Le saca una cabeza a su contertulio.

—No hay nadie cerca, Cristóbal, el tabernero está allí con el periódico. Vámonos a aquella mesa para estar más a solas.

—Como quieras. Venga, tutéame.

Se acomodan, y Goyeneche avanza un poco el cuerpo hacia Garro.

—Quiero que me confieses.

—¿Aquí? —abre mucho los ojos el cura.

—¿Por qué no? No encuentro mejor sitio, y misa tampoco quieres decir aquí en Bayona... No voy a ir al taller de bicis, ¿no?

—Vale, vale, pero ¿tú no tienes tu confesor en tu parroquia?

—Sí, pero no me gusta. Quiero cambiar. ¿Me vas a negar el sacramento?

—Hombre, no es eso, es que, el momento...

—Hombre, Cristo instituyó la comunión en una cena con los amigos, no sé por qué no voy a poder confesarme yo en un bar con otro amigo.

—Bueno, vale, vale, si insistes...

—Insisto. Imagino que luego me puedes dar la absolución dándome la bendición casi sin gesticular, así, con un dedito, que supongo que valdrá lo mismo, ¿no?

El cura sonríe.

—Venga, venga, Eugéne, no seas irreverente y desembucha.

Entonces Goyeneche sencillamente le cuenta a Garro todo el proyecto de la película, con la excusa de que le está remordiéndole la conciencia por considerarlo una ayuda al invasor, y confiesa como faltas el haber acompañado a Brieger a tal o cual lugar, haciendo tales o cuales tomas, y que sí, que ello lo ve como una traición a los suyos, un pecado, y que como tal se lo confiesa al cura. De nada sirve que Garro le diga que no lo considere como pecado sino como una actividad que no tiene nada contra ningún mandamiento de la iglesia, que se sepa. Goyeneche insiste en que no, que es una actividad dañina que se ve obligado a hacer porque el ocupante es el ocupante y ya está, pero que a él le remuerde la conciencia por haber colaborado a algo llevado a cabo por gentes que tienen ocupado militarmente su país, su País Vasco, desde luego, porque Goyeneche insiste desde el principio en que Hegoalde y no Francia es su patria, a la que ve que está ayudando a poner en manos de los alemanes, de un pueblo encima impío, o al menos en este momento dominado por una ideología impía y que propende el paganismo no sólo para Alemania sino para todos aquellos lugares que llega a controlar. Garro se ve impotente para vencer esos escrúpulos de su circunstancial feligrés y no puede terminar sino absolviéndolo de sus pretendidos pecados, aunque no le manda penitencia alguna por no encontrar él delito alguno, insiste en contra del criterio culpable de Goyeneche.

Con un vino más, al que como única penitencia invita Goyeneche, terminan los dos conocidos, con la promesa de Garro de pasarse por la revista en un día próximo, para meter algún artículo de matiz religioso de los que ha visto que no abundan en una publicación que lee un público mayoritariamente católico —le ha recordado a Goyeneche— al que no es bueno abandonar, dentro del aspecto cultural.

Es al día siguiente, cuando Peter se encuentra con Garro en el taller y le invita a un aperitivo en el tabernucho frontero, cuando el cura se da cuenta de lo que con toda seguridad buscaba Goyeneche con la confesión, por más que sea algo que jamás podrá echar en cara a su confesado.

—Pues bien que lo siento, Pedro —alza sus poderosos hombros el cura, a la vez que le bajan las comisuras de los labios—. El caso es que no puedo decirte nada de lo que últimamente han hecho estos. Me ha sido revelado como secreto de confesión. Eso es lo que hay.

—No puede ser.

—Es.

—La madre que los parió... Se ve que no se fiaban mucho de ti, pero sí de tus órdenes sacerdotales.

—Se ve.

—Lo que quiere decir que no van a hablar muchas cosas comprometidas delante de ti. Sólo lo que se confiesen. No, si cuando los protestantes lo quitaron, es decir, lo quitamos, por algo era. Vaya invento de Roma ese. Lo que es tratar con gente tan devota como vosotros los vascos...

—A ver, es lo que tenemos. Y tengo que cumplirlo.

—Ya, ya, si me hago cargo. El caso es que, aparte de la revista, que se puede conseguir en cualquier sitio, poco me vas a poder decir de lo que tramén con los alemanes, si no estás delante en las conversaciones al respecto.

—Pues sí, chico, ya ves. Cuando yo estoy, todo son temas generales, por lo que te he contado, que eso desde luego que sí te lo puedo decir. Pero nada de interés.

—¿Y no podrías implicarte más en la redacción de la revista y enterarte de paso de más cosas? Mira que el director de cine y el capitán ese grandote parece que congenian bastante con ellos.

—Ya, si ya lo sé. Pero delante de mí, no se fían. No me han podido probar nada en contra, pero no se fían. Lo de la confesión, ya ves. Para cogirme por ahí.

—Ya. Oye, Cristóbal. Y vistas aquí tus limitaciones, ¿no te podrías volver a Urdax, a tu parroquia? Allí podrías ayudar en otras cosas, ser útil.

—¿Otro con que me vuelva allí? Te digo lo que a Goyeneche. Tengo mis motivos... Y no todos políticos, joder.

—¿Personales?

—Puede. Pero los tengo. Son míos y basta.

Se ha oscurecido el rostro de Garro, que ha quedado unos segundos mirando fijamente al suelo antes de levantar los ojos de nuevo y hacer un amago de sonrisa.

—No insistas, Pedro, no insistáis. Por ahora me quedo aquí. Cuando acabe la guerra, que a ver cómo acaba, ya veremos. Por otra parte, no le pido mucho a la vida. Mis paseos y mis lecturas me bastan por ahora. Hay una buena biblioteca pública cerca de mi casa..., si se le puede llamar casa al cuartucho donde me alojo. Pero quiero esperar, Pedro, a ver cómo acaba esto. Porque tendrá que acabar algún día, digo yo.

—Sí, Cristóbal, pero si la gente como tú colaborase más, se acabaría antes.

—Ya ves, Pedro, ya ves —tiene ahora Cristóbal un gesto más triste de lo que seguramente él mismo cree—, uno, tan fuerte físicamente, y tan frágil por dentro. Un indeciso siempre que he sido, pues. Un cobarde a veces, diría yo. Sí, por qué no admitirlo. Un cobarde. Incapaz a veces de echarme para adelante y arrostrar mis responsabilidades. Y encima me metí a cura. Lo que no quiere decir que no haya tenido pecados. Pero cura... A lo mejor para eso me metí, para no tener una familia, la responsabilidad de una familia, una esposa. Me daba siempre miedo eso, ¿sabes? Mi madre dominaba por completo a mi padre, que era un desgraciado. Fuerte y grandón, y un desgraciado. Mi madre, menudita, y una fiera. Mucho más lista que él. Yo es que creo que son más listas. Y más fuertes. Ya ves, tardan más en morir. Por algo será. Nosotros, mucho músculo, y ya está. Ellas son más fuertes, más completas, más armoniosas...

—Haberte unido a una, Cristóbal. Como casi todo el mundo hace..., o hará, espero. Hablo ahora por mí —sonríe Peter, reulando en su argumento.

—Yo no he tenido valor. Creo que he sido cura por falta de valor para casarme, ya ves. Y no es que no me gusten las mujeres. Es la primera persona a la que le digo esto. Pero es verdad.

Llegan varios hombres a la tabernita, cuyo tamaño impide la privacidad de la conversación. A Peter ha vuelto a parecerle que el tabernero le ha mirado con un poco más de atención de la normal. Sólo un poco. Pero puede ser suficiente. O no. Nunca se sabe. La guerra, el servicio secreto le hace a uno hipersensible, piensa Peter mientras la conversación con Cristóbal Garro se desliza por campos inofensivos que pueden ser escuchados por cualquiera que esté, que está, al lado. La charla es lo suficientemente anodina como para darle a Peter posibilidad paralela de reflexiones también sobre sí mismo, a tenor de las que acaba de hacerle el cura exiliado. Tampoco él es un dechado de valor en la vida privada, piensa el angloespañol. Tuvo sus líos con Elisabeth, la linda y discreta secretaria del cónsul Dyer, cosa que imagina sabe el diplomático, pero que el exquisito culto británico a la privacidad le absuelve de comentar y justificar ante él. Luego ha habido alguna chica, de Bilbao, o residente en Bilbao, pero tampoco se ha atrevido a unirse definitivamente a ninguna. Y como si las palabras de Cristóbal Garro hubiesen despertado en él argumentos que existían pero no tenían anclaje, se ha visto también a sí mismo con la etiqueta de cobarde. No cobarde ante las armas, ante los peligros del enemigo, que eso tiene claro que no lo es, sino ante algo más sencillo, ante el curso de la vida, ante el implacable y cotidiano curso de la vida. Y piensa Peter, paralelamente a la ahora desleída charla con Garro, que es eso precisamente, que disfrazado de aversión al tedio de un matrimonio al uso, lo que en realidad ha tenido y tiene es miedo al compromiso con una mujer, con alguna de las que le han gustado y que ahora piensa que hubieran podido cuajar en su vida, empezando por la última, por Elisabeth. Y piensa de pronto en Nekane, que no sabe en realidad cómo será, por más que de entrada le parezca simplemente bonita y bien plantada, lo que, la verdad, no son argumentos despreciables, pero cómo será a fondo, y qué hay con Pachi, cómo sobrellevar esa cuestión, si llegar a más con ella, y dónde vivir entonces, si en el caserío, o si llevársela o llevárselos a Bilbao, o dónde demonios, con esta guerra justo de los demonios que no se sabe cómo acabará ni cómo acabará él respecto a todo, si tendrá que irse a Inglaterra o

quedarse en España, y dónde y cómo, dependiendo muchísimo de quién la gane y en qué condiciones. Entonces, Peter, abrumado por la catarata de incógnitas, recula en su proceso y piensa sencillamente en ver a Nekane cuando pueda, a ver lo que hay, en no hacerle daño, si puede ser, que eso no es tan fácil en las relaciones entre hombre y mujer, y en acabar la charla ya con el cura, que acaba de entrar más gente en la taberna y ni cómodo se está ya entre las voces de los trabajadores franceses que mira por dónde están hablando de Rusia, de las informaciones que vienen respecto al invierno ruso en los noticiarios obligatorios de relleno que han visto ayer en el cine, antes de la película, y que si será verdad o no tanto frío y tan arrollador avance de las armas alemanas que no acaban de arrollar todo lo necesario, por lo que se ve.

* * *

Lo que tampoco puede imaginar Peter es que en esos momentos Josu y Fernando están teniendo problemas en el regreso de una de sus misiones de pasar aviadores aliados a España. Esta vez habían sido cuatro, y ayudados por Borné y Rezola, como casi siempre últimamente. Llegaron sin novedad al punto de recogida, si sin novedad puede entenderse andar siempre mirando delante, detrás y a los lados, como alimañas, con todos los sentidos puestos en la ruta, teniendo a veces que aguardar inmóviles una o dos horas en el lugar menos apropiado, y otras deslizarse casi reptando por algún sitio más descubierto de lo que se querría. Todo había ido más o menos bien hasta la madrugada, terminada la misión de entrega de los aviadores, y ya de vuelta los dos contrabandistas, a la vista de los conocidos perfiles de las montañas domésticas. Buen cielo había. No mucha luna, la suficiente. Mediada, como gusta a los mugalaris. Ni nueva, que no deja ver nada, ni llena, que se ve demasiado y los ven demasiado. Luna de medio queso, como la llaman algunos. La mejor. Y así y todo, concedores del monte como son, Fernando tropieza con una rama inesperada, cae en un hoyo y se ha dislocado un tobillo. Josu ayuda lo que puede, pero no llegan a tiempo del amanecer y han de quedarse en un refugio, más bien en uno de los varios puntos que tienen de referencia, y allí aguardar a la noche siguiente para volver despacio, como puedan, a los caseríos. No es cosa de aparecer por allí por la mañana y que

los vean llegar los guardias, que alguna desventaja tiene lo bien situado de sus domicilios, y es lo cercano a la frontera y lo destacados que están sobre el paisaje, que se ve llegar a cualquiera desde muchos puntos. Mejor esperar de nuevo a lo oscuro. A la noche siguiente, llegar a casa y no tener que dar razones ni enseñar papeles a nadie, y más con las mochilas, las botas, las maquilas y los tabardos, que a quién iban a convencer de que iban a dar un paseo por el monte, con estos fríos. De modo que a terminar las reservas de queso y chorizo, acabar bien dosificado el vino, mucha agua del arroyo, y pasar el día como los lobos, cuando había lobos aún por allí, bajo un haya o un roble, que ahora han elegido uno conocido, bien hermoso, calladitos, mirando, hablando, recostados en el tronco, descansando y frotándose Fernando el tobillo, recordando historias de la guerra que no quieren recordar, hasta que el sol se ponga y puedan reemprender lentamente el camino hacia los caseríos, entre el festoneado de los helechos y la alfombra de húmedas hojas caídas.

—Me cago en la mierda, Josu, cómo duele.

—Si no te doliera era peor. Los tiros que no dolían en la guerra eran los malos. Mientras te duele estás vivo. ¿Otro traguito?

—Pero pequeño, que queda poco.

—Ya tomaremos en casa, pues. Tómate lo que te pida el cuerpo. Oye, a ti no te dieron nunca. En la guerra, digo, ¿no?

—Joder, Josu, ni a ti.

—Bueno, a mí, por muy poco.

—Por muy poco, a todos. No sé cuántas balas se tiran por una que da en el blanco. Hay quien ha hecho la cuenta. Son muchas, creo.

—Ya. Tuvimos suerte.

—Hasta hoy. Cómo duele... A ver cómo llegamos a casa.

—¿Cómo vamos a llegar? Andando, despacito. Luego, de noche. La noche es nuestra, ya sabes. Yo, en la guerra, de noche hacía los mejores servicios. Habían visto que valía para eso, y hale, a las descubiertas, a ver lo que había por ahí. Pues no me silbaron cerca las balas pocas veces...

—Tonto que fuiste. Yo dije que sólo sabía ordeñar vacas y cuidar ovejas. Me las di de torpe. Me mandaron las menos cosas posibles.

—Claro, así, ¿cómo cojones ibais a ganar la guerra...? Calla, calla... ¿qué

es eso?

Los dos mugalaris quedan por completo en silencio y sobre todo inmóviles. Saben que ante cualquier interferencia humana o animal, en el campo, el silencio y la inmovilidad son el mejor camuflaje. A poco, un zorro asoma entre la hojarasca y los mira con curiosidad y alarma. Los dos hombres están inmóviles, pero la alarma vence en el cánido, que carece de mayor interés por acercarse al animal que sabe que mata de lejos, que envía la muerte de manera inexplicable desde una distancia incomprensible. Y el zorro da una veloz vuelta, y haciendo bastante más ruido atraviesa ramas y hojarasca con mucha mayor indiscreción de la que había utilizado para llegar.

—¿Y estos, Fernando —pregunta Josu en voz baja, por anterior inercia—, se habrán enterado de que hay guerra?

—Estos —ríe también discretamente su compañero—, qué va. De entrada fíjate que no saben la nacionalidad que tienen. Igual españoles, que franceses, que vascos, o yo qué sé. Imagínate que aragonés, que es un zorro aragonés que ha llegado hasta aquí desde el Pirineo de Huesca. Claro que como no sabe que está en el extranjero, pues hala, él a lo suyo, a cazar y a que no lo cacen...

—Eso, como nosotros, a cazar y a que no nos cacen, pues. Total lo mismo, pero en más grande. A ver... ¿Te duele?

—Algo menos. A ver cuando me ponga de pie.

—Ya. Oye, y cuando acabe esto, ¿qué vamos a hacer?

—¿Qué esto, la guerra esta?

—Pues claro. Habrá que volver al contrabando.

—Pues sí, habrá que ver de qué, pero las fronteras siempre han dado contrabando. Desde siempre, supongo.

—Pero tan peligroso como esto no va a ser. Pero está bien eso de llevar a estas gentes a lugar seguro, ¿no? Las caras que ponen. Cómo lo agradecen luego, aunque no se les entienda. Y lo bien que nos pagan. Buenos mozos todos ellos, ¿has visto? Bien delgaditos y fuertes.

—Se ve que para volar no los quieren que pesen mucho.

—Pues bien que les viene eso para andar luego, que si serían gordos, pues...

—Ya. Y hablando de eso, ¿y cuando las piernas nos fallen ya a nosotros?

—Bueno, para entonces, a vivir de los ahorros, que algunos hay, y tú debes tener también los tuyos.

—Algo hay, claro, pero me gustaría compartirlos con la Felisa, casarme con ella, pues.

—Buena chica parece. Yo, no sé. Con Nekane y Pachi tengo por ahora familia bastante. Y no veo a ninguna nesca que me guste. Por ahora.

—Tampoco buscamos tanto. Tampoco... Joder con el puto tobillo.

Fernando ensaya una nueva postura, cambia un poco de sitio para apoyar otra parte de la espalda en el tronco y se queda mirando a las hojas del roble que medio los protege, como un dosel verde que apenas mueve un rumor del viento suave del bosque, mientras la vida de todos los tamaños imaginables sigue activa junto a los dos hombres, que, habituados a la pequeña fauna campestre, se quitan con suavidad los diversos insectos que por despiste o curiosidad reptan o se posan sobre ellos conforme la luz del día va disminuyendo e igualando perfiles. Así hasta que la oscuridad invite a seguir el camino, protegidos por la noche, su eterna amiga, su oscura cómplice.

A esa misma hora, en el caserío Oroquieta se echa de menos a Josu. Imaginan que en el caserío Zubiri la madre de Fernando también se ha quedado esperando a su hijo. En efecto, Nekane vuelve con rostro preocupado. Como lugareña conocida, ha sido la encargada de ir de una casa a la otra sin despertar sospechas, por si había vigilancia por la zona. Viene quejándose además de lo poco agradable y lo muy seca que es la madre de Fernando. Las dos mujeres sencillamente se detestan. Ni ellas saben por qué, pero es así.

Pedro había ido al lugar, dejando el coche lejos, y en su opinión bien oculto, como de costumbre. Ya van varias veces que aguarda a Josu hasta su llegada, a la mitad de la noche, por lo general. Conversa ahora, en la espera, con Nekane. Va conociéndola más, se van conociendo más, pero por el momento no han pasado de una amistad seria, de una camaradería que la arriesgada misión del mugalari convierte en tensión, en espera impaciente. Pero hoy esa tirantez ha sido excesivamente larga. El cansancio de ambos les ha deslizado al fin, posiblemente sin querer, a caer uno con la cabeza junto a la del otro, a dormirse casi unísonos, agotados de la nerviosa espera. Y al rato, a medio despertarse, en la duermevela, ante el rostro conocido —la

geografía facial amiga, los nervios, simplemente la naturaleza humana—, se han besado, primero como sin querer, como sin proponérselo o sin ganas, y a poco más y más conscientes, más y más entregados, más y más deseosos el uno del otro, más y más disfrutando una boca de la otra que se rinde. En esas cúspides de la piel convergen sensaciones, deseos, nervios, en los labios se justifican y consuelan ambos por los largos momentos de nerviosismo, y los cuerpos palpan que tienen no ya el derecho sino el deber del goce. Entonces adiós convenciones, propósitos, los que hubiera en uno u otro lado. Todo se desbarata deliciosamente mientras Peter y Nekane avanzan en los besos, y los cuerpos al completo toman las riendas del momento de la manera más comprensible, eterna y natural que puede haber entre un hombre y una mujer. Allí, en la penumbra del débil fuego de la chimenea, cuidando de no hacer demasiado ruido, incómodos, sobre uno de los dos bancos que van a cada lado de la mesa cuando esta se abate, allí se unen a fondo hasta saciarse.

Había Nekane atrancado bien el portón, y de haber llegado su hermano hubiesen tenido problemas de premura en abrir. Pero eso lo han pensado luego. Al terminar la mutua entrega. Y el oído listo por si Pachi se despertaba y le daba por bajar. No ha habido nada.

Se recomponen desaseados y veloces, y vuelven a sentarse uno junto al otro, ahora aparentemente igual de cerca que antes, pero ambos saben que están mucho más cerca. En la resaca de los sentidos aparece la clásica pregunta:

—¿En qué piensas, Pedro?

—En nada.

—Nunca se piensa en nada. Siempre se piensa en algo.

—No, no, yo puedo conseguirlo. Para descansar la mente. A veces consigo no pensar en nada.

—¿Y tiene que ser justo ahora?

Se le escapa a Pedro un beso menudo en la oreja de Nekane.

—Sí pensaba en algo, pero me da vergüenza decírtelo.

—¿Vergüenza tú? No me hagas reír —y ríe.

—Pienso que te quiero.

—No me puedes querer en tan poco tiempo.

—Es que llevaba tiempo preparándolo.

—¿Esto que hemos hecho?

—No, lo de quererte. Esto se hace más rápido. Lo de querer lleva más tiempo. Hace tiempo que te quiero, que estoy deseando quererte, por decirlo mejor.

—Mira —los ojos rigurosos de Nekane reflejan el pequeño fuego de la chimenea—, querer es una cosa seria, es verdad que lleva tiempo, como tú dices, pero no has podido conocerme tanto como para quererme. Porque yo creo que sólo se puede querer bien a quien se conoce bien. Y tú no me conoces.

—No, pero me gustaría quererte. Quiero quererte. Déjame que lo haga.

—Vaya, y querrás que yo también te quiera, ¿no?

—¿Es mucho pedir?

—Bueno, voy a por todas. Esto es un órdago, que dicen en el mus, ¿no?

—Será. Yo lo juego muy mal. Pero tú no eres un juego.

—Espero que no.

—Ni se te ocurra pensarlo.

—Calla, calla, me parece que oigo ruido en el cuarto de Pachi. Suele dormir bien, pero algunas veces tiene pesadillas, se despierta y me llama. Pero ya se ha acostumbrado a dormir solo. Mi trabajo me costó.

—Ve a ver.

—Sí. Tú no te muevas de aquí. Que no te oiga. Y por la mañana, si aún no ha llegado Josu, como si hubieras dormido aquí abajo.

Nekane sale y tarda algo en estar de vuelta. Nada importante referido al niño, dice. Y a Peter, al verla entrar, ahora con el pelo suelto, en camisón, con la palmatoria y la vela en la mano, le parece una aparición, un hada.

—¿Te has cambiado de ropa?

—Claro, tonto, si viene mi hermano o mañana cuando se despierte en niño, que le parezca que he dormido en mi cuarto... Oye, y Josu, que no viene.

—No te preocupes. Estas cosas son así. Cualquier atasco y tienen que esperar.

—Siempre llegaba aquí antes del amanecer.

—¿Siempre?

—Bueno, es verdad, algunas veces tenía que hacer noche en cualquier

sitio, y no llegaba hasta la noche siguiente. Pero de eso hace algunos años. Últimamente, nunca. Y desde que te hace trabajos a ti, nunca.

—Pues ya ves, hoy ha tocado. No te preocupes, o sí, pero qué le vamos a hacer, Nekane, corren tiempos duros. Y quién sabe si serán más duros.

—¿Tú crees?

—Bueno, la verdad, para Europa, es imposible que lo sean más. No sé para España. Todo puede empeorar en la vida.

—¿Otra guerra? No puede ser.

—Sí puede ser. Que sea o no es otra cosa. Pero sí puede. La condición humana es así de bárbara.

—Entonces sólo nos queda rezar, Pedro, a gentes como yo sólo nos queda rezar.

Pedro sonrío.

—¿De qué te ríes? ¿Tú no rezas?

—Me gustaría, Nekane, pero ya ves, por desgracia pienso como un tío mío, muy bueno, muy sabio, pero muy escéptico. Decía que rezar es pedir que todas las leyes del universo cambien a favor de alguien que además se reconoce indigno de ello. Ya ves.

—¡Qué barbaridad! Pues yo voy a seguir rezando a la Virgen de Aránzazu para que proteja a Josu.

—Reza, Nekane. Haces bien. Reza tú. A lo mejor a las personas que creéis en ella os hace caso...

* * *

El verano de 1942 ha traído noticias buenas y malas para los exiliados vascos. Buenas porque todas las penas de muerte de la Red Álava, salvo una, han sido conmutadas por treinta años de cárcel. Malas porque en efecto hay una, la del jefe de la red, Luis Álava, que se mantiene, aunque no se espera que se cumpla de inmediato. Parece haber una instancia aún pendiente, y de todos modos, saben que se precisa el visto bueno de Franco para que dicha sentencia se cumpla.

—Terrible. A Luis no lo salva nadie —dice Goyeneche mirando al suelo—. Por patriota. Por buen vasco, por más que ellos digan que por espionaje y traición.

—Bueno —dice Mirechu—, es el veredicto de los vencedores. No es el de la justicia sino el de su justicia.

Labayen quiere poner una nota de optimismo:

—Se han salvado los demás, y con las cárceles llenas ya sabéis que ha habido ya algún indulto y rebaja de penas. No es fácil que cumplan toda esa condena. Además, el régimen no puede durar tanto.

—A lo mejor no —insiste Goyeneche—, pero es difícil que no dure lo suficiente como para que no fusilen a Luis. Y mira que ha habido campañas en el extranjero, sobre todo la del Vaticano. Hay que estarle agradecidos. De algo tenía que servir que seamos católicos. El otro día me contaba el cura ese, Garro, que el obispo de Bayona se había interesado personalmente por el caso. Los alemanes, por cierto, ya sabéis, no lo pueden ver.

—Lo que queráis —indica Landáburu—. Pero la vida de Luis hay que salvarla. Es un patriota. Es de los nuestros y hay que salvarle. No ha matado a nadie. Sólo ha amado a su país. Nuestra obligación es salvarle.

—¿Desde aquí? —Labayen alza los hombros—. ¿Qué más podemos hacer?

—Hablé justo de eso con Alfred Toepfer el otro día... —dice de pronto Goyeneche mirando a algún lugar indefinido de la habitación; sus palabras provocan un silencio expectante—. Fui a verlo. Y se excusó diciendo que no sólo es asunto ajeno a Alemania, sino que desconoce los cargos y los términos de la condena. Y que debemos comprender que la vida de un solo patriota vasco no es suficiente como para que se ponga en marcha toda una operación a favor del mismo, y más en tiempos de guerra, y con lo que tienen ellos encima. Eso me dijo. Pareció incluso molesto por mi sugerencia.

—Dicen desde Donostia que allí no se ha dicho nada ni se va a hacer nada —añade Landáburu—. Eso sí, en Estados Unidos y en Inglaterra el Euzkadi Buru Batzar creo que está movilizándose.

—¿Crees sólo? —le interrumpe Goyeneche.

—Bueno —rectifica el aludido—, lo sé. Disculpad que también ante vosotros se me escapen palabras poco claras. La precaución que uso al hablar con otros me llega a veces hasta cuando estoy con vosotros. Lo malo sería lo contrario, que ante otros oídos menos seguros hablara de mis informaciones. Disculpad. Sí, es cierto. Están moviéndose.

—¿Cómo, si puedes decírnoslo? —apunta Mirenchu.

—Sí, lo puedo decir porque es o será publico en breve. Presionando a embajadas.

—Creo que ya se hizo antes, ¿no? —insiste la chica.

—Sí, Miren, sí, pero aún no eran sentencias firmes. Ahora ya están ratificadas, son inapelables esas condenas, digámoslo así, dígase lo que se diga de posibles instancias. Y aunque sean una sola, como bien hemos comentado, hay que salvar esa vida. Por eso podéis estar seguros que entre los aliados se están moviendo nuestros compatriotas todo lo que se puede.

—Habrá que ver con qué resultados —Goyeneche tiene un rictus de desconfianza en el rostro—. Nunca me he fiado de los aliados un pelo, ya sabéis. Y creo que mis razones tengo. Y ahora, ya habéis visto, el desembarco en Dieppe. Frustrado por fuerzas alemanas inferiores. Y dos o tres mil prisioneros, ingleses y canadienses sobre todo, creo.

—Bueno —dice Mirenchu—, eso ha sido un ensayo, han dicho por la BBC, un tanteo, para ver cómo estaban las defensas alemanas.

—Claro —le responde Goyeneche—. Tú y tu sutil simpatía por los aliados. ¿Te vas a creer todo lo que dice la BBC? Y por cierto, cuidado que no te cojan oyéndola.

Mirenchu sonríe con suficiencia. Es más alta y desde luego más fuerte que Goyeneche, lo que se aprecia al acercarse a él y verse juntos a los dos.

—No te preocupes, Eugéne, que sé dónde y cómo oírta, sin precisar consejos de nadie. Y me creo lo que dicen, tanto o más que los noticieros alemanes.

Nadie dice nada, pero todos saben que Goyeneche está por Mirenchu, a quien no se le conoce pareja, pero que sistemáticamente rechaza al editor en las distintas aproximaciones que ha tenido hacia la chica.

* * *

José Félix de Lequerica y Erquiza —sigamos sin olvidar la «y» griega— se ha visto arrinconado hacia el casamiento. Claro que esa expresión sólo la utiliza para sí y para los pocos íntimos a los que frecuenta desde el que considera un verdadero exilio en Vichy. Cincuentón el novio, cuarentona la novia, la boda fue discreta y no escapaba a nadie la conveniencia política de

una ceremonia por la que el eficaz embajador de Franco ingresaba en el respetable redil de los casados, todo además para doméstica alegría de doña Carmen Polo, a la que siempre disgustaron no ya los líos de faldas de la camarilla circundante, sino el siempre sospechoso estatus de soltero en cualquier político de altura en el círculo de su marido.

Sosegado en sus pasiones matrimoniales, cotidiano, eficaz y meticoloso en su oficio, el embajador había tenido hoy una aventurilla gracias a la discreta, impagable ayuda de su chófer Faustino. Luego ha pensado que hace quizá demasiado que no ve a Pétain. Continúa visitándolo de vez en cuando, previa solicitud, claro. Siempre tienen mucho de qué hablar. A solas. Su dominio de la lengua se lo permite. Lequerica ve al mariscal como el prisionero que es de unos ocupantes que ni precisan darle órdenes para que lleve una política archiconservadora con la población, dura con la disidencia y cruel con la minoría judía francesa, cada vez más arrinconada y exigua. Y sin embargo, los partidos verdaderamente fascistas de Francia, por ejemplo, el Parti Populaire Français, o un no pequeño sector de Action Française, colaboradores absolutos con los nazis, consideran al régimen del viejo mariscal como un simple sistema político arcaizante, ultraconservador, muy alejado del dinamismo y modernidad del nacionalsocialismo. Pero es justo esa una de las razones por las que al embajador Lequerica le complace visitar de vez en cuando al viejo mariscal, con quien se encuentra a gusto, compartiendo ambos un concepto conocido y decimonónico de la política, mucho más que las fogosas, uniformadas y semirrevolucionarias consignas nacionalsocialistas. Lequerica no olvida que él venía del más riguroso conservadurismo, que se pasó a la agitada y violenta Falange Española por necesidades del guion bélico, y que sabe que volverá a la tendencia que sea menester, pero sin sobresaltos; preferentemente a un tradicionalismo que, por uniformado que sea, siempre intentará que se mueva en las poco imaginativas y bien definidas líneas de la más pura y simple añeja política conservadora hispana.

Hoy Lequerica trae o cree traer una buena noticia para el mariscal.

—Ça va, mon maréchal? —es el acostumbrado saludo al darle la mano y hacer una levísima inclinación de cabeza, última migaja de respeto al residuo de poder que el vigoroso anciano representa. Invitado a ello, se sienta en uno

de los incómodos sillones al otro lado de la mesa del mandatario. Lequerica no tiene duda de que son inhóspitos ex profeso, para así acuciar brevedad a las visitas.

—Ça va, ambassadeur? Ça va bien chez vous?

—Bueno, bueno, no sé si lo pregunta usted por mi nuevo estado civil o por los asuntos domésticos de mi país. Pero le diré que ambos marchan de manera bastante satisfactoria. Y es a propósito de estos, de los de España, de los que vengo a traerle buenas noticias.

—¿Y es?

—Y es que las peticiones de clemencia que todos ustedes, los políticos europeos y el clero romano francés hicieron respecto a las penas de muerte de los vascos juzgados por traición, parece que han sido oídas por el caudillo. Recordará que yo canalicé no pocas de ellas. Todas las condenas a muerte han sido conmutadas por cárcel... Todas menos una. La del máximo responsable de la famosa Red Álava. Esa ha sido imposible anularla.

Y Lequerica hace un gesto como de resignación que no sabe si el mariscal se tomará en serio, pero desde luego no el embajador español, que consideraba justas las penas originariamente aplicadas.

El mariscal mira hacia la ventana, alza los hombros un instante, hace un breve gesto de resignación, y tiene una sonrisa tristonca:

—Qué vamos a hacer. No se puede conseguir todo en la vida. Dígamelo a mí. ¿Un cognac? Es de lo poco bueno que me llega desde la parte ocupada.

—Avec plaisir, mon maréchal.

Con la amplia copa en la mano, calentándola un poco más con el tacto de las palmas gordezuelas, haciendo bailar mínimamente su contenido, el embajador queda en silencio, aguardando el comentario del viejo general, que no tarda en llegar.

—Eso de la traición, ese delito por el que se ha condenado a su paisano..., ¿es tan dudoso, verdad?

—No le entiendo, mon maréchal. Para mí no ofrece dudas.

—Para mí, sí, ambassadeur, para mí sí. Y quizá para usted también, si estuviese en mi lugar. Se puede traicionar a la esposa, a un amigo, pero, pero, la traición a un país. ¿Qué es realmente la traición a un país? ¿Me consideraría usted a mí traidor por haber salvado esta mitad de Francia ante

lo inevitable, un cargo que todos critican pero nadie se ha atrevido a ejercer?

—Usted es todo menos un traidor a Francia —dignifica voz y gesto Lequerica, que en cuanto ha oído esas palabras en su propia boca les ha encontrado un inexplicable aire extraño.

—Pues ya ve —continúa sonriente el mariscal—, la Francia ocupada, esto es, media Francia, me considera así. La mitad de esa media, por no estar más comprometido con los alemanes. La otra media mitad, por estar justamente comprometido con ellos. Y en la media Francia que medio controlo, algo parecido. Me soportan. No me han elegido, pero me soportan. Como no me han elegido, pueden y podrán quejarse de mis fracasos, y no valorarán ninguno de mis éxitos. Saben que he hecho todo lo posible por salvarlos de una ocupación completa, pero algunos quizá querrían, o que me comprometiera más con los alemanes y declarase la guerra a Inglaterra, o que me inclinase por los aliados, lo cual significaría la invasión inmediata. Afortunadamente abundan también los buenos franceses que trabajan, sufren y esperan a que la guerra termine y Francia vuelva a recomponerse, aunque desde luego la república tendrá un carácter muy distinto. Algo parecido a ustedes, o a Portugal, con ese llamado Estado Corporativo. Me atraen más que Italia o Alemania. Ustedes, en la península, son dos Estados más discretos. Eso es mejor.

Lequerica mueve la cabeza tras tomar un sorbo de cognac, que desde luego es de primera: amplio, complejo, punzante, arrollador en sus aromas; como le gustan a él.

—No sé, no sé, mon maréchal, lo que durará la deriva de nuestros gobiernos, se lo confieso. El final de la guerra traerá cambios, seguro. Si gana el Eje, como todos esperamos, tendremos que acercarnos más a sus esquemas políticos. Si ganan los aliados, Dios no lo quiera, no quiero pensar en lo que será de nosotros, en lo que se nos forzará a hacer. Incluso si sobreviviremos, que creo que sí. Así de simple.

—Sí —tarda Pétain en hablar tras haber tomado un mínimo sorbo. Se diría que bebe por cortesía—. Para Francia las dos soluciones van a ser terribles, se lo aseguro. Yo tengo conciencia de esa transitoriedad mía. Dada mi edad, por otra parte, no voy a ver mucho...

—¡Oh! No diga usted eso —interrumpe el embajador—, está usted como

un roble.

—Sí, sí, sé lo que digo. La cronología es inexorable. Mi momento pasó, ambassadeur. Mi gloria ya fue. Ahora soy un rescoldo, un tiempo de gracia, como el que está teniendo su fusilado vascoespañol antes del final. Puedo confesarle que si esto me hubiese cogido con cuarenta años menos, o estaría con De Gaulle o habría formado una nación totalmente pareja al Reich. Pero esto no, esta Francia que no tengo más remedio que dirigir es una copia de mí mismo. Algo que subsiste por inercia, como mal menor... ¡Pero, eso sí, que dirigiré mientras pueda, como pueda, y con toda la energía que pueda!

El mariscal ha subido el volumen, quizá sin darse cuenta, en las últimas palabras. Lequerica sí que lo percibe.

—Por supuesto, maréchal, por supuesto. Todos sabemos que su labor es delicada y difícil, y muy posiblemente la única que puede definirse como noble y honrada en estos tiempos violentos. Por eso le aseguro que tiene usted el respeto de toda la gente de orden de Europa, y me atrevo a decirle que el de muchos de sus enemigos, aunque no se lo digan directamente.

—Mis enemigos, ambassadeur, tengo tantos... Me es más fácil saber quiénes son mis amigos. Son muchos menos. Tardo menos en contarlos. El resto, enemigos todos.

—Espero que me considere entre esos amigos, maréchal.

Tarda Pétain en contestar más de lo que le hubiese gustado a Lequerica, por más que las palabras compensen la pausa.

—No le quepa duda, ambassadeur. Es usted un hombre claro. Sus amigos y enemigos lo saben. Se le puede acusar de cualquier cosa menos de tibieza o de doblez. Con hombres como usted la política sería una cosa distinta. Y en este caso, como está usted en mi lado, puedo asegurarle que su amistad, su comprensión es una de las cosas que más me agradan, cada vez que le veo entrar por esa puerta.

El mariscal ha señalado con la barbilla hacia la amplia puerta doble, ahora cerrada, por la que fue introducido el embajador. Toma un sorbo de cognac un poco mayor y se queda mirando a Lequerica con un gesto entre pícaro y cómplice que el diplomático no sabe cómo interpretar aunque no por ello deje de agradarle. Lo que no saben los dos contertulios es que les quedan dos semanas escasas para tratarse en los niveles en que lo están haciendo, que en

pocos días los aliados van a desembarcar en el norte de África, y que tres días más tarde los alemanes terminarán con ese hiato geográfico-político de la Francia de Vichy, declarando todo el país zona ocupada y dejando a Pétain como un rescoldo aún menor en el poder local que representaba.

* * *

La llamada operación Torch, el desembarco aliado en el norte de África, ha sido el 8 de noviembre de este año de 1942. El embajador Lequerica — pijama de hilo y batín rojo de seda— ha estado toda la noche fumando, bebiendo armagnac y comunicándose con Madrid, con las reglamentarias interrupciones que los desastrosos servicios de Vichy imponen. Mientras su señora roncaba suavemente y sin solución de continuidad en la habitación aledaña, el embajador ha pasado uno de los ratos peores de su vida, y junto a él toda la diplomacia y el Gobierno español al otro lado del hilo, pensando que los aliados iban a barrer el pequeño protectorado hispano en Marruecos, en su camino hacia la extensa parte francesa, donde por cierto muchas unidades de Vichy han empezado a bascular hacia los invasores, con el olfato de quien huele a victoria en el trueque. Pero ingleses y americanos han preferido dar seguridades a los hispanos y obviar el protectorado, porque si los españoles les temen, ellos tienen también cierto recelo a que una provocación al país colonizador desequilibre la inestable zona, y así la pérdida de Gibraltar y lo que ello significa complique sus planes en el Mediterráneo. Lequerica, y no sólo Lequerica, ha respirado tranquilo al saber que la neutralidad española, en cuanto siga como tal, será respetada escrupulosamente por el poderoso ejército invasor, cada vez más poderoso justo por esas unidades coloniales franceses que tras algunos choques internos se le van añadiendo, en franca desobediencia a Vichy.

Otro que más que respirar aliviado está exultante, es el cónsul Pat Dyer, que conversa al mediodía del día 11 con Peter Wood en la suite del Carlton, domicilio y oficina del diplomático casi desde que comenzó la guerra. El Carlton, que fue transitoria sede del breve Gobierno vasco en 1936, sigue siendo lugar de ebullición de vida política durante esta guerra que ahora asola el mundo. Pero el cónsul Dyer está feliz. Se diría que sus rojos mofletes andan más alegres que de costumbre y que incluso su blanco bigote está más

crespo.

—Magnificent, my boy, magnificent!

—Usted cree, Sir, ¿no habremos sobreextendido nuestras líneas, como los alemanes o los rusos en la primera guerra?

—No, Peter. Creo que la decisión está bien tomada. Los alemanes tienen poder de fuego, buenos soldados, yo diría que los mejores. Pero no tienen reservas. Ese es y va a ser cada vez más su talón de Aquiles. Y con reservas me refiero no sólo a hombres sino a logística, a combustible, a alimentos incluso. Ya ves, en la URSS no han podido llegar al Cáucaso, es decir, al petróleo de Bakú... Ya sabes la de cabriolas que tienen que hacer para el contrabando del wolframio y el platino por mar. Y el poco que consiguen pasar, supongo. Y ya estás viendo lo de Stalingrado, por mucho que intenten darlo como una operación casi terminada. Los rusos nos han informado que tienen preparadas varias divisiones siberianas listas para el combate en cuanto se asienten las nieves. El ejército de Paulus está perdido. Ni siquiera el genio de von Manstein va a poder salvarlos esta vez.

—Pero, Sir, si usted sabe eso, es posible que también lo sepan ya los alemanes.

—Pues fíjate, debe ser tal la seguridad en que no hay tropa de refresco para ese ejército, que los rusos se han dado el lujo de avisarnos de su próximo golpe.

—Cosa contraria a la mínima técnica de propaganda estratégica.

—En efecto, Peter, salvo si se está tan bestialmente seguro de la victoria en ese lugar, como parece ser el caso..., pero volvamos a África y lo que ello significa. Sabes que Vichy ha desaparecido como entidad política.

—No me lo recuerde, Sir. Los alemanes acaban de declarar además zona prohibida los quince kilómetros al norte de todo el Pirineo. Todo. Aquí tiene el periódico francés que se lo avisa a sus compatriotas. Nuestro paso de aviadores para España va a ser más difícil.

—Bien, Peter, muy bien... —dice Dyer pensativo, resoplando y con las manos a la espalda y dirigiéndose hacia la ventana para contemplar el tráfico de personas y vehículos en la plaza tras los perpetuos visillos marfileños. No se ha molestado en echar una mirada al diario que le presentaba el agente.

—¿Bien, Sir, que hayan aumentado las dificultades en la zona fronteriza

para nuestros mugalaris y los hombres que salvan?

Como si despertase de un breve sueño, el cónsul da un respingo y se dirige hacia el mueble del whisky, antes de contestar. Sin preguntar a Peter, y tal como últimamente suele hacer, sirve en dos vasos y coge uno de ellos. No es ya la primera vez que, si su subordinado no lo toma, el mismo Mr. Dyer dé cuenta del otro a lo largo de la conversación, o cuando esta haya terminado.

—No, Peter, por supuesto que no es por eso, sino porque también aquí el ejército alemán va a extenderse más de lo que pueda, y tendrá que confiar misiones de vigilancia a las milicias colaboracionistas francesas, nunca tan eficaces, por más que sean igual o más crueles, y siempre con el peligro de la defección, como ya se han dado casos, hacia esa recién nacida resistencia, que, la verdad, no sé, o sí sé, a qué esperaba. Es por esa ampliación del campo de operaciones del enemigo por lo que digo que bien. Todo estará vigilado ahora, Peter, pero todo peor vigilado. No tienen gente para tanto.

—Pero siguen siendo un ejército poderoso, Sir.

—De eso no te quepa duda, Peter. Recuerda nuestro fracaso en Dieppe hace unos meses, pero permíteme que me alegre por ese incremento de sus labores y por ese desembarco en África. Brindemos por ello.

Y el cónsul va a por el otro vaso, que ofrece a su subordinado, quien lo toma con cierto aire de resignación.

—Si usted insiste, Sir... Me está aficionando demasiado al buen whisky.

—Insisto, Peter, hazme el honor. Por lo de África, que va a suponer sin duda el dominio completo del Mediterráneo.

Y los dos hombres alzan y acercan los dos vasos, sin llegar a chocarlos, antes de beber.

—Por cierto, Peter, un tema menor, menor para nosotros, claro. ¿Qué dicen los vascofranceses esos proalemanes de la sentencia de muerte para su agente ese de interior, Álava? Nuestros colaboradores vascos aquí en Bilbao están muy preocupados con el tema.

—Pues le diré, según me decía el otro día el cura, Cristóbal Garro, parece que están lógicamente apenados, indignados incluso, pero lógicamente resignados, desde esa distancia a la que se encuentran.

—Ya. Indignados. Aquí, según me cuentan estos eficaces chicos, los hermanos Ajuriaguerra, ha habido presiones de todo tipo pero, al final, esa

única pena de muerte parece que se va a cumplir.

—Me temo que sí, Sir.

El cónsul toma asiento, da sus dos sorbitos habituales del whisky y se reclina en el sillón, mirando al techo, como si estuviese momentáneamente dirigiéndose a alguien en las alturas:

—Claro que, me da a mí por pensar, Peter... No sé lo que hubiéramos hecho nosotros si cogemos a irlandeses, antes de su independencia, claro, pasando secretos militares, por ejemplo a los franceses, aunque no estuviésemos en guerra con ellos.

—Mejor que no haya ocurrido, Sir. Mejor que no.

* * *

—¿Dónde ha sido eso? —se adelanta a preguntar Goyeneche—. ¿Qué ha sido?

—Un tren —Toepfer está serio como pocas veces lo ha visto el francés—. Ustedes y sus demás amigos vascos, por supuesto no sabían nada, ¿verdad?

Goyeneche y Landáburu se mueven incómodos en sus sillones. Para eso era la cita. Y esta vez no ha habido vino de bienvenida ni nada parecido. Simplemente comunicarles allí mismo, en primicia, o eso se supone, que ha habido un atentado, la voladura de un tónder de carbón, lo que ha llevado a descarrilar un tren de suministros, entre Bayona y Dax. Varios muertos y heridos entre los soldados que custodiaban dicho tren. Y las vías inutilizadas durante los días que dure la reparación.

—Herr Toepfer —dice Landáburu—, por supuesto que no. Seguimos confiando en ustedes. En nosotros tiene usted unos amigos...

—Yo no tengo amigos en la política —interrumpe el alemán, con un tono que ni él ni Goyeneche le había escuchado antes—. Yo tengo aliados o enemigos. Lo de amigos queda para la vida privada. Ustedes son, supongo, aliados...

—Ni lo dude —se atreve a interrumpir el periodista, que cada vez está más nervioso, más que su compañero.

—Bien, no lo dudo. Es más, no quiero dudarle. Pero ya que lo son, espero que se comporten como tales. Quiero decir, que ustedes y su grupo, en tanto que indudables beneficiarios de la política territorial del Reich en el futuro,

hagan lo que puedan de su parte para demostrar esa alianza.

—¿Y es? —pregunta Goyeneche viéndose venir la terrible repuesta.

—Sencillamente van a colaborar, en cuanto a aliados, a desenmascarar a los enemigos del Reich, a indicarnos todo lo que sepan, todo lo que puedan saber y averiguar respecto a quién está detrás de esos ataques que casualmente, o no tan casualmente, han empezado a prodigarse tras la anulación de la zona de Vichy. Le imagino a usted sabedor de que algunos militares fieles a Pétain han desertado de sus puestos y funciones tras dicha anulación. Lo que quiere decir que habrán pasado a engrosar las filas de la subversión. Eugéne, ya le dije una vez que llevo este uniforme por circunstancias de guerra, pero mientras lo lleve le seré fiel. Este uniforme supone un juramento a mi patria. Y a ella sirvo mientras lo lleve encima. ¿Me entienden, verdad?

—Perfectamente, Herr Toepfer —se adelanta Landáburu, mientras Goyeneche afirma a su vez con la cabeza.

Sonríe el alemán. Relaja el tono.

—No, no, sigan llamándome Alfred, como antes. No nos alejemos tanto, por unas cuantas acciones subversivas... Por cierto, habrán visto que les he hecho llamar con la mayor discreción, no con un mensajero uniformado.

—Sí, Alfred.

—Es la pauta que seguiremos de aquí en adelante, mientras las cosas estén como están.

—Muy comprensible —responde Goyeneche, cuya frente ha comenzado a perlarse de sudor.

—Como usted vea mejor, Alfred —refuerza Landáburu.

—Y tanto. Por alguien que hemos capturado de esa autodenominada resistencia, sabemos que van no solo contra los intereses alemanes sino contra quienes tengan relaciones con ellos. Y ustedes, externamente no tienen muchas, la verdad, pero lo suficiente, incluidos los artículos de la revista. Y nos han visto juntos, cuando lo de Brieger, cuando la película, por muchos sitios.

—Claro, claro, Alfred —Goyeneche ha comenzado a sudar por la espalda. Puede notar incluso el hilillo frío que le desciende por la rabadilla.

—Les iba a haber ofrecido para su revista el salón de atrás de la sinagoga

judía, que ya saben que estaba cerrada y hemos cogido hace poco para almacén de carbón, dadas sus dimensiones y su cercanía con la estación de ferrocarriles, pero dadas las actuales circunstancias, quizá sea mejor que se queden donde están, ¿no les parece?

—Por supuesto, por supuesto, Alfred —se apresura a contestar Goyeneche. Esta vez es Landáburu quien sólo afirma con la cabeza.

—Bien, lo imaginaba —suspira el alemán, tamborileando sobre la mesa—. Y respecto a ese informe que nos iba a pasar usted, Goyeneche, detallando la colaboración del País Vasco francés con el Reich y las formas de gobierno que ustedes veían apropiadas dentro de la Nueva Europa, ¿hay algo avanzado?

—Sí, está casi terminado. En dos o tres días se lo entrego. Pero quiero que Landáburu, más experto que yo en materia política, lo revise y me ayude.

—Sabe que no hay inconveniente en absoluto —asegura el referido, como excusa para decir que desea controlar el texto.

—Bueno —sigue Goyeneche—, ya me dirá usted, Alfred, por qué conducto se lo entrego cuando lo tengamos listo.

—Vale, vale, no se preocupen. Ya se lo haré saber. La película sobre el País Vasco no es suficiente. Es la visión de un artista. Y la colaboración de Karl Bouda tampoco. Este me sugirió desde Berlín lo del refuerzo del documento político, ya sabe usted. Pero es Werner Best, el Obergruppenführer Best, el que me urge desde París a tener ese documento como base de discusión. Le ha parecido una buena idea. Parece ser que se quiere acelerar esa integración de los pueblos europeos en el proyecto del Reich. No le oculto que ello puede deberse al endurecimiento de las condiciones bélicas, pero es así, señores. Es ahora o nunca. La apuesta es definitiva. Si los aliados ganan la guerra, olvídense ustedes de un País Vasco independiente bajo ningunas condiciones. Ahora no habría una Europa descompuesta como en 1918. Todo lo contrario, vistos los resultados de aquello. Y ustedes, su proyecto nacional, serían las principales víctimas, no les quepa duda.

—Claro, Alfred, claro —es todo lo que acierta a responder Goyeneche, que añade—: Entonces, el informe, en cuanto se pueda...

—Antes de lo que se pueda —sonríe el alemán—. Y la información sobre

todo el que esté conspirando contra nosotros. Díganse a sus amigos. Por la cuenta que nos trae a todos. Y todos les incluye a ustedes, Eugéne, Javier, no lo olviden.

Y Alfred Toepfer, como todo obsequio ese día, ofrece a Goyeneche y Landáburu, antes de irse, unos chocolates de una caja que tenía abierta sobre la mesa. Goyeneche en concreto es goloso, pero la conversación le ha cercenado el apetito, por más que tome uno de los bombones por cortesía, así como su compañero. Son desde luego de los mejores que se hacen en Bayona, de una de las chocolaterías judías del barrio de Saint Esprit, no lejos de la sinagoga, y que ha pasado a otros dueños, dejando a un solo maestro hebraico para que siga con la fórmula. Mientras toma la golosina, Goyeneche mira de reojo a su colega y piensa de nuevo en los judíos portugueses y españoles que llegaron a ciudad hace tanto tiempo, huyendo de las persecuciones en sus respectivos países, y que ahora ya no están allí, tras siglos de vivir en Francia. En la boca de Goyeneche, al abandonar la habitación, el chocolate tiene un sabor a dulce y amargo pequeño paraíso bucal ya perdido, por más que sigan haciéndolo igual o casi igual de bueno. Goyeneche piensa con verdadero miedo si la suerte que le esperará a él y a sus amigos será como a esos ausentes que trajeron el chocolate que él saborea ahora, y que sabe Dios dónde y cómo andarán, purgando el delito de haber nacido en un credo equivocado.

* * *

Tras los desembarcos en África se han incrementado los bombardeos aliados sobre Francia, ahora toda ella territorio enemigo. Fábricas, instalaciones, transportes y puertos son ahora objetivos militares, tratando de evitar las poblaciones civiles, al contrario de Alemania, donde todo el país es objetivo de los potentes bombarderos ingleses y americanos. Pero la Luftwaffe tiene algo que decir al respecto, ayudada por la defensa aérea, en especial los famosos cañones del 88, con sus largos tiros de eficacísimos proyectiles que estallan a la altura de los aviones y perforan con su metralla todo lo que hay cerca. Todo ello supone más aparatos derribados, y más saltos en paracaídas o aterrizajes forzosos. Más pilotos y tripulantes sobrevivientes perdidos en territorio francés, ahora todo él nominalmente hostil, pero paradójicamente

más lleno de gentes dispuestas a ayudar. La ocupación total ha despertado mucho más la conciencia de rechazo al alemán. El final de Vichy ha hecho darse de bruces con la realidad a muchos que antes sobrellevaban la presencia del invasor, a quien no veían como tal o simplemente no lo veían en persona, desde el otro lado de la línea de demarcación. Ahora no, ahora es la sumisión total o la rebelión, animada además por las noticias de África y del frente del este, lugares donde se cuarteaba el poder alemán. En toda Francia, la resistencia es ya, aunque tardía, más que una palabra.

Los mugalaris no pueden quejarse de falta de trabajo. Tampoco las patrullas alemanas de fronteras, ni la Guardia Civil en territorio español, por más que el gobierno, con comprensible olfato, esté abriendo la mano y haciendo la vista gorda mucho más que antes en cuanto a aviadores aliados que terminan su periplo en Gibraltar para regresar por mar a Gran Bretaña. Los guardias Cuevas y Olvera, por ejemplo, en la venta Pello, en Dancharinea, comentan las últimas instrucciones recibidas al respecto.

—Bueno, sargento —pregunta Cuevas—, ¿pero por qué el teniente de línea no nos ha dado esa orden por escrito, si dice que es tan importante?

Olvera se pasa la mano por la línea de la frente donde aún se le marca un poco la huella del tricornio. Mira hacia Felisa, que simula no prestarles atención mientras enjuaga unos vasos. Bajando la voz, responde:

—Verás, cabo, se ve que hay cosas que no se deben poner por escrito, para que nadie las interprete mal, o demasiado bien. Que no se quiere que sean oficiales, vamos.

—Pero que sean, que se hagan, eso sí.

—Exacto. El caso es ese, que vale con lo del contrabando, como siempre. Ahí no cambian las instrucciones. Pero con los extranjeros, que si ya están en España, que no nos preocupemos mucho, eso, si son extranjeros. Sólo si son maquis, ya sabes. A esos, duro y a la cabeza.

—Sí, pero, de noche, ¿cómo los distinguimos?

—Mira, Cuevas, no sé por otras partes, pero por aquí, con los quince kilómetros esos que los alemanes han puesto de eso que llaman zona de exclusión, ya nos tienen el trabajo hecho para controlarnos a los maquis que pudiera haber. Por aquí, si se cuelan, son los aviadores esos que van para Gibraltar. Y ya has oído. Alguno habrá que coger, para que no se diga, pero

sólo cuando se nos pongan muy por delante. Nada de meternos por las breñas detrás de ellos, como lo del contrabando, que ahora, con eso de la zona esa, bajará también lo suyo, digo yo.

Justo entonces entran Josu y Fernando, con aire de recién aseados, pese a estar avanzada la mañana. Los guardias, hacen como que siguen en lo suyo, y sólo hay un breve saludo con la cabeza hacia los dos recién llegados, que han saludado en voz alta y se extrañan de la poca atención prestada hacia ellos por los agentes del orden. Ellos, que venían con su coartada más o menos ensayada por si había preguntas, se sorprenden de la repentina falta de celo de los miembros de la Benemérita. Idos los guardias, preguntarán a Felisa, que no podrá darles razón del extraño comportamiento, dado el tono confidencial en el que han estado hablando todo el tiempo los representantes de la ley.

Antonio Labayen es el último que llega. Había ido a llevar hoy a su hijo Ramón al colegio porque su mujer andaba algo pachucha, y el día está demasiado otoñal. Ahora entra en la redacción de *Euzko-Deya* con el periódico en la mano, mostrándoselo a los demás como si sólo por verlo así ya estuvieran leyendo la noticia y además no la supieran.

—¿Habéis visto? ¡Toda la flota de Toulon, toda! ¡La han hundido toda! ¡Los mismos franceses!

—Casi toda —le corrige Landáburu, quitándose las gafas de cerca y con un gesto de suficiencia—. Los alemanes y los italianos parece que han podido capturar algunos barcos. Aunque pocos, y no de los más importantes.

—¡Pero todos los acorazados, los cruceros pesados, el portaaviones, todos hundidos! —insiste Labayen—. Buenos deben de estar los alemanes con no haberlos podido coger a tiempo.

—Buenos —repite Mirenchu, alzando los hombros—. Que se hubiesen dado más prisa.

—Era imposible —corrige Landáburu, pontificando de nuevo—. Estaba pactado respetar la flota. Por lo visto órdenes del contraalmirante Laborde. Y ahora, hala, ni para los aliados ni para nadie. Para el fondo del mar.

—Pero es terrible —sigue Labayen con cara de incredulidad y moviendo la cabeza de un lado a otro—. Es el mayor desastre de la marina francesa. Y ellos solos.

—Desde Trafalgar no había habido una catástrofe así —reflexiona para todos Landáburu, recostándose en la amplia mesa de corrección de pruebas—. Y en Túnez, en Bizerta, parece que allí los alemanes sí han llegado a tiempo y cogido algunos barcos. Los que había allí.

—El chocolate del loro —mueve la cabeza Goyeneche—. Los barcos potentes estaban aquí. A ver, Antonio, déjame ver el periódico, que en la radio lo contaban esta mañana, pero no se veía nada, claro, aunque es de

imaginar.

En el huecograbado se ve con nitidez el humo negro que surge desde varios barcos, escorados o semihundidos ya varios de ellos. Un eslabón más en la cadena de tragedias que golpea a Francia desde hace más de dos años. Todas las cabezas se arraciman ahora sobre la fotografía que ocupa media página y los titulares que la flanquean. Goyeneche intenta, con poco éxito, colocarse muy pegado a Mirenchu.

—Un espectáculo dantesco —dice muy serio Landáburu—, si Dante hubiese visto este infierno. Porque esto sí que ha sido un infierno.

—Adiós poderío naval francés, gane quien gane ahora la guerra —sigue moviendo Labayen la cabeza.

—Bueno —alza los hombros Landáburu—. Por lo menos no ha salido para unirse a los aliados.

—Ni la han capturado los alemanes —dice Mirenchu—. Han perdido todos.

—Sí, sí. —insiste Labayen—. Pero la que ha perdido más ha sido Francia. No se hacen barcos así, ni tantos, de un día para otro... El que estará bueno debe ser Pétain, el pobre. A mí es que ya me da hasta lástima.

* * *

El mariscal Pétain debe de tener en efecto lástima de sí mismo, de Francia, de todo, piensa el embajador Lequerica, que por educación, por humanidad, se diría, más que por necesidades diplomáticas, a estas alturas, pensaba ir a visitarlo esa misma tarde. Pero las noticias de Toulon le aconsejan dejar la visita para otro día, cuando el viejo vencedor de Verdún esté algo más repuesto, si es que llega a reponerse de esta. Algo le había comentado al embajador en los días previos al respecto de la flota, una vez desaparecido Vichy y que toda Francia quedase en territorio ocupado. Las diferencias entre el almirante Darlan y el contraalmirante Laborde han podido tener la culpa de lo que ha ocurrido, de lo que se ha tardado, y de que la flota no haya huido hacia los aliados pero tampoco la hayan podido apresar los alemanes.

Pues sí, bueno debe de estar el viejo mariscal, piensa el embajador, que recuerda de su pícaro viaje a Toulon la soberbia presencia de aquellas masas grises ocupando dársenas y muelles, apretadas como una manada de

monstruos inmóviles y amenazadores. Qué bien le hubiera venido toda esa flota a Alemania, pero qué bien, para desequilibrar el Mediterráneo en su favor, y más ahora, con lo de África. Pero estos chicos tienen sus fallos, uno más, desde Dunkerque, reflexiona el diplomático, que pensándolo mejor decide que sí, que mejor ir a visitar hoy, ahora, a Pétain, porque sencillamente no va a haber nadie que se atreva a ir a verlo en estas horas siniestras. Y además, no se olvide, está el mejor cognac que ha probado Lequerica. Y eso que él los ha tomado muy, muy buenos.

Lequerica ha llegado solo, a pie, sin el coche oficial. No ha querido molestar a su chófer Faustino para un recorrido que además le viene bien hacer de vez en cuando para realizar un poco de ejercicio. Y tomar el aire fresco y húmedo de noviembre. Va enfundado en su elegante abrigo de lana inglesa, o quizá lana española. Pero hecho en Inglaterra. No hay problemas con su señora esta tarde. En el casino, jugando a la canasta con las esposas de varios diplomáticos hispanoamericanos. Hasta las tantas. Nada, nada, que se entretenga, la buena mujer...

El mismo Pétain le abre la puerta. La residencia es la de siempre, pero el cuerpo de casa ha disminuido drásticamente desde que el mariscal es una figura aún más decorativa, una especie de reina madre con bigote, piensa Lequerica, porque incluso las escasas labores administrativas de gobierno interior las lleva el intrigante Pierre Laval, que está ejerciendo como último presidente de Gobierno, y actúa como una especie de prefecto para asuntos internos, para labores burocráticas que desechan los alemanes. Pétain, ni eso. Sólo para firmar y para figurar aún en varios despachos, residuo gráfico en algunas escuelas de Francia en forma de retrato, con su rostro semisonriente de viejo militar aguerrido. Retratos que ya no se reponen si se rompen, se pierden en las oficinas o se borran en los muros de las calles.

—Ça va, mon maréchal? —por decir algo, piensa el embajador.

—Ça va, mon ami? —es la inesperada respuesta sonriente que en el tono y en el rostro sorprende al diplomático, quien temía de entrada que no lo recibiera cuando se hizo anunciar desde el teléfono de la portería.

—Vaya, vaya, no puedo negar que me sorprende usted, mon maréchal, esperaba encontrarlo, en fin, cómo diría yo...

—¿Más triste, amigo mío? —la sonrisa parece verdadera.

—Bueno, sí, exactamente, exacto... Tiene usted una gran capacidad de resistencia... —articula Lequerica, que en su buen francés no sale de su asombro y de pronto está temiendo por la salud mental del mariscal, ante un golpe tan absolutamente bárbaro como el que ha debido ser el que Francia se haya quedado en cuestión de horas sin su flota de guerra, la tercera del mundo en su momento, tras la americana y la inglesa, se suponía.

—¿Un cognac, para variar? —dice el mariscal sin esperar respuesta y yendo directo, tras cerrar la puerta, hacia el mueble donde están el licor y las copas.

—Sí, sí, claro, si usted insiste... —Lequerica aún no se cree tanta serenidad.

—Bien sùr, j'insiste, mon bon ami.

Lequerica toma su copa, que el mariscal ha llenado más de lo normal esta vez, más incluso de lo que el buen gusto recomienda. Pétain nota la mirada.

—Nada, nada, mon ami, bébalo tranquilo... Disfrútelo, porque es la última botella que me quedaba de este, y me temo que no va a haber más.

Pétain alza la suya y hace un elegante brindis en el aire, tras el cual da un bien saboreado trago.

—Excelente, mon ami, ¿no le parece? ¡Qué gran pueblo, este de Francia! Es maravilloso que los franceses hayan sabido seguir haciendo buenos vinos y buenos licores a pesar de la guerra, ¿no cree?

—Pues sí, sí señor, encomiable tarea —responde Lequerica, que ya no duda del shock bajo el que sin duda está el mariscal.

Pero parece que este le lee el pensamiento.

—Esperaba usted encontrarme más abatido, más triste, más desconcertado, incluso un poco ido, quizá, y eso es lo que le está rondando la cabeza, ¿me equivoco? —y toma otro traguito, esta vez menor, mientras mantiene la beatífica sonrisa.

—Pues, la verdad, mon maréchal, sí. Lo de la escuadra de Toulon ha debido resultarle muy impresionante.

—Impresionante es la palabra exacta —el mariscal está eligiendo despacio los términos—. Pero no inesperado, ni desolador, ni preocupante, salvo por las vidas de los pobres marineros, pocos, afortunadamente, que han muerto en toda la operación.

Lequerica ve que no tiene nada que decir, y sí que escuchar, por lo que da un sorbo de su copa, lo paladea y deja hablar al mariscal, que por cierto se ha puesto a tararear «*It's a long way to Tipperary*», quizá la más famosa canción inglesa de la anterior guerra, la que inocentemente se llamó la Gran Guerra, con eso de que iba a ser la última. Vuelve a pensar Lequerica que algo hay estropeado en la cansada mente del viejo luchador.

—Verá, amigo Lequerica, le seré sincero. La escuadra, nuestro último poder, nuestro poder adormecido, me preocupaba bastante. Mucho. Me ha quitado el sueño más de un día. Pero ya se acabó. Ni para los aliados, ni para los alemanes. Para nadie. Para Neptuno, en todo caso... Era nuestro gran problema pendiente. Ya no existe ese problema. Si hubiera sido para cualquiera de los dos litigantes, entonces sí hubiese sido algo grave, gravísimo. Pero ya no. La escuadra se ha hundido como se ha hundido Francia hace ya dos años. Yo administro esa ruina, como usted sabe. Ahora administro una ruina de verdad, sin posibilidades de recuperación, o muy tardía. Sin peligro de que esa ruina hubiese empeorado. Ya no es posible llegar más abajo. Antes sí. No sé si me entiende...

Y el mariscal da un pequeño sorbo de cognac. Lequerica da otro y aprovecha para relamerse ligeramente el bigote con la lengua recién mojada en el licor. Cuando es bueno, como este, el aroma le dura luego liviano, sutil, durante un buen rato, aspirándolo desde las perfumadas cerdas del cuidadísimo apéndice piloso.

—Sí, creo que le entiendo, mon maréchal, pero no me dirá que no es una pena semejante pérdida —insiste el embajador.

—No me tiene que convencer de ello, mon ami, pero ya le digo, hágase la idea de que usted era el responsable de esa espada de Damocles que ya no existe. ¿Cómo se sentiría? Dentro de la desolación estaba aún la amenaza de una tragedia mayor. Los aliados están en África. La flota francesa no va a ayudar a echarlos de allí. Ni va a ir contra ellos. La guerra va a ser un poco más breve con la desaparición de ese poder. Me he convertido en un escéptico político en este tiempo, amigo Lequerica. Y ahora sólo espero que todo termine pronto, que termine lo antes posible. Soy un prisionero en mi propio país. Un prisionero que sabe que no va a recuperar ya ningún tipo de libertad, gane quien gane. He llegado demasiado lejos. He amado a Francia

como he sabido. Bien o mal. Como he creído mejor, en cada momento de mi vida. Quizá me haya equivocado, pero le aseguro, ambassadeur, que ha sido siempre siguiendo mi conciencia...

Ahora sí, Lequerica ve brillar de emoción los ojos del viejo león de Verdún, arrinconado en el gran despacho que es en verdad su prisión, una prisión elegante, exquisita, con una última botella de un fabuloso cognac, y contemplando la tarde en Vichy mientras algunas hojas recién caídas golpean suaves contra los cristales, a causa del viento que acaba de levantarse y que hace que el embajador —una concesión frívola en la seriedad del instante, piensa— se alegre de haber cogido su elegante abrigo para el camino de vuelta a su residencia, porque para él sí hay un camino de vuelta. Él no está preso aún, no desde luego en su propio país, como el mariscal, que ahora tiene un aire lúcido pero ausente, moviendo ligerísimamente la copa y mirando hacia la ventana como si junto a él no hubiese nadie, como si estuviese solo, absolutamente sólo. Como en verdad está aunque Lequerica esté junto a él. Y así lo percibe de pronto el embajador: un aislamiento que no compensa la presencia del visitante ni de cien visitantes que hubiera. Una soledad más allá de compañías, de conversaciones, de reuniones, de entrevistas. Una soledad irremisible que crea un aura de vacío en derredor del viejo político. Una soledad histórica, una soledad que el embajador está viendo ya materializarse en conversaciones, en periódicos, en debates, en documentos, en libros, en enciclopedias futuras... Una soledad imparable que, pese a las pocas concesiones del embajador a la fantasía, a este se le antoja como una distancia insalvable, donde los centímetros que está viendo entre él y el mariscal son kilómetros, y los segundos son siglos, una angustiosa sensación de lejanía respecto a este hombre con el que está hablando y que parece que acaba de arrojarse a un hondísimo pozo vacío, dejando una copia de su persona ante el visitante, quizá como un sencillo, último gesto de elemental cortesía.

* * *

Un ambiente mucho más festivo es el que hay en la suite de Mr. Dyer, en el hotel Carlton bilbaíno. Incluso Elisabeth ha sido invitada a un whisky, pese a la severidad del cónsul con sus subordinados inmediatos. Peter acaba de

aparecer por allí, y aunque nunca había tenido a su jefe por alguien con sentimientos sádicos, sólo quizá un poco morboso, no puede por menos que observar con curiosidad la sonrisa en el rostro del cónsul, que esta mañana parece, más que un gesto, un aditamento fijo, como los rojos mofletes, el bigote o el blanco cabello, siempre bien peinado hacia atrás, y últimamente quizá demasiado largo.

—Pues sí, Peter, sí, my boy, claro que tengo motivos para estar contento a causa del hundimiento de esa maldita escuadra. No era un tema a tratar contigo, al estar el problema lejos de nuestra ya complicada zona de actuación, pero no sabes lo que ese gran puñado de barcos tenía de preocupado al almirantazgo. No se los debía hundir porque no estaban en franca rebeldía, y a su vez se estaba siempre temiendo que se pasaran al enemigo. Y eso hubiera sido terrible. Era..., ¿cómo se dice la espada esa?

—De Damocles, Sir, un nombre griego que por cierto sólo se usa para esa comparación.

—Pues eso, de Damocles. Eso. Un peligro pendiente sobre nosotros, dispuesto para la catástrofe. No imagináis, Peter, Elisabeth, lo que ha descansado el almirantazgo sabiendo que no existe ya esa amenaza sobre el Mediterráneo. Respiramos todos mucho más tranquilos. Incluso sin saberlo. En fin... Y ahora, Elisabeth, si nos disculpas, tenemos que tratar de varias cosas.

Al salir, Elisabeth dirige a Peter una suave sonrisa de despedida, en apariencia inocente, pero donde hay un claro mensaje de afecto, seguramente de añoranza, sólo captado por el destinatario, una sonrisa en la que están grabadas muchas palabras, sólo legibles para quien posee el mutuo código personal y secreto. Pero Peter nota que no quiere hacer nada por responder eficazmente a esa llamada silente. Elisabeth ya pasó. Piensa que podría recuperar su presencia física si se lo propusiera, pero carece de la sangre fría, por ejemplo, de su jefe, y menos en estos menesteres afectivos. Siempre ha unido el cuerpo al corazón, y esta vez no va a ser distinta. Las diversas mujeres que han pasado por su vida tuvieron siempre una alta concesión de cariño. Nunca tuvo una relación sin que la ternura ocupase una parcela fundamental en el nexo. Nekane se ha apropiado ya de las zonas que el joven tenía reservadas para la relación amorosa. Peter lo nota y no quiere devolver a

Elisabeth sino una sonrisa educada, pero nada más. Piensa que no debe dar concesiones a la esperanza. Otros hombres pueden simultanear las relaciones. Él no. No sabe si en realidad ello le gusta, o si en realidad es una soberana estupidez, pero lo acepta y lo ejerce.

Ida Elisabeth, cerrada la puerta, el cónsul echa la llave, como de costumbre, rellena su vaso de whisky —no el de Peter que declina con una sonrisa y un gesto suave con la mano—, y a renglón seguido saca del escritorio un mapa de la zona fronteriza y lo extiende sobre la mesa.

—Bien, Peter. Observa este pueblo —señala con el dedo gordezuelo—. Se llama Cherchebruit, entre Sare y Saint-Pée-sur-Nivelle. Un lugar pequeño. Peligrosamente pequeño. Allí todos se conocen.

—¿Qué escala es el mapa, Sir?

—Uno cien mil.

—Entonces eso quiere decir que el lugar está a unos... cinco kilómetros de la frontera; en línea recta, claro.

—Más o menos.

—¿Allí están?

—Los cinco. Allí están. El de la pierna fracturada también. Y ya te digo que es un lugar pequeño.

—O sea, que han podido llegar ya a la zona de exclusión.

—Exacto. Ya hay que evitar las carreteras por completo.

—Los mugalaris son justo especialistas en eso, Sir. Y esto que se ve aquí, hacia el sur, por lo que veo, es el valle del río Nivelle, que nace en esta parte nuestra de la frontera. Seguro que se conocen ese trazado. Segurísimo. No sé el relieve exacto de la zona, pero parece que esos picos a los lados no deben de ser muy empinados.

—No sé. Estará eso vigilado, de todos modos.

—Sin duda, Sir, la frontera está demasiado cerca.

El cónsul tiene ahora un repentino gesto raro, pese a la sonrisa. Toma sus dos reglamentarios sorbitos de whisky y echa la cabeza un poco para atrás.

—Verás, Peter, en realidad no tendría que decírtelo, porque creo que ya se lo he dejado claro a los de Londres, y porque pienso que no debe influir en la operación, pero... uno de los cinco chicos es el hijo del general Burlington. Y los de Londres, ya te digo, han insistido en su rescate. Mucho.

—Todos nuestros pilotos son igualmente importantes, Sir —sonríe Peter—, tanto hijos de generales como de zapateros remendones, y usted lo sabe.

—Más o menos eso les he dicho, Peter, aunque yo he hecho la comparación con repartidores de leche. El caso es que, de todos modos, y sabiendo que siempre pones, que ponéis todo el interés en estas operaciones, yo te rogaría que pusieses aún más en esta, a pesar de lo que les he comentado a los de Londres. Más o menos he coincidido con tus palabras, ya te digo...

Peter se echa el flequillo suavemente al lado para observar mejor el mapa, y es mirando a este como contesta a su jefe, como si estuviese leyendo las palabras sobre el papel.

—Me va a perdonar, señor, si yo ahora le digo a usted que no voy a poner más interés en ese aviador, hijo del general, que en el de un zapatero remendón, ni en el de un repartidor de leche, como usted ha comentado muy bien. Sencillamente, Sir —ahora Peter levanta la mirada y la posa sobre su jefe—, porque siempre se pone absolutamente todo al servicio de cada misión. Porque si se pudiera poner más, sencillamente se pondría, independientemente de la paternidad del rescatado. No puedo ser más explícito. I hope you'll understand it, Sir. Espero que lo entienda. Y que así se lo comunique a Londres.

—Por supuesto, por supuesto, Peter —responde de inmediato el cónsul. Pero Peter ha percibido una nota de contrariedad, una inconfesable decepción, debida no sabe a qué, aunque más tarde, en la reflexión inevitable sobre la conversación con el cónsul, quizá asome un punto de esperanza en aquel, alguna recompensa personal para el diplomático, alguna condecoración, un ascenso en sabe Dios qué categorías de la administración... O no, quizá ni eso, quizá nada más que una felicitación efusiva por parte de alguien de las alturas. Sí, a lo mejor es sólo eso, lo suficiente para que entre las palancas que han movido al cónsul al comentario esté la de la vanidad, esa víscera secreta del entendimiento, y que como toda víscera humana, trabaja sin ser vista, pero incansable y eficaz en todos los momentos de la vida.

* * *

Las aguas del Nivelles nacen en Navarra, y el bonito pueblo en que llegan al mar está ya en Francia y se llama San Juan de Luz. Las aguas del Nivelles brotan en un hontanar entre hierba, helechos, zarzas y un puñado de robles menudos, cerca de la rasante de unas cumbres vecinadas con otras más altas desde las cuales, por innumerables conductos secretos y eficaces, lleva el agua milenios encaminándose hacia su afloramiento. Desde allí esa agua ha ido modulando la tierra en suave cuesta abajo. El mar está cerca y no ha sido menester mucho destrozo para llegar a él. Cerca de esos surcos, generalmente más embreñados que por las zonas descubiertas, han ido pasando durante siglos las sendas que iban de un lado a otro del monte, desde antes que aquello se llamase Francia, España, Navarra o Euskal Herria, desde que los montes no tenían nombre propio y la geografía era una extensión conocida u hostil, sin más denominación que la que la tribu de turno le daba. Por una de esas sendas, a la contra del agua, de noche, sin siquiera la guía de las estrellas, porque el cielo está hoy encapotado y amenazador, van los siete hombres en el mayor silencio posible. Josu abre la marcha y Fernando la cierra. En medio, cuatro extranjeros se turnan para llevar casi en volandas a otro, herido, que llora de dolor en silencio pero no deja escapar un gemido para no desbaratar toda la operación. No se ven alemanes, aunque eso no quiere decir que no anden cerca. Últimamente tienen incluso perros que les ayudan a detectar ruidos y olores que la condición humana ya no percibe. Luego, y no siempre, las palabras de alto, y si no, los máuseres entran en juego, y sea lo que Dios quiera.

La salida de la aldea de Cherchebruit fue lo más difícil. El casero le tiene cogidos los horarios a las patrullas de vigilancia, en lo que cabe, porque a veces mudan tiempos o simplemente no los tienen. Los dos Kubelwagen pasaron lentos, con esas luces que apenas alumbran, que casi no se ven desde fuera, que deben de iluminar la ruta bien poco a los del interior, y que si no fuera por el ruido de los motores harían casi imperceptibles a los coches. Justo alejados los vehículos, salió el grupo a la carretera, y el mismo casero se la jugó aún más, acompañándolos unos cientos de metros entre las huertas y los prados, hasta dejarlos en la barranca del río, por donde va un viejo camino empedrado, tan viejo que a veces ni piedras tiene ya, o están medio levantadas, y los tramos enfangados dificultan el paso cuando menos se

espera.

Caminan en todo el silencio posible. Silencio relativo entre la hojarasca, las ramas y el chapoteo de la tierra húmeda, recién llovida y por llover. El tiempo apremia y ello empuja a más prisa de la que sería conveniente para ir más callados. Voces, eso sí, ninguna, o las mínimas y muy cerca. Todo para que incluso a pocos metros el ruido de su marcha pueda confundirse con el de la vegetación movida por el viento.

Pero saben que están dejando un rastro no solo de huellas, que eso de noche importa menos, sino de aromas sutiles, de olores que los hombres apenas captan pero los perros mucho. Saben que los hay. La semana pasada capturaron gracias a ellos a otra partida que llevaba a tres aviadores. La verdad, parece ser, es que apenas se habían desviado de la carretera, la que va de los Aldudes al collado de Urquiaga, un poco más al este, pero es un lugar por el que es sabido que se había cruzado bien, es un decir; hasta ahora, con eso de los jodidos perros. Pastores alemanes, les han dicho a los mugalaris que son. Claro, como no, los que vigilan son alemanes. Pues con perros pastores alemanes, dice Fernando. Lo más cercano al lobo que se despacha, piensa Josu que va abriendo la marcha y que está ya casi coronando el monte. Una oscuridad no tan oscura se dibuja ahora arriba ante él, y eso supone el cielo, la vertiente, eso quiere decir más o menos España, aunque en esos lugares y a esas horas las patrullas no están para sutilezas y más vale no intentar convencerles de que por un metro o dos uno está en lugar seguro. Ha habido más de un caso. Por cierto que los aviadores están portándose. El herido, más. Van incluso vestidos aún con los pantalones y las botas de reglamento, no se sabe por qué. Sólo los tabardos y las boinas les hacen parecer indígenas. Quién se habrá quedado con sus buenas cazadoras de cuero —piensa Josu—, con la esperanza de que la guerra acabe y entonces poder usarlas, exhibirlas como botín, a la vez que prendas de abrigo. Quién, en los quién sabe cuántos cientos de kilómetros desde donde cayeran hasta donde están ahora, a pocos kilómetros de tierra relativamente segura. Todos, kilómetros difíciles, pero estos más, por más disputados, por finales. Eso lo saben los alemanes, y a ello se consagran. Es sabido que hay buenas recompensas, aparte de cumplir con el deber.

El grupo sigue jadeando sin quejarse. Uno de los aviadores, un

ametrallador de cola de un bombardero, habla algo de español y eso ha facilitado las instrucciones para este tramo final. Así fue en el caserío de Cherchebruit. No había tiempo que perder, pero se les ve chicos listos, o al menos despiertos y preparados. Gente que sabe escuchar. Fernando cierra ahora la fila y no pierde de vista, es un decir, al bulto negro que más nota, escucha o intuye delante de sí.

Abajo, no demasiado abajo, de pronto, ruido de motores. No saben los mugalaris si hay o no un carril cercano, o una pista de montaña por la que los coches puedan aproximarse hacia donde van ellos. Pero algo puede haber, y seguro que los alemanes que frecuentan la zona, quizá ayudados por milicias francesas, han tenido tiempo de aprenderse los recovecos de este lado del monte en el tiempo que deben llevar patrullándolo. Ahora, los motores se han detenido; más abajo, sí, pero preocupantemente cerca.

Antes de oír siquiera un jadeo animal o un agitarse de este entre las ramas, Fernando ha oído el metálico ruido inequívoco del gancho con el que deben sujetar o soltar al perro. Y una voz gutural de lo que debe ser la orden al animal. Ni siquiera parece que los alemanes hayan montado los fusiles. Deben llevarlos ya con bala en la recámara, solo con el seguro echado, para poder disparar de inmediato. Pero el perro no, el perro va a cumplir su obligación, guiado por la amplia estela aromática que deben de estar dejando los hombres.

Fernando da un empujón suave al que lleva delante, que comprende y acelera el paso, y espera que el mensaje llegue hasta Josu, como tienen ensayado. Tres empujoncitos, detenerse. Dos, disminuir la velocidad. Uno, aligerar. Palabras, ninguna.

No hay escapatoria. El perro es más rápido. Les dará alcance; y tras él, los alemanes, guiados por el ruido y los ladridos cuando los encuentre. Hasta entonces, el perro, eficaz, veloz, pero silencioso. Maldito bicho, qué bien trabaja, se dice Fernando, que se ha detenido y escudriña la senda por donde han venido mientras se envuelve veloz en el brazo izquierdo la ancha bufanda y en un instante quita el pomo de la makila, dejando al aire la afilada punta de acero bien engastado en la vieja y trabajada madera de níspero.

Antes de ver su alobada silueta veloz, le llega el sonido del jadeo en la carrera cuesta arriba. Fernando se agacha para minimizar el blanco, echa una

pierna bien hacia atrás para aguantar el golpe y alarga el brazo forrado mientras retrocede el del arma, todo unísono, como un antiguo soldado de las falanges macedónicas, o quizá un español de los tercios con la pica. Un movimiento tan antiguo como la guerra, tan antiguo como el hombre.

El oscilante brazo engordado por la tela es, dentro de la oscuridad, lo primero con lo que el perro se topa y contra lo primero que va. En una presa inmediata, babeante, Fernando siente el impacto, la poderosa presión de los colmillos que por poco no llegan a la carne. Casi cae para atrás del choque, pero de inmediato va la lanzada adonde siente que debe estar el cuello del enemigo. La punta entra veloz, casi sin notarlo. Tanto, que le da lugar a repetir el golpe casi en el mismo sitio. El perro emite un ruido siniestro, un graznido borboteante, a la vez que suelta su presa y se echa al suelo revolviéndose y dándose con las patas delanteras en la zona lesionada, con la torpe ilusión de quitarse lo que le ha herido.

Quizá era ya innecesario, pero Fernando se endereza veloz y descarga ahora un fuerte lanzazo en la cabeza del animal, que da una sacudida y sigue en la inercia de sus convulsiones. Esta vez el mugalari precisa pisar con la bota para sacar el acero, clavado en el duro hueso craneano. Y enseguida, a correr hacia arriba sin mirar hacia atrás, mientras oye, con menos sigilo, con más prisa, subir a los alemanes que ya no cuidan del silencio y dan voces, seguramente llamando al perro, mientras otro da el alto o algo así. Fernando tuerce intencionadamente hacia una zona más cerrada de vegetación, y a poco escucha los primeros disparos. Tres, en concreto, sin blanco fijo en la oscuridad y entre tanto bosque, por más que uno le haya silbado cerca, quebrando ramillas a su paso. Pero son muchos años de monte. Muy buenas piernas, y los alemanes han debido quedarse junto al perro agonizante, porque ahora se les oye solo gritar y vociferar sabe Dios qué. Hay sólo dos disparos más, un poco más tarde, que no sabe hacia quién o hacia dónde habrán ido, pero ya Josu y los otros deben de estar lo suficientemente lejos, no sólo en España sino por camino seguro, o al menos conocido.

Los tiros deben de haber alertado a los guardias civiles, que quizá no anden lejos, por la parte española. Ahora, a escapar también de estos. Eso no estaba preparado en esta operación, dado el terreno donde se había planeado. Fernando consigue alcanzar a la partida, los adelanta, dando los tres golpes

convenidos en la espalda de cada uno. Es preciso parlamentar, breve pero sin falta.

—Josu —jadea Fernando—, al caserío. Al mío. Es el refugio más cercano. Cambio de planes. A escondernos. No hay otra.

—Vale. Sin duda. Nos estarán buscando por los dos lados. Pero ¿y tu madre?

—Ya veremos. Ahora, al caserío. Por el arroyo, sin asomar la cabeza. Ya sabes.

Los siete hombres tuercen ahora hacia la izquierda, cauce del arroyo arriba, senda que no por conocida tiene ahora menos riesgos, después de los disparos, y lo que pueda llegar desde Dancharinea. En poco tiempo, sin embargo, se encuentran en el caserío Zubiri, ante los ojos espantados de la madre de Fernando, al que este le avisa silencio con el dedo en la boca mientras cierra la puerta y los fugitivos se desparraman, literalmente, por el húmedo suelo de piedra de la amplia estancia. Por el este ya comenzaba a clarear.

* * *

Cristóbal Garro está esa misma noche sentado frente a los otros en la redacción del *Euzko-Deya*. Goyeneche y Landáburu acaban de llegar de entrevistarse otra vez con Toepfer. Los dos vascofranceses ya no cuidan de hablar de temas políticos ante el sacerdote. Este no sabe si es porque confían en él o porque todo está cada vez más claro, las cosas más difíciles para el Eje, y el grupo nacionalista proalemán, demasiado conocido en Bayona, quiere incluso ampliarse para quizá abultar más, ser más entre los que repartir responsabilidades si llegan momentos difíciles de los que nadie habla pero todos empiezan a barruntar. Lugares como Stalingrado y Toulon han torcido los gestos no sólo de muchos mandos de la Wehrmacht sino de bastantes franceses que tenían esperanza de estar formando parte, secundaria pero parte, de una invencible maquinaria de guerra que ahora empieza a ser algo menos invencible, y con ello menos atractiva, en proporción directa a los bombardeos que comienzan a ser demasiado frecuentes en la industria francesa, y que según la BBC son terribles sobre Alemania y lugares aledaños. El año 1943 no ha podido comenzar con peores augurios, y más

cuando en Stalingrado el mismo Führer ha reconocido la derrota sin paliativos y la rendición del ejército de Paulus, por mucho que pretenda minimizar cifras, quitar importancia estratégica al lugar y por supuesto indicar que la verdadera ofensiva del Reich está por llegar, que llegará imparable para primavera.

—Bueno —dice Goyeneche—, el informe para los alemanes ya está hecho y entregado.

—¿Y qué han dicho? —pregunta Mirenchu.

—Mujer, espérate a que lo lean —sonríe Landáburu.

—No sé por qué habéis querido que lo vieran los alemanes antes que nosotros —se queja Antonio Labayen.

—Cuestión de jerarquías, Antonio —engola ahora la voz Landáburu—. No es un documento colectivo, sino una hipótesis de trabajo elaborado por dos miembros del Euzkadi Buru Batzar, del que vosotros, no es por nada, pero no formáis parte. Aún. Con el tiempo se verá, pero aún no. Y ese documento es una especie de conversación llevada por dos representantes.

—Ya, una especie de conversación —ironiza Mirenchu.

Goyeneche se pone serio. Tiene ahora una excusa para dominar a alguien a quien le gustaría tratar de otro modo. Pero algo de dominio es, y algo le consuela.

—Mirenchu, vuestra ayuda, la de todos, la del padre Garro incluida, ha sido fundamental en la elaboración del texto, pero cuando lo devuelvan los alemanes, con las enmiendas o puntos a debatir que se vean, entonces es cuando se abrirá a todos. El PNV no es la CNT, eso ya lo sabéis. No somos un partido asambleario, sino con sus estatutos, sus órganos de gobierno y sus distintas responsabilidades.

—Sí, Eugéne —endereza el busto Mirenchu—, y esto te lo digo a ti y a Javier. Pero somos un partido clandestino en este momento, y por tanto esos estatutos son de difícil cumplimiento. Los cargos no se han renovado porque no hay lógicamente elecciones, y los anteriores, no quiero decir que abusen, pero sí que llevan ya demasiado tiempo dirigiendo. Alguna forma habría que pensar para la renovación, para la transparencia, para la contestación, incluso.

—¿Estás diciendo que nosotros somos un partido anquilosado? —Landáburu tiene un tono de enfado.

—Te lo puedes tomar como quieras, Javier —le contesta Mirenchu en el mismo tono agrio—. Puedes enfadarte si prefieres, pero la realidad es que desde el final de la guerra en España y el exilio, todo son órdenes y órdenes, casi todas a través tuyo, sin que se pueda contradecir nada, con eso de que no hay acceso de nosotros a quienes dan esas órdenes. De modo que si quieres que lo ponga así, lo pongo. La clandestinidad ayudará a ello, pero el hecho es que no parece que se vean muchas ganas de que el partido funcione democráticamente, ni aún en las células que no estamos en territorio franquista.

—¡Mirenchu! ¡La militancia es libre! —Goyeneche da un golpe en la mesa—. ¡Nadie te obliga a seguir en el partido si no tienes claras las normas!

—¡Eugéne! —Mirenchu da un golpe aún más fuerte—. ¡La militancia no es obediencia ciega! ¡El partido no es una iglesia con sus dogmas de fe!

La última mención hace que inconscientemente todos miren a Cristóbal Garro, que apenas ha abierto la boca en toda la noche. Aprovechando ese momentáneo concurso de miradas, el sacerdote alza su poderosa mano derecha pidiendo silencio y habla con voz fuerte, la suya natural, pero sabe utilizar un tono patriarcal sosegado que galvaniza de inmediato la tensa atmósfera:

—Mirenchu, Eugéne, todos, escuchad un momento. Sé que soy el último que ha llegado aquí, que estoy quizá peor enterado de lo que se cuece fuera y dentro de estas paredes, del partido en el extranjero, con los aliados, con los alemanes, y con lo que sea. Que no os fiáis del todo de mí, y hacéis bien, porque sencillamente no sabéis por completo con qué lado de los combatientes simpatizo. Pero no debéis dudar de que sobre todo simpatizo, comulgo, en el sentido político también, con vosotros, con nuestra patria vasca, con Euskal Herría, por encima de todo. No soy un político. Soy un simple cura, fogoso, sí, con mis pecados, algunos ya irreversibles..., con mis defectos, más de los que quisiera, con ..., en fin, bueno, como todos vosotros, pero con mi mejor intención hacia nuestra causa, como quiero creer que es la de vosotros todos. Las quejas de Mirenchu son comprensibles, porque tanta obediencia sin que pueda tener lugar que la opinión de uno cuente, es más bien cosa eclesiástica, en efecto, como ella dice, y el PNV desde luego no es una iglesia..., por más que ciertamente mucha gente vaya a misa entre sus

militantes. Aunque algunos vayan demasiado y otros demasiado poco... Pero, en fin, quiero deciros, Eugéne y Javier, que vuestra mejor intención no quita que los demás militantes deseen algo más que órdenes, y más en los tiempos difíciles que corren... Más bien diría tiempos incómodos, pero a nadie se nos escapa que pueden llegar a ser tiempos peligrosos si ganan los aliados y Franco sencillamente no cae, porque como no se ha metido en la guerra, ni ya parece que se vaya a meter, pues sencillamente no se va a tener motivo para derribarlo desde fuera. Demasiado costoso. Y desde dentro, qué os voy a decir que no sepáis a estas alturas. Pero también, Mirenchu, debes notar que en estos momentos clandestinos, por más que aquí en Bayona seáis un grupo admirable de amigos y patriotas, mucho más admirables de lo que creéis, en estos delicados momentos, digo, Mirenchu, no hay solución más viable que saber esperar, mantener la disciplina y obediencia, aunque nos moleste, con la esperanza de que en cuanto la guerra acabe, se organizará el partido donde sea, y espero, quiero creer, que se dará la mayor transparencia interna en la reelección de un nuevo Euzkadi Buru Batzar para nuevos tiempos. Y quiero terminar, Javier, Eugéne, pidiéndoos paciencia y aguante ante las críticas. Quienes obedecen, y por voluntad propia, Eugéne, como tú muy bien has recordado antes de forma impertinente, tiene derecho a que se les aclaren mínimamente las cosas. No os están pidiendo la luna. Os están pidiendo poder trabajar mejor, saber bien para qué están trabajando, saber que sus esfuerzos no son en vano. Y eso, como dirigentes, es uno de vuestros primeros deberes. La humildad no es solo una virtud cristiana. Debe ser también una herramienta política, digo yo...

* * *

Apenas ha amanecido en el caserío Zubiri cuando se oyen unos golpes continuados y ligeros en la puerta. Los hombres todos han dormido en distintos lugares y posturas de la amplia planta baja del caserío. Ama Carmen, la etchecoandre, se había retirado a sus habitación de arriba sin decir palabra a su hijo, que le había dicho simplemente un ya hablaremos, en una forma y firmeza como no había hecho nunca antes. Pero dentro de la sorpresa y quizá el enfado, ama Carmen ha comprendido que la situación ha debido ser extrema. No acostumbra en absoluto Fernando mezclar el caserío con sus

cosas, como ella lo llama. Ya hablará luego con él. Sin prisas. Luego. Ahora son los golpes menudos los que han despertado antes que nada a Josu y Fernando. Quizá también a alguno de los aviadores, pero demasiado cansados o sabedores de que lo que sea no puede ser solucionado por ellos, ninguno se ha movido.

Instintivamente, echando la manta a un lado, Fernando se ha ido hacia la escopeta de caza, colgada en la pared.

—¡Ni se te ocurra! —le grita Josu lo más bajo que puede.

—Pero ¿y si...?

—Pues nada. Aquí no hay ya escapatoria. Lo pondrías peor. Si quienes sean vienen en plan enemigo, vienen con armas, y lo que puedes conseguir es una desgracia mayor todavía. Anda, anda, cabeza de chorlito, ve a abrir y que sea lo que Dios quiera. No abras mucho la puerta, que no se vea lo que hay dentro, y que la de Aránzazu nos proteja.

Es Pachi. Con la gran boina más calada que de costumbre, parece una seta. Serio, decidido, consciente de su importante tarea. Habla bajito.

—Que dice mi hermana y el inglés que qué pasa, que ayer noche os vieron entrar aquí. Que qué ha pasado.

Pachi mira a los lados, intrigante en su labor, como un ratón asustado. No se ve de momento a nadie.

Fernando emite un suspiro. Josu asoma, al haber oído la voz de su sobrino. Le acaricia la cabeza sobre la boina.

—Mira, Pachi, dile enseguida a Pedro que venga, él solo, en cuanto pueda, cuando no haya nadie al retortero. Y para eso, quédate tú después allí en la cima del cerro. Le avisas de que te quitas la boina en cuanto veas a alguien. Así, mientras te vea cubierto, que pegue una carrera hasta aquí. Él ya sabe llegar.

Pachi afirma con la cabeza, sin añadir palabra. Está feliz en su labor de enlace de los mayores.

Varios minutos más tarde, algo agachado para hacer menos bulto, llega Pedro. La puerta le aguardaba entornada. Entra veloz, la cierra de un portazo y se coloca con los brazos en jarras ante los dos hombres.

—¡Pero qué cojones es esto, Fernando, Josu! ¡Esto no era lo pactado! ¡Teníais que haber llegado hasta Zugarramurdi! ¡Allí os esperaban..., os

esperan seguramente todavía! ¡Qué desastre! Ya es de día. Habrá que esperar ahora hasta la noche... ¡Un día perdido!

Josu está un poco más nervioso. Fernando no. Mira muy fijo a Pedro antes de responderle apretando los dientes y en tono no muy alto.

—¡Oye, Pedro de mierda, no grites, lo primero! Esta no es tu casa. Es la mía.

—¡Ya lo veo, joder, desgraciadamente ya lo veo! No teníais que estar aquí.

—¿A quién se lo cuentas, Pedro?

La frase descompone un poco, solo un poco, al agente británico

—Pues a vosotros, que se supone que anoche teníais que haber llegado a Zugarramurdi, ¿o no?

Ahora es Josu quien, recuperada la compostura, dice rascándose la cabeza y sonriendo.

—Verás, Pedro, nos hubiera encantado seguir el plan, palabra..., pero los alemanes, las patrullas alemanas, justo llegando a la muga, han tenido la misma idea que nosotros, lo de darse un paseíto por allí. Pregúntales si no a estos, a tus paisanos. Y los alemanes utilizan unos perritos muy simpáticos, bueno, ya tienen uno menos, creo —dice mirando a Fernando—, y luego, la verdad, de noche no son muy buenos tiradores, parece, como puedes comprobar si, como te digo, les preguntas a estos chicos, que hablan tu idioma.

El repentino, embarazoso silencio de Pedro es aprovechado por Fernando, que añade:

—Y puedes imaginar, querido inglés de los cojones, y encima mezclado con vizcaíno, que lo último que quiero es comprometer mi casa, a mi madre, en esto, pero ha sido una suerte, una gran suerte, que viviéramos por aquí, para haber usado este lugar, mi casa, como refugio. Y si se ha perdido un día, como si se pierden dos. Pero aquí los tienes, sanos y salvos, y sin enterarse tampoco, por ahora, y que sepamos, los guardias de este lado, que seguro salieron anoche a darse un paseo al oír los tiros.

—¿Eran esos los tiros que se oyeron a lo lejos, ya casi de madrugada? —pregunta Pedro en un tono mucho más suave.

—Es muy posible —sonríe Fernando—. Concierto de máuser dedicado en

exclusiva a nosotros. Pero ya ves, parece que no nos dio ninguno. Pregunta. Pregúntales a tus colegas.

—Mugalaris de mierda..., qué buenos sois y qué estúpido he sido. Perdonadme. Perdonadme porque estaba, estábamos —mira a Josu—, preocupadísimos, y más cuando vimos a varias sombras entrar en el caserío. Tan de noche, sin ruido, teníais que ser vosotros. Pero no se me ocurrió pensar que podía haber sido por eso.

—Podías haberlo imaginado —Fernando, paternalista, mueve la cabeza.

—Pues sí. La verdad, sí. Después de oír los tiros a lo lejos. Pero rechazaba pensar que iban dirigidos a vosotros. Perdón, chicos. De corazón.

—Nada, Pedro —Fernando le echa un brazo por el hombro—, todos nos equivocamos, y no hay que enfadarse si encima es preocupándose por la vida de otros, como es tu caso.

—Bueno. Ya veremos esta noche cómo lo solucionamos. Vosotros descansad, y a ver estos muchachos qué cuentan.

Los aviadores contemplaban la escena, ya despiertos, sin intervenir, dado el desconocimiento del idioma de casi todos, y ahora se muestran agradablemente sorprendidos cuando, de repente, Pedro se dirige a ellos en inglés. Hay de pronto un aire de alegría, de relajación entre ellos al poder, al fin, conversar con un compatriota. Como si, pese a estar en terreno aún hostil, a través de las palabras con Pedro estuvieran un poco más cerca de la libertad, más cerca de casa; como si en esas palabras hubiera ya un retazo sonoro de la propia geografía y de su gente.

* * *

El capitán Alfred Toepfer ha recibido desde París una visita tan importante como inesperada. Nada menos que su conocido, el general Werner Best.

Hacía tiempo que no se veían los dos hombres. Han mantenido correspondencia por carta, han hablado por teléfono varias veces, casi siempre de los temas del nacionalismo de las distintas regiones francesas, dada la experiencia de Toepfer en esas cuestiones y el conocido interés del general Best en ellas.

Pero el curso de la guerra los tiene más reticentes a iniciativas y excesos. Ninguno de los dos va a reconocerlo frente al otro. Los dos son, o se tienen,

por nacionalsocialistas un poco particulares. Al menos con ideas propias dentro de la rígida maquinaria del partido y la no menos rígida del ejército y de las SS. Lo cierto es que, con ideas propias o sin ellas, ninguno de los dos es imprudente, y desde Francia el mundo y la guerra se ven distintos que desde el frente, o desde el mismo Berlín. No se puede o debe hablar de retrocesos, de cansancio, de armisticios, de errores. Todo eso sería derrotismo, y nunca se sabe —por muy bien que uno crea conocer a su interlocutor— hasta quién va a llegar información sobre lo que pueda comentarse. No hay lugar tampoco, sería absurdo, para excesivo optimismo. Sólo cabe seguir hablando como si la victoria estuviese aún lejos pero siempre al alcance, como si todo fuera cuestión de perseverar, no importa a costa de qué o de quién. Como si cualquier contratiempo grande o pequeño no fuese sino un detalle ya previsto, que los iba a haber del tamaño que los está habiendo, pero para eso tiene el Reich respuesta apropiada, recuperación ante la adversidades, porque para eso comenzó una guerra que incluía la victoria sin paliativos desde el primer día de su estallido.

Curiosamente suelen evitar pronunciar el nombre de Hitler siempre que pueden. Prefieren el término Reich. No se han puesto de acuerdo en ello pero lo ejercen, posiblemente en un instintivo sesgo de responsabilidades, más diluidas y menos comprometidas en el hipotético pero no imposible caso de que uno de los dos sea, además de su graduación, del servicio secreto militar.

Están en la cómoda oficina de Toepfer, la antigua aduana, adonde se ha desplazado Best desde su lujoso Hotel du Palais en Biarritz, donde está pasando unos días por la zona, de inspección, para asegurar la colaboración entre la Wehrmacht, las milicias y la gendarmería francesa, dada la aparición de la resistencia incluso en esta, hasta hace poco, plácida parte del país. Andan compartiendo un pasable borgoña, que a Best le parece muy bueno, como dice la etiqueta, pero que Toepfer evita valorar, conoedor de la picaresca de los vinateros. Best sigue fumando un cigarro tras otro y, como única forma sutil de defensa, el capitán se ha permitido abrir mínimamente una ventana, en la esperanza de que alguna corriente de aire ayude a sanear la atmósfera.

—Bueno, Hauptmann —sonríe Best—, no me dirá que no es un sitio cómodo este, a cuatro mil kilómetros de Rusia, tratando los problemas

financieros del Reich como si de una empresa se tratase, y con el relajado añadido del nacionalismo vasco. La llamada resistencia es poco activa por aquí.

—Menos aún me gustaría que fuese. En fin, no puedo quejarme del lugar, Obergruppenführer. No es tan cómodo, seguro, como su Hotel du Palais, allí en Biarritz, pero no está mal. Y, en efecto, soy una especie de sátrapa económico en la zona, todo, evidentemente, a mayor gloria de nuestras finanzas, porque como usted sabe es muy necesario vigilar en un país como este, rico, y especializado en operaciones comerciales complejas. Y más ahora.

—Ya imagino, ya —toma un trago Best antes de preguntar—. ¿Y nuestros amigos vascos? ¿Cómo van? Debo decir que la película de Brieger sigue siendo un considerable éxito dentro del pequeño formato que tiene. Lo que no falla son las esvásticas esas que aparecen en los platos antiguos, en los cementerios, en las casas. Hay quien dice que incluso las hemos puesto nosotros para que se simpatice más con este pueblo, ya ve...

Toepfer suelta una carcajada tras la que responde:

—¡Qué tontería! ¿Para qué íbamos a necesitar nosotros provocar las simpatías de esta esquina de Europa ante nuestros compatriotas? Imagino que será mucho mayor el número de personas que piensen que esos símbolos son realmente propios de aquí, y muy antiguos, además.

—Por supuesto, Hauptmann Toepfer, por supuesto. Nuestro amigo, el muy culto y estudiosísimo Karl Bouda, ha sido uno de los mejores defensores del tema, con pruebas al parecer irrefutables. Eso sí, lo que es un poco más difícil de creer es lo de la raza, la raza pura.

—Bueno, Obergruppenführer, usted ya lo sabe y lo ha podido comprobar, casi tan bien como yo, con nada más que darse una vuelta por la calle. Usted mismo se viste de paisano, se pone una de esas grandes boinas y pasaría perfectamente por vasco. No son una raza pura en absoluto. Además, de eso ya hemos hablado. Pero ellos se tienen al menos por un pueblo singular, y eso sí que lo son, sobre todo los que son nacionalistas, claro.

—¿Y los que colaboran con Franco, que no son pocos, qué dicen?

—Bueno, esos se consideran como unos españoles más, distintos, pero españoles, como puede ser en nuestro país un bávaro, que son más morenos,

y uno en Mecklemburgo, mucho más rubio, pero alemanes todos.

—Sí, pero el movimiento independentista aquí es más fuerte, más visceral, me dijo usted, y hay que aprovecharlo. Porque además está lo de la lengua. En eso Bouda pone mucho énfasis.

—Desde luego. Ese lenguaje de los demonios, que no se casa con ninguno conocido. Ahí sí se guarda su historia, su tiempo.

—Sí, Alfred, pero no más que los zulúes y los hotentotes guardan sus tradiciones, su historia y su tiempo en sus respectivos lenguajes.

—Por supuesto, por supuesto, pero esto es Europa, y el Reich quiere diferenciar esa Europa que los políticos se empeñan en igualar.

Best queda un momento en suspenso, cigarro incluido, y esboza un tipo de sonrisa nuevo en aquella tarde, a la vez que avanza el busto hacia su interlocutor y baja un poco el tono de voz, a tenor de la confianza que viene:

—Pero, ¿usted cree de verdad, Alfred, que el Reich daría completa independencia, com-ple-ta quiero decir, a unos pueblos a los que hubiese ayudado a convertirse en esos Estados nuevos? Conociendo los vaivenes de la política, ¿quién dice que en una generación no se pondrían esos pueblos en alianza contra el Reich, movidos por quién sabe qué intereses del momento?

Toepfer sonrío a su vez de una manera distinta a como lo estaba haciendo hasta ese momento, y también se toma un tiempo para contestar, lo que hace tras un sorbo de ese vino que él sigue considerando simplemente bebible.

—Obergruppenführer, no preciso indicarle, y usted lo sabe muy bien, que el Reich sería ligeramente suicida si permitiese una libertad inmediata y total a esos pueblos. Seguramente llevaría... seguro, no seguramente, una política de control como la que se está llevando en Eslovaquia o en Croacia, incluso si no hubiera guerra, e imagino que si hubiese problemas se acabaría convirtiendo la zona que fuese en un Gobierno General, como Bohemia y Moravia, bajo la administración directa del Reich...

—O como Francia en este momento —le interrumpe Best.

—Exacto, exacto; a veces lo que tenemos más cerca lo vemos menos. Exacto. El caso es que, mein Obergruppenführer, usted no está dentro de estos pueblos, de estas razas más mezcladas de lo que a ellos les gustaría, pero sabe muy bien que hay que ofrecerles estímulos para la lucha por esa

independencia que parte de ellos desea, y hay que hacerles ver que con el Reich la conseguirían.

—Al menos la conseguirían mayor que la que tienen ahora.

—En efecto, pero deben creer que la tendrían absoluta. Si no, no lucharían. Un pueblo no se lanza a luchar por matices, sino por conceptos. Y la libertad, al menos en las propuestas, debe pintarse como completa. No hay otra solución para que estén de nuestro lado. Y, como usted acaba de decir, la tendrían mayor que ahora, lo cual, aunque pudiera constituir cierta frustración en algunos elementos radicales, sería muy bienvenida en otros, que es a los que deberíamos fomentar, como se ha hecho en Eslovaquia y Croacia, como imagino que usted sabe.

Sonríe Best, que da un trago y toma aire antes de decir con cierta suficiencia:

—Algo, algo sé de eso, Alfred. Le confieso que yo mismo he estado en esos temas, cosa que no le extrañará..., aunque la verdad, ahora debo comunicarle algo muy distinto.

Los dos hombres han quedado de pronto serios tras las últimas palabras del general.

—Usted me dirá.

—Me trasladan, Alfred.

—¿Dónde?

—A Dinamarca. Mire por dónde, un lugar de raza bastante más aria, más pura que estas tierras. Me voy de gobernador general.

Toepfer tarda en preguntar:

—¿Quiere eso decir que con el más complicado curso de la guerra, la política de liberar pueblos de Europa y aliarlos con el Reich ya no interesa en Berlín? ¿Ya no le interesa al Führer?

—La verdad, no creo que sea esa la cuestión —alza Best los hombros—. No creo, le digo, y debe creer en mi ignorancia, Alfred. Pero el caso es que por un lado les hace falta alguien en Dinamarca, y se ha pensado en mí; y por otro, se pensará que gentes como usted y como Bouda están haciendo lo suficiente en ese campo, junto a los demás contactos con los demás movimientos nacionales, ya sabe usted.

—No sé, no sé... —Toepfer mira sin ver hacia la ventana—. También

podiera ser eso, que no se viera ya esa política tan prioritaria como para tener en ella a personas de valía, que hubiera pasado a un segundo grado y se espere al fin de la guerra para darle, espero, el impulso que sería deseable, si es que se quiere ver la verdadera importancia de estos temas.

—Estoy con usted —Best respira profundamente—, me temo. Pero quería que llegase a esa conclusión por usted mismo. Es usted cualquier cosa menos tonto, y ha llegado a ella enseguida.

—No es muy difícil de ver, Obergruppenführer.

—Ya. Imagino que para quien ha estado y está metido tan a fondo en ello, es fácil.

—No le quepa duda... —suspira Toepfer, quien, de pronto, cambia el gesto y el tono de voz, como pretendiendo pasar a otro lugar, a otros problemas, que en realidad sabe que están íntimamente enlazados con los anteriores. Y es el futuro destino de Best, su próximo alejamiento, lo que le hace relajar un poco la discreción, quizá a modo de concesión afectuosa a la despedida.

—Bueno, Obergruppenführer, Dinamarca debe de ser un destino tranquilo, agradable, mucho más ario que esto, como usted dice.

—Sí, salvo el Atlantikwall. El Muro del Atlántico está un poco flojo por allí, parece, y se dice que se va a completar con playas minadas, para tenerlo listo antes. Lo de Dieppe el año pasado fue un aviso.

—Vendrán más invasiones, ¿verdad?

—¿Lo está preguntando?

—No. Era una pregunta retórica. Está clarísimo, después de lo de África.

—Y lo que pueda venir al sur de Europa. Parece que Stalin no hace sino urgir a que se abra un segundo frente en el mismo continente.

—Verá, Obergruppenführer..., sé que no es en absoluto un tema de mi incumbencia y que a lo mejor es una idea estúpida, pero ¿no se podría llegar a un armisticio con los rusos, quedarnos con los Balcanes y los países nórdicos, que ya es una considerable presa, y liquidar la guerra por el este?

Best tarda unos segundos en contestar, como si estuviera pensando la respuesta o meramente no se decidiera a confesarla.

—Pues fíjese, Alfred, en Berlín se habló de ello, pero el Führer no quiere ni oír hablar del tema. En todo caso, se confía en nuevas armas secretas que

están a punto de entrar en acción. Porque, con todo el poderío americano de su parte, ya es imposible forzar a Inglaterra a firmar la paz. La paz que se desaprovechó de habérsela arrancado en Dunkerque y haberle dejado su poder en el mar, su imperio. Y para nosotros, la tierra. Todo el ejército inglés de entonces, que lo era casi al completo, prisionero ¡Qué gran oportunidad histórica se desaprovechó, Hauptmann Toepfer, qué gran ocasión! Ahora, debemos confiar en las nuevas armas, y por supuesto en la invencible voluntad de triunfo del pueblo alemán. El triunfo de la voluntad, eso deberá ser...

Toepfer llevaba unos segundos sonriendo, como si no hubiese escuchado o asimilado las últimas palabras del general. Ahora nota que está aún más lejos de él de lo que creía, y se atreve a preguntar:

—¿Usted también es de los que cree en las armas secretas, en las futuras ofensivas invencibles, mein Obergruppenführer?

—¿Usted no? —Best parece realmente sorprendido.

Alfred Toepfer remata su copa antes de responder:

—Sí, es posible que sí crea en ellas, pero me gustaría verlas. La fe, eso de creer sin ver, es cosa de las religiones, Obergruppenführer, y le recuerdo que nosotros somos un movimiento poco religioso, muy poco.

Febrero de 1943 ha traído las noticias del final del ejército alemán en Stalingrado y a la vez el afianzamiento de los aliados en África. El Mediterráneo se ha convertido en un mar prohibido para el Eje. En Italia están ya temiendo una invasión, y los servicios secretos alemanes informan de una muy baja moral en las tropas de Mussolini, zarandeadas por una cadena de derrotas que hace a muchos sobrevivientes de la anterior guerra recordar el sesgo de aquella cuando de pronto se tomó partido por la Triple Entente y terminaron como vencedores, adjudicándose el Trentino austriaco que ahora temen perder si se acaba en el lado de los vencidos.

En Francia, la guerrilla, aunque dividida en diferentes tendencias ideológicas, está atascando considerablemente los transportes y la logística de los ocupantes. El sur está siendo menos proclive a los sabotajes, pero no se libra de ellos. La región vascofrancesa, la más sosegada durante estos casi tres años, también ha conocido episodios de agitación que han terminado frecuentemente en fusilamientos de represalia o en capturas de responsables, ejecutados también. El incremento de los bombardeos sobre el país ha traído una cantidad proporcional de derribos, con su correspondiente cuota de aviadores llegados salvos a tierra. La población les ayuda más cada vez, en una tardía pero eficaz muestra de apoyo a los aliados. En reacción proporcional, la milicia colaboracionista francesa y los alemanes se muestran más agresivos en la guerra ya claramente defensiva en la que están. Muestra inequívoca de tal defensa es la consolidación del llamado Muro Atlántico, desde Narvik, en Noruega, a Hendaya, en Francia, junto a la frontera española. Por su parte, el régimen de Franco sigue sin definirse claramente, y menos cada vez, visto el cariz de los acontecimientos. Ha emprendido también un programa de construcción de fortificaciones en toda la extensa costa hispana, pero pueden considerarse simbólicas al lado de las que los alemanes están desarrollando en las costas atlánticas de la Europa ocupada.

En Francia han movilizado a miles de trabajadores en la llamada Organización Todt, que engloba centenares de brigadas de franceses, bien pagados, eso sí, pero reclutados a la fuerza, al azar muchas veces, entre la población civil. Todos, de ejercer antes oficios de lo más diverso, están ahora inmersos en la profesión de albañiles, bajo la dirección de técnicos alemanes y franceses, erizando los cientos de kilómetros de costa de blocaos, casamatas, atrincheramientos y obstáculos, muchos de los cuales sobrevivirán, y cuando hayan pasado los horrores de la guerra serán, durante muchos años, una compacta y gris memoria arquitectónica del conflicto.

Antonio Labayen es uno de los que ha cambiado su sosegado exilio por la profesión constructora. El exalcalde de Tolosa está en la brigada que erige media docena de grandes blocaos que protegerán la boca del Adour, y junto a ellos una alta torre fortificada de dirección de tiro llamada *Bárbara*, con el nombre en letras de molde en hueco sobre la entrada, y que aún sobrevive vigilando y dirigiendo ya nada en la desembocadura del río, pensada en su momento para orientar los disparos de las piezas de 150 mm que cubrían el sector sur del golfo de Gascuña.

De nada le ha servido a Labayen su estatus de refugiado ni su condición de padre de familia. Le ha tocado a suertes, y gracias a él y a otros como él no están en esos trabajos gentes como Goyeneche o Landáburu. El sueldo al menos es muy bueno, admite Labayen, y tiene cada mañana, después del madrugón y llegado al tajo, la agridulce visión del Jaizkíbel hacia el sur, tras el que sabe que está San Sebastián. El padre Garro y su jefe en el taller ciclista se han salvado del sorteo, porque el dueño de Velos Saint Jean ha conseguido que se considere su negocio algo así como el lugar oficial de reparación de las bicicletas de la Wehrmacht, mucho más numerosas últimamente, al contrario que los vehículos a motor, cada vez más escasos, al igual que aquellos aparatosos semiorugas acorazados de los primeros días de la invasión y que tanto impresionaron a la población en su híbrida novedad de neumáticos y orugas metálicas.

El padre Cristóbal Garro, boina vasca, mono azul y manos grasientas, está sentado en este momento junto a Peter, tomando un vino, que ha bajado ostensiblemente de calidad, en el tabernín cercano al taller de reparaciones ciclistas. No hay más clientela que ellos, y el dueño del cuchitril parece

enfascado en un periódico al otro extremo del estrecho y alargado local.

Los dos hombres hablan casi en un susurro.

—Cada vez me es más difícil encontrar una excusa para llegar hasta aquí, Cristóbal. Me ponen más dificultades los alemanes. Ya ni el honrado comercio de representante de maquinaria de sierra se respeta, y de paso, tampoco la muy vieja y honrada profesión de agente del enemigo, ya ves.

—Aquí también está peor todo —bisbisea Garro—. Andan cada vez más vigilantes, más desconfiados, más agresivos. Y se entiende. Ya sabes que ha habido algunos ataques a grupos pequeños, a camiones, e incluso a un tren, hace poco. No mucho, comparado con lo que se dice que hay por ahí más arriba, pero deben de tener órdenes de ser más vigilantes y más duros.

—Sí, eso sí lo sé. Lo que no sé es qué tal van las relaciones del grupo nacionalista de aquí con los alemanes.

—Como todo, peor.

—Que quiere decir mejor.

—Hombre, visto desde el lado aliado, sí, pero están presionando para que se hagan declaraciones institucionales en nombre del Partido Nacionalista Vasco en apoyo a la Europa que pretende el Reich, ya sabes, pero los de aquí son pocos, no lo tienen claro y están muy desconectados con los demás. Dicen, y es verdad, que no tienen autoridad suficiente. Yo creo que se enteran de lo mismo que todos, y por la radio clandestina, cuando la oyen, cuando la oímos. Y de los vascos se habla poco en la BBC, ya sabes.

—Sí, fue algo en lo que insistimos a Londres que se transmitiera, en mensajes de apoyo y ayuda al pueblo vasco, pero se nos dijo que no podía transmitirse en clave nacionalista para un grupo pequeño en el sur de Francia, que las noticias y avisos para la mayoría de la población francesa debían ocupar toda la programación en las emisiones.

Peter le está mintiendo a Cristóbal Garro en la primera parte de su exposición. Él solo lo comentó con Dyer, y este le convenció de que no valía la pena ni que se comunicara la petición a Londres, pero es cierto que de haberse cursado tal petición, el resultado habría sido exactamente el que está refiriendo el agente británico.

—Lo que sé —sigue Garro—, lo que sabemos algunos, y digo algunos, es que ha habido un dossier realizado por los dos miembros que hay aquí del

Euzkadi Buru Batzar referido a las condiciones y términos del encaje de una Euskal Herría independiente en el Reich.

—¿Tú has llegado a leerlo?

—Ni yo ni nadie más que esos dos, por ahora. Dicen que cuando contesten los alemanes lo discutiremos. Entonces, ya ves.

—Caramba, pues sí que tienen confianza en vosotros.

—Bueno, no sé si quizá desconfían de mí en particular, pero cuando estoy con ellos quiere aparentarse que es de todo el grupo. No sé.

—Podría ser. No te extrañe.

—No sé, ya te digo. El caso es que en la clandestinidad, o al menos en el exilio, con la separación que hay entre los miembros, pues que hay que jorobarse, y que los que mandan, mandan, hasta que haya condiciones de mayor transparencia interna, dicen.

—Pues eso va a durar, parece.

—Ya. Y a propósito, Pedro, insisto en mi pregunta de siempre. ¿Hasta dónde bajo los aliados va a ser posible construir esa Euskal Herría independiente de Francia y España?

Peter sabe que va a mentir o medio mentir bastante en su respuesta, pero quiere salvar y destacar los aspectos de verdad que pueda.

—Mira, Cristóbal, el principal escollo, y no quiero engañarte ni que tú te engañes, es el carácter absolutamente centralista de la Francia que surgió de la revolución. España es otra cosa, pero ya ves, Franco no da motivos suficientes para derrocarlo. No ahora, en medio de una guerra en la que no anda metido. Luego ya se vería, y está claro que la colaboración del Partido Nacionalista Vasco con los aliados es casi absoluta, si descontamos el grupo vascofrancés. Puedo avanzarte, y no es desvelar ningún secreto, que están colaborando en España, en Estados Unidos y en Inglaterra de una manera absoluta, sin tener que pedírselo muchas veces, con una entrega que sorprende, y sin haber pedido nada concreto de entrada, a cambio. Y eso no puede quedar sin una recompensa tras la guerra, Cristóbal. Sería injusto.

—Pero podría ocurrir, Pedro. ¿Otro vinito? Es el que hay.

Peter afirma con la cabeza y Cristóbal se levanta con los vasos, que sin decir nada pone ante el tabernero y este llena hasta el borde. Vuelto a la mesa, los dos hombres chocan levemente los vidrios y toman un trago antes

de que Peter continúe:

—No quiero creerlo, Cristóbal. Sin embargo, como ya te dije una vez, primero hay que acabar la guerra, ganar la guerra.

—Sí, pero, fíjate, los alemanes, si ganan, desmembrarían Francia en sus distintos pueblos nacionales.

Peter ríe ostentadamente por primera vez desde el principio de la conversación. Para su sorpresa, el tabernero no mira hacia ellos.

—¿Otra vez? —vuelve enseguida al tono confidencial—. ¿Y te vas a creer eso, Cristóbal? ¿Te vas a creer que quienes han arrasado a polacos, belgas, holandeses y checos a su antojo van a mimaros a los bretones, a los corsos, a los vascos?

—Es que nosotros no somos sus enemigos, Pedro, podríamos ser sus aliados.

—Hombre, Cristóbal y los otros también, si los alemanes hubieran sido más inteligentes y hubieran sabido hacer aliados de ellos. O los judíos, Cristóbal, los judíos alemanes, que eran, no se olvide, alemanes de raza judía. Una minoría trabajadora, eficaz, acaparadora, puede ser, pero que enriquecía al país enriqueciéndose. Y ahora, no sólo no la aprovechan sino que, en plena guerra, desperdician un montón de soldados en vigilarlos, se supone, en esos campos de concentración que parece que tienen por toda Europa. Los alemanes son bastante inteligentes, Cristóbal. Los nazis, no tanto. Y los alemanes están ahora dirigidos por los nazis. ¿Qué te parece?

Cristóbal Garro ha vuelto a ese gesto suyo de apretar fuertemente el sólido vaso, a falta de otro objeto, como desahogo o señal de las dudas que le asaltan en esos temas. A poco levanta los ojos y lanza un suspiro:

—No sé. A lo mejor los nazis no son menos inteligentes, sino que son numéricamente menos. En fin, bueno, a ver cómo me entero de ese dossier, si consigo una copia, que lo veo difícil, o lo llego a leer, que será menos complicado, y ya hablamos cuando nos veamos la próxima vez.

* * *

El embajador Lequerica lleva unos meses sin ser apenas embajador de nada ante nadie. No es que le disguste al activo político esa especie de vacaciones en las que Franco le tiene inmovilizado. Su matrimonio está aún en el periodo

que él llama tolerable, la gastronomía de Vichy ha mejorado, incomprensiblemente, desde la ocupación completa, ha conseguido un buen contacto para el suministro doméstico de vinos, se reúne con distintos diplomáticos casi tan poco operativos como él, y gracias a su impagable chófer Faustino ha logrado un discreto contacto con una linda camarera del hotel frontero con su residencia oficial. La chica es monísima, muy agradable, y el embajador suele ser con ella todo lo generoso que la situación requiere. Los dos contentos, al parecer. Así y todo, la naturaleza activa e intrigante del embajador y la conciencia de sus desaprovechadas capacidades le hacen frecuentemente pensar que habrá otros puestos en la política española en los que él podría desarrollar una labor mucho más valiosa y, cómo no, más provechosa para su promoción personal.

No es frecuente que el teléfono suene casi a las doce de la noche, pero es lo que está ocurriendo, mientras el embajador estaba cómodamente en su salón, esperando que le llegase el sueño, y enfrascado en la lectura de ensayos ingleses del siglo XVIII, para no perder léxico, dice.

—...Sí, sí, soy yo. ¿Y usted es Urraca, no?... Claro que le recuerdo la voz, hombre, el mejor sabueso que hemos tenido en Francia, si no le ofende que le llame así... Ya, ya sé que sigue en París... No, no sé la noticia. Con estar Vichy antes que París, aquí el teléfono llega peor desde Madrid, cuando llega. Ahora, con los alemanes controlando las líneas, menos... Sí, sí le escucho... ¡Ah! ¿Que ya ha sido?... Ayer. Pues nada, aquí no me han dicho aún nada. Mañana, supongo, aunque tampoco es una noticia de alcance diplomático... Sí, esos sí intentarán armar algún escándalo, hacerse las víctimas, en fin, lo de siempre... Bueno, el buen hombre ya sabía a lo que se arriesgaba al hacer espionaje, supongo. Eso no suele salir gratis en ningún país cuando le cogen a uno... Ya, ya, claro... Sí, aquí se publicará una nota de prensa, sí, lo tenía pensado. Sobre todo en los periódicos de la cornisa vascofrancesa, dejando bien claras las causas de la condena... A ver, dura lex, sed lex... No, no, nada, era latín... Sí, sí, claro, de todos modos ellos hablarán de saña o de venganza... Yo, la verdad, Urraca, haría lo mismo si estuviera en el lugar de esa panda separatista de paisanos míos. Ya sabe usted que ponerse en lugar del enemigo es condición indispensable para acabar derrotándolo... En efecto, de eso hablábamos hace algunos años... En París,

en efecto. ¡Ah, no sea usted malo, no me recuerde París! ¡Ah!... No, no me pasa nada, amigo mío, es que me he atragantado un poco al tomar un traguito de armagnac para compensar la punzada de añoranza parisina... En fin, sí, diga, diga... Claro, claro, no se preocupe, y gracias por el aviso, amigo Urraca, es usted impagable... Ya, ya sé que por ahí las cosas se han puesto durillas. Por aquí no mucho, pero algo también, no crea... Nada, nada, cuídese, bueno, usted ya sabe cuidarse, pero, en fin, toda precaución es poca, amigo Urraca, corren tiempos difíciles. En fin, qué le voy a decir... Nada, nada, gracias por la información. No se preocupe, que a estas alturas uno tiene ya cierta idea de qué hacer. A quien por cierto visitaré con esa excusa es al mariscal... Sí, ahí está el pobre, languideciendo políticamente, aunque se mantiene físicamente bien. Tiene una resistencia tremenda ese hombre, con lo que le ha caído encima... En fin, no somos nada... Nada, Urraca, un saludo... Sí, sí, yo se los daré de su parte a Pepita, aunque usted aún no la conoce. Una mujer encantadora, qué le voy a decir yo... Ya hablaremos, ya. Un saludo.

Y el embajador cuelga despacio el teléfono, toma otro sorbito de armagnac, deja el libro abierto boca abajo sobre la mesa y mira pensativo hacia la ventana donde la noche de Vichy y las restricciones de luz fabrican un rectángulo absolutamente negro, de no ser por el reflejo de la lámpara de mesa que ilumina la lectura del diplomático y deja la habitación en una suave penumbra crema.

La noticia le llega oficialmente al embajador con más detalle a la mañana siguiente, cuando consigue conexión telefónica con Madrid. Y en efecto decide, con esa excusa, hacer una visita a Pétain, del que ya ni los diplomáticos que quedan en Vichy se acuerdan. O sí, pero evitan por lo general su encuentro, como si de un apestado se tratase, en la conciencia de que si hay alguien políticamente amortizado en Europa en este instante es justo el viejo y glorioso vencedor de Verdún.

—Bon, ambassadeur, vous êtes presque mon seul ami ici —le espeta sonriente Pétain nada más abrir la puerta de su despacho, sin ningún secretario o criado ya que le introduzca.

—No, no, mon maréchal, no puedo ser su único amigo aquí. Seguro que hay más, pero tendrán reparo en venir, por el momento. Ya verá cuando las

cosas se arreglen...

—¿Cuándo, amigo Lequerica? ¿Cuándo y para quién? —y Pétain le hace pasar a la sala que el embajador español se conoce perfectamente, antes siempre con el trasiego de gentes negociando algo, discutiendo algo, solicitando algo, rogando por algo o alguien, y ahora vacía, con el apagado aroma de haber estado ociosa muchas horas, con el olor de las habitaciones poco transitadas, olor a aire estéril, a espacio sobrante que sin duda le viene grande a su ocupante único.

—Mon maréchal —pretende animar Lequerica el encuentro—, le traigo un armagnac de primera.

Y deja sobre la mesa principal un envoltorio en periódicos que por su forma redondeada bascula un poco sin llegar a rodar. Sonríe el mariscal, que lo desenvuelve e indica a su visitante una de las dos butacas alejadas, junto al ventanal, a la vez que va a por dos copas.

—Excelente, excelente —asegura el anciano dirigente tras probarlo.

—¿No le digo, maréchal?

—Sí, magnífico. De estos no me llegan ya a mí. Porque yo ya no existo, amigo mío, yo ya no existo.

—Por favor, por favor, no exagere... —Lequerica sabe que debe de estar notándose su teatralidad, incluso en alguien tan ducho en la diplomacia como él.

—No exagero, amigo mío. La no existencia es una forma de ser que hasta ahora no había experimentado. Pero, créame, no es tan desagradable...

Lequerica ha visto pocas veces tan sereno al mariscal, tan lúcido, tan dueño de sí. Y no puede sino admirarlo, como puede admirarse a un condenado a muerte a quien se visita y demuestra una impasibilidad absoluta, en una conversación que desde el exterior se vería equilibrada, pero que se sabe realizada desde posiciones abismalmente distintas.

—Bien, mon maréchal, hay personas que están en peor situación que usted, o mejor dicho, que estaban, porque desde ayer ya no existen.

Ni la frase ocurrente altera el gesto sereno del mariscal, que habla con una afabilidad inalterable.

—¿Y es, por ejemplo, amigo mío?

—Aquel condenado español, aquel vasco por cuya vida y la de sus

compañeros usted se interesó el año pasado, ¿recuerda?

—¡Ah, sí, sí...! —es posible que de verdad se acuerde el viejo general.

—Bien, el caso es que, según me comunicaron anoche, fue fusilado ayer. Y hoy me he enterado de más detalles.

—¿Tales cómo? —cualquiera diría que Pétain se interesa de verdad por el caso.

—Pues me han dicho de Madrid que se le encargó al pelotón de fusilamiento que no disparase a la cabeza, para que la familia no tuviese un espectáculo horrible al recoger el cadáver. Y así ha sido.

—Ah, muy bien, muy bien —contesta de oficio Pétain, tras tomar un ligero sorbo de armagnac.

—Sí, pero, usted no sabe una cosa —Lequerica pone o quiere poner gesto de intriga.

—No, posiblemente no.

—Pues es que entre los soldados que formaban el piquete había dos a quienes les habían asesinado los padres en el Madrid de la guerra, sin juicio, ya sabe... Podían haber alzado el fusil unos centímetros. Nunca se habría sabido quién era. Pero no ha sido así. Ya ve, mon maréchal. Somos justos, pero no somos monstruos. A su salud.

Lequerica alza ligeramente su copa, gesto que es correspondido levemente por el mariscal, y ambos dan un pequeño sorbo tras el cual quedan en silencio un rato, antes de comentar sobre el curso de la guerra, sobre el clima, sobre la política social que cualquier país debería tener. Todo vaguedades, lugares comunes sobre los que es difícil discrepar a fondo, todo en un deslizarse del tiempo común que los rodea, en la inercia de unas horas que ya no les pertenecen a ninguno de los dos, de las que ambos son espectadores pero ya no protagonistas, horas que están en otras manos más decididas o quizá sólo más afortunadas, piensa el embajador, que dentro de la compasión hacia el desbaratado personaje que tiene enfrente le guarda un tanto de respeto como símbolo que fue de otro país con otra singladura, ahora ya irremisiblemente rota.

* * *

Con la excusa de una prima carnal que tiene en Pasajes de San Juan y que

acaba de enviudar, Nekane ha ido varios días allí con su hijo. La prima de Nekane tiene dos chicos, uno de ellos de edad similar a Pachi. El niño está de vacaciones, hay pocas cosas que hacer en el caserío, y esas pocas puede hacerlas por el momento Josu, a quien ha parecido muy bien el viaje estival de su hermana para que se despeje un poco, y de paso su sobrino intime un poco con sus primitos, los únicos que tiene. Una vez en Pasajes, a Nekane le faltó tiempo para telefonar a Peter a una oficina de consignatarios de buques cuyo teléfono le había dado el agente inglés y donde trabajan varios colaboradores del consulado británico en la cuestión de control de cargas de los barcos que entran y salen del puerto guipuzcoano. La empresa es en teoría y en la práctica una honrada firma comercial, pero son varios de sus trabajadores los que por su cuenta colaboran con el consulado, formando parte la amplia red de apoyo que el PNV ha construido con órdenes de colaborar en todo lo posible con los aliados. Desde la caída de la red Álava se ha restringido el movimiento de información militar al extranjero, y se ha incrementado la de observación del tránsito de buques, mucho menos peligrosa por no tener que manejar sino datos y nombres perfectamente compatibles con la actividad de la empresa, y que en todo caso podrían tomarse como seguimiento de la competencia y como información comercial necesaria.

Peter ha excusado también ante Dyer un viaje a Bermeo, donde tiene familia materna, y ha conseguido un día, un día completo para él, por primera vez en dos años y pico. El agente británico y Nekane consiguen verse justo en la casa de la prima de la chica, con la excusa de que esta tenía que ir a San Sebastián a arreglar unos papeles de la viudedad. Se ha llevado a Pachi, y pasarán todos el día en la capital donostiarra, para volver por la noche.

—Pero, pero ¿cómo has convencido a tu prima de que te dejara aquí en la casa y se llevara al chico todo el día? —pregunta Peter a Nekane.

—Bueno, cosas de mujeres, ya sabes. Ante Pachi y los primos he excusado que estaba malucha. Pero a ella le he dicho la verdad. Es una mujer muy religiosa, pero me ha comprendido, ya ves. Por supuesto le he dicho que lo nuestro iba muy en serio. He exagerado un poco, ¿verdad?

Peter se da una vuelta en la cama y besa a Nekane en el cuello antes de contestar.

—No, en absoluto. No has exagerado. Yo soy el que tiene miedo de que tú no vayas en serio, de que yo sea para ti un entretenimiento.

Peter está mintiendo tan mal que Nekane no puede por menos que casi enfadarse.

—¡Pedro, vamos, que la que está sujeta a Pachi, a Josu y al caserío soy yo, y lo sabes, demontre! No puedo darme el lujo de que seas un entretenimiento. Sabes que te quiero, pedazo de tonto, aunque sólo sea porque eres lo único bueno que me ha ocurrido en mucho tiempo, que me puede ocurrir, allí aislada.

—Bueno, bueno, puedes conocer a gente allí, en la venta..., ya sabes, por allí pasa mucho personal, de uniforme y sin él. Más de uno te habrá echado el ojo. Con esa sonrisa y ese cuerpo...

Peter remata la frase con una larga caricia sobre los sólidos muslos de la chica y termina con un mínimo pellizco en el sexo.

—¡Golfo! —ríe Nekane—, ¿pero tú crees que todos son como tú?

—No, son peores. Yo te quiero, Nekane, y cuando acabe esto quiero vivir contigo, que nos casemos, si quieres.

—¿Qué mujer que yo sepa no quiere casarse, Pedro? Vaya pregunta. Pero hay que saber con quién y en qué condiciones.

—Bueno —hay un beso breve—, yo creo que sé con quién, y las condiciones las pondrías tú.

Una sirena de barco que zarpa distrae un momento la atención del vascobritánico.

«Es el Liberty —piensa Peter—, un carguero chipriota. No sabemos dónde va, pero va con lastre y hierro. Peligroso. En teoría a la Argelia francesa, pero no sabemos de verdad si en alta mar varía el rumbo y da en Burdeos, en La Rochelle, o aquí cerca, en Bocau, en la ría de Bayona. Todo puede ser.»

—¡Oye! —le sacude suavemente Nekane—, ¡que me estabas hablando y te has quedado como lelo de repente!

—Perdona, la sirena esa. Me hacía pensar en otras cosas. Pero sé por dónde iba. En que las condiciones de nuestra unión, de haberla, las pondrías tú. Yo no tengo nada que proponer, salvo eso, que te quiero y me gustaría estar junto a ti todo el tiempo que pueda. Y lo dicho, en las condiciones que digas.

Nekane se incorpora en la cama, se coge las rodillas con los brazos y mira a Peter, echado ahora y que acaba de poner ambas manos bajo la nuca.

—Verás, Pedro, puede haber condiciones, unas fáciles y otras difíciles.

—Empieza por las difíciles.

—No, empiezo por las fáciles. Si ya nos atascamos en esas, ¿para qué seguir?

—Como quieras.

—No sé si te sería fácil vivir en el caserío, con Josu y con Pachi, pero yo no puedo dejarlos, sobre todo al tarambana de mi hermano, hasta que encuentre de una vez a alguien y se case.

—De acuerdo, pero el caso es que, cuando la guerra acabe y yo recupere mi trabajo de técnico de radio, seguramente tendré que vivir en Bilbao. Como mucho, en San Sebastián. Supongo que mi empresa volverá a contratarme. Bueno, supongo no, seguro.

—Pues ya ves, esa era de las condiciones fáciles.

—Verás, Nekane, a Josu le buscamos una novia, una buena, se casa con ella y se queda en el caserío. Tú te vienes conmigo a la ciudad donde me destinen. Y así Pachi podrá tener una educación como Dios manda cuando acabe el colegio. Es un chaval despierto, y aunque el de mugalari es un oficio noble y digno, y el de casero también, yo creo que tu chico merece algo más, y habría que darle un bachillerato y lo que fuera menester. Que no se desperdicie esa viveza e inteligencia natural que se le ve.

Nekane se inclina y da un suavísimo beso a Peter.

—Te quiero, Pedro, por cómo hablas de Pachi.

—Es que es parte de ti, y yo te quiero a ti, toda.

—Vale, dejemos por el momento el tema de Josu a la espera de eso, de que encuentre a una nesca apropiada. Hay otra condición, pero creo que ya me la has medio contestado.

—¿Fácil o difícil?

—No sé. Puede ser las dos cosas. Y es que tendrás que querer a Pachi como si fuera tuyo.

—Nekane, si tú me quieres lo suficiente y le facilitas a tu hijo el camino hacia mí, te aseguro que seré para él el mejor de los padres. Por ti, por él, y sobre todo por mí, por egoísmo, para poder ser más feliz. Así de claro.

Nekane ríe un poco pero la sonrisa se le va diluyendo hasta dejar su rostro completamente serio cuando mira muy fija a Peter y le dice despacio:

—Y hay otra condición, esta muy difícil, Pedro, pero importantísima. Y es que no me preguntes nunca quién es, quién fue el padre de Pachi.

Peter se pone también serio, se endereza en la cama, sentado a la par de Nekane, la mira y le pregunta:

—Bueno, ¿pero cuándo van a venir las condiciones difíciles?

Nekane hace unos cuantos pucheros y se echa muy despacio, besándolo, a llorar suavemente sobre Peter, que no sabe ni posiblemente le importa dónde acaba la saliva y empiezan las lágrimas sobre su hombro.

* * *

El principio del verano trae otra vuelta de tuerca a la guerra. La batalla de Kursk, el mayor enfrentamiento de tanques de la historia, ha terminado en tablas entre los ejércitos alemán y ruso, pero los primeros han agotado prácticamente sus reservas mientras que los segundos no, y eso va a decidir aún más el curso del conflicto en el frente oriental. Y el día 11 de julio se extiende la noticia de que ayer mismo los aliados han desembarcado por fin en Europa, aunque sea en una zona insular del sur, en Sicilia. Pero la proporción de tropas y la ya imparable superioridad aérea pone todo aún más difícil para el Eje.

Tampoco se libra el sur de Francia de los zarpazos aéreos. La muy protegida base de submarinos de Saint Médard, en la desembocadura del Garona, junto a Burdeos, sufre un bombardeo que apenas la daña y aún hoy muestra los arañazos que entonces quedaron en el espeso hormigón de los techos tras el ataque. No fue así en los edificios de alrededor, con su correspondiente tributo de vidas civiles. Biarritz tardará un poco más en recibir las visitas, pero tampoco se librará de la arbitraria ira de los aliados, y allí serán los civiles quienes con total exclusividad engrosarán la lista de los muertos. En general, más razones para el rechazo a un invasor que ahora ya no sólo se ve como odioso sino además vulnerable.

En Bayona, a los tres días del ataque a Burdeos, hay un concierto de órgano en la catedral, organizado por el mando alemán junto a una misa de difuntos por los muertos bordeleses que ha causado el ataque

angloamericano. Son gestos tardíos y simbólicos, convencen a pocos ya, aunque la novedad del órgano catedralicio, que hacía meses no sonaba, ha convocado a no poca feligresía y aficionados a la música en un programa realmente atractivo, y además con un organista francés en el instrumento. La llamada *Messe pour Paroisses, Misa para Parroquias*, de François Couperin es quizá uno de los mejores monumentos sonoros del barroco religioso francés. Entre el público se ven bastantes uniformes alemanes, en medio de la abigarrada población local. Hay una fuerte vigilancia en el exterior, y seguro que también en el interior del templo. Cualquier cosa puede esperarse de la resistencia, en un acto avisado con antelación, por más que la abundancia de habitantes locales minimice casi por completo el riesgo de atentados en el interior de la gran basílica gótica. Hay de todos modos una tensión añadida que el espectador poco avisado no captaría, y es la existente entre el obispo de Bayona, monseñor Van Steenberghe, de origen belga, y las autoridades alemanas. Sobre todo por las últimas pastorales y declaraciones de un prelado que los ocupantes no han conseguido trasladar de diócesis, pese a numerosas peticiones. Tras la guerra, al obispo se le concederá la medalla a la resistencia, a título póstumo. Hoy, en el concierto, todo son gestos sosegados, sonrisas breves, educación, disimulo.

Eugéne Goyeneche está entre los asistentes a la ceremonia. También están Mirenchu, Landáburu y Antonio Labayen que, más delgado y más moreno de piel, disfruta de unos días de permiso y ha acudido, sobre todo por el concierto, acompañado de su mujer y su hijo Ramón, al que su madre quiere ver un día de pianista profesional.

La catedral está llena. Hacía mucho que no se encontraba tan abigarrada. La atmósfera fría y húmeda de su interior está hoy algo más caldeada con la presencia de tanto público. No lejos del referido grupo de vascofranceses está Alfred Toepfer, junto con varios uniformados alemanes más. Nunca habían coincidido en misa, y a los naturales les sorprende que sigan el ritual como si fueran verdaderos católicos.

—A lo mejor lo son —dice Landáburu a Goyeneche—, pero claro, como nunca hablamos de religión con ellos...

—A ver —responde este—, no todos van a ser protestantes prusianos o ateos. Ya veis, Baviera, donde nació el nacionalsocialismo, es la región más

católica de Alemania.

—Yo creo que hacen esto para disimular, para que los veamos como gente mejor —dice Mirenchu en voz baja.

—Un poco tarde —le susurra Goyeneche.

El órgano tiene una considerable sonoridad que llena muy bien el gran espacio. En la comunión, el juego de trompetería da el máximo, en una de las melodías más bellas y vibrantes del repertorio del autor. Toepfer, que está delante de Goyeneche, espera a que este salga a la fila de comulgantes hacia el altar y consigue ponerse exactamente tras él. Desde su altura física y su posición le es relativamente fácil decirle en voz muy baja:

—Eugéne, ojo con el cura ese que va a verles a ustedes. Tiene amistades comprometidas. No le digo más.

A Eugéne Goyeneche le entra una inevitable prevención, como siempre que el alemán le requiere para cualquier cosa. Pierde toda devoción y no se entera ya de la comunión, de la misa, ni del concierto en el rato restante. Ni siquiera lo comenta de entrada a sus amigos, pero esa misma noche, tras tomar unos aperitivos en L'Aurore, les comunica la noticia. Afortunadamente Garro no está con ellos en ese momento. Todos prometen guardar silencio y guardarse del sacerdote. Todos menos Mirenchu, que, sabedora del domicilio de Cristóbal Garro, asoma por allí esa misma noche, evitando las patrullas callejeras, y le habla al religioso de lo ocurrido. Es evidente que Garro no puede hacer nada por avisar a Peter, que es con toda seguridad a lo que piensa que debe de haberse referido el alemán, porque el inglés sabe cómo localizarlo a él pero no a la inversa. Tendrá que esperar a que llegue, y entonces podrá ser tarde, pero no tiene alternativas. Con esa angustia va a vivir el sacerdote hasta la próxima vez que vea al británico. Con esa y con la de saber que sus amigos desconfían ya por completo de él y que los alemanes están más encima de sus movimientos de lo que le gustaría.

* * *

—Nada, Peter —alza los hombros el cónsul Dyer, tras dar sus reglamentarios dos sorbitos de su segundo vaso de whisky—, siento que tengas que dar esas vueltas hasta poder llegar hasta mi cubil, pero desde que no está Ochotorena en la portería de servicio no me fío de nadie. Y eso que hemos conseguido

que hicieran fijo en la recepción a Ansuátegui, que nos tiene informados. Pero justo por eso, dice que desconfiemos de los otros dos recepcionistas, que son, cuanto menos, germanófilos.

—Bien, Sir, pero el caso es que si fuesen informadores de los alemanes se harían pasar por aliadófilos en sus conversaciones, ¿no cree usted? Me ha dicho antes que Ansuátegui justamente se hace pasar por germanófilo furibundo, por ver si les saca alguna información a estos, ¿no?

—It could be, Peter. Podría ser, desde luego. Es el problema de que los americanos estén trabajando por su cuenta y a fondo también en España, y sobre todo en Madrid, y aquí en los centros industriales y portuarios. Que pueden ser informadores de los americanos, no nuestros.

—¿Y no hay colaboración en este tema, Sir, y disculpe que le haga esa pregunta?

—No, my boy, y la puedes hacer, desgraciadamente. Fíjate, la colaboración está en los escalones máximos y en los mínimos. Quiero decir que es evidente que Churchill y Roosevelt están en perfecta sintonía. Y por abajo, los tommies y los GIs andan inevitablemente codo con codo pegando tiros en África y en Sicilia, pero ya los generales andan un poco a la gresca. Y los servicios secretos desconfiamos de todo el mundo. Ellos y nosotros, quizá como es nuestro deber.

—No lo entiendo, Sir, al menos en países extranjeros podría haber más colaboración. Seguramente estamos duplicando servicios e informes.

—Don't doubt it, Peter. No te quepa duda. Pero es la servidumbre del secreto. Sí puedo decirte, porque ya es público, que en Estados Unidos el Servicio de Información del Gobierno vasco en el exilio, en realidad el servicio del Partido Nacionalista Vasco, muy eficaz, ya ni siquiera existe como tal.

—¿Y eso?

—Pues justo por eso, por eficaz, quizá, sobre todo en Sudamérica, ha quedado integrado en el Intelligence Service del gobierno americano como una rama más.

—¿Puedo preguntar, Sir, si esa integración se debe a alguna oferta de Norteamérica en cuando a un País Vasco independiente tras la guerra?

—That's something I've also asked myself. Sí, es algo que también me he

preguntado. El problema es que no sé con qué autoridad los americanos van a disponer luego de esta parte de Europa a su arbitrio, sin considerar a Gran Bretaña y desde luego a Francia..., y por supuesto a España.

—¿Habría problemas, verdad, Sir?

—Hombre, Peter, imagínate. Por lo pronto, una guerra entre vascos proespañoles e independentistas, y el Gobierno español, el que fuera, franquista o republicano restituido, diciendo algo también. Un caos, Peter, un hipotético caos... En fin, el caso es que los vascos que trabajan para nosotros en Gran Bretaña lo están haciendo también con una dedicación considerable.

—Bueno, como los que tenemos aquí, imagino, ¿no?

—Más o menos, pero se les considera como aquí, colaboradores, no una parte oficial del grupo, como ha pasado en Norteamérica. En fin, recuerda que aquel es un país de aluvión. Un gran país, sí, pero de aluvión, no lo olvides. Nosotros tenemos todavía el canal para separarnos, y lo usamos bastante, aparte de para evitar invasiones...

—Entiendo, Sir. ¿Y en cuanto lo que usted me indicaba sobre el maquis español?

—Sí, unfortunately, desgraciadamente, y verás por qué lo digo, paralelamente a la debilidad alemana en Francia y el aumento de la guerrilla, han llegado informes de que los republicanos españoles en el sur de Francia están reorganizándose, con vistas, imagino, a una entrada o algo así en España por el Pirineo en cuanto la ocasión sea favorable.

—¿Y eso nos perjudica?

—No sabes cómo. La información también le ha llegado lógicamente al Gobierno español, y por una de nuestras fuentes en los organismos militares hemos sabido que se preparan unas cuantas unidades para robustecer la frontera, aparte de refuerzos en la Guardia Civil, con órdenes más estrictas. Todo ello supone ahora mayores dificultades para pasar a nuestros chicos.

—Pero ellos son extranjeros, no son del maquis.

—Eso es también lo malo, Peter, que entre los maquis se sabe que hay combatientes de las antiguas Brigadas Internacionales. Alemanes, europeos en general, de izquierdas, con países actualmente bajo los nazis. Esos vendrían también. Y la Guardia Civil, incluso la de fronteras, Peter, no está muy puesta en idiomas, como sabes. Puede que disparen antes de preguntar, o

simplemente que sean demasiado rigurosos con todos los extranjeros. Y las confusiones pueden ser abundantes y peligrosas, por si no bastase ese refuerzo militar de la frontera del que te he hablado...

* * *

Aparte del aumento de la guerrilla francesa, o quizá como causa añadida de ello, los alemanes tienen desde septiembre un problema más en su ya larga lista de contrariedades. Como se esperaba, una vez conquistada Sicilia los aliados han saltado a Italia, acabando de hundir el tambaleante gobierno de Mussolini. El dirigente italiano, destituido por el Consejo Fascista, ha huido, hecho prisionero y por fin liberado por un comando alemán. Pero el general Badoglio, nuevo mandamás de la invadida y descompuesta Italia, ha declarado la guerra a Alemania, o ha dicho que se la declaraba, porque en la parte ocupada aún por los alemanes, estos se han hecho rápidamente con el poder en los principales centros sin apenas lucha, y ahora están dispuestos a frenar la invasión aliada en lo que han denominado la Línea Gustav, que corta por la mitad la geografía de la bota.

* * *

Pero el embajador Lequerica está hoy contento. Se le ha comunicado desde Madrid simplemente que esté preparado para trasladarse para otra misión. Sin más explicaciones. Así son las cosas en la España de Franco. No cabe preguntar. Don José Félix sabe que ello significa algún oficio importante. No se va desperdiciar su absoluta fidelidad al régimen ni su impecable labor diplomática en Francia, faltaría más. El embajador ignora que le quedan aún unos meses para ascender, de entrada, a ministro de Exteriores del Gobierno español, pero ese tiempo se le va a hacer más bien penoso. Anda ya un punto aburrido con su esposa, y la linda camarera del hotel vecino ha desaparecido de su vista, y parece que de la ciudad. Faustino, su impagable chófer Faustino, anda de cacería a ver si le consigue otra buena pieza, como él gusta decir. Continúan languideciendo las charlas de diplomáticos estancados en sus improductivos cargos, y mucho más que el poco simpático primer ministro Pierre Laval, que lo es sólo de nombre, el embajador sigue

prefiriendo la conversación del mariscal Pétain, que de entrada tiene mucho más tiempo para charlar, casi todo el tiempo, y al que consigue llevarle una botella del mejor armagnac cada vez que lo va a visitar. Decididamente, el contacto con un hombre culto y con experiencia es algo gratificante, en esta especie de cenobio político en el que se ha convertido Vichy.

Hoy encuentra al mariscal más melancólico que de costumbre. Otras veces lo veía sereno, dentro de su tristeza. Hoy, ni siquiera ha alabado el armagnac, que es de los buenos, y eso es un signo triste en el viejo general.

—No me diga, mon maréchal, que le preocupa tanto la suerte de Mussolini.

—No, no es eso, mon ami, es sencillamente pensar que yo pueda, en un momento dado, tener que andar, a mis años, yendo de un lado para otro, llevado contra mi voluntad a cualquier refugio alpino, a cualquier sitio, como una pieza de museo que se roba y se oculta en algún lugar. Sería algo muy triste. Y, la verdad, no estoy dispuesto. Ahí en el cajón tengo una pequeña FN del 6,35 que me evitaría todos esos disgustos. Pero sería también una muerte triste.

—No diga eso, maréchal, no piense en esos términos. La guerra aún no está perdida...

—Por favor, ambassadeur, ahórrese mentiras piadosas conmigo. Media Italia ha caído ya, y es cosa de semanas o pocos meses que desembarquen en este lado del Atlántico. Y por el este, ya sabe usted el estado de las reservas rusas frente a las alemanas. De estrategia y vida militar yo sé algo.

—Ya, ya, pero fíjese que el Muro del Atlántico es algo muy serio de franquear...

Por primera vez el viejo mariscal ríe, se diría que de buena gana.

—Amigo Lequerica, la batalla entre la coraza y el cañón la ha acabado siempre ganando el cañón. Recuerde nuestra Línea Maginot. Y recuerde también la consigna del gobierno republicano en Madrid: «Fortificar es vencer». No amigo mío, fortificar es simplemente fortificar, y además es ponerse a la defensiva, la mejor manera de acabar perdiendo una guerra. Me remito a la que ustedes ganaron en España, por ejemplo.

—Sí, maréchal, pero aquí es distinto. Los alemanes son un pueblo organizado, poderoso, con voluntad, con armamento fabuloso, con

recursos...

—Más armamento y recurso tienen todos los aliados juntos. Le confieso que me sorprende lo que están durando los alemanes. Qué lástima de gente, empeñada en luchar contra todo el universo. Y yo que los admiraba tanto, Lequerica, como muchos compañeros míos, antes de la guerra e incluso a principios de esta...

—Todavía no está todo perdido, maréchal. Puede que se llegue a un alto el fuego con los aliados y que todos se lancen contra Rusia. Sería lo deseable, y no es imposible.

—Pues yo creo que sí. Antes, puede ser. Ya no, amigo Lequerica, ya no.

El embajador pone el gesto más digno de que es capaz cuando, dejando la copa de licor sobre la mesa y llevándose la mano al pecho asevera:

—De todos modos, maréchal, puedo asegurarle que, vengan como vengan las cosas, en España siempre tendrán usted y su Gobierno un refugio seguro. Allí serían ustedes huéspedes preferentes.

Sonríe ahora Pétain mientras niega con la cabeza. Apenas ha tocado el armagnac, lo que hace ver a Lequerica que en efecto, el mariscal está más que sumido en sus cavilaciones.

—Le agradezco la oferta, amigo Lequerica, pero además eso no depende sólo de usted, sino del Generalísimo, y usted lo sabe.

—¡Pero a un amigo de España como usted no se le puede dejar en la estacada! —quiere protestar el diplomático.

—No, a mí seguramente no, a mí casi seguro que se me acogería. No sé respecto a los miembros de mi gobierno. Y de todos modos, ya le digo, no voy a huir ni me van a llevar, al menos vivo, a ningún sitio fuera de Francia. Son demasiados años dedicado a ella. En la forma que he sabido, ya sabe usted, pero dedicado a ella. No sé quiénes serán los próximos dirigentes de la república. No me extrañaría que fuesen Lecrecq o De Gaulle, sobre todo este último. Ahora, visto todo, quizá tengan razón. Es tan fácil ver todo cuando ha pasado, ¿verdad? Somos tan listos cuando los hechos se han decantado de una u otra parte, ¿verdad? En fin, De Gaulle, un hombre perspicaz y ambicioso que parece haber estado en el sitio correcto en el momento oportuno. Y le ha salido bien por ahora el envite, con permiso de los ingleses y americanos. Pues bien, será lo que ellos decidan, si los aliados les dejan, o

quien los aliados pongan, amigo Lequerica. Ya le dije que mi tiempo ha terminado. Soy consciente de ello, y no uso la FN para no darle una alegría a mis enemigos, y porque soy cristiano. Pero ganas no me faltan. Y ahora, sigamos saboreando este armagnac, que ni siquiera he tenido la delicadeza de agradecersele. Qué viejo chocho me estoy volviendo...

El mariscal rellena las copas, brinda con la suya hacia Lequerica, sin esperar siquiera a que este la coja, da un pequeño sorbo y se queda mirando hacia la ventana, otra vez como si no hubiera nadie en la habitación, porque está claro que verdaderamente no hay nadie alrededor del viejo dignatario, piensa el embajador, aunque parezca que está escuchando a alguien, conversando con alguien, sirviendo un excelente armagnac en la copa de alguien.

Los guardias Olvera y Cuevas fuman a la puerta de la venta Pello. Recostados en las sillas tienen buena perspectiva sobre la carretera. Se está echando la tarde y se arrebolan nubes amarillentas y rosadas, irrepetibles, que fabrican un cielo bellísimo, de esos que por verse a menudo no se aprecian hasta que se ven en cuadros buenos o fotografías, y alguien nos los señala. Los dos guardias vigilan por instinto de cuerpo, casi sin querer, porque acaban de terminar el servicio en la barrera fronteriza, y antes de que los recojan para bajarlos al cuartel tienen tiempo de tomar un vino. Eso Olvera, que Cuevas parece que tiene un principio de úlcera o cosa así, y el médico le ha dicho que por si acaso no pruebe el alcohol durante unos días y luego vuelva, a ver qué hay. El vaso de leche tiene a Cuevas de bastante mal humor, y más viendo que Olvera se ha pedido otro tinto, que parece que lo hace a posta, para darle envidia, sin pensar en las privaciones de su subordinado. Eso sí, de dejar de fumar, ni hablar.

—Bueno —dice Cuevas, pasándose la lengua por el diente de oro, como cuando tomaba vino—, así que, a redoblar el cuidado, aunque nos hayan mandado varios guardias de refuerzo. ¿Tú crees que hacemos falta tanto guardia en el monte?

—Vaya, según dicen, los bandidos, los maquis, están dispuestos a entrar por algún sitio —Olvera emite un pequeño regüeldo que incrementa la envidia de Cuevas—. La verdad es que mientras haya tanto alemán por el otro lado lo tienen difícil. Lo malo será si se van. Entonces la cosa puede ponerse fea.

—¿Fea, con los dos regimientos nuevos que dicen que han traído a Pamplona?

—Justo por eso, Cuevas. Han traído a la infantería porque se teme que asomen la oreja por algún sitio si se van los alemanes, que para mí que se van a acabar yendo.

—¿Tú crees?

—Y tú.

—Hombre, es posible, pero no me gustaría.

—A mí tampoco, pero es lo que hay, lo que parece que va a haber como sigan las cosas como van.

—Ya. Oye, y los mugalaris esos, hay que ver como parece que siguen pasando gente, ¿no?

—No parece, que siguen. Me decía ayer el comandante de puesto que el otro día, no sé si estos o eran otros, que pasaron hasta a seis tíos de una tacada. Dice que los tuvieron a tiro desde arriba. Pero ni el alto les dieron. Con los gemelos dice el comandante que a pesar de la poca luz casi les veían hasta las insignias de la aviación inglesa, o la americana, o la que fuera. Y eso es lo malo, que se ha acabado lo de hacer la vista gorda a los aviadores esos.

—¿Por? —Cuevas remata su insípida bebida, pensando que el disgusto por la prohibición le va a causar más úlcera que el alcohol mismo.

—Por eso, porque con los maquis igual vienen extranjeros, los que dicen que hay por ahí sueltos de las brigadas, así que se acabó dejarlos pasar. A comprobar a todos, y ojito, porque si son los maquis vendrán armados.

—O sea, otra vez como en la puta guerra.

—Algo así... ¡Me cago en los moros!

* * *

El Olavidea nace bastante más al sur que el Nivelles, y aunque desemboca en este, en puridad debería ser el nombre de la corriente principal, aunque sólo fuese por cuestión de distancias, que suele ser el criterio onomástico usado para los ríos. Pero no, el Olavidea tiene un recorrido corto, y ya en Francia, cede aguas y nombre al río francés, que es el que llega hasta el mar cercano, en San Juan de Luz. El Olavidea forma un valle suave, que hacia el norte pasa por Urdax, y hacia el sur, más empinado, tiene acceso a la carretera de montaña que más arriba se bifurca y puede ir a Orizki o tirar para el puerto de Otxondo, y de allí al valle del Baztán.

A punto de llegar a esa segunda carretera del puerto, en plena noche, están Josu y Fernando, que esta vez conducen a un aviador inglés y a otro polaco, este encuadrado en la RAF desde la invasión de su país, como muchos

aviadores escapados en su momento de Polonia, bastantes de ellos con sus propios aparatos. El polaco no sabe español, pero antes, medio por señas y sabe Dios en qué jerga, les ha contado a los mugalaris que tuvo un hermano en la guerra de España, y que por eso sabe algunas palabras y algunas coplas en castellano. Entendiéndose como puede con Josu, antes de entrar en zona peligrosa, de silencio, se han mostrado e intercambiado imágenes de sus respectivas vírgenes, la de Aránzazu y la de Chestokova. El inglés les decía riendo incrédulo que eso era como cambiarse fotos de la misma persona vestida de calle y de domingo, por ejemplo, pero que era la misma. Los dos devotos marianos no le han entendido, o no le han querido entender, y cada uno ha guardado agradecido la estampa en recuerdo del otro.

No ha habido últimamente problemas en la zona española, por más que se hayan apreciado últimamente refuerzos de guardias. Además, en la venta Pello no han oído comentar nada ni los guardias les han avisado de nada, como sí ocurrió hace una año una vez en que les dijeron que se cuidasen unos días. Luego se supo que era por maniobras en la zona y hubiera sido peligroso andar muy sueltos por el monte.

Ahora van derechos hacia el sur. El pico de Alkurrunz se divisa destacando como una joroba oscura contra el cielo estrellado. No llega a los mil metros de altitud, pero entre esos montes redondeados, más bajos, es una buena referencia para saber que poco antes de él está la carretera que lleva al puerto a la izquierda y a Orizki a la derecha. Ellos van a Otxondo. Allí acaba su tramo de la larga singladura de los aviadores.

Como siempre, en fila, sigilosos en todo lo que pueden, con las señales convenidas para apresurarse, aminorar o pararse, las makilas clavándose calladas en la tierra blanda, entre zarzas y helechos, sobre todo zarzas, por la senda apenas trazada entre el casi eterno verdor pirenaico atlántico, uno de los mugalaris abre marcha y el otro la cierra. Le ha tocado hoy a Josu encabezar el grupo. Tras él, el polaco, luego el inglés, y Fernando cerrando la pequeña comitiva. Frente al Alkurrunz, la senda se empina y es justo al desembocar en la carretera cuando hay mayor dificultad en el terreno. Pero ya están casi arriba.

Casi, porque de pronto han escuchado un ruido de ramas que podría ser el del jabalí, o eso le parece a Josu. Se detiene en seco, e igual hacen los que le

siguen, sin señal ninguna, solo con verlo pararse levantando la mano que apenas ven en la penumbra. La noche está estrellada; por algún lado debe de haber algo de luna, pero no se la ve, tras cualquier altura del terreno, y sólo su reflejo por algún sitio le da a la bóveda celeste esa luz mayor que si sólo la alumbrasen las estrellas. No es el mejor cielo para cruzar la muga, pero qué se le va a hacer.

Nada, parece que no era nada. Cualquier bicho del monte que se asusta y sale huyendo. Sigue el grupo avanzando, ahora más apretados, más prevenidos, si cabe, y más atentos a lo que pueda aparecer.

Y aparece. Un ¡Alto a la Guardia Civil! rasga el aire como un trallazo, mientras en el perfil del monte contra el cielo han surgido las sombras que terminan en tricornios. Se ha oído a la vez los cerrojos de las armas al montarse, el doble chasquido del naranjero y el cuádruple del mosquetón. Josu va a decir algo, quizá, pero se le adelanta, lleno de buena fe, el polaco, que está algo detrás de él y que recordaba consignas y frases que su hermano le había contado de cuando estuvo aquí. Su hermano, eso, un idealista que vino a luchar a España, cuando la guerra.

—¡No «pasarrán»! —grita y repite el ignorante polaco, a modo de instintiva fraternidad lingüística ante el grito de alto de los guardias.

—¡Coño, rojos! —chilla Olvera a Cuevas—, ¡tira tú, que los tienes a tiro!

El naranjero de Cuevas suelta una larga ráfaga. Tanto, que le ha agotado el cargador y el guardia se dispone veloz a reponerlo, cuando oye un ruido pesado sobre el bosque.

Josu Ibarrola, alcanzado por varias balas que ha recibido exclusivamente él, avaro de muerte, tiene aún tiempo de susurrar una plegaria a la Virgen de Arántzazu y cae de boca contra el ramaje, contra las espinas de los zarzales, y la última palabra que sale rezando de su garganta es precisamente esa, arantza, espina, como las espinas que se le están clavando en los labios sin que el mugalari las note, inmerso ya en el creciente abismo de la nada.

—¡No tiréis, no tiréis! ¡Viva España! —grita veloz Fernando, por primera vez en su vida, a todo pulmón. Los dos pilotos, oyendo y viendo el gesto de su guía zaguero, que se ha adelantado, han alzado también los brazos.

—¡Coño, Olvera, esa voz la conozco yo! —dice Cuevas, que por si acaso avanza con el arma recién recargada y presta. Otro de los guardias de la

patrulla ha sacado una potente linterna. Se acercan los uniformes verdes hacia los tres prisioneros, y de inmediato se aproximan dos de ellos a ver al caído entre las ramas. Cuevas da la vuelta al cadáver y no puede evitar un gesto de contrariedad al verle el rostro.

—¡Joder, quién lo iba a decir! ¡El mugalari Josu, me cago en la Virgen! ¡¿Por qué no dijo quién era, coño, por qué?! —y en la boca abierta, en el gesto contrariado del cabo Cuevas brilla, al reflejo de la linterna, el diente de oro, como una temblona luciérnaga, amarilla y pequeña entre el grupo de hombres, todos con prendas mate que no destacan en la oscuridad del monte.

* * *

A esa hora, más o menos, Peter y Nekane aguardan, en el caserío, a que los mugalaris lleguen con el amanecer. Peter no ha querido comentarle a la chica el incremento del peligro que últimamente existe. Para qué, se dice. Tienen que hacer esa tarea de todos modos. Ya están avisados ellos, que es quien importa. Sería inútil, piensa Peter, sería añadirle a ella más preocupación en algo que está fuera de su control, de su incumbencia. Si tiene que pasar algo, pasará, pero querer a alguien es, más que darle buenos ratos, ahorrarle los malos, se dice el agente británico.

Peter ha estado jugando un largo rato con Pachi, que no tenía sueño hoy, por lo que se ve, hasta que su madre se ha impuesto y lo ha enviado arriba, a regañadientes el chico, pero obediente, al fin y al cabo. Abajo han quedado conversando los dos adultos hasta que al cabo de un rato Nekane ha subido y comprobado que Pachi dormía. Ha cerrado la puerta del dormitorio, que al principio suele dejarle entreabierta, por petición sistemática del pequeño. Luego la ha cerrado, sabedora de que la manilla y los goznes son suficientemente ruidosos en caso de que Pachi se despierte y salga a buscarla, cosa que no suele ocurrir, dado el buen sueño del chico, el plácido sueño de la infancia.

Una vez abajo, en los ojos de Nekane y Peter está todo lo que quieren decirse. Hacía casi un mes que no estaban juntos, juntos a fondo. Y lo han estado de nuevo sobre el estrecho, incómodo banco de madera, por más que los almohadones que había bajado Nekane hayan mitigado la angostura del improvisado lecho.

Luego se besan, se siguen besando con besos de todos los tipos y en las más inesperadas partes del cuerpo, mientras hablan, mientras escuchan, mientras se miran, como si esa intermitencia en el besarse fuese una condición natural de su manera de estar juntos. Se diría que casi no notan que se besan, de integrada que está la manifestación de cariño en esos instantes. Pero el instinto les dice que, por el contrario, no podrían dejar de hacerlo sin que sus corazones se desasosegaran.

—No te preocupes, Nekane —le asegura Peter—, la guerra va a tardar poco. No es ningún secreto que lleva meses preparándose un desembarco en Francia. Los alemanes, los primeros que lo saben. Creo que los preparativos son enormes.

—Pero ¿y todos esos cañones y cosas que dicen que están preparando aquí?

—Son muchos miles de kilómetros de costa. No pueden proteger todo al completo. Y no se sabe dónde va a ser. Yo creo que eso ni los aliados lo saben aún. Los alemanes, menos. Y en cuanto la guerra llegue a Francia, te aseguro que el sur se va a quedar vacío de soldados. Todos para arriba.

—La Virgen de Aránzazu te oiga. Estar aquí no es estar en la guerra, pero casi. Y con Josu metido en esto...

—Le queda poco, ya te digo. Y después, lo dicho, a ver si lo casamos.

—¿Y si no, te vendrías al caserío a vivir, como me prometiste el otro día?

—Sí, y a cambiar mi vida por la de agricultor. No creas que no es una perspectiva que no me atrae, tras haber conocido estos montes tan a fondo, a causa de la guerra, mira tú por dónde.

—¿Me lo vuelves a prometer, pues?

—Te lo prometo por lo más sagrado.

—No eres religioso —ríe Nekane—. Eso en ti no vale.

—Sí que vale, Nekane, lo más sagrado para mí eres tú. No tengo otra divinidad. Lo prometo por ti. Y por ti cambiaré mi vida. Y espero que durará, que me haré a ella bien. Eso puedo prometerte que lo intentaré, pero no más. No soy dueño de mis reacciones futuras. Pero te prometo que me vengo aquí contigo, a convertirme en... propietario rural consorte.

—Poca propiedad —ríe la chica—. Apenas dará para todos, pero es lo que tenemos, pues.

—No creas. Tengo pensado montar algo de radio en estos pueblos cercanos. De verdad que en estos años la vida de Bilbao me ha cansado. En estos cuatro años de guerra he vivido toda una vida que no quiero continuar. Y contigo al lado, seguro que todo será más fácil.

—Qué generoso eres, Pedro.

Y Nekane le da un hondo beso que no llega a terminarse porque Peter retira de pronto la boca unos centímetros mientras pone un dedo sobre los labios de Nekane, a modo de rúbrica del beso de ella, mientras le dice, entre sonriente y serio:

—No, Nekane. No soy generoso. No te equivoques. Soy muy, muy egoísta. Pero no soy tonto. Y hace ya que he descubierto que lo que se llama generosidad no es sino la forma más inteligente del egoísmo.

Casi raya el día. Se han adormecido los dos cuando les sobresaltan unos golpes en la puerta. No es una mano conocida, piensa Nekane, que se envuelve en la bata, va veloz a la puerta y levanta la pesada tranca.

Es la madre de Fernando, doña Carmen. Por primera vez le ve Nekane un gesto de aflicción, no de sequedad, como el que creía que formaba ya parte de su rostro. La novedad y el instinto hacen palidecer a la chica. La conversación es mínima y rápida. Que venga al caserío, que su hijo Fernando quiere hablarle, que está allí con unos guardias. Que venga enseguida...

* * *

Toepfer ha recibido a Landáburu y a Goyeneche en su despacho de la antigua aduana. Muy por la mañana. No es hora de vinos y por tanto no lo hay. Sí están los chocolates, que a los vascofranceses les recuerdan por fuerza a la comunidad judía de Bayona, tan antigua, y ahora tan inexistente, distribuida en campos de concentración a lo largo y ancho de Europa, se dice que trabajando para el Reich, porque no es fácil pensar en otra solución, como algunos rumores apuntan. Y menos en un sistema de guerra donde todos los brazos deben resultar pocos. No existe lógica que haga creer lo que afirman esos rumores. Sería algo peor que monstruoso, sería simplemente suicida para un Reich cada vez más constreñido por sus enemigos. Eso piensa Goyeneche mientras toma uno de los bombones más oscuros, los de chocolate compacto y muy amargo, de los que más le gustan, de la caja que

Toepfer ofrece a los dos compañeros mientras les indica que se sienten.

—¿Ha pensado en lo que le dije el otro día, Eugéne? —pregunta el alemán recostándose en su butaca y llevándose también él a la boca una de las oscuras golosinas.

—Sí, Alfred, sí. Y no sabemos quién puede ser esa amistad o amistades. El cura parece serio, honrado. No sé quién puede estar tras él.

—Yo creo —se adelanta Landáburu— que puede ser alguien del taller, quizá el dueño, que a lo mejor no es muy de fiar...

—No, el dueño no —corta seco Toepfer—. Eso es seguro. De todos modos, lo sabremos pronto.

—¿Le va a pasar algo al padre Garro? —pregunta Landáburu.

—Amigo mío —sonríe secamente el alemán—, eso ya no lo sé ni yo. Depende de con quién se junte, de lo que sepa y de lo que cuente. Es cosa ya de la Gestapo, no de mi incumbencia. Bastante he hecho en adelantarles la noticia, por si no se han dado cuenta, para que se lo dijeran a él, como sin duda habrán hecho.

Goyeneche y Landáburu se miran con gesto avergonzado antes de responder.

—Pues no, no le hemos dicho nada, que yo sepa —asegura Goyeneche.

—Yo tampoco —dice Landáburu.

Toepfer pone gesto de fastidio y a renglón seguido los mira con algo muy cercano al desprecio:

—Ni para ayudar a su compañero sirven ustedes... Tenían que haberle avisado, que se hubiera ido de aquí, yo qué sé... Ahora, en cuanto caiga en manos de la Gestapo, no va a salir vivo, y la verdad, un sacerdote muerto más nos va a dar mala fama, peor de la que ya tenemos, y a buen seguro que en su taller de bicis no era muy peligroso. Y luego, en todo caso, con ustedes estaba vigilado. Ya no puedo hacer nada por él. No lo han hecho ustedes, que eran quienes debían. Ustedes, a los que ya conoce toda la población por sus contactos con nosotros, por sus artículos en la revista...

Goyeneche opta por el lado teológico de la cuestión.

—Perdone, Alfred, ¿tanto le interesa a usted ese sacerdote? Es usted católico, ¿verdad?

Toepfer toma un chocolate antes de responder. Es de los que tiene doble

envoltura, de licor, y ello le lleva cierto tiempo, así como comerlo, saborearlo, dejando que el alcohólico aroma punzante le pasee por la boca. Sus interlocutores han guardado un expectante silencio. La risa del alemán les desconcierta, sin duda:

—¡Qué voy a ser católico! ¡Yo fui educado en el luteranismo, y ya ni en ese creo!

—Pero, pero... —se atreve Goyeneche, abriendo mucho los ojos—, el otro día usted comulgó delante de mí.

—¿Y qué? —sigue sonriendo plácidamente el alemán—. Eso es como la *taquiya*, que dicen los musulmanes, el disimulo en tierra de infieles... No, querido amigo, mi religión es la vida, el campo, el aire, cosas así. Soy panteísta, si lo quieren ver de ese modo, o pagano, que diría un cura. Pero respeto todos los fanatismos, es decir, todas las religiones. Sí, sí, no pongan esa cara. Fanático viene de «fanum», templo, en latín. Y no me cuesta cumplir con los dictámenes de la religión que sea mayoritaria en el lugar que me encuentre. Es fácil, es barato y le da un gran placer a la gente que me rodea, ¿qué más quieren?

—Entonces, el caso del padre Garro... —insiste Landáburu.

—Era para salvarle la vida a un pobre hombre, amigos míos. A estas alturas no va a mejorar mucho la suerte del Reich por un cura más o menos. Pero, ya les digo, eran ustedes, ustedes quienes tenían que haberle avisado... Ande, Eugéne, tómese un chocolate más antes de irse, de esos tan oscuros, que parece que le gustan tanto.

* * *

El aviso de Mirenchu no ha hecho a Cristóbal Garro dejar de ir al taller de bicicletas. Está absolutamente solo en Bayona. No sabe francés. Rechazó la ayuda del grupo de republicanos españoles, que además ahora anda desperdigado, debido a la presión de los alemanes y de la gendarmería, que ha podido desahogarse contra ellos mejor que antes de la invasión. Siempre es bueno tener un débil chivo expiatorio a quien culpar de lo que ocurre, y más si ese chivo está considerado bolchevique, lo sea en verdad o no. Cristóbal Garro ha recibido el aviso de la chica pero, sin saberlo ni él mismo, no va a moverse de Bayona, eso sí, avisando por su parte a Peter en cuanto

asome para que no lo visite más, porque a él lo vigilan, y de paso, seguramente al inglés. El padre Garro está intranquilo por Peter, más que por sí mismo. Se diría que busca descansar, poner fin a sus años de exilio, de huida, de inutilidad, de alguna forma. Ahora lo ha descubierto. La noticia, sorprendentemente, la ha recibido si no con alegría, con alivio. Se acabaron seis años de estar fuera de su tierra, de sus gentes, peleado con la curia navarra, franquista casi toda, y con la de Bayona, colaboracionista con los alemanes hasta el descaro, salvo el obispo, y alejada de los problemas de la identidad nacional vasca. No hay en su vida nadie que lo espere, que suspire por él. Hubo algo decisivo en algún momento, hace tiempo, de lo cual quedó un recuerdo que no se le borra, no se le puede borrar pero tampoco se atreve a afrontar, y menos desde su casi indigencia monetaria, por no hablar de su eterna indecisión. A punto estuvo entonces de dejar los hábitos e iniciar una vida seglar, como fuera, donde fuera, con aquella chica, quizás. Pero no se atrevió. No supo decidirse, y además, ¿qué iba a hacer él, sabiendo sólo latín, encima poco, y decir misa y hacer sermones para convencer de lo que él mismo estaba ya poco convencido? Decididamente no estaría mal acabar, o mejor, que lo acabaran, porque él tiene también prohibido el suicidio, pero no como el mariscal Pétain, por una cuestión de honor, ni por fe religiosa. Simplemente por miedo, y lo acepta y reconoce así. Al menos conoce ese aspecto de su ser que otros hombres, muchos, no saben que tienen.

Ahora, por fin, entra Peter por la puerta del taller, invitándole a un tinto en el conocido cuchitril vecino.

—Sí, espera —dice rápido el cura que, con una despedida apresurada del sorprendido patrón, deja las tenazas y la labor que tenía en la mano, se medio limpia veloz en el mono azul y sale con el inglés, cruza la calle y entra en el bar, donde aparte del dueño hay un par de hombres bebiendo junto a este.

—Tienes que irte, Pedro, no venir más —le dice a Peter enseguida, apretando los dientes, y en voz menos baja de lo que la frase requiere.

Peter se pone serio e instintivamente mira hacia los dos hombres y hacia el dueño del lugar, que no parecen estar atentos a los dos recién llegados.

—¿Y eso? ¿Hay problemas?

—Me lo ha dicho alguien de toda confianza, alguien que se ha arriesgado a contármelo, una mujer, rompiendo el compromiso que tenía de no haberme

dicho nada, por parte de mis compañeros. Ya ves qué buenos son.

—Cristóbal, a lo mejor habrían decidido avisarte y han mandado a ella.

—No. Ya me gustaría que hubiera sido así. Ha sido violando el secreto comprometido. De no ser por ella ahora no sabría nada, y tú tampoco.

A Peter se le está atragantando el trago de vino que acaba de tomar, pero no quiere que se note.

—Vale, Cristóbal, nos tomamos esto y nos vamos. Suerte y ya sabremos el uno del otro cuando acabe todo esto. Vendré a verte. Porque ganaremos nosotros. Estamos ganando ya de manera irreversible, Cristóbal.

—Ya, ya lo sé. Pero para mí la cosa está más difícil. Venga, apura el vino y nos vamos. Lo más tranquilos posible.

La puerta de la taberna se oscurece por la llegada de dos hombres. Son de complexión regular y facciones vulgares. Podrían ser alemanes, franceses o incluso españoles. Nada distintivo en esos dos tipos y rostros inexpresivos que ahora miran con algo muy parecido a la tranquilidad. Ni siquiera entran, sino que se quedan mirando fijos a Garro y al inglés. Van bien vestidos, con sombreros de alas un poco caídas, al estilo de la gente que se diría del hampa. Tras ellos, un automóvil acaba de detenerse, ocupando todo el espacio entre los soportales de la estrecha calle, y una de sus puertas delanteras ha quedado entreabierta sin que parezca que salga o entre nadie. Uno de los dos hombres, el más alto, se dirige al cura en perfecto francés.

—¿Padre Cristóbal Garro, por favor? —y entonces le asoma un atisbo de sonrisa.

—Sí, soy yo —responde este en español.

—Nos tiene usted que acompañar —continúa el otro en francés, sin inmutarse—, e igualmente su compañero.

—¡No les entiendo, joder! —sube Garro el tono sin moverse del sitio, de pie, a dos metros de la pareja de recién llegados.

—Nos tiene que acompañar, amigo —dice de pronto el otro en español con fuerte acento alemán.

—Bueno, si no es más que eso, de acuerdo —dice el cura alzando los hombros, y se acerca a ellos, sonriendo con gesto humilde, adelantando los brazos y juntando las muñecas. Peter, tras él, aún no ha dado un solo paso, sorprendido por la mansedumbre sacerdotal.

Uno de los recién llegados saca un par de esposas del bolsillo y se dispone a colocarlas en las fuertes muñecas del cura que, justo al avanzar más las manos, las aprieta un poco más, las separa velocísimo y las catapulta hacia los rostros de los agentes. De inmediato los coge por los cuellos y los lleva hacia sí, girándose en el último momento y lanzándolos contra el suelo hacia un lado, como si fueran dos fardos que caen estrepitosamente uno sobre el otro. La entrada queda unos segundos expedita, a la vez que el cura simplemente grita:

—¡Corre!

Peter no precisa una segunda advertencia para salir de un salto sobre los caídos, esquivar el coche aparcado y correr hacia el fondo de la calle, en dirección contraria a la que tiene aparcado su vehículo. Pero antes incluso de que los dos policías se levanten del suelo, otro que estaba en el interior del coche ha sacado su arma y apunta por la ventanilla hacia el inglés. Por la otra portezuela entreabierta entra como un rayo el brazo de Garro que lo agarra por atrás por la chaqueta y tira hacia atrás del pistolero. El arma se dispara en el interior, contra el techo. Con el otro brazo descarga Garro un tremendo golpe sobre la sien del agente en cuanto lo ha tenido medio fuera del habitáculo, y la pistola cae de su mano a la vez que el hombre da una sacudida. Va Garro a coger la pistola recién caída cuando una voz tras él le grita:

—¡Quieto!

Uno de los otros policías en la entrada del bar se ha levantado ya y ha sacado su pistola, con la que apunta al cura. Este lo mira sin odio pero con determinación, y va sin prisa a por el arma cercana, que apenas llega a tocar cuando tres detonaciones son la última y siniestra música que el padre Cristóbal Garro escucha antes de morir. Una de las balas le ha entrado por la nuca, y posiblemente ni ha notado el sacerdote que en ella le llegaba el definitivo instante de su vida.

* * *

El cónsul Dyer está verdaderamente preocupado por Peter. Retrospectivamente preocupado, puesto que ya está a salvo. Se ha encontrado con él en un bar de la zona bilbaína del Bocho, el más discreto que han

podido hallar, puesto que el acceso al Carlton no estaba muy recomendable hoy para el agente inglés. Luego han ido a una de las teóricas oficinas de las acererías Babcock and Wilcox que en realidad se usa para reuniones del servicio británico de información. El complejo industrial hispanoinglés es tan considerable que sin que casi nadie lo note puede darse el lujo de ceder una de sus sedes para operaciones de descarado espionaje.

—Entonces, ¿fue así cómo escapaste en realidad? —quiere saber el cónsul.

—Ya le dije, Sir, tras la vuelta de la esquina, quitarme la chaqueta y la gorra, ponerlas bajo el brazo, girarme y dirigirme despacio y sonriente en dirección contraria. Puede ser un poco recomendable sistema de huida, y desde luego peligroso.

—It is, bloody hell. Lo es, maldita sea.

—Sí, pero era el único que tenía a mano. Incluso uno de los gendarmes que había salido en mi persecución me dio un empujón para que me quitara de su paso, en su carrera justo para detenerme.

—¿No te pusiste nervioso?

—Bastante, Sir, pero no tenía alternativa. Creo que escuchaba el corazón latir, pero yo solo. Desde fuera creo que no se veía.

—No, se ve que debía de ser así —dice el cónsul, mesándose suavemente el bigote y mirando al suelo mientras pasea por la habitación. Peter también nota nervioso a su jefe. No puede ser solo por el relato de los hechos, piensa el agente, sino evidentemente porque en el cuarto donde están no hay whisky que llevarse a la boca, y ha comprobado que Mr. Dyer tiene asociada la actividad profesional con unos traguitos. Está claro que eso le pone ahora no ya nervioso sino irritable.

—Bueno, Peter, es evidente que ya estás quemado para asomar por Bayona.

—Claro, Sir, además, con la muerte de ese buen hombre habría que reconstruir los contactos, y eso llevaría un tiempo y sobre todo unos conocimientos entre la población que yo no tengo.

—No te preocupes. Vas a hacer más falta aquí en el control marítimo. Todos los ojos son pocos. Los alemanes están utilizando todos los subterfugios imaginables para pasar wolframio y platino. Y eso supone

mejores aceros en sus tanques y aviones, más difíciles de penetrar, es decir, guerra más larga. Capturamos bastante en alta mar, pero es imprescindible la información en los puertos y las navieras, ya sabes. Te quedarás aquí en Bilbao.

—Imagino que podré... —duda Peter en introducir un tema personal en sus actividades.

—¿Qué podré qué?

—Tener algún tiempo libre para ir de vez en cuando al paso de Dancharinea, a Zugarramurdi. Hay allí alguien que me necesita, Sir, mucho.

El cónsul Dyer se ha detenido en su paseo y mira a su subordinado con aire casi burlón.

—Peter, quien te necesita ahora, y mucho también, es tu país. Podrás ir allí cuando tengas algún tiempo libre, que me temo va a ser muy poco. I'm extremely sorry, my boy, pero en esta guerra los tiempos los pone el conflicto, los enemigos. Y nos dan poca tregua. No te garantizo que tengas muchos días libres. Aparte de que tu coche va a ser utilizado por otro agente que sí puede pasar a Francia. Tendrás que buscarte otro medio de transporte.

—Es un rincón muy apartado, Sir.

—Ya sé. Pero no estamos sobrados de vehículos. Se verá lo que se puede hacer, y cuando tengas ese tiempo libre, además, ya sabes. Imagino que, por otra parte, y aunque sea meterme en lo que no me llaman, podrías también hacer que esa alguien, supongo, viniese aquí de vez en cuando.

—Le confieso que me gustaría que fuese más que de vez en cuando, pero es difícil. Tiene un caserío allí, y un hijo pequeño. Sepa, Sir, que es la hermana del mugalari que mataron hace unas semanas en el monte.

—¡Ah, caramba, pues sí que has intimado con la gente de allí, Peter!

El rostro de Peter se pone tenso, como pocas veces le ha visto Mr. Dyer, mientras le responde:

—Le ruego, Sir, que no haga ningún comentario sarcástico al respecto. Con el debido respeto y repitiendo sus palabras, es exactamente meterse en donde no le llaman.

—Disculpa, Peter, disculpa, sencillamente me ha cogido de improviso la noticia de esa relación. Pensé que sólo habías contactado con los mugalaris. Con nadie más.

—Disculpa aceptada, Sir, pero seguro que usted comprende que uno es joven aún, que tiene derecho a buscar y encontrar afectos, siempre que no interfieran con las labores que se me encomiendan. En este caso, incluso esa relación ha colaborado a ello.

—Nada, nada, Peter, insisto en la disculpa y me alegro de ese contacto, a otro nivel que el meramente político. Lo cual no quita para que te insista en las dificultades para ir allí o a cualquier otro sitio en estos largos meses que me temo que aún nos quedan. Ojalá pudiera dejarte libre hoy mismo, pero ya ves...

* * *

Nekane anda un poco con la vista perdida. Peter lo nota perfectamente. No es que sea solo observador, sino que es evidente que la chica anda en otra maraña de pensamientos cuando está hablando de cualquier cosa. Por una bella, inocente camaradería instintiva, Pachi está más pegado a Peter de lo normal. Intuye que su reciente amigo va a alejarse, se está alejando ya, posiblemente para siempre. Una especie de muerte pequeña que el chico intuye y quiere diferir mientras pueda. Ya le ha contado Nekane al inglés que va a vender el caserío. Los del Asparren, los vecinos de abajo, lo habían querido siempre, no ya por la casa, o la extensión de las tierras, no excesivas, sino porque con ello completaban su terreno y tenían un magnífico acceso a la carretera. Han llegado a un acuerdo de precio más ventajoso para Nekane de lo que esta temía. No han querido aprovecharse de la urgencia de ella. Nekane dice que se irá con su hermana, la de Pasajes de San Juan.

—Iré a verte allí, a Pasajes, a ver cómo sigues, a verte, a seguir viéndote —le dice Peter.

—Con el dinero de la casa seguro que podemos vivir Pachi y yo sin molestar demasiado a nadie —le dice Nekane—. No molestar. Ya sabes que es de lo más importante en la vida.

—Nekane, por Dios, te estoy hablando de ir a verte. No es difícil desde Bilbao. No estoy hablando ahora de dinero ni nada de eso. Estoy hablando de nosotros.

Nekane suspira, parece que vuelve a juntar el momento en el que está con sus pensamientos en el momento en que se vuelve hacia Peter y le dice con

voz neutra:

—Pérdoname, Peter, pero aunque tengas razón, que la tienes, aunque me quieras, cada vez que te veo, veo en ti la muerte de mi hermano. Fue a tu servicio.

—No puede ser, no hay derecho...

—Me gustaría que no lo fuera, pero ahora mismo es así, pues.

—Esperaré a que me perdones, a que perdones a la guerra, a los alemanes, a la Guardia Civil, a la guerra de España, a todo.

—Como quieras. No esperes mucho. No te garantizo nada. Y búscate mientras una buena nesca bilbaína. Las hay bien majas, creo.

—Ninguna como tú, Nekane.

—Eso, Pedro, desgraciadamente, no me importa en este momento. Vamos a despedirnos lo antes posible. Porque Pachi también lo va a pasar mal sin verte. Te había tomado cariño. Él también.

Peter ve que por el momento no puede sino obedecer y va a darle un beso en los labios pero Nekane gira el rostro esos centímetros que van del amor al afecto. Y la mejilla, cerca de la comisura, eso sí, pero es la mejilla la que recibe el beso que iba destinado a los labios en los que ahora hay una triste sonrisa.

—Adiós, Pedro. Ya nos veremos, quizá algún día, cuando todo esto haya acabado, cuando hayamos recompuesto nuestras vidas.

—No, Nekane, yo te recordaré siempre, te querré siempre.

—Qué tonto eres. Siempre, en bocas humanas, quiere decir ahora mismo, ¿o no lo sabes? Claro que lo sabes, tonto. Anda mira, un beso bonito de despedida, para que no creas.

Nekane entonces le da un beso menudo, suave, en los labios; el que antes, dueña de la situación, le había negado, y que a Peter le suena ahora a venia de despedida, a cierre de un ciclo que él no había esperado ni deseado de ese modo.

* * *

Eugéne Goyeneche y Mirenchu pasean por la orilla del Adour. Una primavera que no se atreve a serlo les hace tener que ir abrigados. Huele a cieno, a río sucio. De vez en cuando se ve una patrulla alemana, más

reforzada de lo que se daba antes, con más gesto de desconfianza. Por el contrario, en las miradas de los gendarmes franceses se nota un deseo, si no de agradar, de sentirse más como el resto de la población. Ha desaparecido bastante en ellos la oficiosidad, no digamos la agresividad de los primeros días, y está clara una postura de acercamiento a los franceses de a pie, de querer ser de nuevo la policía que siempre fueron, rigurosa pero cívica y eficaz sin caer en lo opresivo. Los tiempos están cambiando de esa manera, y aunque la prensa sigue censurada, las conversaciones adquieren un tono más laxo respecto a la guerra, van reculando mucho las opiniones favorables al Reich, y quienes han sido sus defensores más furibundos o colaboradores más destacados comienzan a sentir un inevitable desasosiego que se manifiesta sobre todo en un tono más humilde en el hablar, en el moverse casi, como viendo instintivamente venir unos días en los que todo puede ser oscuramente distinto a como ha sido en estos últimos cuatro años. Muchos no conocen la palabra némesis, pero saben, no van a saber, del concepto, que temen y nombran de maneras varias y ven acercarse inevitable según las noticias en los boletines, en los periódicos, en la BBC clandestina. Por otra parte, los alemanes y las milicias, el núcleo duro del colaboracionismo, cada vez más aislados y acorralados, están dando las dentelladas más duras, y paralelamente a las cada vez más frecuentes acciones de la resistencia, se están dando las represalias y redadas más crueles desde que empezó la ocupación, de modo que se va creando una atmósfera donde el odio, la desconfianza, la crueldad, la cobardía y todas cuantas oscuras cualidades abriga el corazón humano están encontrado un magnífico campo de acción en la mayor parte de Francia.

—Eugéne, no insistas —repite Mirenchu—. Y no es que no me parezcas un hombre bueno o interesante. Es que tengo otro candidato en mi vida, que lo sepas.

Eugéne se esperaba todo menos eso. Una petición de que aguardase, que ya vería, que aún no, lo que fuera, menos eso.

—Pero, pero..., Mirenchu, si sabes que yo te quiero, que nadie te va a querer como yo.

—Bueno, puede ser, pero tengo otro.

Goyeneche traga saliva, detiene el paso y mira a la chica muy serio. Nunca

quizá en su vida ha sentido tanto ser unos cuantos centímetros más bajo que ella. Hubiera dado en este instante media vida no por ser más listo, más guapo, más rico. Sólo por ser él quien tuviera esa diferencia de estatura a su favor.

—¿Puedo saber quién es, Mirenchu? ¿Lo conozco?

Ella sonrío de una manera extraña.

—Sí y no.

—Mirenchu, es sí o no.

—No, depende. ¿Eres muy religioso?

—¿Qué tiene eso que ver?

—Tiene todo que ver, Eugéne. Voy a tomar órdenes. Me han aceptado como novicia en las clarisas de San Sebastián. La semana que viene cruzo la frontera y voy para allá.

A Goyeneche no le queda más remedio que sonreír, como puede y cuanto puede.

—Estás hablando en serio, ¿verdad?

—No se habla de esto en broma. Desde la muerte del padre Garro he pensado que mi lugar está allí. Fuera del mundo.

—¿Tanto te gustaba ese hombre?

—No seas tonto, por Dios, no era por él personalmente, era por lo que significaba. Por cómo nos hemos portado con él. Quiero redimir esa conducta con mi persona. Y perdóname la soberbia.

Eugéne alza los hombros, mira hacia una gabarra que asciende por el ancho Adour, cargada de lo que sea, dejando en el aire el eco renqueante de su motor.

—Bueno —dice sin mirar hacia su compañera—, pues esta vez sí que ha tenido buen gusto.

—¿Quién? ¿De qué?

Hay una sonrisa de conejo en el periodista y político cuando observa a Mirenchu de reojo antes de retomar el paso y decirle:

—Dios. Esta vez sí que ha tenido buen gusto en tomar esposa. Y no como tantas veces. Esta vez sí.

* * *

—¿Va a tardar mucho, señor? —pregunta discreto Faustino al embajador Lequerica—. Lo digo por apartarme a la calle lateral. Parece que hoy hay mucho tránsito de personas por aquí. Y de coches, claro.

Sin salir del vehículo, don José Félix mira hacia las ventanas superiores de la residencia del mariscal. Ciertamente se ve movimiento tras los cristales. Mucho más del habitual.

—No, déjalo, Faustino. No, mejor no molestar. Se ve que hay gente con más cosas que hacer que yo allí dentro. Ya vendrá el mariscal a visitarnos a España, que lo dudo. O la gente de su gobierno. O Ybarnegaray, si le dejan. Eso sí es más probable. En fin..., Vae Victis!

—¿Decía el señor?

—Nada, Faustino, era latín, una lengua muerta. Muerta como esta Francia de Vichy. Tira para adelante, a recoger a la señora, que estará ya impaciente. La pobre.

El embajador da un suspiro, se recuesta en el asiento del coche, saca un cigarrillo que enciende y llena la atmósfera de una nubecilla azulada y sutil en la que se van envolviéndose los pensamientos del diplomático.

* * *

El despacho de Alfred Toepfer, en lo que hasta la guerra fue aduana de Bayona, está como de costumbre. Eugéne Goyeneche se lo conoce ya a la perfección, y casi siempre que ha asomado por allí a una hora apropiada, el alemán le ha obsequiado con un buen vino, francés, por supuesto, y que Goyeneche ha bebido con un sentimiento mezcla de placer y remordimiento por la calidad del caldo, y por su origen, sin duda confiscado. El gallo francés, en madera, envuelto en la bandera y coronando aguerrido el mueble de la librería, sigue sin enterarse de que hace varios años que los dueños de aquello son los alemanes, mientras sigue eternizado en su fanfarrona postura de triunfo. Cada vez que Goyeneche entra en el despacho, no puede evitar mirarlo con un sentimiento entre la compasión y la burla. A él ese gallo le dice casi tan poco como el águila de san Juan que sujeta al escudo de España. Menos, incluso, piensa a veces, porque al gallo lo tiene, lo había tenido hasta hace poco, bastante más encima.

Pero hoy se ha fijado incluso antes que en el gallo, en el botón superior del

uniforme de Toepfer. Está desabrochado, y no hace un calor excesivo en el despacho, en la irregular primavera del sur, ni Eugéne se ha presentado de improviso, cogiendo desprevenido a quien sólo le recibe allí previa llamada por su parte. Detalle curioso también, esta vez no fue un motorista con el recado, sino un soldado de a pie, con aire indolente y la gorra de paseo medio ladeada. Un soldado que encima hablaba pasablemente francés, y que le parece haber visto por la ciudad otras veces. Se ve que es de los afortunados que ha hecho la guerra en el dulce retiro galo, sin más peligros que los que aporta la vida cotidiana, que no son pocos, si bien se mira, y que ha tenido tiempo de estudiar la lengua del país ocupado.

—Pase, Eugéne, pase —un sonriente Toepfer se levanta de inmediato, le señala el acostumbrado sillón y le da la mano con el vigor de siempre.

—¿Un poco de vino? —le pregunta a renglón seguido. La hora desde luego lo requiere.

—Si usted insiste... —es también la respuesta acostumbrada, un poco con risa de conejo.

—Hoy vamos a hacer una excepción. ¿Ha probado usted alguna vez el Château Mouton Rothschild?

—No, la verdad, no. No está a mi alcance.

—Hoy lo va a estar. Ya ve qué buenas cosas hacen los viñedos de ese hebreo. Quién nos mandaría a nosotros... En fin, he conseguido algunas botellas, de toda garantía, por supuesto, y he pensado que usted es una de las personas que se lo merecen. Siéntese, por favor, siéntese. Me han traído también un poco de jamón de España, del sur. Nada del cacareado *jambon de Bayonne* de aquí, ni *prosciutto* italiano. ¿Usted lo ha tomado de este alguna vez?

—Pues no, Herr Hauptmann, de ese no.

—Pues hoy va a ser. Por cierto, Eugéne, insisto, llámeme Alfred. Yo le llamo a usted Eugéne y usted me llama Alfred. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Herr Haupt..., de acuerdo, Alfred.

Toepfer toma dos copas y un plato que está cubierto por otro. Luego saca la botella de la neverita. Hay una señal de alarma en los ojos de Goyeneche. Toepfer ríe.

—No, no, Eugéne, no se asuste. Sólo lo he enfriado un poco para que

consiga la temperatura ideal, la de la bodega, *chambré*, ya sabe, y me he permitido abrirlo hace una hora, conociendo su exquisita puntualidad. ¿Qué le parece?

—Perfecto, Herr..., perfecto, Alfred, perfecto.

Toepfer quita el tapón, puesto a medias en la botella, y aspira el aroma en el extremo del corcho.

—Sí, creo que está perfecto.

Vierte vino en las dos copas y propone un brindis.

—Por nosotros, Eugéne, por nosotros. Creo que no va a haber muchas más ocasiones de vernos así, relajada y amigablemente como ahora... Por cierto, exquisito este vino. ¿No cree?

—Caramba que sí. Pero, eso, ¿se va usted, Alfred?

—Pues me voy y no, Eugéne. Por ahora me quedo en Bayona, pero lo que se va es el proyecto nuestro, pese a la buena voluntad de Best y otros cuantos, yo incluido, el buen reportaje de Brieger, etc. etc.

—No le entiendo bien, Alfred. ¿Se queda usted entonces?

—Pruebe el jamón, verá que sabor celestial. Los árabes y los judíos no saben lo que se pierden.

Toman cada cual una loncha. Tras comerla, Toepfer da un sorbo de vino y chasquea ligeramente la lengua.

—Verá, Eugéne. Usted es cualquier cosa menos tonto. Se ha tenido que dar cuenta de que me cae simpático, y por cierto, todo lo que voy a hablar con usted será negado por mi parte en el caso de que saliera de estas paredes. Pero se lo quiero comentar porque me cae usted bien; un poco inocentón pero me cae bien, ya le digo, y porque a estas alturas quiero desahogarme con alguien que no sea del partido..., y porque me da la gana. Escuche.

Eugéne toma un trago más de vino que ni saborea, dado lo que acaba de oír, y no hace ningún movimiento.

—¿Usted sabe cómo va la guerra en Rusia?

—Creo que no muy bien.

—Ahórrese eufemismos. Va fatal. Y sabe que los aliados tienen ya el norte de África en sus manos, Sicilia y más de media Italia, ¿no?

—Bueno, es noticia pública.

—Y que Mussolini se ha ido a la mierda y que los japoneses se están

llevando una buena paliza de manos de los americanos, ¿verdad?

—Sí, algo de ello se sabe.

—Algo de ello... Pues bien, Eugéne, si tenía usted esperanza de una Europa de los pueblos por obra del Tercer Reich, vaya despidiéndose de eso.

—¿Se clausura el programa de aproximación a esos pueblos?

—No, Eugéne, nos lo clausuran, por más que haya en mi país, en mi ejército, en mi partido, mucha gente que no lo quiera ver, comenzando por arriba. Sobre todo por arriba.

—Ya. Entonces, la revista...

—No, no, la revista de ustedes seguirá saliendo. No se va a prohibir, todo lo contrario. Pero si ganan los aliados, cosa imposible, tengo que decir oficialmente, claro, claro, pero si ganan, puede ser otra cosa. Si ganan los aliados, Eugéne, y conste que yo no he afirmado semejante barbaridad, entonces prepárense ustedes a seguir como están o peor. La república francesa seguirá siendo, como es desde los jacobinos, como usted sabe, *une et indivisible*... Y España, qué le voy a contar... En fin, no me diga que el jamón este no es exquisito. Del vino, qué le voy a decir...

—Entonces, Alfred ¿se retiran ustedes?

Toepfer ríe con una risa que Goyeneche no le había visto hasta ese momento. Hoy hay muchas impresiones nuevas.

—¡Ja, ja, ja, ja...! No, amigo Eugéne, para eso había que haber sido un poco más listo. Retirarse a tiempo hubiera sido una muestra de listez. Pero no nos pida eso. Podemos ser valientes, esforzados, agresivos, trabajadores, testarudos, crueles o generosos..., pero listos no, Eugéne. Listos no. Yo seguiré en mi puesto, que como usted sabe está por cierto cada vez más amenazado. La resistencia es cada vez más activa. Ahora, claro. Antes, todos calladitos. Pero sí, yo seguiré en mi puesto hasta que me releven, o me maten, que espero que no, o perdamos la guerra, que, en confianza, espero sea lo antes posible para poder dedicarme a mis negocios en mi país, que es lo que me gusta, si es que quedan negocios y me queda país. Pero mientras, aquí, Eugéne, cumpliendo con mis obligaciones. ¿Qué le parece?

—¿Por qué no se va, Alfred?

Mueve la cabeza despacio el alemán, y hay un gesto de verdadera pesadumbre en un rostro que Goyeneche siempre ha visto firme y dominador.

—¿Adónde, Eugéne? ¿Para hacer qué junto a quién? No. Me debo a mi país y me hundiré con él. No me debo al partido aunque me temo que también me hundiré con el partido. Pero espero tener recursos para seguir, en la derrota como hubiera seguido en la victoria. Tengo casi cincuenta años, Eugéne, y he hecho muchas cosas en la vida. Y creo tener energía para hacer más. Pero, a ver, me ha tocado estar a las órdenes de una locura que, eso sí, si llega a haber triunfado hubiéramos alabado todos, y que ahora que comienza a derrumbarse vemos como es, como nunca debió haber sido. Pero no, Eugéne. Me quedo en mi puesto y asumiré mis responsabilidades. Eso forma parte también de mis proyectos de futuro. No como nacionalsocialista, sino como alemán, como hombre... Ande, tómese un poco más de jamón. Y de vino, que de este no nos queda mucho por catar.

* * *

También quiere ser primavera en Bilbao, pero se diría que el termómetro tiene algo que decir en contra. Los árboles habían empezado a apuntar sus yemas, pero la lluvia intermitente llega a veces fría y racheada junto a ventoleras que se dirían casi de invierno. Al cónsul Dyer este tiempo le gusta, sobre todo desde su ventana, que da a poniente, en el elevado piso de su suite en el lujoso y confortable hotel Carlton, y es de las pocas veces que descorre un poco el visillo y se permite ver unos instantes la plaza, con el agua fabricando mínimos arroyos que esmerilan transitoriamente los cristales de la ventana. Las gentes, abajo, vestidas casi todas en grises y negros ibéricos, sortean la lluvia como pueden o la sobrellevan estoicos bajo los paraguas que a veces el viento voltea. Disminuye el tráfico en la calle, brillantes los adoquines, y se diluye un poco el pardo de las fachadas, lavadas hoy de hollines, en especial las cerámicas vidriadas del palacio Chávarri; así hasta los próximos días de sol en que volverá a aposentarse en ellas la esplendorosa mugre que durante años llevan lanzando las humaredas de los altos hornos cercanos.

—Ya ves, Peter —le dice a su subordinado, girándose mostrando la botella de whisky—, Haig, como el general que nos mandaba en la Gran Guerra. Y lo que es peor, la destilería pertenece a su familia. Gente rica.

—¿Y lo sigue usted tomando, pese a las veces que ha abominado del

general y de cómo dice que sacrificó a tantísimos hombres en aquellas ofensivas suicidas en el Somme?

El cónsul alza los hombros y sonrío. Da sus dos traguitos sucesivos de whisky y responde:

—¿Y si te dijese encima que me aficioné a esta bebida al acabar la guerra, cuando hubiera estrangulado con mis propias manos a ese carnicero, de haber podido hacerlo evitando el peso de la ley?

—Razón de más para no entenderle, Sir.

Se sienta el cónsul moviendo la cabeza de uno a otro lado.

—Peter, al acabar la guerra me di cuenta de que teníamos que vivir de nuevo todos los ingleses juntos, en nuestra pequeña isla, olvidar diferencias y luchar hombro con hombro por levantar el país. El millón de jóvenes perdidos nos estaban pidiendo eso, esfuerzo, unión, reconciliación. Te reconozco que tomé este whisky como un gesto no de olvido, sino de perdón, de sentirme dentro del río de un lugar en el que he nacido por azar, pero que una vez nacido en él es el mío hasta la muerte. Con sus errores y éxitos es el mío. Cada vez que tomo un traguito de whisky, y eso no te lo había dicho antes, me reconcilio con el pasado, con los errores de la guerra, con la estupidez engreída del mariscal Haig, Peter. Es un acto, quizá de perdón o quizá de soberbia, de decir, estoy vivo y no me importa ver tu nombre cada vez que veo la botella. Ya no eres un fantasma odioso para mí.

—Por eso piensa usted, Sir, que cuando acabe la guerra los vascos van a seguir donde están.

—Estoy seguro, Peter, un pueblo repartido entre dos naciones, próspero, vital, y que espero que sepa ser un puente y no un tapón, no un atasco entre esos dos países.

—Pero, Sir, entonces, todas las esperanzas que les hemos estado dando frente a los alemanes de que con nosotros serían más libres...

—Más felices, al menos, Peter —interrumpe Dyer—. Lo de la libertad depende de cómo se lo tomen. Los vascos partidarios de Franco, de España, son suficientemente libres perteneciendo a esa vieja nación.

—Entonces, ¿aquel mapa de Luis Arana, aquel de que me habló usted?

—El mapa de Luis Arana... Sí. Una verdadera locura. Yo lo vi. Debes saber o quizá sepas que en 1938 yo ya estaba entonces trabajando en

exteriores.

—¿Recuerda el mapa, Sir?

—Of course, my boy. El mapa mostraba una banda al sur de los Pirineos, del Atlántico al Mediterráneo, que se suponía repartirían entre una Cataluña y un País Vasco independientes que por supuesto incluiría el País Vasco francés.

—¿Y los aragoneses y riojanos, Sir?

—¡Ah, nada, nada! Esos, incluidos por decreto en los dos nuevos países. Como en algún momento fueron o se dice que fueron parte de los susodichos...

—Pero eso sería una locura. Todos los países de Europa han tenido otras fronteras. Los ingleses podríamos reivindicar media Francia occidental, toda Aquitania... y Calais, que fueron nuestras.

—No sería mala idea. Pero los normandos de Francia podrían reivindicar Inglaterra. España podría reivindicar Bélgica, Borgoña y media Italia. Italia, por su parte podría reivindicar Europa, de cuando Roma, claro, y Turquía podrá decir que todos los Balcanes son en realidad suyos, hasta Viena, y así. Los países se han comprimido y expandido en todos estos siglos. ¿Qué frontera tomar como buena? Por supuesto cada país dirá que la que tenía en el momento de mayor expansión, lo que hace que se solapen todas las fronteras europeas. Un desastre. ¿Te imaginas, Peter?

—Perfectly, Sir. Perfectly.

—De ahí que al mapa de Arana no se le hiciera bendito caso, y a su autor, menos.

—Pero esto, ahora, es distinto, Sir. El proyecto independentista existe, y han estado colaborando mucho con nosotros y con los americanos.

—No me lo recuerdes, Peter. En Norteamérica, ya sabes, están completamente integrados a las órdenes del Servicio Secreto, y en Inglaterra prácticamente también, y aquí tengo más colaboradores voluntarios de los que podría desear, empezando por los hermanos Ajuriaguerra esos, que conoces. Buenos chicos y muy eficaces. Por no hablar de los marineros que van en distintos barcos y que nos envían esas cataratas de datos que tú y otros ordenáis luego.

—Pero entonces, Sir, insisto, el pago a esa ayuda que nos han estado

prestando...

—Que se han adelantado ellos a prestar por su cuenta.

—Sí, pero será a cambio de algo. Y ese algo es la ayuda a la independencia. Seamos claros. Usted lo sabe.

Mr. Dyer, excepcionalmente da un solo trago de whisky, más largo de lo normal. Peter diría casi que lo ve nervioso, si no fuera porque suele tener siempre un enorme dominio de sí, y seguramente más por hablar con un subordinado.

—Peter, young man, si alguien ofrece algo sin haber sido llamado debe esperar que sea la otra parte la que ponga las condiciones. Así es en la vida, y en la política, por supuesto. Tienen derecho a creer que ellos ponen el precio a esa colaboración, pero nosotros tenemos no ya el derecho, sino el deber de ofrecer lo que creamos oportuno, y ese algo no va a ser nunca nada que pueda suponer un conflicto de envergadura con Francia y con España.

—Pero les estamos dando esperanzas, Sir. Contra los alemanes...

—Por supuesto, Peter, por supuesto. Pero insisto en que ellos se han ofrecido, se han volcado, esperando unilateralmente la recompensa que ellos creen merecer, no la que nosotros tengamos pensada. Ni que hemos pactado. No hay nada firmado. Nada acordado previo. Por supuesto que tras la guerra, cuando la ganemos, les felicitaremos, se lo agradeceremos ostentadamente, les homenajearemos... y les daremos medallas. Eso es barato.

—Pero, Sir, insisto, estamos haciéndoles ver que con nosotros ganarían más que con los alemanes.

—Y así es, Peter, porque nosotros vamos a ganar la guerra. Esos aliados vascos nos están ayudando en la medida de sus fuerzas, aquí, a ganar la guerra. La estamos ganando ya definitivamente, y encima junto a esos peligrosísimos aliados rusos, pero la estamos ganando. Los vascos van a ganar indirectamente la guerra con nosotros, pero nada más. Y nada menos, y van a seguir formando parte de un mundo libre. Pero nada de inventarnos naciones ahora a costa de despedazar a otras, más o menos aliadas, como te digo. Eso no se lo puedes decir, por supuesto, pero debes saber que es así. No me seas ingenuo a estas alturas.

—Entonces... ¿debo seguir manteniendo a todos mis contactos nacionalistas, con los marineros vascos, esas esperanzas, a fin de que sigan

colaborando con nosotros?

Mr. Dyer da sus dos breves y consuetudinarios sorbitos antes de contestar:

—Peter, yo no hubiera podido resumirlo mejor.

—Pero, pero, Sir, perdóneme, pero eso me atrevo a decir que es inmoral, sencillamente inmoral...

Mr. Dyer deja el vaso en la mesa, sobre la que apoya los codos y cruza los dedos de las manos. Pocas veces ha mirado a su subordinado con mayor intensidad. Le habla muy despacio pero va levantando el tono de voz.

—Peter, my boy, no vuelvas a pronunciar esa palabra cuando hables de política. Has elegido pertenecer al Imperio Británico. No lo olvides nunca. And... What the devil do you think empires are made of? Out of Christian charity? ¿De qué diablos crees que están hechos los imperios? ¿De caridad cristiana?

* * *

Donostia/San Sebastián, 8 de mayo, 1945

Pedro y Fernando siguen mirando al avión alemán que las olas de la playa empiezan ya a bambolear suavemente, por el flujo ascendente de la marea. Los dos amigos han quedado en silencio un instante, y es el mugalari quien retoma la conversación, tras encender otro cigarro.

—Bueno, Pedro, siento que no vinieras a mi boda con Felisa, pero no tenía forma de localizarte.

—Lo sé, Fernando, no te preocupes. Era mi oficio. Andar escondido. La guerra, ya sabes.

—Ya. Bueno, espero que ahora vengas alguna vez a vernos al caserío.

—Es una posibilidad.

—Me gustaría. Nos gustaría.

—Se hará lo que se pueda.

—No, Pedro, más de lo que se pueda. Como cuando había guerra. Y ven con quien quieras. Te quedas allí el tiempo que quieras.

Pedro va quizá a contestar, pero en ese momento una chica morena, pelo suelto, bien parecida, de andares quizá duros, firmes, mínimamente

masculinos, viene por la misma acera del café en una de cuyas mesas están sentados los dos hombres. Sonríe desde lejos y su sonrisa atraviesa espacios, como esos impulsos que llegan con mayor fuerza de la que podría esperarse en su mero valor gestual. Quizá como si estuviéramos esperándolos o como si quien los envía los lanzase sabiendo que llevan un mensaje más poderoso de lo normal. El caso es que los dos hombres, por esas hondas razones, han mirado a la vez hacia la portadora de esa sonrisa que se les acerca.

—¡Joder, si es Nekane! —exclama Fernando—. ¡Mira, Pedro, Nekane, y qué guapa viene, pues!

—Sí —dice Pedro, como sin darle importancia. En el tono indolente de la respuesta salta una alarma en Fernando.

—Pero, ¡joder! ¿No decías que hacía mucho que no la veías?

—Sí, desde ayer. Eso es mucho para mí.

La boca entreabierta de Fernando quiere decir algo que no sale. Pedro le ayuda.

—Le dije que había quedado contigo. Para celebrar el fin de la guerra. Quería verte ella también.

Nekane ha llegado ya a la altura de los dos hombres, que se han puesto de pie. Pedro y ella se dan un beso suave, casto. Hay mucha gente delante para el pacato San Sebastián de 1945. Con Fernando, dos ostentosos besos mutuos en las mejillas. No puede este dejar de tomarla suavemente por el brazo y tomar algo de distancia para mirarla de arriba abajo

—¡Ene, chica! ¡Bien guapota que estás tú!

—Es, Fernando —se permite corregir, Pedro—. Es, no está. Una de las diferencias que más le costó aprender a mi padre del castellano.

—Bueno, pues eso, es... Y, oye —baja la voz—, con las medias y los faldones en el caserío no se veía que tuvieras unas piernas tan bonitas...

—Haberte fijado —ríe Nekane.

—Ya, ya veo que otro se adelantó —mira malicioso a Peter y sonrío—. Bueno, no me puedo quejar yo tampoco. Felisa es una buena mujer, por ahora, claro...

Los tres miran hacia los restos del avión, que siguen en la playa, ahora más anegados por la creciente marea. El sol ya más alto ilumina el fuselaje desbaratado que apenas brilla, en el tinte mate de la pintura. Sí que relucen

las olas breves al desbaratarse en rumor y brillos. Sigue habiendo curiosos que los policías mantienen a distancia del aparato. El agua llega ya hasta la mitad de la cruz teutónica con filos blancos que hay pintada en el fuselaje, y en el alerón de cola, arriba, la reglamentaria esvástica comienza a salpicarse de gotas de las olas menudas que rompen contra la chapa. Es quizá una de las últimas cruces gamadas que quedan a la vista en Euskal Herría.

F I N

UNAS NOTAS ACLARATORIAS

Esta novela no lo es tanto. Para bien y para mal hay en ella mucho de verdad respecto a aquellos tiempos y aquellas gentes. La idea de escribirla asomó — entre copa y copa de manzanilla— en una conversación con el editor, Miguel Ángel Matellanes, quien me habló de un reportaje redescubierto en Berlín en el año 2000, y que había sido hecho por los alemanes en la guerra. Era *Im Lande der Basken*. Me comentó también sobre un amplio documental al respecto realizado en el País Vasco en 2013 y que, bajo el título *Una esvástica sobre el Bidasoa*, seguía justo la pista de aquel reportaje e indagaba en las relaciones de un sector del nacionalismo vasco con los ocupantes de Francia en aquellos años bélicos. En dicho reportaje, accesible en YouTube, aparecen muy curiosas declaraciones referidas al tema, por parte de varios políticos y personajes varios. El tema daba, por supuesto, para una novela. Ahondando en todo ello, personas y acontecimientos reales me sumergían en unos hechos tan poco conocidos como interesantes, y a los que tuve que añadir los necesarios y fluctuantes seres y nombres ficticios que otorgaran al texto categoría de novela y no de ensayo histórico. Admito, así y todo, que el peso de la realidad es considerable en todas sus páginas. Me gusta conocer bien la geografía sobre la que asiento mis novelas. Por ello, acompañado de mi futura viuda, volví a fatigar hace poco el norte de Navarra y el País Vasco francés, por más que ya lo conociera bastante de mis varios viajes a aquella bella geografía, sumando mi experiencia de dos años en San Sebastián como catedrático de inglés en el instituto de Alza, un barrio de aquella ciudad. Aquello había sido a finales de los ochenta, cuando aún se podían conseguir fácilmente traslados entre comunidades autónomas, cosa que yo aproveché para dicha estancia laboral en la tierra de mis ancestros, que precisamente provienen por parte de abuela paterna de Urdax y Zugarramurdi. En el cementerio de la capital donostiarra, por cierto, languidece un pequeño panteón familiar, el de los Fagoaga, apellido que está doblemente representado en los ocho primeros míos. Allí esperan la resurrección de la

carne varios de mis predecesores en este valle de lágrimas.

Para afianzar más la novela hube de manejar bibliografía, no sólo sobre el nacionalismo vasco, cosa que ya conocía pasablemente, sino sobre la guerra mundial en el sur de Francia, la colaboración, la resistencia, el Muro del Atlántico, y sobre los referidos contactos entre el nacionalismo vasco y los ocupantes. De todos los textos consultados, reconozco como más interesante el de los historiadores Juan Carlos Jiménez de Aberasturi y Rafael Moreno Izquierdo, que tiene el significativo título *Al servicio del extranjero: Historia del servicio vasco de información (1936-43)*. Y no sigue el libro hasta 1945 porque como ya he anotado en páginas precedentes, el tal servicio pasó a formar parte de la inteligencia norteamericana y británica a partir de 1943. En dicho estudio, publicado en 2009, aparece también la fotografía del mapa de Luis Arana —el hermano de Sabino—, de 1938, del que se habla al final de la novela, y que se encuentra en los archivos ingleses, en Kew. Es el proyecto de Estado tapón que el nacionalismo vasco pretendía entre España y Francia, uniéndose con Cataluña, anexionándose lógicamente a La Rioja, Navarra y Huesca. Asimismo se hace referencia en dicho libro a los detalles del fusilamiento de Luis, y a la conversación entre Lequerica y Pétain, sobre lo de «patriotas vascos» o «traidores españoles», conversación que tuvo lugar el 16 de agosto de 1941, que he reproducido en su esencia, y que está resumida por el embajador en su comunicación al Ministerio de Exteriores, pudiendo consultarse libremente en el archivo de dicho organismo, en Madrid, legajo 2295, expediente 7, bajo el título «Ruego del mariscal Pétain relativo a diecinueve condenados a muerte.»

También referido a las palabras de Lequerica, esta vez al embajador norteamericano Leahy, conviene aclarar que las cifras que facilitó respecto a la batalla de Culloden son algo exageradas. Parece ser que los muertos fueron entre 2000 y 2500, según estudios recientes.

BREVES RESEÑAS SOBRE ALGUNOS DE LOS PERSONAJES REALES QUE APARECEN EN ESTA NOVELA

(Pueden ser ampliadas en enciclopedias o en internet)

ÁLAVA SAUTU, LUIS

(Murguía, 1890-Madrid, 1943) Ingeniero, afiliado al PNV, vive en Vitoria durante la guerra civil donde no resulta sospechoso ni es detenido. Realiza labores de ayuda a represaliados vascos y de información para el Deuxième Bureau, el servicio de inteligencia francesa, con quienes consigue contactar. Durante la Segunda Guerra Mundial es el responsable de la llamada red Álava, que además de ayudar a presos y familiares, pasa a los servicios secretos franceses información política y económica, y sobre todo respecto a instalaciones militares, movimientos y situación de tropas en España. Al entrar los alemanes en París, en mayo de 1940, estos pasan a las autoridades franquistas los documentos sorprendentemente depositados aún en la sede parisina del Euzko Jaularitza, mientras que, aún más incomprensiblemente, nadie avisa del peligro a la red clandestina del PNV en España. En enero de 1941 cae toda la red Álava y se juzga y condena a sus componentes, siendo impuestas diversas penas de prisión y de muerte a varios de ellos, que después serán conmutadas por cárcel, menos a Luis Álava, máximo responsable y que, visto el volumen de información confidencial que se ha transmitido a los aliados, es condenado a muerte por lo que se considera alta traición, y fusilado en mayo de 1943, tras fracasar distintas gestiones y apelaciones nacionales y extranjeras para salvarlo.

ARANA GOIRI, LUIS

(Bilbao, 1862-Santurce, 1951) Hermano de Sabino Arana (1895-1903), fue

fundador junto a este del EAJ, Euzko Alderdi Jeltzalea (PNV, Partido Nacionalista Vasco). Durante la Primera Guerra Mundial prestó su apoyo al bando alemán, colaborando al suministro a submarinos alemanes por medio de barcos vascos. Poco antes de la Guerra Civil española, abandona el PNV por discrepancias internas. Ello no impide que en 1938 vaya a Londres e intente entrevistarse con el ministro de Exteriores, proponiendo un plan que suponía la creación de un Estado vasco independiente que, junto a otro catalán, ocuparían todo el sur del Pirineo, lógicamente incluyendo Navarra y parte de Aragón, comunicando el Atlántico con el Mediterráneo, todo bajo protección militar inglesa y francesa, y con la promesa de colaboración incondicional hacia dichos países. El referido mapa se halla en los archivos de Kew, Inglaterra, como ya se ha comentado. En la Segunda Guerra Mundial, Arana, alejado del PNV, se acerca de nuevo y por su cuenta a los aliados. Pese a sus propósitos y actividades, vuelve a España, no se tiene noticia de que fuese encarcelado, y fallece en su domicilio de Santurce en 1951.

BEST, WERNER

(Darmstadt, 1903-Mülheim, 1989) Doctor en Derecho, llegó a Obergruppenführer, general, en las SS. Ayudó a la creación de la Oficina Central de la Seguridad del Reich. Fue adjunto a Reinhard Heydrich en el Sicherheitsdienst, el servicio de seguridad de la SS, desde 1935 a 1940. Alto cargo en la Francia ocupada de 1940 a 1942, envió al cineasta Herbert Brieger para que realizase reportajes sobre el pueblo vasco, de los cuales sólo ha llegado uno hasta nosotros. Interesado en pueblos europeos «poco contaminados», fue de los mayores defensores de la creación de protectorados raciales bajo la órbita del Reich. Fue luego nombrado Comisario del Reich en Dinamarca en 1943, donde permaneció hasta el final de la guerra. Ello no impidió que llevase en dicho país una política de sorprendente permisividad hacia los judíos daneses, razón por la cual, y juzgado en Copenhague al terminar el conflicto, su inicial condena a muerte en 1946 acabó permutada por cárcel. A ello contribuyó el haberse negado a cumplir la orden de «tierra arrasada» al retirarse la Wehrmacht de territorio

danés. Fue excarcelado en 1951, siendo automáticamente «expulsado» a su Alemania natal, donde vivió el resto de su vida, formando parte de los grupos de ayuda a los exmiembros de las SS, que habían quedado sin asignación alguna por parte del gobierno federal.

BOUDA, KARL

(Hamburgo, 1901-Erlangen, 1979) Filólogo y profesor, especializado en lengua y cultura vascas. Comenzó sus numerosas publicaciones al respecto en 1932, y durante toda su vida mantuvo contacto con instituciones nacionales e internacionales relacionadas con la lengua vasca. Quizá su trabajo de mayor interés fue *Nombres vascos de las plantas* (Universidad de Salamanca, 1955). No fue represaliado tras la guerra.

BRIEGER, HERBERT

(1896-1948) Director de cine alemán. Muy activo durante el gobierno nacionalsocialista, se especializó en documentales de propaganda, y fue enviado por Werner Best al País Vasco. Allí realizó, entre 1941 y 1942, el reportaje *Im Lande der Basken* (*En la tierra de los vascos*), que se creía perdido pero fue redescubierto en el año 2000. Rodado casi todo en la zona vascofrancesa, con claros propósitos propagandísticos sobre la singularidad del pueblo vasco, insiste en los aspectos bucólicos y rurales del mismo, así como en las lauburus y su similitud con las esvásticas nazis.

DEGRELLE, LÉON

(Bélgica, 1906-España, 1994) Político y militar belga, fundador en 1930 del partido de extrema derecha *Partie Rexiste* (de *Christus Rex*). Combatió en la Legión Valona, unidad encuadrada en las SS militares (*Waffen SS*). Estuvo al mando de dicha unidad con el grado de *Obersturmführer* (comandante). Huido a España en 1945, fue protegido por el gobierno franquista, que le otorgó la nacionalidad española para así evitar su extradición y la condena a

muerte en su país, quien infructuosamente solicitó durante varios años su entrega. Se le dio incluso una identidad ficticia, la de José León Ramírez Reina, para esquivar mejor las pesquisas. Vivió en Constantina, Sevilla, y posteriormente en Benalmádena, Málaga, donde murió, sin renunciar nunca a su ideología nacionalsocialista.

DYER, PATRICK (PAT)

(Bilbao, 1916-Alicante, ¿2003?) Hijo de William Dyer, uno de los fundadores del club Athletic de Bilbao, fue educado en Inglaterra y evacuado a San Juan de Luz en la guerra civil. Posteriormente, en la Segunda Guerra Mundial, el ministerio británico de la Guerra Económica lo destina a Bilbao como cónsul, pero en realidad para control de buques, sus cargas y destinos. Allí, desde el hotel Carlton, organiza todo el servicio de espionaje, y entra en el MI6 como jefe de agentes locales. Se casó con la bilbaina María Dolores Eguidazu, y tras la guerra vivió muchos años en Munguía. Posteriormente fue trasladado al consulado alicantino.

GOYENECHE, EUGÉNE

(Ustaritz, Francia, 1915-1989) Miembro del PNV desde muy joven, defensor a ultranza de la unidad e independencia vasca. Estudioso, investigador, publicista y político, colaboró activamente con los vascos procedentes de España en el exilio vasco francés tras la guerra civil. Formó parte del grupo peneuvista que buscaba acercarse a los alemanes en cuanto que posibles vencedores de la guerra. Entró así en contacto con las autoridades alemanas de ocupación para las que escribió un dossier, que se conserva, sobre la colaboración vasca con los ocupantes, profundizando en la idea de un País Vasco unificado e independiente bajo protección alemana. Juzgado por colaboración tras la guerra, sufrió una breve condena de prisión, tras la que se reincorporó a sus estudios étnicos y lingüísticos, destacando su obra monumental titulada simplemente *Le Pays Basque*. En nuestro país fue nombrado doctor *honoris causa* por la Universidad del País Vasco, que le

concedió el premio Manuel Lekuona en 1989, el mismo año de su muerte.

LABAYEN TOLEDO, ANTONIO

(Tolosa, 1898-San Sebastián, 1994) Militante del PNV. Escritor y estudioso de la cultura y la lengua vascas. Alcalde de Tolosa antes de la guerra civil, durante esta se exilió con su familia a Francia, al País Vasco francés. Permaneció allí hasta 1945, año en el que regresó a España, donde siguió publicando trabajos en castellano y en vasco hasta edad muy avanzada.

LABAYEN SANSINENEA, RAMÓN

(Tolosa, 1928-San Sebastián, 2013) Hijo de Antonio Labayen Toledo, vivió su infancia exiliado en el País Vasco francés. Vuelto a España, se licenció en químicas en Madrid. Desarrolló su actividad profesional en la actividad conservera y turística. Afiliado al PNV, fue presidente de la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián, y luego consejero de Cultura del Gobierno vasco de 1980 a 1983, año en que fue elegido alcalde de la capital donostiarra, cargo que desempeñó hasta 1987. Fue luego diputado del Parlamento vasco hasta 1990. Entrevistado sobre el reportaje de Herbert Brieger *Im Lande der Basken*, afirmó que «esa carta había que jugarla», y que «no condenaba esos contactos» del exilio vasco con los nazis porque «un pueblo se defiende como puede» aunque declinaba dar los nombres de quienes los realizaron. El ya mentado documental donde aparece la entrevista, *Una esvástica sobre el Bidasoa*, del año 2013, es de libre acceso en Google, como se ha dicho más arriba.

LEQUERICA Y ERQUIZA, JOSÉ FÉLIX

(Bilbao, 1890-Guecho, 1963) Político vasco, de familia local de clase media. Militó de joven en el maurismo. Muy brillante en sus estudios de derecho, de los que se doctoró en Madrid. Dominaba además del castellano, el vasco, el francés y el inglés. Becado en la London School of Economics, se carteó en

aquellos años con Unamuno. Polémico y brillante articulista periodístico, pasó rápidamente del monarquismo a la Falange. Se unió a los rebeldes en 1936. Alcalde de Bilbao en 1938 y embajador en Francia de 1939 a 1944, en París y en Vichy. Siempre hostil al nacionalismo vasco, llevó una implacable campaña de acoso a los exiliados republicanos españoles. Fue ministro de Exteriores de 1944 a 1945, año en que fue nombrado inspector general de embajadas, con residencia en Washington. Conocedor de las estrategias internas de la política norteamericana, impulsó el lobby americano-irlandés que facilitó el reconocimiento de España en 1951, y posteriormente fue quien condujo las conversaciones que, ya en plena guerra fría, terminaron en la firma de convenios bilaterales en 1953. En 1955 se le nombró embajador permanente ante las Naciones Unidas. No se casó hasta cumplir los 52 años, en 1942.

MORDRELLE, OLIVIER (MORDREL, OLIER, en bretón)

(París, 1901-Finistère, Francia, 1985) Arquitecto, pensador, publicista y político bretón, fundador del partido independentista de dicha zona de Francia. Mantuvo activos contactos con los invasores alemanes, y tuvo una agitada actividad política durante todo el tiempo de la ocupación. Exiliado a Argentina tras la guerra, condenado a muerte *in absentia*, por colaboracionismo, regresó a Europa en 1969, a España, y por fin a Francia, ya indultado, en 1971, tras la muerte de De Gaulle. Continuó en su línea de pensamiento nacionalista y ultraconservador hasta su muerte. Su hijo, Tristán Mordrelle (1951), es uno de los representantes de la Nueva Derecha francesa.

PÉTAIN, PHILIPPE

(Cauchy-à-la-Tour, 1856-Isla de Yeu, 1951) Militar y político francés. Considerado el vencedor de Verdún frente a los alemanes en la Primera Guerra Mundial, fue luego ministro de la Guerra en 1934, embajador en la España franquista en 1939, y primer ministro en 1940. Con la rendición de Francia en 1940 fue nombrado Jefe del Estado, cargo que ocupó hasta la

liberación del país, en agosto de 1944. Llevó desde Vichy una política de colaboración con los alemanes, en especial en lo concerniente a la deportación de judíos y la aportación de mano de obra francesa en las fábricas del Reich y en la Organización Todt para fortificar las costas. Se entregó voluntariamente desde Suiza en 1945. Juzgado por traición y colaboración, se negó a responder en el juicio. Fue condenado a muerte, pero vista su edad y su pasado militar, De Gaulle le conmutó la pena por la deportación perpetua a la pequeña isla de Yeu, donde murió y está enterrado.

TOEPFER, ALFRED

(Hamburgo, 1894-1993) Empresario y hombre público alemán, luchó en la Primera Guerra Mundial. Fue herido en la batalla de los Lagos Masurianos y en Yprés. En la Segunda Guerra Mundial llegó al grado de Hauptmann (capitán) y tuvo a su cargo delicadas operaciones en los países ocupados respecto a compra y venta de divisas para el gobierno nacionalsocialista. Asumió altas responsabilidades en el control del mercado negro y en el aprovisionamiento de materias primas a Alemania a través de terceros países. También llevó a cabo labores diplomáticas ante minorías étnicas europeas con vistas a su integración en el Reich. Terminada la guerra se dedicó con éxito a negocios particulares, decantándose sobre todo por los aspectos de ecología y conservacionismo, en especial en la política de protección de espacios naturales en Alemania. Fue dueño de la compañía Toepfer International y presidente de la Fundación Alfred Toepfer, que había creado ya en 1931, dedicada a la protección de las artes, las ciencias y la naturaleza. Murió a punto de cumplir los cien años.

URRACA RENDUELES, PEDRO

(Valladolid, 1904-Madrid, 1989) Policía español, uno de los más activos y eficaces jefes de operaciones contra republicanos exiliados en Francia. Parece que fue quien detuvo a Lluís Companys, posteriormente deportado a España y fusilado. Urraca ya había vuelto a España cuando en 1946 fue condenado a

muerte por el nuevo Gobierno francés tras la guerra, a causa de lo que se calificó como colaboración con la Gestapo y el régimen de Vichy. Casado con una francesa, tras su jubilación como policía siguió trabajando para el Ministerio de Asuntos Exteriores, vigilando a la emigración española en Bélgica hasta 1982. Volvió a Francia a principios de los años ochenta para regresar a Madrid poco antes de su muerte.

DU WELZ, ROBERT

(Hainaut, Bélgica 1897-España ¿?) Procedente de la nobleza y amigo personal de Léon Degrelle, perteneció a la Legión Valona de las SS. Llegó al grado de Hauptsturmführer (capitán) y era ayudante de campo de Degrelle cuando llegó con él a España, donde se asiló. Vuelto a Bélgica en los años cincuenta, fue condenado a una pequeña pena que no tuvo que cumplir. Vivió cerca de Degrelle, en Lora del Río, Sevilla, en una gran casa de campo junto al pueblo llamada El Molino Azul, luego hotel y hoy escuela rural. Tenía varios hijos. Una de ellas, Isabelita, muy guapa, montaba en bicicleta con pantalones ceñidos en los años sesenta y era más que admirada por todos los chicos que la veíamos pasar por el pueblo. No he podido conseguir la fecha de fallecimiento de su padre.

YBARNEGARAY, JEAN

(Uhart, 1883-París, 1956) Abogado vascofrancés, fundó la Federación Francesa de Pelota Vasca. Bilingüe en francés y vasco. Luchó en la Primera Guerra Mundial en Verdún, donde llegó a capitán. Fue diputado por los Bajos Pirineos de abril de 1914 a mayo de 1942, siempre en grupos muy conservadores. Fue ministro de Estado en el breve gobierno de Paul Reynaud, entre mayo y junio de 1940, y posteriormente Secretario de la Familia y la Juventud en el gobierno de Vichy. En 1943 fue detenido por los ocupantes alemanes, acusado de colaboración con la resistencia, en concreto de ayudar a huidos a cruzar los Pirineos. Internado por ello en el campo de prisioneros de Füssen, en el Tirol austriaco, hasta el final de la guerra, este hecho hizo que

resultase absuelto al ser juzgado por colaboracionista en 1946.

Edición en formato digital: 2018

© Francisco Núñez Roldán, 2018

© Algaida Editores, 2018

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

algaida@algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9067-898-5

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.literaria.algaida.es